

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

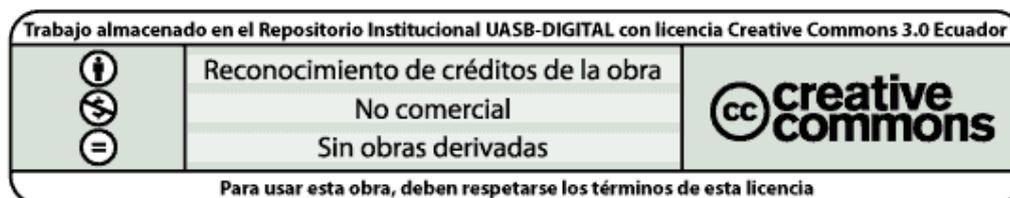
Área de Estudios Sociales y Globales

Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos

**Cambios sociales y continuidades epistémicas: pensamiento
político y ciencias sociales en el Perú (1900-1980)**

Aldo Miguel Olano Alor

Quito, 2016



CLAUSULA DE CESION DE DERECHO DE PUBLICACION DE TESIS/MONOGRAFIA

Yo, Aldo Miguel Olano Alor, autor de la tesis intitulada Cambios sociales y continuidades epistémicas: pensamiento político y ciencias sociales en el Perú (1900-1980), mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de doctor en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.

2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.

3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha. 23 de noviembre del 2016

Firma:

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador

Doctorado en Estudios Latinoamericanos

Cambios sociales y continuidades epistémicas: pensamiento político y
ciencias sociales en el Perú (1900-1980).

Autor: Aldo Miguel Olano Alor

Tutor: Víctor Miguel Vich

Bogotá 2016

Resumen

La tesis analiza la presencia de la colonialidad del saber en el Perú durante el periodo comprendido entre 1900-1980, y propone encontrarlo desde una perspectiva que involucra la epistemología del posoccidentalismo. Para alcanzar aquel objetivo es que se estudia algunas de las formas de pensamiento social y político tenidas en el país durante las tres primeras décadas del siglo pasado, sobre todo aquellas que mostraron su preocupación por la modernización del estado, la economía, la sociedad y la organización de una auténtica nación. Teniendo de trasfondo la herencia intelectual e ideológica del occidentalismo dentro del país, se revisan las expresiones de carácter liberal, conservador, marxista y nacional-reformista en que se manifestaron estos primeros análisis

De igual manera, se involucra el proceso de institucionalización de las ciencias sociales y la revisión de algunos estudios y diagnósticos que, en su momento, fueron considerados fundamentales para la comprensión del país, pues incorporaron las preocupaciones señaladas arriba, y mostraron sus apegos a determinadas formas de leer y entender el entorno en que se desenvolvían. Es un segundo momento donde predominan las perspectivas de análisis basadas en el estructuralismo, fuera en su vertiente claramente funcionalista de origen estadounidense y el que fuera más conocido como Cepalino.

Todas ellas son distintas teorías que atraviesan la obra de los pensadores políticos junto a la de los científicos sociales en el Perú, las cuales fueron ampliamente utilizadas por quienes se abocaron al estudio y explicación del país. Desde una metodología transdisciplinar, analizo las teorías utilizadas y las conclusiones obtenidas en los estudios políticos y sociales, para así constatar las continuidades teóricas y metodológicas entre el pensamiento social y político con las disciplinas de las ciencias sociales, como también las que fueron construidas entre los integrantes de las comunidades académicas y políticas. Esto último justificó revisar los vínculos que se establecieron entre estudiosos de distinta filiación teórica con medios decisores de política, debido a la expresa y siempre manifiesta necesidad de transformar el orden interior.

En la tesis se ha ubicado al pensamiento social y político más las ciencias sociales como objetos de estudio, y por lo tanto he propuesto revisar su llegada al país y su crecimiento desde una renovada visión teórica y metodológica. Para ello me basé

en el posoccidentalismo, pues este paradigma otro viene contribuyendo en la consolidación de un (nuevo) pensamiento crítico latinoamericano, al que adhiero.

Considero que este último aporta elementos teóricos y metodológicos suficientes, para cuestionar el contenido del pensamiento político y el carácter de las ciencias sociales. Es una objeción muy profunda a los fundamentos históricos de la epistemología dominante en la formación de las disciplinas, que sabemos posibilitó el posicionamiento de un tipo de conocimiento muy particular como universal. Es también constatar los mecanismos con que se recibieron y difundieron a escala local, los principios contenidos en el occidentalismo.

Palabras Clave

Colonialidad del saber, occidentalismo, modernidad, posoccidentalismo, pensamiento social y político, ciencias sociales, Perú.

Contenido

	Pág.
Introducción	7
Capítulo primero	32
La modernidad para el Perú: primeras lecturas desde el pensamiento social y político	32
1. Los fundamentos del progreso. Sistema educativo y modernización	33
1. Raza y nación en el proyecto oligárquico. La obra de García Calderón	44
Capítulo segundo	64
El socialismo andino y el indoamericanismo ¿perspectivas críticas?.....	64
1. Mariátegui y los 7 Ensayos. El occidentalismo desde la periferia andina.....	66
2. Haya de la Torre y el indoamericanismo. ¿Una ideología local?	84
Capítulo tercero.....	100
Historiografía y Nueva Historia en búsqueda de la nación.....	100
1. Historiografía nacionalista en contextos neocoloniales.....	102
2. Fuentes coloniales y ausencia de nación. Historia del Tahuantisuyu	110
3. La demanda por la nación se prolonga en la Nueva Historia	122
Capítulo cuarto.....	132
La modernidad vía el desarrollo. El estructuralismo y la planificación	132
1. El estructuralismo, la modernización y el desarrollo en el Perú	133
2. El instrumento del desarrollo: la planificación.....	152
Capítulo quinto	165
Antropología y sociología. Teorías y métodos en su institucionalización.....	165
1. Etnología y antropología ¿un camino semejante?	167
2. Las continuidades teóricas en la organización de la sociología	185
3. Los métodos en ciencias sociales: un análisis en perspectiva crítica	194
Capítulo sexto	207
Centros de investigación y la hegemonía estructural-funcionalista.....	207
1. Investigación privada para el desarrollo. El IEP y la antropología	208
2. El esplendor de la sociología funcionalista	219
Conclusiones.....	230
Referencias bibliográficas.....	257
Referencias en Internet	266

Introducción

Este es un trabajo sobre la presencia de la colonialidad del saber en el Perú. Abarca el periodo comprendido entre 1900-1980 y propone ubicarla, primero, en las formas de pensamiento social y político que se dieron en el país durante las cuatro primeras décadas del siglo pasado. Segundo, aquel tipo de colonialidad se hace presente en las disciplinas integrantes de las ciencias sociales, cuya inicial institucionalización se tuvo en este periodo, logrando un fuerte impulso a partir de 1946 con la fundación de las carreras profesionales y la intensa presencia de renovados programas de investigación. Formas de pensamiento y disciplinas a las que he reunido integrando la epistemología del occidentalismo, por un conjunto de razones teóricas y metodológicas que serán explicadas en los distintos capítulos que integran este trabajo.

Mi punto de partida es considerar que uno de los fundamentos para la difusión del occidentalismo durante el periodo señalado, fue la búsqueda incesante de la modernidad por parte de políticos, intelectuales y académicos de mucho prestigio, y también por medio de una intermitente acción del estado, lo cual se dio con variable intensidad durante el periodo oligárquico y los reformismos civiles, pero también en las dictaduras militares. En tal sentido, el análisis relacional de estos tres referentes: colonialidad del saber, occidentalismo y modernidad, ocupa parte importante del trabajo con el objetivo de encontrar las continuidades epistémicas entre múltiples actores políticos y sociales, agentes económicos, académicos e intelectuales del país.

Para ello se estudia el discurso y las propuestas-mensaje de los pensadores y actores políticos de comienzos del siglo pasado, y las conclusiones obtenidas en distintos estudios adelantados entre 1955-1975 por integrantes de lo que podríamos denominar, la primera comunidad académica en ciencias sociales. Todos ellos son vistos como producto de su tiempo, inmersos en el occidentalismo dominante en América Latina, y desde allí describieron y analizaron el país en momentos en que se estaban produciendo importantes transformaciones en su interior. Aquí observo cómo ha operado la colonialidad del saber, donde el funcionamiento de las instituciones y el pensamiento de los actores, son quizá la prueba más evidente de su presencia.

Teniendo en cuenta su lugar de enunciación, comparto que el pensamiento social y político junto a las ciencias sociales durante su proceso de institucionalización en el siglo XIX, las llevaron a ser parte del conocimiento producido por y para Europa

Occidental, y adquirieron tal estatuto, basándose en un conjunto de normas y principios muy explícitos. Puedo afirmar que éstos últimos proceden del positivismo justo cuando dejaba de ser un neutral e inofensivo método de investigación, para irse convirtiendo en una ideología con todos los riesgos que eso conllevaba. Reconozco la existencia de los más diversos matices en su interior, por ejemplo los serios cuestionamientos desde el lugar en que se originó a raíz de sus pretensiones universalistas, como también las múltiples ambigüedades y contradicciones que ha generado su instrumentalización.

El occidentalismo tiene incorporado el método positivista desde sus versiones más rústicas hasta las más refinadas, y justifica su utilidad para todo tipo de investigación pues así es posible acceder al saber científico. Antes de continuar, quisiera decir lo que entiendo por occidentalismo: es una epistemología fundada en el hecho que Occidente desde su particularidad histórica, se ha dedicado a elaborar formas de conocimiento a las que otorgó el carácter de universales, y ocultas tras el manto legitimador del discurso de la ciencia y la racionalidad, parte de ellas se expandieron alrededor del mundo por considerarse naturalmente superiores. América Latina ha sido (es) un territorio emblemático en este proceso

El filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez ha considerado al occidentalismo como una episteme que conlleva la larga duración en su interior, pues sus orígenes se remontan al periodo comprendido entre 1492 y 1700, años en que se produjo la invasión, conquista e implantación del sistema colonial en América. Es un período al que se le considera formativo del moderno mundo capitalista, y que también presencia la puesta en marcha del proceso dirigido a consolidar el pensamiento científico (Castro-Gómez 2007, 83). En tal sentido, el occidentalismo tendría dentro de sí el colonialismo en sus manifestaciones más crudas, la esclavitud y el exterminio de los pueblos originarios de América, por ejemplo, y la colonialidad en sus cuatro formas más conocidas: la del saber, el poder, el ser y la naturaleza.

En relación a la colonialidad del saber, quisiera decir que se define como el modo en que la racionalidad tecno-científica llegó a ser un factor determinante en la formación de un modelo único válido en la producción de conocimientos, dejando por fuera cualquier otra epistemología originada en lugares distintos a Europa Occidental. De ahí que su llegada al continente americano involucrara, por ejemplo, no solo una confrontación contra la diversidad epistémica de los mundos aquí asentados, sino sobre todo la imposición de conocimientos con ínfulas de validez universal. Citando a Enrique Dussel, Aníbal Quijano y Arturo Escobar, aquel se considera que el único

conocimiento es el generado en los centros de poder mundial, para luego ser distribuido de manera desigual hacia las denominadas periferias y a los sujetos periféricos, los cuales quedaron fijados única y exclusivamente como receptores (Pineda 2015, 107).

Esto explica por qué un tipo de pensamiento social y político más las ciencias sociales, las haya integrado formando parte del occidentalismo. En todo caso, este último no es posible desvincularlo del ascenso global tenido por algunas regiones de Europa, pues según Fernando Coronil “como sistema de clasificación [...] da expresión a formas de diferenciación económica y cultural en el mundo moderno”. Pero es más que eso, dijo el antropólogo venezolano, pues al asociarse con las asimetrías a escala internacional que el capitalismo estableció, el occidentalismo se constituyó en una forma de saber hegemónico y una expresión del poder recién constituido.

En últimas, es “la expresión de una relación constitutiva entre las representaciones occidentales de las diferencias culturales y la dominación mundial de occidente”, donde ciertas representaciones se constituyeron en hegemónicas y con ellas se establecieron los criterios para clasificar las diversas concepciones sobre el mundo existentes en aquel entonces (1998, 131). Coronil también considera que las prácticas representacionales enmarcadas en tal epistemología, alcanzaron estos logros pues:

Separan los componentes del mundo en unidades aisladas; 2. Desligan historias relacionadas entre sí; 3. Transforman la diferencia en jerarquía; 4. Naturalizan dichas representaciones; y, por lo tanto, 5. Intervienen, aunque inadvertidamente, en la reproducción de las relaciones asimétricas de poder existentes (1998, 132).

Este desplazamiento de saberes se engarzó con dos desplazamientos de tipo ideológico que tuvieron como escenario la expansión moderna-colonial: en primer lugar, el renovado proceso de territorialización y desterritorialización, en segundo lugar, la imposición de un nuevo contenido al concepto de civilización. El filósofo colombiano Óscar Guardiola ha considerado que los primeros actuaron a través de modelos disciplinarios como la geografía, la lingüística y el derecho, mientras que el urbanismo y las ciencias sociales, sobre todo la antropología, coadyuvaron a que el moderno concepto de civilización fuera entendido como parte de un proceso histórico, basado en el unilineal esquema de ascenso progresivo fundado en el control de la razón occidental.

Esto significaría que el racionalismo con el cual se fundaron los distintos campos del conocimiento, todos aquellos que quedaron agrupados en la denominada ciencia moderna, condicionó su constitución como productos europeo occidentales. Esta particularidad buscó y alcanzó múltiples triunfos debido a su posicionamiento como fundamento de un tipo de saber que pasó a ser científico, pero donde no se puede obviar su aceptación por consideraciones de carácter geopolítico. Las geopolíticas del conocimiento, entonces, pasaron a ser según la pedagoga estadounidense Catherine Walsh, “una estrategia medular del proyecto de la modernidad” pues con aquellas se avanzó en su posicionamiento “como única forma válida de producir verdades sobre la vida humana y la naturaleza”. Esto se facilita cuando es aceptado como un tipo de conocimiento que se funda en la universalidad de sus teorías, pero no se observan los mecanismos con los cuales subalterniza otras epistemes y a quienes son sus portadores, los sujetos de este otro tipo de conocimiento o saber (2005, 17).

Toda forma de conocimiento responde a una civilización dada en un contexto muy particular, donde se condensan procesos de larga duración e incorpora aspectos de distinta índole. En consecuencia, el occidentalismo vendría a ser una epistemología surgida en un medio bastante limitado en términos geográficos, y que formó parte activa del proceso que condujo la modernización en Europa. Así, he considerado conveniente utilizar una definición de epistemología que la considera una:

concepción monocultural, geohistóricamente localizada y referencialmente restringida. Es un concepto que tiene que ver con un tipo de conocimiento que en un momento de la historia rompió las fronteras de su ámbito de producción, imponiéndose como uni-versal. Una vez marcado este espacio de comprensión [la epistemología vendría a ser] la ciencia que se ocupa del estudio crítico del conocimiento científico o de la teoría del conocimiento (Garcés 2009, 43).

Por eso es la epistemología del occidentalismo tiene dos aspectos claves en su formación, sin los cuales no sería posible entender su posicionamiento a escala global. En primer lugar, el positivismo en su diversidad de opciones y campos de disputa que ha generado, y aun así el método preferido para darle fundamento científico a las reflexiones e investigaciones sobre la sociedad, aquellos que se produjeron en los diferenciados campos del pensamiento y de las ciencias sociales. En segundo lugar, las ideologías que surgieron en Europa Occidental durante el siglo XIX y que acompañaron el proceso que dio forma al estado-nación y la democracia liberal, pero también el moderno sistema colonial.

Hayan sido liberalismo, socialismo, nacionalismo o conservadurismo, todas ellas teorizaron sobre múltiples temas, de donde es posible destacar la manifiesta necesidad de tener un estado uninacional y monocultural, e hicieron con su control todo lo posible para obtenerlo. En todas estas ideologías, no es posible descartar aquellos elementos con los cuales se justificó la expansión territorial, la apropiación de los recursos y la explotación de las personas, por medio de un discurso basado en la misión y acción civilizadora. Puedo afirmar que todas ellas, en mayor o menor medida, impulsaron el accionar imperialista en distintas regiones del mundo sobre la base de considerarse a sí mismas como una forma de pensamiento superior. En todo caso, se organizaron con referentes teóricos desde los más elementales hasta los más complejos, pero siempre fue un ideario producto de un situado orden político, económico y social.

Quienes desde muy temprano estuvieron involucradas en el proyecto, fueron las ciencias sociales pues tuvieron primero la misión de entender su entorno más cercano, por ejemplo, el territorio que necesitaba la nación para organizarse de manera política, como también adelantar estudios sobre el funcionamiento de la sociedad o el comportamiento de los individuos que la integran. Al tiempo que el orden interior de los países europeos se consolidaba ya sea con las monarquías absolutistas o constitucionales, pues las repúblicas eran casi inexistentes, y se fortalecían en el campo económico con la industrialización y el capitalismo, por fuera del continente europeo se producía una vez más el “descubrimiento” de nuevos territorios y las formas de vida allí contenidas, como también se iniciaba la descripción de antiguas y extintas civilizaciones.

Todo un trabajo de entendimiento que a diferencia del producido en siglos anteriores, empezó a darse bajo los códigos de la razón incorporados en las científicas formas de acceder al conocimiento. Elementos de apoyo tuvieron en los estados-nación con sus múltiples instituciones de enseñanza superior e investigación científica, más la organización del sistema internacional liderado por los estados europeos. La consecuencia fue que muy rápidamente se logró que el conocimiento producido en dicho territorio, entonces ya posicionado como centro del nuevo orden planetario, adquiriera superioridad sobre otras formas de conocer, aprender y enseñar.

Por esa misma época, alentado por las sociedades científicas y los ilustrados gobernantes europeos, diversas regiones del mundo también comenzaron a ser descubiertos por arqueólogos, filólogos y lingüistas, viajeros, etnólogos,

etnohistoriadores, antropólogos y geógrafos. De disciplinas y orígenes nacionales diversos pero todos ellos con un ideario enmarcado en el proyecto civilizador: conocer en términos científicos las distintas regiones del planeta, donde sociedades, seres humanos y territorios pasaron a ser objetos de estudio e intervención. Hasta el día de hoy son recursos humanos y naturales, los cuales que de manera muy similar han pasado a disputarse en términos políticos y económicos, culturales y sociales.

Durante este periodo de tiempo se produjo una sucesión de hechos pocas veces vista en la historia del conocimiento, donde uno de los más destacados fue la relación que se construyó entre ciencia y política. Un acontecimiento susceptible de entenderse por la expresa voluntad de quienes hablaron en nombre de la humanidad, buscando adelantar el proceso dirigido a comprender aquello que estuviera al alcance de su observación, para así y por medio de una opinión experta, contribuir en el sostenimiento de lo ya conocido o modificarlo.

Motivados quizás por las instituciones del orden moderno y a su vez colonial, a los integrantes de las disciplinas conocidas desde entonces como ciencias sociales, se les encargó encontrar solución a los problemas típicos de toda transición, en este caso las consecuencias sociales y políticas de los trascendentales cambios producidos en Europa. Quizá de allí les provenga a las ciencias encargadas de estudiar la sociedad y algunos de sus herederos, la ciencia política y los estudios internacionales, por ejemplo, una de sus características más notorias: el estadocentrismo. Desde allí iremos encontrando aspectos para entender porque el conocer, pasó a ser atributo de unos cuantos miembros pertenecientes a determinada civilización e ideología.

Veremos a lo largo del trabajo y en un debate teórico-metodológico medianamente extenso, que la respuesta es posible de encontrarse en la “ruptura con el modo como la naturaleza fue entendida, no solo en el interior de Europa sino en todas las culturas del planeta”. Durante el período que contiene el renacimiento y la ilustración, se cuestionó la milenaria imbricación entre el ser humano y su entorno, esa “visión orgánica del mundo, en que la naturaleza, el hombre y el conocimiento formaban parte de un todo interrelacionado”. La colonialidad del saber, entonces, logró sostenerse desde que la visión orgánica del mundo fuera subalternizada por un tipo de conocimiento, cuya función principal fue “ejercer un control racional” sobre su origen, reduciendo la complejidad de lo que se estudia y proponiendo conocer sobre la base de dividir y clasificar. Entre muchos otros, el objetivo fue lograr “la descomposición de la realidad en fragmentos con el fin de dominarla” (Castro 2007, 81).

En la tesis argumento que con la intensiva utilización de los principios metodológicos del positivismo, al interior del pensamiento social y político como en las ciencias sociales se estableció un conjunto de normas dirigida a conocer en sus distintos componentes al ser humano y a la sociedad. El ansia por el conocimiento de la cultura, la economía, la política o la sexualidad, contribuyó a que determinados seres humanos realizados en científicos lograran abstraerse de su realidad, el entorno al que pertenecían, para así darle forma a un orden epistemológico donde el sujeto de la ciencia ejercería el dominio. El primero como cognoscente, pasó a ser el sujeto epistémico de una relación dirigida a subalternizar a la segunda, con principios que volvieron objeto tanto a la sociedad en el sentido amplio, como a sus integrantes ya sea de manera individual o colectiva. Es lo que pretendo mostrar desde una perspectiva analítica y crítica, en lo sucedido con los estudios sociales en el Perú.

Por todas estas razones, en este trabajo he priorizado el estudio de algunas variables que de manera reiterada aparecen en las propuestas dirigidas a entender, pero también transformar el país. Aquellas son variables que atraviesan la obra de los pensadores y científicos sociales trabajados en la tesis, y que vueltas conceptos en sus múltiples definiciones, me han permitido constatar las continuidades teóricas y metodológicas existentes entre todos ellos. Al mismo tiempo e incorporando la necesidad de transformar el orden interior, la importancia otorgada a los vínculos que se establecieron entre pensadores y sectores académicos de distinta filiación teórica, con medios decisores de política nacional. Por ejemplo, cuando se funda el Instituto Nacional de Planificación como ente directriz del desarrollo.

Entonces, con el caso peruano pretendo mostrar que la difusión y producción de un tipo pensamiento social y político, pero también la llegada e institucionalización de las distintas disciplinas pertenecientes a las ciencias sociales, se dieron con la abierta influencia del occidentalismo. Por eso, mi trabajo analiza su presencia en medios académicos y estatales en las tres primeras décadas del siglo pasado, junto al crudo positivismo de algunos pensadores, se tuvo al conservadurismo, liberalismo, socialismo y nacional reformismo durante este periodo y las continuidades teóricas y metodológicas que estableció con las ciencias sociales, luego del impulso que estas obtuvieron a partir de 1945. Desde este año y al finalizar el periodo, fue por medio de las vertientes del pensamiento estructuralista que fortaleció su presencia en el país.

Para los objetivos aquí buscados, lo anterior ayudaría a entender por qué las distintas sociedades que han dado forma al Perú, pasaron a constituirse en objetos de estudio para los poseedores de la razón científica, lo cual supuso la negación en su mismidad de sociedades igualmente productoras de conocimiento. La colonialidad del saber se prolongó a partir de la utilización de mecanismos de poder ya no tan visibles como los del colonialismo de siglos pasados, pero como se verá en distintos acápites del trabajo, y ha estado presente en la forma de leer el país como en las políticas que se implementaron para transformar el orden interior. Por ahora diría que fueron lecturas y políticas igualmente dirigidas a subalternizar sujetos y sociedades, sin que desde el estado-nación y sus múltiples instituciones académico-políticas, reconocieran su presencia en el territorio nacional.

Uno de los objetivos de la investigación que adelanté, fue justamente ubicar al pensamiento social y las ciencias sociales como objetos de estudio, y por lo tanto revisar sus manifestaciones en el país desde una renovada visión teórica y metodológica. Para ello me basé en la epistemología del posoccidentalismo, pues según mi parecer ha elaborado referentes teóricos y metodológicos suficientes para cuestionar el pensamiento político y las ciencias sociales en su versión original, ahora por medio de una crítica muy seria y profunda a sus fundamentos más esenciales. Con aquel se visualiza “una idea más adecuada sobre el discurso crítico latinoamericano acerca del colonialismo” (Mignolo 2003^a, 161).

Me adhiero a esta epistemología pues así contribuyo a posicionarla dentro del continente, y que al no tener pretensiones universalistas puede definirse como situada en la región. Así ubica su lugar de enunciación en América Latina, y se relaciona de manera directa con el denominado nuevo pensamiento crítico latinoamericano. Es el mismo que busca y encuentra sus raíces en los años sesenta y setenta, momentos donde se tuvieron lecturas e interpretaciones que aspiraban a una filosofía y ciencia social latinoamericana como ciencias sociales autónomas. En estas últimas, por ejemplo, se incluyen los enfoques teóricos y metodológicos contenidos en la teología y filosofía de la liberación, junto a las propuestas procedentes de la investigación acción participativa y la educación popular.

Al mismo tiempo, la teoría de la dependencia de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto adquiría una importante difusión a escala global, mientras que los conceptos de capitalismo dependiente y colonialismo interno eran objeto de un extenso y fundamentado debate en la región y fuera de ella. Los más destacados representantes

de todas estas teorías y métodos, estuvieron comprometidos con la posibilidad de un pensamiento latinoamericano, y pidiendo disculpas por la arbitrariedad de la selección solo mencionaré a Enrique Dussel, Orlando Fals Borda, Rodolfo Kusch, Darcy Ribeyro, Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Paulo Freire, Vania Bambirra, Gustavo Gutiérrez y Theotonio dos Santos. Para los objetivos de mi trabajo, quisiera decir que a los anteriores se le suma ya finalizando el siglo XX, las propuestas procedentes del Grupo Sur Asiático de Estudios Subalternos, las teorías poscoloniales y los estudios culturales.

En el estudio realizado, pasa a jugar un rol relevante la metodología basada en un enfoque transdisciplinar crítico. Esta la entiendo como una forma de superar la organización del conocimiento en disciplinas cerradas, al flexibilizar sus fronteras epistémicas tanto en lo teórico como en lo metodológico. De igual manera, aquel enfoque posibilita encontrar los elementos comunes en las disciplinas, para nuestro caso lo contenido en las ciencias sociales críticas, como también en lo que está por fuera de ellas. Significa buscar entre los intersticios y las rugosidades de todo tipo de sistema sin relativizar el conocimiento, analizar desde el principio de la incertidumbre para abandonar las certezas que han caracterizado la búsqueda del conocimiento científico.

Las características que hemos mencionado, permiten afirmar que no se trata de la disciplina abarcadora y universalista que muchos han buscado, sino que las lecturas e interpretaciones se adelantan desde una perspectiva holística, sin el método de las disciplinas que fragmenta la realidad a ser estudiada y a la vez direcciona el pretendido saber científico. Con ello se busca no agravar las separaciones disciplinares, y más bien impulsar una forma de pensar desde la totalidad que nos rodea, manteniendo las diferencias y acabando con las jerarquías. Por eso la importancia de las heterarquías en lo transdisciplinar, pues se propone una actitud siempre dialógica, reconociendo la complejidad posible de encontrarse en todo nivel de análisis. Entonces, comparto que lo heterárquico:

es un intento por conceptualizar las estructuras sociales con un nuevo lenguaje que desborda el paradigma de la ciencia social eurocéntrica heredado desde el siglo XIX. El viejo lenguaje es para sistemas cerrados, pues tiene una lógica única que determina todo lo demás desde una sola jerarquía de poder. ...Las heterarquías son estructuras complejas en las que no existe un nivel básico que gobierna sobre los demás, sino que todos los niveles ejercen algún grado de influencia mutua en diferentes aspectos particulares y atendiendo a coyunturas históricas específicas (Castro-Gómez y Grosfogel, 2007, 18).

Lo transdisciplinar crítico es dejar de lado el principio de la negación tan propio de la ciencia moderna, el escepticismo, aceptando que es posible la existencia de múltiples mundos y sujetos de conocimiento pensando desde su diversidad epistemológica. De esto último se puede derivar una mayor disposición a entender las múltiples realidades del mundo contemporáneo, y por ello el método transdisciplinar se preocupa por construir un tipo de conocimiento relacional y complejo. Inacabado pues es susceptible de revisarse todas las veces que sea necesario, y elimina la idea de verdad científica que el conocimiento tradicional se ha preocupado tanto por encontrar. Esto último resulta relevante para el estudio que propongo, pues se acepta un tipo de interacción donde quedan involucrados diversos actores en el proceso de investigación, desde los estrictamente profesionales y también quienes se desempeñan en actividades no académicas.

Otro elemento a tomar en cuenta, es que lo transdisciplinar como parte de un entorno de investigación y formación permanente, además de orientarse a comprender la pluralidad contenida en todo lugar. Al mismo tiempo, el método transdisciplinar no pretende absolutizar sobre la base de principios universalizados desde relaciones de poder históricamente constituidas, sino que incorpora las diversas visiones sobre cualquier aspecto de la naturaleza, el cual nunca perderá su particularidad. La utilización de las teorías y métodos propuestos por quienes aceptan las posibilidades de lo transdisciplinar, metodología muy útil para quienes leen desde el posoccidentalismo, estuvo basada en el interés por encontrar las condiciones que indujeron las diversas lecturas y representaciones del país durante el periodo 1900-1980.

Resalto que el debate sobre el carácter del método científico, resultaría interminable por la numerosa cantidad de participantes, la profundidad de los análisis, la diversidad de teorías, conceptos y definiciones que sobre las sociedades se han elaborado con aquellas perspectivas. Desde los fundadores de las ciencias sociales en el primer tercio del siglo XIX, el positivismo clásico de Comte y sus contemporáneos, pasando por Emile Durkheim, Max Weber, Karl Popper, Ludwig Wittgenstein, Bertrand Russell, Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse hasta Thomas Kuhn, Imre Lakatos, Paul Feyerabend, por mencionar algunos de los pensadores más relevantes. De igual modo, escuelas como la conductista, la fenomenología, el interaccionismo simbólico, el funcionalismo, la etnometodología, el marxismo en sus distintas variantes, la escuela de Frankfurt, el posestructuralismo y el posmodernismo,

han contribuido en un interesante y amplísimo debate del cual me resulta muy difícil presentar una sinopsis medianamente representativa.

Solo hago notar que la mayor parte de ellas, han sido muy importantes en el develamiento del carácter instrumental de la ciencia con todos los riesgos que ellos implicaba para el futuro de la humanidad, el rol de las instituciones para el sometimiento y control de las mentes y los cuerpos, la construcción de una subjetividad acorde a los requerimientos del orden burgués y capitalista, sobre todo ya en su momento imperialista. Pero no se debe obviar el carácter igualmente localizado de sus propuestas, pues no tomaron en cuenta acontecimientos y procesos que se produjeron en otros lugares, donde la civilización a la que todos ellos pertenecieron, desempeñó un rol sumamente destacado. Cosa distinta va a suceder con la obra de pensadores como Frantz Fanon y Aimé Cesaire, quienes sí vieron el papel jugado por el imperialismo de occidente en la formación de una subjetividad colonizada

En todo caso, a lo largo de este trabajo se irán presentando las teorías y los métodos propuestos por los seguidores del positivismo metodológico más tradicional, ellos son objeto de mis cuestionamientos y están claramente identificados en el trabajo, sobre todo en los capítulos uno, cinco y seis. Sobre esto último, quiero señalar que he priorizado lo concerniente con el recorrido para acceder al conocimiento, por ejemplo, la separación entre sujeto y objeto en el proceso de la investigación científica, la instrumentalización del saber científico, la formación de comunidades académicas y su rol en la institucionalización de un tipo de saber. Los presento para hacer notar sus debilidades con los sesgos originados en la interpretación de realidades tan diversas, la del Perú, por ejemplo.

La colonización del pensamiento social y político más el de las ciencias sociales en el país, se ha realizado a través del estudio de la sociedad por medio de múltiples disciplinas. Lo anterior permite establecer la presencia del occidentalismo entre pensadores políticos y quienes integran las ciencias sociales, los paradigmas que modelan el saber científico, las comunidades académicas más las instituciones relacionadas con la investigación y la educación superior en el Perú. Todos ellos son medios y espacios de acceso al conocimiento donde se expresa la colonialidad del saber. En tal sentido, una de las ideas orientadoras de este trabajo es que el pensamiento social y político con sus primeras lecturas, las ciencias sociales y el contenido de sus programas y proyectos de investigación, más los temas incluidos en las primeras

cátedras o materias que empezaron a dictarse en las carreras profesionales, muestran que son producto de un tipo de saber institucionalizado de manera acrítica.

A lo largo de la tesis se verán las implicaciones que para el entendimiento del país trajo esta fidelidad a la ciencia, el uso de las teorías, conceptos y definiciones agrupadas en ella. Quisiera decir que la epistemología del occidentalismo encontró un lugar propicio para implantarse en territorio peruano, debido a condiciones históricamente constituidas. Esto ha sido trabajado por diversos seguidores del posoccidentalismo, pues son quienes se han involucrado en estudios de más largo alcance y han obtenido resultados muy valiosos.¹

Por ahora y para no tener que ir tan atrás, solo diré que la llegada del moderno pensamiento social y político, más el posterior arribo e institucionalización de las ciencias sociales en el Perú, fueron parte de un proceso que se inició en el tránsito del siglo XIX al XX y culminó en la segunda mitad de la década del sesenta, cuando las disciplinas quedaron establecidas en diversas instituciones públicas y privadas que primero el estado y luego el mercado promovieron. El análisis de las primeras cuatro décadas del siglo pasado, mostrarán el ingreso de diversas expresiones del pensamiento político y social, las cuales alcanzaron buena difusión entre activistas, intelectuales y determinados grupos sociales. De igual manera, una temprana presencia de la historia, arqueología y la etnología junto a las primeras cátedras de sociología, dan muestras de su presencia por medio de la docencia y las primeras investigaciones.

Ahora bien, quisiera dejar establecido que la necesidad de reconsiderar los conceptos y definiciones incorporados de manera incuestionable, en las propuestas elaboradas por diversos pensadores sociales y políticos, en las investigaciones realizadas por los científicos sociales y las conclusiones alcanzadas, se relaciona con un debate que desde lo regional viene cuestionando el carácter universal adquirido por el conocimiento enmarcado en el occidentalismo. Lo anterior se hizo con la intención de darle un fundamento al cuestionamiento de lecturas e interpretaciones de la sociedad en sus múltiples componentes, considerados por la ciencia y los científicos como unidades de análisis, y que se llevaron adelante a pesar de las ya evidentes dificultades para relacionar las teorías con los referentes empíricos aquí existentes.

1. A destacar es el texto fundador de Aníbal Quijano sobre la colonialidad del poder. "Raza, etnia y nación en Mariátegui: cuestiones abiertas", en *José Carlos Mariátegui y Europa: la otra cara del descubrimiento*, Lima, AMAUTA ediciones. 1992.

El alto grado de aceptación obtenido en disímiles medios académicos y políticos y la supuesta necesidad de transformar el medio, ayuda a comprender porque se adelantaron investigaciones con la finalidad de estudiar la organización de la sociedad en las zonas urbanas y rurales del país, el cambio social y el heterogéneo orden cultural, los pasados y presentes incorporados en su territorio, o las fracturas sociales, económicas y políticas existentes en los momentos que les tocó vivir. Es por eso que algunos de los temas revisados en parte importante de mi trabajo, son la educación y la ciencia vistos como los mecanismos con los cuales embarcar al país en la vía del progreso, la demanda de nación y su clase dirigente en un par de coyunturas críticas, o el cuestionamiento de la llamada tradición desde entonces vista como un obstáculo en el objetivo de alcanzar el fin supremo: la modernidad.

En un lapso de tiempo donde se encontraron frágiles democracias y dictaduras de distinta orientación ideológica, el logro de la modernidad primero requirió el apoyo del pensamiento social y político, para luego empezar a utilizar el conocimiento producido por los científicos sociales. Con todo ello se podía, entre otras cosas, entender las serias trabas para acceder a una identidad nacional o definir objetivos alcanzables en el corto y mediano plazo, dentro de un país que iba procesando profundas transformaciones. Es por eso que desde el estado se pensó en hacer una lectura racional de la situación del país, para así fortalecerse la gubernamentalidad hacia dentro, estableciendo un orden político acorde a las necesidades y tareas del momento.

Quisiera entonces mencionar que durante la mayor parte del siglo XX, las elites gobernantes tuvieron incorporados en sus propuestas de transformación, principios procedentes de diversas doctrinas políticas y económicas, desconociendo que entre ellas mantenían una cercanía muy estrecha en sus fundamentos. Esto ayuda a entender porque las propuestas elaboradas por los seguidores locales de las formas de pensamiento político y social producidos en Europa Occidental, se constituyeron en los soportes ideológicos con los cuales se pusieron en marcha los proyectos de transformación económica y política. Fueron esos principios que apoyaron la organización de políticas ¿públicas? y su correspondiente andamiaje institucional, de acuerdo a los patrones contenidos en la episteme del occidentalismo.

Sin querer profundizar en este tema, aquello es ya observable en las propuestas con que se organizaron los estados latinoamericanos durante el siglo XIX, por ejemplo, el republicanismo, el federalismo, la continuidad imperial y el centralismo autoritario,

asociado a un sistema económico local que funcionaba como parte del sistema moderno-colonial. Durante el período que he propuesto estudiar, se verá como la desaparición del pasado inmediato se volvió una necesidad, sobre todo motivado por la entrada en escena de conceptos y definiciones procedentes de los países anglosajones como los de Europa continental. Por ejemplo, puede afirmarse que durante el primer periodo, 1900-1930, las consideradas decadentes ideas y estructuras que hacían referencia al pasado hispano, pretendieron ser innovadas con otras procedentes de escuelas económicas y doctrinas políticas concebidas como esencialmente modernas.

Con estos fundamentos doctrinarios es que se inició el proceso basado en un nuevo modelo, con los matices contenidos en su interior y los que se fueron produciendo a escala local, y cuyo objetivo fundamental era superar la tradición. Con aquel se generó un obvio entusiasmo entre importantes círculos intelectuales y conductores del estado por igual, puedo decir una radical adhesión entre sus tempranos seguidores, sobre todo porque otorgaba una nueva forma de entender y transformar su contemporaneidad. Fueron los momentos en que desde el campo de las ideas se hizo una renovada lectura e interpretación del Perú, planteando al mismo tiempo la posibilidad de acceder como sociedad a un estadio superior al que en ese momento se tenía. Puedo afirmar que con todo ello, se buscaba profundizar la occidentalización del país.

Los matices o diferencias entre los difusores del modelo, pensadores e intelectuales adscritos a diferentes formas de pensamiento, o políticos con sus propuestas transformadoras, plantearon dos objetivos acordes con su ideario: la modernización económica a través de una radicalización del proceso de inserción en el sistema económico internacional entonces en marcha, y la renovación del orden político ya sea por medio de reformas políticas o una revolución social. Según sus difusores, actuando de manera conjunta asegurarían el advenimiento de una nueva época con todos los beneficios que la misma acarrea. Si bien es cierto que los distintos actores políticos y sociales elaboraron su doctrina y construyeron sus organizaciones políticas, con referentes ideológicos diversos y hasta contradictorios, conservadores, liberales, socialistas, nacional-reformistas o revolucionarios, mantuvieron siempre ese ideal común por la llegada de la modernidad al Perú.

Así, puedo afirmar que todos plantearon que la instrumentalización del conocimiento utilizando el tipo de estado vigente en aquel entonces, era posible el

cambio. En consecuencia, se preocuparon por diseñar y aplicar proyectos de transformación interna, sin incorporar importantes referentes de aquellas epistemes que sin ser superiores o inferiores, eran simplemente diferentes. En el mejor de los casos, la presencia de lo llamado tradicional en estos nuevos modelos, se mantuvo sobre la base de considerarlos como aportes en la construcción del orden interior, más no como centrales dentro de la propuesta. La tradición, en tanto adjetivo que descalifica, y sus elementos constitutivos fueron algunos de los fundamentos con los cuales el proyecto moderno se afianzaría, en contextos donde aún no estaban completamente creadas las condiciones para su realización.

Mi intención, entonces, ha sido involucrarme en muchos temas con los cuales aportar a un debate en formación, por lo menos en el Perú, y para ello planteo rastrear los fundamentos de una afirmación que resulta crucial para nuestra investigación: el modelo en que se fundamentaron el pensamiento social y político, más las disciplinas que establecieron dichos órdenes como sus objetos de estudio, son una producción del occidentalismo y, por lo tanto, no dejan de ser un reflejo de lo colonial que acompañó la incorporación de América Latina en el sistema mundo del siglo XX. Es la epistemología del occidentalismo impulsando la colonialidad del saber dentro del país.

Con estos fundamentos es que se plantearon política(s) dirigidas a transformar nuestro país, donde la consecuencia más evidente fue haber pensado, interpretado y actuado, intelectual y políticamente, con la mirada de la racionalidad moderno occidental, la mirada con que se jerarquiza el mundo y los saberes, la misma con que se controla la política global y la cuestión local. Por eso es que el trabajo mantiene un cuestionamiento a las teorías y los métodos con que se construyeron el pensamiento social y político, más las bien conocidas ciencias sociales en Europa occidental.

Esto es sumamente importante, pues desde aquí empiezo a visualizar las formas como se originan los desplazamientos epistemológicos en esta región del mundo, con la utilización de argumentos cuya legitimidad se originó en la descalificación de las visiones locales. Resultó lógico, entonces, la indiscriminada utilización de adjetivos como estrategia fundamental en el proyecto modernizador, lo cual hace también explicable la superioridad adquirida por los portadores del conocimiento científico durante el siglo XX. Paradójica, además, la aceptación de aquel paradigma sin muchas dudas por parte de pensadores, académicos, intelectuales y políticos dentro del país.

La exposición de todas estas ideas las he dividido en seis capítulos. En el capítulo primero, “La modernidad para el Perú. Primeras lecturas desde el pensamiento

social y político”, se presentan algunas de las propuestas formuladas durante los momentos cumbres del estado oligárquico en el Perú, en relación a los temas de educación y ciencia, pero también de estado, nación y razas. Sobre las primeras, fue observar como aquellas estuvieron dirigidas a justificar la organización de un sistema de educación pública, teniendo a la universidad como la institución más representativa en el nuevo proyecto, al lado de las instituciones de formación intermedia en carreras técnicas, educación primaria y secundaria que también fueron fundadas o reorganizadas.

En aquel entonces, la educación fue posicionada como un mecanismo a través del cual hacer viable la modernidad a escala local. Para entender un poco más esto último, muestro decisiones políticas tomadas con la finalidad de impulsar el cambio del sistema educativo dentro del país, lo cual consistió en adecuarlo a los requerimientos económicos, políticos e intelectuales del orden global de comienzos del siglo XX. Esto significó explorar a lo largo del acápite uno, "Los fundamentos del progreso. Sistema educativo y nación", el discurso que buscaba legitimar la educación como medio para transformar, al tiempo que se implementaban las decisiones dirigidas a garantizar el funcionamiento de un sistema de educación pública, bastante limitado claro está por los aspectos ideológicos y políticos exclusionarios que estaban aún presentes en los medios decisores de política nacional.

En este primer acápite, también refiero aquellos señalamientos que coincidían en la existencia de múltiples elementos de carácter tradicional, de los cuales dos adquirieron importancia por haberse mostrado, según sus opositores, como renuentes al cambio. Allí se encontraban unas mentalidades diversas e infinidad de cuerpos, los cuales tendrían que reformarse pues eran impedimentos para la regeneración moral del país. Había muchas cosas que hacer, pero ambas eran de las más sentidas y requerían de una rápida respuesta. Aquí advierto que la difusión del conocimiento científico y el espíritu racionalista por medio de la educación, fueron visualizados como mecanismos que permitirían redimir a la población del atraso físico y moral en que vivían, lo cual además facilitaría su incorporación en el proyecto modernizador dirigido por la oligarquía.

Fue también el momento en que la raza llegó a ser incluido en los debates académicos y políticos, advirtiendo que en sus momentos iniciales hubo un apreciable uso de las más burdas vertientes evolucionistas. Esto fue objeto de un especial análisis pues hace ver la influencia que una variante del positivismo había alcanzado, y a raíz

de eso reviso parte de los tempranos estudios sociales elaborados a inicios del siglo pasado. En relación a los actores, registro una primera participación en el compromiso asumido por el estado de construir la nación durante el primer tercio del siglo XX, y cómo a pesar de haber tenido visiones tan pesimistas sobre el Perú, estudiosos del pasado y analistas de su presente, llegaron a formular varios proyectos dirigidos a nacionalizar el país.

Es por eso que en el acápite dos, al cual he llamado “Raza y nación en el proyecto oligárquico”, presento algunas de las primeras lecturas y propuestas realizados con aquél método, produciéndose ideas algo más acabadas sobre temas que adquirieron relevancia conforme se trazaban los caminos para avanzar en el logro del objetivo propuesto. La lectura de la diversidad racial, por ejemplo, condujo a que aparezca el problema de las razas entre sus intereses y diagnósticos. En relación a este tema, es la obra del intelectual y funcionario del gobierno peruano en Francia, Francisco García Calderón que aquí reviso, profundizando en dos de sus libros por considerar que contienen lecturas más profundas sobre el tema de las razas, y su impacto en la situación del país desde la perspectiva que los intelectuales de la oligarquía elaboraron. Este acápite finaliza con una revisión de las propuestas con las cuales se cuestionaba la herencia colonial, en la formación de la república que surgió en 1821.

En el capítulo segundo, denominado “El socialismo andino y el indoamericanismo ¿perspectivas críticas?” reviso las lecturas y entendimiento del país que adelantaron dos intelectuales y políticos de alto prestigio dentro del país, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. Las variables trabajadas fueron el rol de las razas en la formación de la nación, su rol como clases sociales en el proceso transformador y la herencia colonial. Ubicados en ideologías consideradas por aquel entonces opuestas, elaboraron propuestas que han sido incluidas en el campo del indigenismo, el nacional-populismo, el marxismo, el relativismo y mucho de vanguardismo. Así es que trabajo aspectos de la obra del primero como cronista, intelectual y político, además de seguir siendo considerado por sus seguidores como el más destacado exponente de la heterodoxia marxista en América Latina. De igual manera hago con quien ha sido estimado un importante pensador y dirigente populista latinoamericano.

Algunos críticos de la decisión por estudiar a estos pensadores podrán argumentar, con justificados motivos, que la obra de todos ellos ha sido lo

suficientemente estudiada, como para que algo realmente nuevo pudiera decirse sobre sus aportes al entendimiento del Perú de comienzos del siglo pasado. No es mi intención repetir lo ya dicho, pues lo que realmente interesa es puntualizar sobre los referentes teóricos a los cuales recurrieron, por lo tanto, se trata de cuestionar los resultados de sus análisis a partir de interpelar la formación recibida y las fuentes que utilizaron en su lectura del Perú. Esto lo hice con la firme intención de entender las sucesivas y diversas interpretaciones que se hicieron del país.

Por tales razones, le damos importancia al proceso de su formación intelectual en tanto condición para entender las lecturas, interpretaciones y propuestas dirigidas a transformar el país, y con todas ellas es que se me permitirá conocer la recepción del instrumental teórico al cual accedieron, los mecanismos con los cuales leyeron su entorno. Es quizá demasiado evidente, el considerar como parte de su correspondiente formación intelectual los períodos pasados en Europa, pero fue una permanencia que marcó sus visiones del país, como también influyó en la decisión de tener una participación activa en la política nacional. En ambos casos también presento su opinión, sobre el papel del régimen colonial en la formación del Perú de comienzos del siglo XX.

Lo contenido en el capítulo tercero se articula de manera plena con lo trabajado en los dos primeros, pero además sirve de introducción para lo que viene en los siguientes. Considero que escribir sobre la pertinencia interpretativa de las ciencias sociales en el Perú, tanto de los estudios realizados desde su institucionalización a mediados del siglo pasado como en los que se adelantaron hasta fines de la década del setenta, puede generar obvios cuestionamientos entre los directamente involucrados con el saber y el hacer de las disciplinas que conforman estos campos del conocimiento en nuestro país. No debe sorprender que sea así, pues la legitimidad adquirida por los miembros de la academia peruana, en caso de que ésta existiera con esa connotación local, es producto de investigaciones de largo aliento realizadas por profesionales que se iniciaron muy jóvenes en dicha labor, y donde quedaron comprometidos importantes recursos públicos y aportes privados entregados con mucha regularidad.

Ahora bien, quisiera dejar establecido que la necesidad de repensar internamente los conceptos y las definiciones incorporados de manera casi incuestionable en las investigaciones y el discurso de los académicos e intelectuales en el Perú, se relaciona con un debate que cuestiona desde lo local, el carácter pretendidamente universal adquirido por aquellas teorías que se fundan en la tradición

de una determinada región del mundo. Es por tales razones, que en el capítulo llamado “Historiografía y Nueva Historia en búsqueda de la nación”, reviso dos libros que pretendieron explicar cómo ciertas ausencias en el Perú, la nación en ambos casos, han jugado un papel determinante en momentos claves de nuestra historia.

En primer lugar, el libro de la etnohistoriadora María Rostworowski², *Historia del Tahuantisuyu*, donde se concluye que desde los tiempos en que estos territorios fueron habitados por las civilizaciones originarias, los incas su expresión más avanzada, no se logró tener una integración nacional y eso en gran medida explica su derrota ante el invasor europeo. Dos décadas antes y con un trabajo escrito desde la perspectiva de análisis enmarcada en la llamada Nueva Historia, *Guano y burguesía en el Perú*, el antropólogo e historiador Heraclio Bonilla propuso demostrar que por razones de tipo histórico-estructural, en el país no se pudo lograr una clase dirigente y/o burguesía nacional a pesar de las condiciones económico-financieras tan propicias que tuvo el país a partir de 1850.

Lo que trabajo en el acápite uno es que la organización de una “Historiografía nacionalista en contextos neocoloniales”, está relacionada con las teorías y métodos inscritos en la supuesta renovación de la disciplina, donde uno de sus alcances sería justamente escribir una historia distinta a la tradicional. Con las primeras se llegó a un nivel de análisis teórico bastante unilineal sin abandonar su perspectiva occidentalista, pues nunca se cuestionó seriamente el hecho de que la mayor parte de aquellas teorías, habían sido elaboradas sobre la base de una tradición e historia reciente como la europea. El estado nación era un componente en dicha tradición, y por eso el análisis en perspectiva nacionalista adquirió tanta importancia durante aquel momento.

Analizar el carácter de las fuentes es el objetivo del segundo acápite, “Fuentes coloniales y ausencia de nación. Historia del Tahuantisuyu”, y para ello revisó las que fueron utilizadas en la escritura del que ha sido considerado uno de los más importantes libros sobre el pasado del país, *Historia del Tahuantisuyu* de María Rostworowski, la reconocida etnohistoriadora peruana quien ha sido firme seguidora de la disciplina que desde comienzos del siglo XX pretendió conjugar historia y etnología. Ahora, en el análisis no se trata de comprobar la veracidad de lo narrado, sino más bien preguntar sobre el carácter de las descripciones y los discursos que subyacen, los cuales van

2. Aunque María Rostworowski llevó algunos cursos de historia y etnología en la Universidad de San Marcos, ella se considera una autodidacta.

haciéndose notar con el uso intensivo de las fuentes utilizadas. La idea del acápite es visualizar como eso contribuyó en alcanzar determinadas conclusiones, sobre el unilineal esquema de formación, apogeo y decadencia de la civilización y el estado incas.

“La demanda de la nación se prolonga en la Nueva Historia”, es el tercer acápite y allí continuo la problematización del tema de las fuentes, pues la misma interrogante puede hacerse acerca de los documentos elaborados por los herederos criollos del régimen anterior, muy utilizados en el estudio de la fase formativa del estado republicano, pero también con los informes que hicieron llegar a sus respectivos gobiernos, los funcionarios y diplomáticos del grupo de países que ocuparon un lugar destacado en el sistema internacional durante la mayor parte del siglo XIX. El libro que reviso en este acápite es *Guano y burguesía en el Perú*, producto de la investigación doctoral adelantada por el antropólogo e historiador Heraclio Bonilla, durante su permanencia en París y que abarcó casi 5 años. Pero aquí no solamente cuestionamos las fuentes primarias utilizadas por el autor, sino que pongo en discusión las teorías y métodos organizados por quienes dieron forma a la corriente historiográfica conocida como nueva historia, la cual y a mi modo de ver, forma también parte del occidentalismo.

En relación al capítulo cuarto, “La modernidad y el desarrollo. El estructuralismo y la planificación”, puedo adelantar que es la parte del trabajo donde adquiere mayor notoriedad la relación entre occidentalismo, colonialidad del saber y modernidad. En tal sentido, empiezo diciendo que distintos medios decisores de política tanto en América Latina como en el Perú, buscaron esta última siguiendo básicamente dos modelos: el primario exportador, el cual estuvo basado en los principios del liberalismo económico en su expresión más clásica, y el proteccionismo que en su versión latinoamericana fuera conocido como desarrollista.

Ambos modelos pueden ser considerados divergentes en los medios utilizados, pues el primero propuso la irrestricta apertura del mercado local a la competencia internacional teniendo como marcos doctrinarios las teorías clásicas y neoclásicas, mientras que el segundo consideró una vigorosa protección del mercado interno y priorizó la intervención estatal en la economía, lo que para algunos estudiosos se constituyó en una versión latinoamericana del keynesianismo y el fordismo.

A mi modo de ver y teniendo en cuenta las diferencias existentes, los dos modelos han mantenido una estrecha cercanía en el objetivo a ser alcanzado: la

modernidad. Ambos no pueden considerársele sinónimos, pero se encargaron de orientar las políticas económicas implementadas en la región desde comienzos del siglo XX. El objetivo del capítulo es presentar algunos de los componentes teóricos de la bien conocida teoría de la modernización, como también relevantes aspectos del modelo desarrollista y que fuera elaborado por la Comisión Económica para América Latina, CEPAL. No puedo dejar de señalar que ambos formaron parte de un profundo debate en los años que estuvieron posicionados en un lugar expectante, tanto dentro de la academia como en los medios decisores de política.

Para avanzar en este objetivo, en el primer acápite que he titulado “El estructuralismo, la modernización y el desarrollo en el Perú”, señalo la importancia adquirida por las teorías e intelectuales estructuralistas en el país, los cuales dominaron el ambiente académico y político por su destacada participación en el debate sobre los temas mencionados durante el periodo 1955-1975. Un punto importante fue sobre el rol que debía desempeñar el sector agrario en el proyecto transformador ya iniciado, motivo por el cual reviso algunos aspectos contenidos en el debate sobre el sector y las políticas implementadas durante el periodo señalado.

Las políticas públicas y las nuevas instituciones que se fueron creando a lo largo de estos años, el Instituto Nacional de Planificación fue el más relevante, son objeto de mi atención puesto que mostrarían el interés de quienes controlaban el estado por descifrar los problemas del país, pero también encontrarles solución. No puedo dejar de lado un breve análisis de la política de industrialización por sustitución de importaciones, sobre todo por los impactos que generó en la organización económica y social del país

En el acápite dos, titulado “El instrumento del desarrollo: la planificación”, es analizada en tanto herramienta, pero también disciplina en el impulso y administración del desarrollo, así como las funciones que le asignaron dirigidas no sólo a una mayor comprensión del subdesarrollo, sino además por su posible contribución en el objetivo de superarlo. Estos aspectos fueron determinantes para que la planificación se pusiera en práctica dentro del Perú, donde los justificativos para su implementación procedieron de las instituciones multilaterales, y a ello se dirigieron los esfuerzos de distintos actores políticos regionales y locales.

Lo mencionado en el párrafo anterior, me llevó a que en el acápite elaborara un breve comentario sobre las funciones asignadas a la cooperación internacional en la búsqueda del desarrollo, como también reviso el rol de las instituciones multilaterales

en su definición y promoción. También refiero el papel jugado por la política exterior de los Estados Unidos, al ir promoviendo una serie de instituciones y agencias estatales, USAID por ejemplo, pero también regionales como la conocida Alianza para el Progreso.

Un aspecto que adquirió importancia en este proceso, fueron los programas dirigidos a capacitar a los funcionarios públicos en las técnicas de la planificación. Por eso en el acápite hago una breve revisión de las políticas dirigidas a alcanzar ese objetivo, entre otras, la creación del Instituto Latinoamericano de Planificación, Económica y Social, ILPES, fue la apuesta educativa regional. Por último, reviso la forma en que las instituciones multilaterales surgidas con el tratado de *Bretton Woods*, la asumieron de manera progresiva, pero despojándola de aspectos que un par de décadas atrás habían sido considerados partes de la ideología comunista.

En el capítulo quinto, “Antropología y sociología. Teorías y métodos en su institucionalización”, analizo la relación teórica y metodológica construida entre etnología, antropología y sociología, mediada por el proceso de institucionalización que se inició en la década del cuarenta. Un proceso que trajo consigo la fundación de facultades, las carreras de etnología y antropología más los correspondientes centros de investigación en distintas universidades, y finaliza en la década del sesenta cuando la sociología esté funcionando junto a las anteriores, en renombrados centros académicos públicos y privados. Quisiera mencionar que en todo el proceso se visibiliza la presencia del occidentalismo, sobre todo en su vertiente estructural funcionalista.

En tal sentido es que en el primer acápite titulado “Etnología y antropología ¿un camino semejante?” analizo las coincidencias metodológicas y teóricas en su interés por conocer las sociedades estudiando la cultura, teorías funcionalistas en su vertiente culturalista de por medio, además de ir describiendo su complementariedad en aspectos como la investigación, docencia e intervención. El acápite se inicia con una reflexión sobre la información contenida en documentos producidos durante los viajes o expediciones realizadas desde fines del siglo XIX, por los primeros integrantes de las ciencias modernas, entre ellas las que se dirigían al estudio de la sociedad y su entorno, para desde allí retomar el debate sobre su legitimidad como fuentes, pues surgen dudas acerca de su definición.

Luego paso a revisar el indigenismo como una posibilidad epistemológica más local, y donde su fase final coincide con los momentos en que se inicia la

institucionalización de la etnología y la antropología a mediados de los años cuarenta. Aquí enfatizo en la presencia de la antropología conocida como aplicada y el método más utilizado como el de la observación participante, en tanto están relacionados con el culturalismo del paradigma. Hago notar una posible división intelectual del trabajo, debido a las actividades que dentro del trabajo le correspondió adelantar a los investigadores foráneos y a los investigadores locales.

En el segundo acápite titulado “Las continuidades teóricas en la organización de la sociología”, veremos que el proceso de institucionalización se inició con el dictado de cursos y seminarios a comienzos del siglo pasado, para luego revisar su llegada ya en firme con la fundación del Instituto de Sociología en la Universidad de San Marcos. Esto se produce en medio de la hegemonía funcionalista, lo cual permite constatar como la sociología mantuvo una continuidad teórica y metodológica con la antropología. Por último, una breve reflexión sobre el carácter político y la necesidad de profesionalizar aún más a los estudiosos de la sociedad durante los años en que se procesa la institucionalización de las ciencias sociales. Una de las más esperadas contribuciones permitiría, otra vez, darle mayor organicidad al deseado estado nación para el país.

El tercer acápite titulado “Los métodos en ciencias sociales: un análisis en perspectiva crítica”, está dedicado a conocer algo del diseño e implementación del método científico en los estudios de las sociedades en su diversidad, según lo propuesto por académicos adscritos al occidentalismo. Aunque este acápite está formando parte de un capítulo donde trabajo disciplinas como la etnología, la antropología y la sociología, considero que su contenido está relacionado con las ciencias sociales en general. Hago explícita la relación que se construyó entre ciencias sociales con la expansión europea en ultramar, y desde allí es posible responder porque la enseñanza del método adquirió relevancia en los estudios conducentes a la formación de los sociólogos en particular y la de los científicos sociales en general.

En el capítulo sexto, adelanto un primer análisis del programa y los proyectos de investigación que acompañó la fundación del Instituto de Estudios Peruanos, IEP, los cuales aparecen de manera muy explícita en las primeras publicaciones que realizaron. Siendo uno de los primeros centros de investigación privados que tuvo el país, pues fue fundado en 1964, este análisis lo hago no solo revisando la misión o los objetivos que se trazaron los miembros fundadores, sino con el estudio de trabajos adelantados por dos de sus más reconocidos miembros, los científicos sociales José

Matos Mar y Julio Cotler. Mi intención es mostrar como en estos primeros años, las teorías estructural funcionalistas dominaron en la producción de textos que, según el catálogo de publicaciones del IEP, aún mantienen la condición de fundamentales para las disciplinas que integran las ciencias sociales en el país. Mi idea es que en tales libros o ensayos se observa, más bien, una continuidad teórica y metodológica que llevó a una sesgada lectura del país, a pesar de las advertencias que nos hicieron de estar renovando el conocimiento de la sociedad peruana.

Un poco de contexto es necesario para entender el rumbo que tomaron las investigaciones dentro del recién fundado centro de investigaciones. Por eso, el primer acápite lo inicio con una revisión bastante breve de aspectos relacionados con la situación del país, para continuar con los objetivos que orientarían el accionar de la naciente institución en medio de una época de trascendentales cambios. Esto es una condición para sus trabajos, lo cual va a expresarse en las líneas de investigación con sus correspondientes proyectos, y en las publicaciones que pusieron al servicio de las comunidades académicas locales e internacionales.

Aquí es donde se inscriben los trabajos que analizo, pues en ellos observaré el grado de influencia obtenido por el funcionalismo en las ciencias sociales del Perú. Los primeros son del antropólogo José Matos Mar, miembro fundador y director del IEP durante casi 20 años, pues su libro *Las barriadas de Lima*, publicado por primera vez en 1966 y su ensayo *Dominación, desarrollos desiguales y pluralismos en la sociedad y culturas peruanas*, trabajo contenido en *Perú problema. Cinco ensayos*, y cuya primera edición data de 1968, son objeto de mi revisión. Lo que me animó a realizar este análisis fue constatar, primero, las cercanías disciplinares entre etnología, antropología y sociología que muestra el autor, para luego observar la fuerte presencia del estructural-funcionalismo en los análisis adelantados por el primer director del Instituto.

En el acápite dos hice una revisión de los primeros trabajos publicados en el país por el antropólogo de formación y doctor en sociología, Julio Cotler Dolberg. La mecánica de la dominación interna, ensayo contenido en el libro titulado *Perú problema y Actuales pautas de cambio en la sociedad rural del Perú*, un ensayo donde se dio continuidad como ampliación y complemento del anterior. *Pautas de cambio* apareció publicado por primera vez durante 1969 en *Dominación y cambios en el Perú rural. La micro-región del Valle de Chancay*, un libro que reúne una serie de trabajos

adelantados por miembros del IEP en cooperación con investigadores provenientes de la Universidad de Cornell.

En este libro resulta interesante constatar las temáticas incorporadas en su contenido, pues allí se tuvo también la suscripción de pautas metodológicas para las investigaciones de campo, el pluralismo cultural, la estructura agraria y el desarrollo rural. Quisiera finalizar diciendo que en los ensayos escritos por Julio Cotler es notoria la presencia del estructural-funcionalismo, pues los conceptos que maneja, así el autor no haga expresas sus definiciones ni la escuela desde la cual escribe, traslucen una lectura e interpretación no muy distante del paradigma que por entonces dominaba en las ciencias sociales, de manera particular en el campo de la sociología.

Resulta claro que para el debate que se puede generar en los escenarios donde se realizan el saber y el poder, entendiendo que la administración de las disciplinas por medio de su institucionalización e independientemente de que se haya producido en las universidades o en los centros de investigación, de manera casi implícita conllevan una relación de poder, he considerado debatir alrededor de los temas ya mencionados, los cuales pocas veces han sido confrontados desde epistemes y paradigmas distintos a los que ha dominado la academia. En tal sentido, inicio la exposición de todo este grupo de ideas, reconociendo que muchas de ellas son prestadas y otras producto de una reflexión que busca la forma de ser propia.

Capítulo primero

La modernidad para el Perú: primeras lecturas desde el pensamiento social y político

*El positivismo, maestro de la nueva vida,
exigía al Perú nuevos hábitos de pensamiento,
otra mentalidad.
Francisco García Calderón*

En este capítulo muestro aspectos contenidos en el interesante debate entre intelectuales y políticos tenido en las dos primeras décadas del siglo pasado, sobre temas que involucraban la transformación del país. Parte de los comprometidos en el debate pertenecieron a la clase gobernante, los cuales haciendo uso de estos vínculos y formación académica o profesional que habían alcanzado, pensaron e implementaron el primer proyecto modernizador en el país. Fue un intenso debate donde se incluyeron variables de lo más diversas, destacándose, por ejemplo, el papel que jugarían la educación, la ciencia y la diversidad racial en el proyecto de nación que enarbolaban, así como la herencia hispana en la formación de una república neocolonial.

La presentación del debate lo hago en dos acápites. En el primero, paso revista de la misión y las funciones atribuidas a la educación, en los momentos constitutivos de la primera forma de estado moderno que tuvo Perú, el oligárquico. En este acápite también muestro que la organización de un sistema educativo a comienzos del siglo XX, fue parte de un proyecto donde quedó establecido que su ejercicio llevaría a la adecuación para el trabajo práctico y la rentabilidad económica. Además, sentaría las bases para la difusión de los principios racional-nacionalistas entre la población, los cuales obviamente contribuirían en la formación de una sociedad moderna con su correspondiente estado-nación. El intelectual más destacado durante este primer momento fue Manuel Vicente Villarán, quien como se verá propuso una profunda reforma de la educación básica y la educación superior, al lado de personalidades como Javier Prado y los gobernantes de aquel entonces como Eduardo López de Romaña y José Pardo.

En el acápite dos, profundizo en algunas de las primeras descripciones que se hicieron desde el positivismo, llevando a la formulación de ideas algo más acabadas sobre temas que luego adquirieron mayor relevancia, conforme desde el orden

oligárquico se fue trazando el camino para avanzar hacia la modernidad. Las primeras lecturas de la diversidad racial, por ejemplo, condujo a que aparezca el problema de las razas entre sus intereses y diagnósticos basados en un abierto evolucionismo. Francisco García Calderón es el representante que reviso aquí, para lo cual trabajo con cierta profundidad dos de sus libros por considerar que allí se encuentran lecturas no sólo más extensas sobre el Perú, sino de manera real fueron mucho más reflexivas sobre el tema de las razas y su negativo impacto para el progreso del país. De igual manera, introduzco el debate sobre un tema que por aquel entonces convocó a muchos intelectuales y políticos pertenecientes a la elite oligárquica: la herencia colonial.

1. Los fundamentos del progreso. Sistema educativo y modernización

A inicios del siglo XX, distintos medios políticos e intelectuales desarrollaron en su interior interesantes debates académicos o ideológicos sobre diversos temas. Filosofía, sociedad y política eran de los preferidos para los participantes en las discusiones y tertulias, libros o revistas, pues era la transformación del país lo que más les interesaba. Además, se partía de un consenso que unificaba los criterios, pues concordaban que tan elemental organización de la sociedad había condicionado un tipo de nación poco propicio para avanzar en el progreso del país, a lo cual debía sumársele la fragilidad de las instituciones estatales. En el tránsito hacia un sistema político y régimen económico de carácter liberal, la educación tomó una ubicación relevante dentro del proyecto modernizador, pues recibió la tarea de impulsar la creación de un nuevo espíritu nacional.

Ahora bien, ¿qué se dijo e hizo con la educación en sus distintos niveles y el proyecto de nacionalización del país? Es obvio que un escaso porcentaje de niños y jóvenes accedían a la educación en sus distintos niveles, pero un primer diagnóstico estableció que el real problema no era la exclusión sino su anacronismo, pues se basaba en un modelo y conjunto de instituciones poco acordes a la época de cambios que se estaba viviendo. Es así que desde ese momento, las propuestas en abstracto dejaron de tener importancia pues el modelo pedagógico sugerido, logró articularse con el discurso y la voluntad política suficiente para alcanzar la redención moral del país, por medio de un cuerpo físico destinado al trabajo y la producción, en un nuevo cuerpo social donde sus integrantes actuarían mediados por la razón pues, tarde o temprano, esta terminaría por imponerse.

Tal como lo señaló Eduardo López de Romaña, “La escuela estaba destinada a perdurar, a crecer, a formar promociones sucesivas de hombres laboriosos, serios, sanos y patriotas” (Basadre 1949, 348). ¿Quién fue Eduardo López de Romaña? Pues el primer ingeniero en gobernar el Perú luego de casi 8 décadas de vida independiente, años en los que habían predominado como gobernantes los caudillos militares y los doctores en jurisprudencia. Sus estudios superiores los realizó en *Stonyhurst* y en el *King’s College* de Londres, para luego desempeñar su actividad profesional en la India y Brasil, adquiriendo así una cosmopolita formación también laboral. Como presidente entre 1899 y 1903, dio un primer impulso a la educación por medio de una política que no estuvo exenta de contradicciones.

En 1901 promulgó la Ley Orgánica de Instrucción basada en el sistema organizativo y modelo pedagógico francés, quien promovía el tradicional universalismo de la civilización occidental, mientras que al año siguiente pasó a organizar la educación secundaria por medio de la Ley Orgánica de Educación, influenciada por los modelos educativos anglosajones. Estos últimos, por ejemplo, habían considerado que la secundaria debería durar tan solo 4 años, y organizarla con el pragmático objetivo de alcanzar “la enseñanza elemental y [darle un] sentido práctico de los conocimientos generales de la vida social” (Basadre 1949, 349).

El mismo año de 1901, el presidente López de Romaña en compañía de expertos belgas fundó la Escuela de Agricultura, en la actualidad es la Universidad Nacional Agraria, con la intención de preparar ingenieros agrónomos para que trabajaran en las haciendas azucareras y algodoneras de la costa peruana. A primera vista se puede decir que durante sus 4 años de gobierno, la política educativa estuvo orientada a organizar instituciones cuyo objetivo fuera contribuir a la difusión del conocimiento científico, en momentos donde la educación no tenía el carácter de universal y gratuita pues el estado no estaba obligado a otorgarla.

El abogado José Pardo gobernó entre 1904 y 1908 con la decisión de continuar la política implementada por su antecesor, y así adelantó importantes medidas relacionadas con el campo educativo, cosa que además que le permitía mantener un compromiso con la tradición humanista y librepensadora adquirida por los intelectuales de la oligarquía. Durante su gobierno se intensificó la fundación o reforma de instituciones de educación superior o técnica, pues organizó en la Universidad de San Marcos las facultades de ciencias naturales, matemáticas y la

Facultad de Historia, Filosofía y Letras. Al mismo tiempo, impulsó la organización del Instituto Histórico Nacional y el Museo de Historia Nacional.

En 1905 reabrió la Escuela Nacional de Artes y Oficios, la cual había permanecido cerrada desde el inicio de la guerra con Chile en 1879. La escuela fue destinada a otorgar títulos de carpintería, ebanistería y en construcción, pero también se dedicó a impulsar la ingeniería mecánica naval con becas otorgadas a sus primeros egresados para que puedan estudiar en Inglaterra. Por último, Pardo decidió la escuela nocturna para los obreros, trasladó la educación básica al gobierno central bajo el nombre de Dirección General de Instrucción Primaria, además de haberla declarado gratuita y obligatoria. Como una forma de fortalecer la educación básica por medio de un incremento en su calidad, fundó instituciones dirigidas a formar maestros como la Escuela Normal de Varones y reorganizó la Escuela Normal de Mujeres, con una clara predilección por los modelos educativos y administrativos anglosajones (Fonseca 2002, 186).

La política educativa que se implementó durante los gobiernos de López de Romaña y José Pardo, estuvo basada en la creación de instituciones que aportaran al mejoramiento de la calidad en la educación, y como veremos en las siguientes páginas, buscó sobre todo difundir el espíritu científico entre distintos sectores de la sociedad, por medio de los distintos niveles que forman parte del sistema. Así se entiende que le diera impulso a carreras profesionales dirigidas a introducir cambios en la relación que los sujetos hubieran construido con la naturaleza, por ejemplo el papel asignado a las ciencias naturales a través de la agronomía o veterinaria, o ciencias exactas por medio de las distintas ingenierías. Después de todo, la experiencia reciente demostraba que el principio de la destrucción creadora incorporado en el proyecto moderno, había contribuido en la transformación del sistema productivo en los países industrializados, sin importarles demasiado las mutaciones del lugar donde se producían.

Como ha sido tradicional en los lugares del mundo donde gobernantes e intelectuales llegan a constituirse en receptores de modelos, puede ser de manera voluntaria por su adscripción ideológica o algo más forzado por las condiciones impuestas desde el exterior en medio de la oleada modernizadora, en el Perú de comienzos del siglo pasado se dieron pasos acelerados con la intención de formar un tipo de ciudadanos y profesionales más cercanos a los objetivos de la nación. Por eso se entiende la fundación de nuevas instituciones educativas o reforma de las existentes,

pues se hizo pensando en que tanto los nuevos profesionales como los que se iban capacitando en las escuelas técnicas o secundarias, orientarían sus intereses hacia las necesidades y condiciones establecidas por el estado conforme sus dirigentes buscaban hacerlo nacional y moderno.

Son momentos en que la nueva institucionalidad educativa conlleva el ingreso de prestigiosos académicos en su dirección, quienes con su formación buscaron entender el entorno local desde teorías ya posicionadas como de alcance universal. Justo en momentos que el conocimiento del cual eran portadores, estaba ya institucionalizado en centros de educación superior y de investigación en sus lugares de origen, también dentro del país quedó establecido que se debía contar con las instituciones necesarias y la infraestructura mínima para desde allí difundirlo entre la mayor parte de la población.

Estos primeros pasos de la educación dentro del proyecto modernizador, llevó a que las expresiones peruanas del conocimiento científico, trasladaran a las instituciones su interés por difundir lo aprendido en otras latitudes, partiendo del supuesto racionalista que público receptor había por la natural ansia de saber existente, sobre todo entre la juventud. Por lo mismo, se hizo necesario y estuvo plenamente justificado relanzar la búsqueda y organización de la identidad nacional, por medio de lo que denominaron el enriquecimiento del espíritu nacional.

Fue en estos términos que ya en la primera década del siglo pasado, se hizo pública la propuesta de reforma de la educación elaborada por el académico y político Manuel Vicente Villarán, un caso de intelectual quien sin pertenecer a la elite del país, logró posicionarse en la política nacional por virtudes igualmente valoradas dentro de la oligarquía, en su caso fue la formación adquirida por el esfuerzo propio más la tradición jurídica fundada por su padre. Se graduó en 1908 de bachiller y doctor en ciencias políticas y administrativas con trabajos titulados *El factor económico en la educación nacional* y *La educación nacional y la influencia extranjera*, además de contar ya con el título de doctor en jurisprudencia otorgado por la Universidad de San Marcos en 1895. Se desempeñó como Ministro de Justicia, Culto e Instrucción durante el primer gobierno de Augusto B. Leguía, luego fue senador entre 1917-1918 y rector de la universidad donde había estudiado.

Villarán fue un intelectual de formación positivista, empeñado en implementar las reformas que según su forma de pensar, eran ya impostergables para la transformación del país. Su obra ha sido considerada una propuesta dirigida a la

superación en los modelos educativos de aquellos contenidos y metodologías anquilosadas en la escolástica medieval, la que fuera implantada durante el período colonial además del humanismo procedente de la época del renacimiento, diría que es más el antropocentrismo y androcentrismo propio del proceso que conlleva la formación del pensamiento moderno. Por último, se hizo necesario diferenciarse del romanticismo que acompañó el surgimiento de la ilustración, pues aquel había devenido en un fundamento muy sólido para los sectores conservadores del país.

Estos tres antecedentes habían llevado al establecimiento de una forma de transmisión del conocimiento basado en la retórica. Entendida como una forma de discurso vacío, actuaba al interior de un sistema educativo basado en instituciones con escasa conciencia de su función e inadecuadas normas morales, como para que condujeran al individuo por los caminos del progreso. Fue así que Villarán, jurista y pedagogo reconocido por la historiografía nacionalista como fundador de la educación moderna en el Perú, se encargó de legitimar el uso de la ciencia dentro de un nuevo modelo educativo para este período. Por ejemplo, en el discurso pronunciado ante los asistentes al Tercer Congreso de Estudiantes Americanos, actividad organizada por la Universidad de San Marcos y que se llevó a cabo en Lima en 1912, señaló que:

No olvidemos que las universidades latinoamericanas tienen una misión nacional dentro del orden científico. En nuestras aulas debe estudiarse nuestra geografía, nuestro cielo, nuestra raza, nuestra historia, nuestra política, nuestras instituciones. Tópicos nacionales de esta índole, ponen en consorcio la ciencia y el patriotismo, concilian el amor a la verdad con el interés por el bien público (Villarán 1980, 108).

Ahora bien, se deja establecido que la organización de la universidad en América Latina fue parte integrante de un proyecto educativo pensado como soporte para el progreso de la sociedad, en tanto aportaba a la construcción del siempre deseado, pero escasamente realizado estado-nación, y aquí parafraseo al filósofo chileno-alemán Norbert Lechner. Por su lado, el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos ha señalado que la creación de universidades públicas, en el sentido convencional de la palabra, se hizo sobre la base de “proyectos nacionales de desarrollo o de modernización protagonizados por el Estado”, con los cuales fuera posible lograr la “cohesión del país como espacio económico, social y cultural”, mientras que con la organización de los estudios humanísticos, se incluyen las ciencias sociales en esta categoría, se pensó en darle “consistencia al proyecto nacional, crear el conocimiento y formar los cuadros necesarios para su concretización” (2005, 29).

Sobre este último tema, y recurriendo al diagnóstico elaborado por el filósofo francés Jean François Lyotard acerca de la situación del saber en la Francia posmoderna, Santiago Castro-Gómez desde Colombia evalúa como se hizo necesario avanzar en la institucionalización del conocimiento, en tanto integrante de distintos proyectos dirigidos a construir un espíritu nacional. Es bien conocido que el nacionalismo es una ideología originada en el periodo posrevolucionario europeo de inicios del siglo XIX, donde parte importante de sus principios llegaron a ser fundamentales en el proceso con que se organiza la modernidad. El nacionalismo ocupa un lugar destacado al lado del liberalismo, el conservadurismo o el socialismo en la formación de tal tipo de estado. Es también uno de los meta-relatos y de cuyo agotamiento dio cuenta la teoría del posmodernismo hace ya cuatro décadas. A partir del estudio de la experiencia alemana durante el primer tercio del siglo XIX, Lyotard habló de dos grandes meta-relatos usados de manera frecuente en la legitimidad de los compartimentalizados conocimientos transmitidos por las pedagogías de la modernidad (en Castro-Gómez 2007, 80).

El primero sería el de la educación del pueblo mediante la difusión de la técnica, donde formar técnicos llegó a ser uno de los objetivos nacionales pues el modelo había dejado establecido que todas las naciones “tienen derecho a gozar de las ventajas de la ciencia y la tecnología, con el objetivo de “progresar” y mejorar las condiciones materiales de vida para todos [...] La universidad debe ser capaz de formar [...] una serie de personajes dotados de capacidades científico-técnicas para vincularse al progreso material de la nación”. El segundo meta-relato es aquel que le dio igual importancia al progreso moral, lo cual se buscó afanosamente con la difusión del conocimiento utilizando la educación. El lugar en el que se empezó a impartir de manera preferente fue en las universidades, pues entre sus funciones estaba: formar humanistas, sujetos capaces de “educar” moralmente al resto de la sociedad. [...] busca formar los líderes espirituales de la nación. [...] funge como el alma máter de la sociedad, porque su misión es favorecer la realización empírica de la moralidad” (en Castro-Gómez 2007, 81).

Esta no dejaba de ser una utilitaria misión, pues incorporó mecanismos dirigidos a subalternizar todos aquellos sujetos que realizaban actividades económicas propias de su clase social, las cuales se materializan ya sea en el obrero o el empleado vía el cumplimiento de un horario y el desempeño de una función muy determinada dentro de la división capitalista del trabajo. La subalternización de actividades y roles

fue natural al nuevo modelo dentro de las fronteras nacionales en que se originó, pero lo fue también en las fronteras epistémicas imperiales por medio de la dominación y el control ejercido sobre los disminuidos saberes locales.

Retomando el parecer de Manuel Vicente Villarán, para este pedagogo positivista y firme partidario del progreso para el país, la universidad estaría encargada de difundir la educación en un nivel superior, pero además aparecía destinada a encontrar las posibles soluciones a los problemas del Perú, pues tenía “la virtud de acabar con cierto espíritu de individualidad anárquica que las propensiones ancestrales, los accidentes históricos y hasta las causas físicas han venido acentuando en los hombres de esta región del mundo” (106). El modelo que Villarán propuso, establecía que la educación científica era el mecanismo más idóneo para cambiar los hábitos y costumbres que permanecían entre la población. Por ejemplo,

La ciencia [...] es la luz, la razón, la calma, la paz que necesitamos para la fundación de nuestras instituciones nacionales. Es el antídoto de la verbicultura, de la ideología, del diletantismo intelectual; la ciencia es la riqueza, es el poder; es el ennoblecimiento del espíritu por su ascenso a regiones donde apenas llegan debilitadas, las sollicitaciones del apetito, los gritos del egoísmo (1980, 110).

El contexto histórico en que van surgiendo estas propuestas es bastante interesante, puesto que se veía precedido por un proceso de transformación intelectual vivido en Europa primero y América el Norte después, basado sobre todo en la fundación de nuevos centros de educación superior y la reorganización de las carreras profesionales ya existentes. Tanto las nuevas universidades como los centros de investigación que empezaron a fundarse, de la misma forma que los contenidos incorporados en los proyectos de profundización y difusión del conocimiento, debía contribuir a la implantación de la ciencia entre específicos sectores sociales y etarios, sobre todo jóvenes pertenecientes a las capas medias y altas. Así es como se contribuyó a la construcción de un imaginario modernista entre la elite de los países occidentales, y algo parecido se buscó entre las elites de los países que se ubicaban en la llamada periferia del sistema.

La versión peruana del positivismo trasladaba hacia lo local, su interés por propagar lo aprendido, público receptor había por la natural ansias de saber que tenía la juventud. Por lo mismo, era necesario reforzar una voluntad que ayudaría al fortalecimiento de la identidad nacional, pues si el proyecto alcanzaba los objetivos establecidos, el espíritu de la nación se enriquecería. Es en esos términos que la

educación superior llegó a ser considerada por Villarán como la posible solución a los ancestrales problemas del Perú:

... la universidad tiene la virtud de acabar con cierto espíritu de individualidad anárquica que las propensiones ancestrales, los accidentes históricos y hasta las causas físicas han venido acentuando en los hombres de esta región del mundo. Todo ha cooperado a fomentarlo: la variedad de razas y de climas, el regionalismo, la dificultad de las comunicaciones en inmensos y fragosos territorios, los efectos disolventes de la libertad conquistada sin preparación bastante para el gobierno propio, la supervivencia de hábitos de anarquía adquiridos bajo las dictaduras militares y hasta en fin, ciertos antecedentes de abolengo que parecen dificultar la asociación, la cooperación, la facultad de eclipsar nuestra personalidad en la totalidad anónima de las obras comunes (Villarán 1980, 106).

De la misma forma, si tenemos un contexto intelectual caracterizado por la predominancia del optimismo vía la idea de progreso, el cual se expresaba en ideologías que permitían definir el futuro en una especie de profecía por realizarse de manera racional y científica, no había más que tomar las decisiones correctas para alcanzar lo imaginado. En todo caso, lo apologético que encuentro en el discurso de Villarán, está basado en el ensalzamiento de la ciencia y su importancia en la configuración de un orden político y moral interior, bastante distinto al que se tenía.

De igual manera, y con la expresividad de tipo barroco en que se comunicaba, es posible observar una posición frente a la retórica que según su parecer aún dominaba el escenario académico, digamos los distintos centros de educación fundados o reorganizados en la década anterior a su discurso, a pesar que fueron pensados como instituciones impulsoras del progreso. Cierro esta parte señalando que Villarán presidió la comisión encargada de elaborar la Ley Orgánica de Educación durante el segundo gobierno de Augusto B. Leguía, para lo cual contó con el apoyo de una misión pedagógica estadounidense (Fonseca 2002, 186), y que fuera promulgada en 1920 en momentos que el proyecto modernizador dentro del país, recibía un fuerte impulso con medidas reformistas como aquella ley.

En esa misma línea de argumentación se tiene a Javier Prado y Ugarteche. Hijo de un expresidente y hermano mayor de otro, se formó en un colegio jesuita y adelantó sus estudios superiores en la Universidad de Lima, donde se graduó como bachiller y doctor en jurisprudencia con una tesis laureada por haber presentado ideas muy avanzadas y que impresionaron a los lectores, pues se le consideró una aplicación muy original del método positivo al derecho penal en el Perú. Es reconocido también por iniciar los estudios científicos en el Perú, a raíz de haber utilizado referentes de carácter empírico en sus investigaciones.

Intelectual y político que asumió el método y la doctrina positivistas, llegó a Senador de la República en 1907, y concluyó esta primera parte de su carrera política como Ministro de Gobierno y de Guerra en 1910. Javier Prado también fue rector de la Universidad de San Marcos entre 1915-1921, periodo en el cual fundó el Museo de Antropología y Arqueología y el Museo de Historia Natural. Preocupado por la difusión de la ciencia en sus múltiples expresiones, en un ensayo titulado “Estado social del Perú” consideró la importancia que tenía el:

educar mediante el trabajo, la industria ‘que es el gran medio de moralización’. No hay nada más que elevar el carácter del hombre actual, que lo haga más respetuoso de las leyes y del orden social, que lo haga interesarse más íntimamente, por el porvenir del país, que lo haga ser más práctico y prudente, que la riqueza sea adquirida por medio del esfuerzo personal (Prado 1980, 334).

Aquí es posible hablar de un discurso académico que se produce en un contexto caracterizado por el predominio de la idea de progreso, el cual estaba incorporado en ideologías que permitían ver y alcanzar el futuro, en una especie de profecía por realizarse de manera racional y científica. La llegada del nuevo siglo proveyó las imágenes capaces de alentar tales ideas, y que al expresarse en realizaciones materiales de envergadura generaron un entendible entusiasmo entre los integrantes de la clase gobernante. Entonces, se argumentaba desde el nuevo modelo pedagógico que la educación científica regenera, pues otorga criterios morales nuevos y superiores, pues crea principios de laboriosidad del cual no es portadora la mayor parte de la población del país.

En momentos que la pedagogía se encargaba de legitimar la transformación del orden interior, en el Perú empezó a diagnosticarse la existencia de poblaciones donde había numerosos cuerpos domesticados por la tradición, escasos de voluntad por ser débiles de espíritu, adormecidos físicamente por el clima y las costumbres. Enterados de la existencia de estos problemas, Manuel Vicente Villarán y Javier Prado propusieron la adecuación del cuerpo y las mentes por medio de la educación para el trabajo, y así proyectaron conseguir personas aptas en los sentidos físico y moral como condición para avanzar en el camino trazado.

El objetivo fue alcanzar cuerpos dinámicos por medio de una política dirigida a quienes habían sido constituidas en razas inferiores desde el momento de la conquista, pues así abandonarían la pereza y apatía que las caracterizaba. La educación para el trabajo produciría sujetos disciplinados con lo cual se obtendría el adecuado

funcionamiento de la sociedad. No sorprende, entonces, que Javier Prado en su posesión como Rector de San Marcos, hablara de la necesidad que tenía el país de:

propagar la religión del trabajo, que da vigor, independencia y dignidad personal y que convierte sus energías en fuentes de fecunda actividad para la vida y progreso de una nación. El hombre en contacto directo con la realidad se hace fuerte, adquiere la percepción clara de las cosas, el equilibrio físico y moral y la conciencia de su esfuerzo y de su personalidad. El trabajo brota de las fuentes mismas de la vida y es salud del cuerpo y alegría del alma (1980a, 119).

Prueba de esto fue el empeño mostrado por los primeros gobiernos de la república oligárquica, en organizar un sistema educativo donde la mayor parte de la población ya constituida en atrasada, fuera formada en los nuevos hábitos y contribuyera más activamente en la transformación del país. Es por eso entendible que el proyecto educativo fuera parte de la propuesta por formar personas normales en lo mental y corporal, pues la educación fue vista como el medio para acceder a formas de conocimientos superiores, pero también facilitaba la configuración de un cuerpo como objeto para avanzar hacia la modernidad, un cuerpo capitalista como diría Michel Foucault. Los impulsores del proyecto aceptaron que la educación científica, técnica y moral, sumada a una nueva física podía producir el sujeto racional propicio para impulsar aún más los cambios dentro del país. Una vez más, la necesidad de realizar los deseos condicionó la búsqueda por transformar la realidad.

La coyuntura en que se sientan las bases del nuevo sistema educativo y la universidad moderna en el Perú, posibilitó que las instituciones recién creadas tuvieran la tarea fundamental de implantar la (con)ciencia, la técnica y una nueva moral entre específicos sectores etarios, se destacaban los niños y jóvenes, pero sobre todo quienes habitaban en las ciudades. No descartemos las escuelas nocturnas para el proletariado fabril y las clases populares urbanas, como el papel de las órdenes religiosas en la educación laboral dada sobre todo a las mujeres.

En medio de un proyecto político como la modernización exclusionaria, acompañado de su particular forma de entender y construir la nación, la oligarquía pensó que faltaba organizar un sistema educativo que potenciara la transformación que se estaba viviendo.³ Sobre la base de contar con niños y jóvenes, educados y entrenados en el conocimiento y valores renovados, era posible acelerar el tránsito

3. El concepto de modernización exclusionaria está más explicado en Aldo Olano, "Imaginario modernizantes en América Latina", en *América Latina. Herencias y desafíos* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2003).

hacia ella, estableciendo también las condiciones para su sostenimiento, pues se generalizó la idea de que la educación estaba destinada a perdurar.

Así, puedo afirmar que a inicios del siglo XX, en el Perú se tuvo un ambiente donde un significativo número de intelectuales y políticos ya habían incorporado una perspectiva dicotómica en la interpretación de su entorno, en consecuencia, el país empezó a ser leído con los principios de la ciencia. Al sostenerse en las ideas dominantes de ciencia y progreso, se puede entender porque llega a consolidarse como el método que otorga estatus racional a las ideas producidas localmente. Es lo que induce a plantear que el pensamiento social y político de la época, en su autocontenida diversidad claro está, estuvo fuertemente influido por el método y la doctrina dominante.

Aquí es necesario recalcar que el positivismo desde sus orígenes más comtianos, se relacionó ideológicamente con el progreso, lo cual lleva a que sea no sólo un método de investigación, sino que se asume también como una doctrina. Esto nos hace pensar que como producto ideológico, otorga la seguridad necesaria para iniciar el camino transformador, sin importar demasiado las reales condiciones en términos materiales y culturales en que se desenvolvía la mayor parte de la población.

Son estas las razones que inducen a pensar en que sectores de la oligarquía, pensaron y le apostaron a la transformación de la realidad nacional de manera muy similar a como se había hecho en Europa o en Norteamérica. Se apoyaron en los principios ideológicos considerados como los más avanzados y propugnaron el modelo de desarrollo hegemónico de aquel entonces. Asimismo, asumieron la posibilidad de transformar economía, política y sociedad apoyando los elementos dinamizadores que la nueva era traía consigo, pues consideraron que la educación para la ciencia y el trabajo contribuiría a cambiar las mentes y los cuerpos de las personas que compartían el territorio, tratando de imponer la nueva subjetividad que el proyecto modernizador demandaba.

En tal sentido, considero a ciertos intelectuales de la oligarquía como un grupo en donde los conflictos y diferencias en su interior, separan a los que se nutren de las ideas de progreso y se ilustran con el conocimiento producido en el llamado occidente civilizado, de los que siguen aferrados al pasado colonial. Los primeros optaron por el modelo cultural supuestamente más avanzado, y pretendieron constituirse como alternativa modernizadora utilizando los argumentos que les proveía la racionalidad europea en su versión instrumental. Los segundos, conservaron su forma de ver y

entender el mundo de acuerdo con cánones que rápidamente perdían vigencia, la tradición ibérica, lo cual no les impidió formar parte del pacto oligárquico hasta su desaparición.

1. Raza y nación en el proyecto oligárquico. La obra de García Calderón

En este acápite se verá la incorporación en el análisis de la realidad interior, de diversas teorías con las cuales se ordena, jerarquiza y relaciona el progreso con el factor raza. Es por ejemplo la llegada de Montesquieu, una de cuyas ideas tuvieron mucha aceptación cuando asociaba climas templados con el orden político y climas tropicales como favorables al despotismo, dando así fundamento a conceptos muy propios de la exterioridad que define un continente salvaje, o convierte a civilizaciones enteras en pueblos primitivos. Páginas más adelante se observará con detenimiento, como la negación de diversas civilizaciones alcanzó un carácter racional dentro del Perú a comienzos del siglo XX, cuando en las lecturas realizadas y en las instituciones fundadas con el objetivo de contribuir en la regeneración del país, se posicionan un conjunto de principios, ideas, normas, valores propios del horizonte cultural y civilizatorio de la modernidad.

Sobre este último tema, el educador ecuatoriano Patricio Noboa ha considerado que al interior del horizonte mencionado, y con su intervención desde inicios del siglo XVI en América Latina, quedaron fijados en la trayectoria histórica del continente, elementos como la misión civilizadora y la visión homogeneizadora, para que entre ambas pudieron hacer funcionar y prolongar la existencia de tal horizonte mediante un sistema de exclusión y negación afincado en el estado (Noboa 2005, 80).

Justo en momentos que las clases dominantes al interior del país, por primera vez se había tomado algo más en serio la organización política y económica, se utilizaron múltiples criterios obviamente inscritos en la epistemología del occidentalismo. Pero no era suficiente tener el estado medianamente organizado o haber logrado una reinserción exitosa en el sistema económico internacional, y por eso es que se impulsaron proyectos relacionados en distintos campos, como el de la educación que revisamos en el acápite anterior. Puesto que también se hizo necesario aportar en la organización de la nación, el Perú requería de un conocimiento algo más profundo para así elaborar proyectos de transformación que, al final de cuentas, era el

objetivo principal. Por y para ello se hizo relevante estudiar el papel de la cultura y las razas en dicho proceso.

Con la temprana institucionalización de estos conceptos ya sea en el campo de la academia o en el de la política, se adelantó la incorporación del país en la definición dominante de civilización, la misma que abarcaba las variables cultura y raza en el sentido más reduccionista que se les pudiera dar. Aquí se unieron estudiosos de la ciencia, pensadores, dirigentes políticos y entre todos ellos asumieron en sus lecturas una continuidad de personajes, eventos e interpretaciones constitutivas de un tipo de conocimiento, el moderno, de una forma de pensar, el racional, y que está geopolíticamente referido como europeo occidental. Más adelante haré notar el agravamiento del exilio interior entre las elites académicas y políticas actuantes a escala local, sobre todo cuando entre la mayor parte de ellas se estableció, que la única alternativa para resolver los problemas del país, era indispensable seguir el camino por el que había transitado Europa Occidental.

Si aspectos de la ideología iluminista y la tradición jurídica de origen napoleónico, fueron los referentes que dieron forma a las instituciones republicanas luego de la independencia, lo cual indujo también a establecer una división del territorio en departamentos o incorporar los códigos como base del ordenamiento legal interior, un debate importante se tuvo entre los miembros de la elite oligárquica empezando el siglo XX, al ser partidarios de distintas ideologías con las cuales alimentaron sus proyectos. Intelectuales y políticos peruanos al igual que sus pares en distintos sitios de América Latina, pensaron que “los nuevos criterios científicos eran la única esperanza de traer ‘orden y progreso’ a las repúblicas emergentes” (Larraín 1996, 45).

Viviendo en un contexto caracterizado por el optimismo, era innegable el predominio de la idea de progreso en medio de su *Belle Epoque* y siendo fieles a las doctrinas que profesaban, los conductores del país se plantearon tres grandes objetivos: fortalecer el orden político por medio de nuevas atribuciones que se le iban otorgando al estado, a la vez de incrementar sus capacidades claro está, avanzar con la inserción del país en el sistema económico internacional a partir de una mayor apertura económica y, tercero, la regeneración física y moral de la sociedad por medio de una educación para el trabajo en manos del estado, nacionalista y moderna. Con el nuevo proyecto intelectual y político se generó un obvio, pero a la vez excesivo entusiasmo entre círculos académicos y conductores del estado.

A continuación, se verá que la exaltación del carácter racional en el conocimiento producido en Occidente, y los supuestos cambios incorporados por los individuos occidentales en su vida cotidiana, condicionaron que estas primeras lecturas llegaran a conclusiones claramente dualistas de la situación del Perú. Era básicamente la existencia de dos mundos que coexistían dentro de un mismo territorio: el tradicional y el moderno, donde ambos estaban separados por brechas de distinto tipo, políticas, sociales, culturales y raciales, las cuales se hizo necesario reducir con la utilización del instrumental teórico-institucional contenido en el occidentalismo, sin cuestionar claro está los mecanismos de segregación allí presentes. Un determinismo racializado se hizo presente para explicar no las diferencias entre las culturas, sino para inculpar de los problemas nacionales a las llamadas razas inferiores.

Ahora bien, las dificultades materiales y subjetivas con que al inicio tropezaron las ideas del progreso dentro del país, no desanimaron a quienes deseaban cambiar el orden interno, pues existían otros factores que sabiamente aprovechados podían potenciar los cambios. Según quienes lo argumentaron, el progreso era inevitable puesto que formaban parte de la raza o civilización dominante, lo cual me lleva a considerar algunos factores con los cuales entender esta fidelidad más allá de la pertenencia o no a la elite económica. Los considerados miembros locales de la civilización más avanzada, se incorporaron en el proyecto dirigido a modernizar el país, sobre todo por la adscripción y la utilización de un tipo de ciencia y pensamiento, de los cuales se derivaron las primeras lecturas que hicieron del país.

Diversas personalidades insertas en los círculos académicos e intelectuales durante aquellas dos primeras décadas, además de tener influyentes ramificaciones familiares entre los gobernantes del estado oligárquico, se preocuparon por elaborar propuestas que les permitieran acercarse al objetivo mayor, incorporando puntos de vista que cuestionaron de manera muy seria, la presencia y los referentes formativos de las civilizaciones originarias y los descendientes de pueblos africanos. Al realizar la lectura de algunas interpretaciones del Perú hechas en las primeras dos décadas del siglo pasado, vimos algunas en el acápite anterior, resultó sencillo comprobar que en su mayoría aceptaron principios básicos de la ciencia, y del pensamiento político y social del occidentalismo, con lo cual se entiende que alcanzaran conclusiones muy similares. Por ejemplo, que la diversidad racial era un impedimento en el logro de la nación, la modernización de la economía y el adecuado funcionamiento de la sociedad.

Se puede afirmar que la interpretación dualista empezó por caracterizar las diferencias existentes dentro del país, recurriendo a los más elementales principios evolucionistas. Referentes que fueron objeto de su crítica radical y que involucraban innumerables seres humanos en su particular forma de ser sujetos, que sin ser superiores o inferiores habían construido subjetividades harto diferentes a los utilizados en la elaboración de las teorías con que se pasó a leer y diagnosticar el Perú. Fueron aquellos que desde un crudo dualismo estructural, pasaron a considerárseles como premodernos, arcaicos, primitivos o tradicionales, dando origen a un punto de vista muy generalizado en los círculos académicos y políticos de aquel periodo, donde no se tuvo en cuenta que:

La diferencia genética [...] no puede ser usada para diferenciar un pueblo de otro. La raza es una categoría discursiva no biológica. Es decir, es la categoría organizadora de aquellas maneras de hablar, de aquellos sistemas de representación y de las prácticas sociales (discursos) que utilizan un conjunto suelto y a menudo no-específico de diferencias en las características físicas [...] como marcas simbólicas a fin de diferenciar un grupo de otro en lo social (Hall 2010, 386).

En los próximos párrafos quisiera hacer notar dos grandes tendencias en estas primeras lecturas y conclusiones alcanzadas sobre el país. La primera se definió como continuadora de las formas y tradiciones íbero-católica, mientras que la segunda haría parte de un proyecto más acorde a los principios modernizantes en su versión europeo continental del norte. Para los seguidores del primer camino, la parte moderna y civilizada del Perú estaba integrada por un segmento minoritario de personas cuya raza era la blanca, y donde muchos de sus integrantes se enorgullecían de tener ancestros que se remontaban a los inicios de la conquista y fundación del sistema hispanoamericano. Este grupo residía en las principales ciudades de la costa o sierra peruanas y en su mayor parte mostraban buen nivel de educación para los estándares locales, además de ocupar puestos relevantes en la política nacional y el mundo académico local.

Allí se encontraban quienes en sí mismos se consideraron capaces de elaborar un proyecto político coherente e integrado, debido a las cualidades ya mencionadas, pero también por su calidad moral heredada de los conquistadores. Sus integrantes se veían como descendientes de los primeros españoles que llegaron a territorio americano, quienes además fueron parte de la empresa civilizadora que significó la organización del sistema colonial, pues aquéllos “traían en la sangre por lo menos los

gérmenes de la civilización, asumida y organizada luego por la monarquía ibérica en forma que hubiera honrado a cualquier otro estado de la época” (Elmore 1992, 11).

En simultáneo, los obstáculos al cambio comenzaron a visibilizarse pues justo en los momentos que entre este sector de la elite se recordaba con nostalgia el ideal civilizatorio que encarnaban, pudo constatarse la presencia de un grupo mayoritario de peruanos que habitaba en la sierra peruana, la amazonia no contaba, viviendo en miserables condiciones económicas y morales. Todo esto producto de sus particulares características raciales, las cuales y por razones que se remontan a los orígenes mismos del sistema colonial, no solo son distintas a las del grupo dominante sino también sirven para justificar la desigualdad a partir de la diferencia ya racializada.

Aquí se encontraban los sobrevivientes al genocidio de los pueblos originarios en la fase constitutiva del sistema hispanoamericano, quienes luego de su sometimiento fueron clasificados como indios durante la colonia y estigmatizados como tales en los años que duraba la república, así hayan sido considerados indígenas por los primeros gobiernos que tuvo el Perú una vez alcanzada su independencia. En la segunda mitad del siglo XIX se agravó aún más su subalternidad, al perder derechos como la propiedad de la tierra, conforme se iba asentando el orden económico liberal basado en la agroexportadora propiedad terrateniente. En situación similar se encontraron los afrodescendientes traídos como esclavos durante la colonia, y que una vez manumisos fueron reemplazados por súbditos chinos. Traídos en condiciones laborales muy precarias, los trabajadores procedentes del país asiático muy rápidamente pasaron a una suerte de nuevos siervos, para luego y de manera muy dinámica quedar incorporados en las clases populares, rurales y urbanas por igual.

En tal sentido, la interpretación en clave dualista les llevó a plantear que estos sectores de la población permanecían en una situación de eterna laxitud, no portaban ideales ni desarrollaban acciones encaminadas a cambiar el orden en que se desenvolvían. La modernización del país suponía la transformación del interior, si era posible utilizando dispositivos que logran uniformizarlo con los criterios que habían permitido a otros países llegar a ser modernos, razones que dieron pie para constituir un orden político y social basado en criterios racistas. Es la auténtica herencia colonial. Por ejemplo, y esgrimiendo de una manera bastante burda la propuesta contenida en el evolucionismo sociológico de Herbert Spencer, el escritor Edwin Elmore concluyó que había un elemento claramente perturbador de los ideales de orden y progreso a los cuales el Perú aspiraba, puesto que:

La población indígena se hallaba en plena decadencia. Abyecta y embrutecida por costumbres y leyes de un inepto quietismo, aquella grey infeliz carecía por completo de la idea, del sentimiento o, si se quiere, del instinto del progreso. Sus monumentos eran tumbas, su fé (sic), primitiva y estúpida. A esta raza había de amalgamarse la raza degenerada de los que vinieron de la península detrás de los conquistadores [...] Y después todavía, los negros y los chinos (1922 19).

Ahora bien, un ejemplo que permite entender las interpretaciones que fueron surgiendo desde esta perspectiva, se expresó en los trabajos escritos por una destacada personalidad de la elite oligárquica al que ya he referido, Javier Prado, quien en 1894 propuso uno de los primeros proyectos eugenésicos para el Perú. La solución aparece luego de constatar una cantidad de problemas, originados en:

la influencia de la raza, es preciso modificar ésta, renovar nuestra sangre y nuestra herencia por el cruzamiento con otras razas que proporcione nuevos elementos y substancias benéficas [...] la población debe buscarse en la inmigración espontánea, atraída por la acción de las leyes, [...] de razas superiores, fuertes, vigorosas, que, al cruzarse con la nuestra, traigan ideas prácticas, de libertad, de trabajo y de industria [...] opongámonos a la inmigración de razas inferiores, que pueden satisfacer intereses particulares, pero que sacrifican los intereses generales, el porvenir de la patria (Prado 1980, 334).

Este tipo de opiniones evidencian la adhesión a un pensamiento de tipo biológico y social abiertamente racista, el cual igualaba el desarrollo alcanzado en diversas áreas del saber científico con el territorio de los países industrializados. En aquellos antecedentes pueden encontrarse los inicios de un discurso legitimador de la desigualdad y la exclusión, pues se asignaban a las personas distintas cualidades, virtudes y defectos por igual, debido a sus características raciales y la cultura que mantenían. Sostuvieron los primeros escritores e intelectuales positivistas que esta diferenciación explicaba el atraso del Perú, pues desde sus orígenes ha sido un país mayoritariamente habitado por razas inferiores, las cuales al mezclarse con otras iguales o peores debido a la inmigración no controlada de personas procedentes de Asia y África, sólo habrían ahondado la tragedia nacional.

En esta primera vertiente que sin pudor se adscribía a la matriz occidentalista más convencional, aceptaba lo hispano porque la conquista fue inevitable al comenzar el siglo XVI, pero y a pesar de todas las cosas negativas que trajo para el país, había contribuido en acercarlos al mundo civilizado. El occidentalismo de los hispanistas los llevó a considerar que la temprana introducción del imperio español en América durante los reinados católicos de Carlos V y Felipe II, resultaba beneficiosa pues solo fue un primer paso en el proyecto civilizador de lo que llevaría después a ser el Perú.

Además, continuaron sosteniendo que el carácter ideológico de la conquista plasmado en la evangelización forzosa de la población indígena, había dejado una huella tan indeleble que no podía dejarse estos territorios, sus habitantes y los recursos aquí existentes, por fuera de la civilización occidental y cristiana. La opinión de un viajero español es bastante elocuente al respecto:

Han pasado siglos y la acción civilizadora ha elevado el nivel de vida de los indígenas americanos, [...] a pesar de que aún quedan importantes grupos de población primitiva que viven como en los primeros tiempos o aun peor que entonces. Su adaptación al trabajo ordenado y más intenso, el contacto con los elementos blancos de la colonización, la educación moral y religiosa más elevada, la desaparición del antiguo régimen comunista y teocrático militar, todos estos factores han contribuido poderosamente a imponer otro tenor de vida y a desenvolver el potencial físico y moral de los indios (Gay 1925, 88).

En este discurso de la asimilación nacionalista que estuvo tan bien organizado, el público receptor fueron los integrantes de los pueblos originarios y descendientes de los migrantes forzosos, pero se olvidó que:

Las culturas nacionales están compuestas, [...] de símbolos y representaciones. Una cultura nacional es un discurso, una manera de construir significados que influencia y organiza tanto nuestras acciones como la concepción de nosotros mismos. [...] construyen identidades a través de producir significados sobre “la nación” que podemos identificar; éstos están contenidos en las historias que se cuentan sobre ella, las memorias que conectan su presente con su pasado (Hall 2010, 381).

Por su lado, la segunda vertiente del occidentalismo venía gozando de un grado de aceptación cada vez mayor. Habiendo transcurrido las dos primeras décadas del siglo XX, el significado transformador de los nuevos tiempos se había incrementado, lo cual indujo a otro grupo de intelectuales buscar lo civilizado en la tradición cultural europea, aunque ahora se le daba mayor importancia al modelo francés o alemán. Aquí es posible afirmar que durante estas décadas, las consideradas decadentes ideas y estructuras referentes al pasado de los pueblos originarios y al hispano, pretendieron ser transformadas con otras procedentes de escuelas económicas y doctrinas políticas concebidas como esencialmente modernas. Fue así porque durante el periodo oligárquico de dominación, entraron en escena visiones reformadas del liberalismo económico y político, por lo tanto no debe sorprender que este último haya alcanzado una rápida y fuerte adhesión entre sus tempranos seguidores.

Desplazamientos locales que a su vez generaron formas de integración global. Por ejemplo, un fortalecimiento de los vínculos del país con sus orígenes latinos, pero

ya no en versión hispánica, sino más bien en el ilustrado europeo surgido en el norte de aquel continente. Pero bueno, veamos qué pensó un intelectual y político radicado en Francia y funcionario del estado peruano durante 40 años, a quien considero también un firme seguidor del positivismo en su vertiente evolucionista, y consecuencia lógica de su razonamiento, difusor de teorías donde la raza llegaba a ser un factor explicativo de la situación del país.

Quizás el ejemplo más notable de lo que vengo diciendo es el que ofrece Francisco García Calderón, persona vinculada a la elite por su linaje, pero que adquiere relevancia para mi trabajo por haber sido un intelectual de gran prestigio, y por eso parte de su obra sobre este tema es reseñada a continuación. Antes quisiera decir que sus trabajos se enmarcan en la voluntad por tener un entendimiento del país, donde variables como la nacionalización de la sociedad y el fortalecimiento del estado en el Perú fueron objeto de su atención, pues ambos fueron elementos fundamentales en el primer proyecto modernizador implementado en el país.⁴

García Calderón nació en 1883 en Valparaíso, Chile, lugar en el que su padre había sido recluido por negarse a firmar como Presidente de la República un tratado de paz luego de la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico. Argentina, Uruguay y España serán también testigos del exilio al cual fue obligada la familia por la actitud del expresidente. En 1886 llegó al Perú y en los años siguientes estudia en el colegio La Recoleta, donde recibió una formación humanista y universalista. Su padre, mientras tanto, había asumido el rectorado de la Universidad de San Marcos con la intención de reconstruirla luego de su utilización como cuartel general del ejército chileno de ocupación entre 1881 y 1883.

García Calderón ingresó a la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos en 1901, institución donde recibió las enseñanzas tanto de Alejandro Deustúa, quien había introducido a Henry Bergson y el neoidealismo francés en el debate académico local; como de Javier Prado y Ugarteche, intelectual positivista, del cual algo se dijo en el primer acápite. En San Marcos obtuvo el grado de doctor a la edad de 20 años, y al año siguiente ingresó a trabajar en el diario *La Prensa* de Lima, espacio donde se dedicó a escribir sobre temas de filosofía y política. Muy atento a las novedades intelectuales producidas en Europa, en estos primeros años del siglo pasado

4. Este resumen de la formación intelectual de Francisco García Calderón se ha elaborado sobre la base de su biografía que aparece en *El Perú contemporáneo* y en *Las democracias latinas de América*.

fueron muy alabadas sus columnas sobre Labriola, Taine, Michelet, Jaurès y Babel. En ese mismo año apareció su primer libro, *De Litteris*, elogiosamente reseñado por el pensador uruguayo José Enrique Rodó.

En 1906 viajó a París con sus hermanos: Ventura, José y Juan. En dicha ciudad vivió un largo período de tiempo, 40 años para ser exactos, dedicándose desde su llegada al estudio de los problemas del Perú desde la distancia. Hay que tener en cuenta que Francisco García Calderón partió a París con el nombramiento de canciller de la legación diplomática del Perú en Francia. En 1907 asistió a cursos dictados por Henry Bergson sobre Herbert Spencer, pensador inglés considerado el fundador del evolucionismo sociológico y desde ese momento, su participación en la vida intelectual parisina será muy intensa, pues asiste a cuanto debate académico y tertulia intelectual se organizaba.

Como una forma de legitimar su opción intelectual, García Calderón comienza a mostrar un profundo acercamiento hacia dicho país, y así es que menciona los sólidos vínculos existentes entre las tradiciones políticas y culturales de Francia y el Perú. Las similitudes en lo político se observan en la adquisición, por parte de este último, de las instituciones y ordenamiento legal de la Francia napoleónica. Esto es innegable, pues diversos estudios han demostrado la temprana influencia francesa en nuestro orden institucional, donde obviamente destacamos la marcada supremacía de los códigos y modelos administrativos de ese origen.

Este pensador nunca ocultó sus simpatías por el mundo académico y los intelectuales franceses, lo cual queda de manifiesto al momento de expresar sus opiniones tanto sobre el proceso político de corte revolucionario que se vivió en Francia, como también su adhesión a los principios que orientaron la creación intelectual en ese país. Por ejemplo, su admiración por las ideas procedentes de Francia en la era de la hegemonía positivista, y también su auge imperialista, va a quedar plasmada en las primeras páginas de *El Perú contemporáneo*:

Quisiéramos en la parte central de este libro, llamar la atención del interés francés, abierto a nuevas ideas y a pueblos nuevos, sobre el Perú, cuyo nombre es ya un símbolo de fecundidad y de riqueza. Pediríamos al capital francés consumir la obra del genio francés y penetrar en estas lejanas tierras, en las que el pensamiento y la lengua francesas han dominado siempre en la política, las letras y la vida (1981, 4).

Esto también muestra la permanente voluntad de instalar un régimen republicano en el Perú, sobre una cultura política de la antigua e influyente normatividad monárquica, y eso porque el constitucionalismo republicano es admirado

por este autor sin tomar en cuenta las distorsiones que aquél podía sufrir en el Perú. Por último, y presa de un optimismo desbordado, encontraba similitudes entre los espíritus francés y peruano pues “Ambos comparten el idealismo político y la generosidad internacional”, dijo en el citado trabajo.

Cuando contaba con 24 años de edad escribe y publica en 1907 *El Perú contemporáneo*, un trabajo de investigación dirigido a entender el Perú de comienzos de siglo, escrito de manera original en francés y tardíamente traducido al castellano. Por este libro se hizo acreedor al reconocimiento intelectual de la academia francesa y, de manera bastante obvia, no estuvo exento de críticas o elogios. José Carlos Mariátegui, por ejemplo, intelectual marxista parte de cuya obra revisaré más adelante, lo consideró “vocero del colonialismo” y representante de las vertientes más conservadoras en el estudio del país. En cambio, Jorge Basadre, el rankeano historiador de la República del Perú dijo de este libro que:

García Calderón representaba, por cierto, la superación del negativismo de González Prada. Pero no representaba a una aristocracia feudal, como decía Mariátegui, menos aún a la plutocracia en creciente desarrollo cuando escribió este libro y contra la cual tuvo palabras admonitorias. Lo que trata de articular en este libro juvenil es el llamamiento a una burguesía moderna, progresista e ilustrada (en Sánchez 1979, 352).

Resulta obvio decir que en este importante trabajo, su trabajo de juventud, va a quedar reflejada la influencia intelectual que le proveyeron los distintos maestros que tuvo tanto en Lima como en Francia. Ahora bien, y como dije líneas arriba, García Calderón desarrolló en los años siguientes una intensa actividad intelectual no sólo en Francia sino en toda Europa, continente donde fue representante diplomático del gobierno peruano hasta 1921, año en que decidió dedicarse únicamente al trabajo académico. Su vasta obra, producida durante su larga estancia en Europa, incluye libros como *Las democracias latinas de América*, publicado en 1912 en la Biblioteca de Filosofía Científica que dirigía Gustave Le Bon, y *La creación de un continente* publicado en 1913. Ambos trabajos originalmente fueron escritos en francés y traducidos al castellano recién a fines de la década del setenta del siglo pasado.⁵

Francisco García Calderón escribió estos libros con la intención de profundizar la búsqueda de la nación en el Perú y América Latina, entre otras cosas claro está, pero también para explicar su importancia y reclamar el nuevo orden nacional que todo

5. El libro *Las democracias latinas de América*, será citado en adelante teniendo en cuenta el año de su publicación en español, 1979.

seguidor del positivismo modernizador exigía para su país. Como se verá a continuación, en *El Perú contemporáneo y Las democracias latinas de América*, utilizó criterios de análisis fundamentados en la biología social para así explicar la situación por la que atravesaba el país, y en sus afirmaciones hace referencia no sólo a la configuración de una raza, se refiere a la peruana como si ésta hubiera existido, sino también el negativo papel jugado por los pueblos originarios en la formación de la nación.

Según este pensador, resulta evidente que la mezcla de razas les impide a los latinoamericanos y al Perú en particular asemejarse a los europeos o norteamericanos, y la diferencia tendió a profundizarse pues las repúblicas surgidas a partir de 1816 con la independencia de la actual Argentina, no habían sido capaces de elaborar políticas dirigidas a resolver tal problemática. García Calderón sostuvo que “El problema de las razas es de suma gravedad en la historia americana: explica el progreso de algunos pueblos y la decadencia de otros; es la llave del irremediable desorden que desgarró América y por último, de él provienen muchos fenómenos que son su consecuencia” (1979, 193).

Utilizando un determinismo donde se conjugaban aspectos de tipo social y geográfico con factores de índole racial, concluyó que los habitantes de la puna y el altiplano peruanos son personas que “ganan en anchura lo que pierden en ímpetu, altura y flexibilidad. La monotonía de las llanuras da una cierta tristeza y una gravedad áspera a estos seres, perpetuamente disminuidos en nuestra historia. Su percepción es lenta y la acción simple, uniforme y tenaz.” Así pudo concluir que la sumisa adaptación al medio geográfico por parte de quienes consideraba indígenas, los ha llevado a una situación de miseria espiritual y material, lo cual no debe sorprender dados los principios evolucionistas utilizados en su explicación. “El clima ha marcado con su huella el tipo físico y moral de la raza”, estableció García Calderón en este libro (1979, 10).

La evolución del Perú en el periodo de la república, está condicionada por su diversidad racial y la visible heterogeneidad interior es un proceso de mestizaje sin freno que se origina en tiempos remotos: en el poblamiento de los andes meridionales y centrales, en la diáspora judía, en la ocupación musulmana de la península ibérica o en la cristianización de España. Estas razones lo llevaron a concluir que las características de la cultura colonial, se explican a partir de la asociación con lo que denominó raza conquistadora. Ésta sería una raza milenaria que se formó en un

territorio receptor de una serie de poblaciones inmigrantes, quienes contribuyeron a volver muy heterogéneo en su conducta al futuro conquistador pues “judíos, bereberes, árabes, coptos, tuareg, sirios, celtas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, francos, suevos, vándalos y godos invadieron la península [convirtiendo] las querellas de provincias y las rivalidades de las ciudades en batallas de regiones y en antagonismos de razas” (1979, 14).

En *El Perú Contemporáneo*, García Calderón también realizó un análisis del conquistador, y allí considera que una vez implantado el cristianismo en la península como única religión a fines del siglo XV, se ahondó en la generación de un tipo de persona definida por su temperamento “voluntarioso y místico”, dominado por las pasiones y el localismo extremo. La defensa del honor caballeresco se mezcló con la necesidad de propagar la fe católica en el que denomina nuevo continente, dando así forma a una colonización en territorios donde igualmente se tenían idearios políticos de carácter despótico y una población formada como una “raza [...] tenaz y servil, obediente y paciente, sin individualidad ni espíritu de insurrección” (1981, 20).

Siguiendo la tradición intelectual fundada por intelectuales y pensadores como Gabino Barreda, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Javier Prado, Francisco García Calderón pensaba que quienes eran llamados indígenas y negros, son factores que muy poco han contribuido a la dinamización de las relaciones sociales y de las actividades económicas en las repúblicas latinoamericanas, son impedimentos en la formación de una nación normativizada, puesto que el “medio y la raza cambian el carácter del individualismo; en el Perú y muchos otros países de América, una voluntad débil y una inteligencia variable y flexible, esquivaban la disciplina y la ley” (1981, 68).

De igual manera, sostuvo que en la civilización occidental “la calidad prima sobre la cantidad: la cultura es superior a la densidad del territorio” y ante esa realidad es preferible tener paciencia, pues alentados por las favorables leyes migratorias, con la llegada de europeos del norte se “favorecerá la mezcla de razas y que la densidad poblacional futura coadyuvará en la realización del ideal democrático y social” (1981: 53). En su otro libro, continúa haciendo el diagnóstico de la problemática peruana y latinoamericana, tomando la heterogeneidad racial como algo negativo en la formación de la nación pues si entre los integrantes de las raza india no existe el espíritu nacionalista, menos tendrán una motivación capaz de actuar en defensa de la patria, pues:

consumido por el alcohol y la miseria, es libre según la ley, pero siervo en la realidad a causa de enraizadas costumbres autoritarias. Pequeñas tiranías lo esclavizan: [...] El cura, el subprefecto y el juez, [...] lo explotan y lo esquilman [...] Desnutrido, sucio, degenera y muere; su numerosa prole acusa rasgos degenerativos; [...] Las importantes etapas de su vida: nacimiento, matrimonio y muerte son objeto de una explotación religiosa. Servil y supersticioso, termina por amar las tiranías que lo oprimen (García Calderón 1979, 195).

Más aún, el consumo de sustancias y bebidas alucinógenas condiciona un comportamiento que empeora su calidad de vida y les lleva a la inevitable decadencia moral. Desde esta perspectiva y tal como lo hicieron los extirpadores de idolatrías en el pasado o lo hacen los prohibicionistas contemporáneos, se condena todo aquello que tuviera incorporados patrones culturales distintos a los moralmente aceptables por la civilización que finalmente se impuso. La lucha contra el consumo de chicha en Colombia o el masticado de coca en los territorios surandinos, por ejemplo, lo justificaron con un discurso y una política que los ubicó como parte de rituales prelógicos o irracionales y, peor aún, cuando se les consideró como objetivos a combatir en las políticas de higienización, pues fueron considerados como atentatorios para la salud del cuerpo social.

Pero surge una paradoja pues siendo un crítico severo de lo que él denominaba raza inferior, sucede que no todo estaba perdido para los indígenas del país, pues con la libertad política, la protección económica y la defensa de esta raza ante el clero y el cacique, lograrán constituirse en uno de los factores fundamentales del resurgimiento nacional (1981, 53). Si anteriormente se esencializó la situación de la población indígena en un sentido negativo, con el proyecto de modernización oligárquica se establecieron las condiciones para que dicha población encontrara un sentido positivo a su paso por la tierra. Su presencia adquiere un carácter relevante para el proyecto de cambio que la elite oligárquica dirigía.

Retomando la misma línea de argumentación negativa, continúa con los afrodescendientes a quienes considera como:

seres primitivos, impetuosos y sensuales. Ociosos y serviles no contribuyen al progreso de la raza. En las casonas de la época colonial son los criados, [...] en los cañaverales, son los siervos que trabajan al compás del latigazo de los capataces. Conforman una población analfabeta que ejerce una influencia deprimente sobre la imaginación y el carácter de los americanos. [...] dejan en la sangre de los criollos elementos de imprevisión, de ociosidad y de servilismo, a la larga inextirpables (1979, 196).

Mientras que los mestizos solo están posibilitados para que aprendan el idioma dominante, solo así justifica su presencia en la administración del estado o la realización de labores relacionadas con el comercio o cierto trabajo intelectual, pues son quienes más rápidamente han asimilado el patrón civilizatorio debido a sus cercanías con:

las costumbres nuevas de una civilización superior y conforman la elite en la política y la abogacía. El mestizo, producto de un primer cruce no constituye un producto utilizable para la unidad política y económica de América porque conserva los defectos del indígena: es desleal, servil y a menudo haragán. Solamente después de nuevas uniones con el europeo es que se afirma la fuerza de carácter heredada del blanco (1979, 197).

Por último, para García Calderón los fundamentos de la nación moderna que necesitaba el proyecto oligárquico en consolidación, no se encontraban en los restos de las poblaciones originarias condenadas a la servidumbre, ni en los descendientes de pueblos esclavizados durante 400 años. Ante aquella realidad tan adversa, la posible solución es que: “Una fuerte inmigración puede restablecer el desequilibrio de las razas americanas [...]. Los colonos traen las tradiciones y las costumbres de razas disciplinadas, una organización moral, obra de siglos de convivencia. [Quienes] llegan a América defienden intereses establecidos, el gobierno, la ley y la paz: trabajan, luchan y ahorran” (1979, 199-200).

Pero, vale la pena preguntarse ¿por qué se hizo necesario pensar en todo esto a comienzos del siglo XX? Bueno, algunas condiciones pocas veces vistas en la historia republicana del Perú, obligaron a que intelectuales y dirigentes políticos de aquel entonces se preguntaran por el futuro, en consecuencia no solo había que responder sino trazar caminos a seguir para alcanzar el objetivo mayor. El Perú vivía una bonanza económica debido a los altos precios de los productos de exportación en el mercado mundial, fortaleciéndose la integración del país con el sistema económico internacional. Además de que por primera vez en su historia republicana, al país llegaron en gran escala capitales extranjeros que, además, rápidamente controlaron la gran minería, mientras que la ciencia moderna se legitimaba con la interconexión de los territorios por medio del telégrafo y el cable submarino.

Regiones enteras que habían permanecido desconectadas de la acción del estado, quedaron integradas con la reconstrucción del sistema ferroviario al tiempo que cumplía su labor en la organización de las economías de enclave, dando así forma a una situación reiterada en América Latina: mientras más integraba aquellos

territorios con el mundo, más las separaba del entorno al cual habían pertenecido desde siempre. Al mismo tiempo y lideradas por Lima, las ciudades renovaron su infraestructura en el afán de tener los espacios necesarios para el funcionamiento de la economía y la política, así que con todo esto se legitimaba la idea de haber escogido el modelo correcto. Por último, y luego de un prolongado periodo de tiempo se había alcanzado la estabilidad política, lo cual condicionó el impulso que se le dio a una nueva institucionalidad pensada en bases de un nuevo estado.

Con todos estos logros, solo faltaba dársele un impulso más aún si ya contaban con una propuesta modernizadora, la cual estaba influenciada por las ideas de progreso y la unilinealidad de la historia. Parte de esos reclamos también se expresaron en distintos libros que fueron publicados en medio de una intensa labor investigativa y ensayística: *Sociología general* de Mariano H. Cornejo, *Sociología de Lima* de Joaquín Capello, *Perú en 1906* de Antonio Garland, *Horas de lucha* de Manuel González Prada y *Carácter de la literatura del Perú independiente* de José de la Riva Agüero, fueron algunos de las contribuciones más relevantes al debate intelectual y político. Además, se discutieron intensamente entre los partidarios y críticos del régimen oligárquico de dominación hasta bien entrada la década del treinta.

Es un momento donde el diagnóstico de García Calderón realiza un radical cuestionamiento de las consideradas razas inferiores, por lo demás presentes hace muchos siglos en el territorio de lo que hoy es Perú, y su crítica además se proyectó a la tradición ibérica pues la política cortesana y la cultura monacal aún vigentes en la política del país, eran un impedimento para la superación del atraso. Esto lo llevó a plantear que la instrumentalización del régimen de ideas recién llegado, y por medio del estado que se iba construyendo, se establecerían las condiciones para adelantar el ansiado cambio. Al respecto, Francisco García Calderón llegó a establecer que la base de una futura prosperidad radicaba en “el capital humano y financiero, la técnica y la ciencia”, eso explica porque mostró su admiración por Inglaterra y propuso seguir su experiencia, puesto que es el lugar donde se condensaba:

el espíritu imperial con el liberalismo económico [...] de ahí se puede sacar las enseñanzas para el futuro. Si la vida industrial es débil, los capitales extranjeros y la técnica moderna, pueden fundar y desarrollar una industria múltiple y rica. La experiencia científica de Europa puede dar a la vida económica un aspecto más intenso, orgánico y sabio (García Calderón 1979, 181-182).

Con esta afirmación no dejaba de proponerse una utilitaria misión pues tal como había sucedido en Inglaterra, lugar del planeta donde por primera vez se realizó

el capitalismo en su totalidad, era necesario utilizar mecanismos con los cuales subalternizar a todos los sujetos que realizaban actividades económicas propias de su lugar en la sociedad. Es conocido que el disciplinamiento de los agentes económicos vía su fijación en el sistema productivo como artesanos, obreros o empleados, se hizo también en el cumplimiento de un horario y el desempeño de una función determinada dentro de la división capitalista-industrial del trabajo.

Algo similar se hizo con la neutralización de los actores sociales en los momentos iniciales del proceso político, y después de graves conflictos, quedar institucionalizado en el estado liberal. La subalternización de actividades fue funcional al nuevo modelo de desarrollo originado en unas fronteras estado-nacionales dentro de Europa, para luego pretender implementar la misma modernidad en las fronteras coloniales. Para eso ya se tenía el modelo.

Para cerrar este acápite, quisiera incorporar de manera bastante breve, algunas reflexiones del autor referidas a la herencia de los pueblos prehispánicos, el hispanismo, las religiones y los grupos criollos en la formación del Perú contemporáneo. Puedo decir que de manera muy similar a como lo entendía un numeroso grupo de intelectuales latinoamericanos, en ambos libros se hace un repaso crítico de las influencias que todos ellos mantenían en el régimen republicano surgido de la independencia. La herencia colonial, manifestada tanto en la subsistencia de la religión católica como administradora de la moral pública y privada, más la pervivencia de instituciones que reprodujeron internamente el absolutismo europeo, la presencia de diversas razas y la mentalidad de encomendero que se mantuvo en los más relevantes agentes económicos, nos referimos a los grupos criollos y sus familias.

Súmele a ello el desorden partidista y la anarquía política producto del individualismo colonial, como expresiones de dicha herencia. Las manifiestas influencias hispanas en la tradición política del país, entonces, motivarán el proyecto de emancipación y reforma mental que también propuso García Calderón para el Perú. Revisemos entonces su opinión sobre cada uno de los temas mencionados. La presencia de un estado y una sociedad no secularizados, era una de las consecuencias más evidentes del pasado prehispánico, el largo período de dominación extranjera y el inconcluso proyecto emancipador. La evolución transformadora por la que atraviesan sociedades de distinta naturaleza, había quedado trunca en la naciente república por una cultura religiosa, una ideología que está férreamente unida a la política pero en

condición de superioridad, subordinando el espíritu racionalista debido al carácter moral en que se sostiene este dominio.

La influencia religiosa en la contemporánea política peruana se originaba en la época prehispánica, dirá que de manera más específica durante el Tahuantisuyo, y por tal motivo le llama la atención la homogeneidad moral de lo que él denomina castas inferiores, pues los constata como grupos sometidos al dominio de la civilización superior de los Incas. Aquí ya se puede apreciar como “La religión aportaba su poder a la organización política, [...] bajo los Incas, la fe era utilizada como instrumento de sometimiento y poder”, lo cual ayudaba profundamente en la construcción de un espíritu dominado por las creencias (1981, 21).

Junto a esto, durante el incario se construyó una serie de referentes que permitieron otorgarle divinidad a los gobernantes, ser los hijos del sol o descendientes directos de los mismos, como también pertenecer a la dinastía de los enviados a fundar el imperio en el lugar donde la barra de oro se hundiera. Los puentes para que el absolutismo europeo con su legitimación ideológica pudiera penetrar, el origen divino de los reyes, por ejemplo, se fueron levantando en términos culturales y religiosos durante los siglos previos a la conquista española.

En tal sentido, desde el siglo XVI se va a observar la implantación del pensamiento y moral católicas en América Latina, por medio de la evangelización y el aplastamiento de las herejías y el paganismo, la extirpación de idolatrías según el discurso del conquistador, con el objetivo de garantizar el predominio del cristianismo, lo cual se vio facilitado por el orden teológico que dominaba las sociedades precolombinas. García Calderón consideró que en la colonia se tuvo un orden intelectual basado en una teología y una ciencia de Estado, definitivamente muy poderosas ante las herejías, al mismo tiempo que se contaba con una inquisición al servicio del monopolio religioso (1981, 147).

Aunque la evangelización se realizó utilizando los iconos de las religiones prehispánicas, lo cual permitió un juego de imágenes que se fusionan o superponen y así se permitió una sincrética expresión de dominación y resistencia, lo que realmente facilita el proyecto civilizador son las formas de mediación impuestas en el Perú por la tradición ibero-católica. En gran medida, aquellas fueron producto de su implantación pero sobre todo porque procedía de un clima intelectual y ambiente ideológico donde predominaba la intolerancia contrarreformista. La perspectiva desde la que escribía, lo indujo a pensar que el catolicismo era antimoderno y renuente al

cambio, por lo tanto, su salida de la esfera de lo público era perentoria para los intereses nacionales pues su presencia tenía evidentes consecuencias para el futuro de la sociedad.

Por ejemplo, pensó que la pobreza del espíritu católico se manifestaba en lo escasamente activos que eran los habitantes del territorio nacional. En *El Perú contemporáneo* se refirió en términos bastante claros a la escasa dinámica social que se originó durante la colonia, haciendo que en la llamada “joven” América se mantuviera:

La religión, tal como en la ciudad antigua se convirtió en el fundamento de la vida, del pensamiento, la política, la legislación y las costumbres [...] La política se dedicó a afianzar el poder religioso [...] La Inquisición tornó las ideas todavía más rígidas [...] El dogma fue la primera ley de la ciudad (1979, 58-59).

Si bien es cierto que la república peruana se fundó teniendo desde muy temprano los principios ilustrados, el deseo por tener un Estado laico nunca avanzó al ritmo deseado. No podemos exigir que una sociedad adopte una posición secular en importantes aspectos de su vida cotidiana, diría García Calderón, pero eso imposibilita la evolución de la misma sociedad, se retrasa el advenimiento del progreso ya que no se permite la constitución de hombres libres. El estado moderno que imagina tiene características que deben diferenciar lo público de lo privado, por lo tanto, a eso se debería aspirar como ciudadanos en formación. Al comentar la constitución de 1860, la cual se caracterizaba por llevar un “sello cada vez más democrático y liberal”, señalaba que de la misma manera “conserva el espíritu religioso, con intolerancia hacia el culto público de otras iglesias [...] A través del patronato, del régimen de los diezmos y los beneficios eclesiásticos, se ha establecido [...] una Constitución Civil de la Iglesia”.

En tal sentido, el autoritarismo eclesial se trasladaba a la sociedad por medio de la influencia que mantiene el catolicismo en el estado. Al considerar que el individualismo se ha debilitado en esta parte del mundo por la confluencia de múltiples factores, es posible también entender el alto grado de aceptación que tiene la Iglesia Católica en nuestro medio. El gobierno de los reyes de España se constituyó en absoluto por su origen divino y sólo podía funcionar sobre la base de debilitar el espíritu, pues “El individualismo debilitado, reclamaba la catolicidad, y el absolutismo del espíritu religioso” (1981, 85-86).

Nuevamente se observa que la estática social había echado raíces tan profundas en el territorio del Perú, que permaneció en la cotidianeidad de la sociedad durante la república. Estática y dinámica social son conceptos llevados del campo de la física al estudio de las sociedades. El evolucionismo spenceriano fue quien más trabajo con estos conceptos, tratando de demostrar que las sociedades modernas se habían formado como todos orgánicos, teniendo un dinamismo de tipo corporal en su fundamento. Es por eso que la lectura desde su perspectiva, podría concluir que en las primeras décadas del Perú republicano, era posible encontrar la internalización de las normas del sistema colonial en sectores minoritarios de la sociedad, pero importantes en la política y en la economía.

El discurso escolástico dominaba el espíritu nacional argumentaba este pensador, abundaban las leyes sin contenido y por eso dirá que éramos un país impregnado de fórmulas jurídicas para renunciar a una cierta precisión en las leyes. No debe sorprender, entonces, que la sociedad criolla no tuviera mayores motivaciones para secularizar el estado, “pues la religiosidad republicana [era] funcional a su modo de pensar y vivir. Por eso la retórica trasuntaba el romanticismo y la sonoridad española mientras que las leyes se fundamentaban en una racionalidad que sentaban la reflexión y el análisis” (1981, 87).

Ideario católico, cruzamiento de la raza española con razas inferiores como la americana y la africana, cuando aquella había llegado bien mezclada con otras, incapacidad para producir riqueza en condiciones adversas, nula propensión al trabajo productivo sumado al verticalismo en la organización política del virreinato, llevaron a que las perspectivas de las recién fundadas repúblicas no fueran del todo satisfactorias, argumentó Francisco García Calderón. El credo que impulsó la independencia, reconocido a sí mismo como heredero de la razón ilustrada, se distanció de la práctica política de tipo cotidiano y los órdenes constitucional y legal quedaron desde sus inicios como documentos carentes de contenido.

Esos dualismos que permanentemente aparecen en los textos de García Calderón, nos inducen a destacar la influencia del positivismo más liberal. La crítica a la religión y al Estado no secularizado que hace este autor, forma parte de un sentimiento generalizado en la región. Siguiendo con esta línea de argumentación es que llegó a considerar que las primeras décadas de la era republicana no hicieron sino reproducir la tradición. A pesar que literalmente se copia la constitución francesa de 1793, la cual es verdaderamente republicana e igualitaria según su forma de pensar, no

hacemos sino mantener una “libertad política, engañosa novedad de formas y de instituciones porque, latente, subsiste el espíritu de la raza: la República reproduce las normas esenciales del régimen colonial” (1979, 8).

La inestabilidad es consecuencia pero a la vez condiciona el desorden, es así que el progreso se ve impedido de avanzar en tanto se tiene un estado que no funciona, además de personas e ideas carentes del repertorio modernista. El ciclo virtuoso que la filosofía positivista había diseñado como el camino para recorrer por los distintos tipos de sociedades que se conocían, independientemente de su formación, no encontraba terreno propicio para desarrollarse. No es infundado por lo tanto afirmar, que importantes sectores de la oligarquía iban abandonando los patrones culturales de índole tradicional, para acoger el horizonte cultural modernista burgués en su proyecto de construcción del Estado y de la nación.

Por último, solo decir que para este autor, el estado independiente no dio forma a un proceso destinado a cambiar este orden de cosas. En los argumentos revisados, claramente se observa que García Calderón hizo una lectura del país asumiendo la herencia cultural hispana como una base en que se soporta un país caótico, cada vez más empobrecido. Las secuelas se expresan en la actitud de los hombres, la exposición de las ideas y el funcionamiento de las instituciones. Sumadas todas éstas no sorprende el predominio de la tradición, por eso se necesita un proyecto emancipador que abarque las mentes, la conciencia, los cuerpos y las organizaciones, de lo contrario nunca se tendrá la capacidad necesaria para acceder a un país moderno, funcional de verdad con los tiempos de la mundialización capitalista.

Capítulo segundo

El socialismo andino y el indoamericanismo ¿perspectivas críticas?

En este capítulo realizo una exploración en la obra de dos importantes políticos e intelectuales, a los cuales he considerado como los fundadores del ideario modernizante-popular en el Perú. Su obra intelectual y política es relevante en la medida que han sido ubicados como los más representativos del llamado pensamiento progresista de la época en que les tocó vivir. Asimismo, sus propuestas, programas y las organizaciones que fundaron, desempeñaron un papel fundamental en la mayor parte del siglo XX. José Carlos Mariátegui, uno de los fundadores del Partido Socialista del Perú y difusor de las ideas marxistas en el país, junto a Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador y líder vitalicio del APRA además de ser considerado el creador del *indoamericanismo* como ideología, se encargaron también de pensar el Perú en sus diversas problemáticas; cultura, etnia, raza, en contextos que abarcaban lo nacional, lo regional y lo global.

Atentos a las expresiones ideológicas y culturales en que se basaban los medios académicos, periodísticos y políticos en el Perú, no vacilaron en recurrir a los métodos de estudio y tipos de pensamiento que se disputaban la hegemonía intelectual y discursiva en el mundo occidental, con la firme voluntad de explicar la realidad peruana del primer tercio del siglo pasado. Sus esfuerzos por hacer una lectura global del país y del continente en medio de las grandes transformaciones que vivía el mundo, por ejemplo la aparición del totalitarismo en Europa Occidental y en la URSS, la reiterada intervención norteamericana en la región, sobre todo en el Caribe y Centroamérica, la herencia política que iba generando la revolución mexicana a través de la afirmación de un ideario nacionalista y revolucionario. Además se vivía la crisis del colonialismo europeo y la consolidación de distintos movimientos de liberación nacional en Asia y África.

En un contexto donde confluían tan variados acontecimientos, es que plantearon un programa de cambio radical para un Perú mayoritariamente indígena y una América Latina mestiza. Es por eso que no deja de sorprender la forzosa asociación que establecieron entre los idearios modernizantes en competencia durante el período de entreguerras, y un pasado ético-moral que se originaba en la época prehispánica, el

cual aparecía materializado en las poblaciones indígenas. Una síntesis política y cultural donde confluían aspectos como la organización de la sociedad y la economía que se habían tenido en el Tahuantisuyo y la propuesta de modernizar el país en los términos establecidos por el occidentalismo, por ejemplo, la construcción de un estado nación pero con carácter amerindio. Utilizan la racionalidad científica europea en los momentos en que es una región del mundo donde muchos intelectuales y dirigentes políticos hablaban de la decadencia de aquel continente, además de presenciarse la reaparición de afirmaciones que establecían la existencia de razas e inteligencias superiores.

También desempeñaron un rol bastante destacado, en la oposición al excluyente régimen que la oligarquía había establecido desde fines del siglo XIX. Sus discursos, acción y escritos políticos son las pruebas de la aceptación de un espíritu modernista, al cual se le pretende otorgarle un contenido basado en la tradición revolucionaria de origen europeo, pero ahora en versión nacionalista peruana e indígena. Los referentes en esta forma de concebir el futuro del Perú y de Latinoamérica fueron, a mi modo de ver, producto de una formación intelectual y política bajo el canon que ya hemos identificado, la cual se vio obligada a convivir con una realidad interior que abrumaba las conciencias modernizantes.

Considero que la internacionalización de la cultura y el conocimiento producido en Europa durante el período de entreguerras, permitió que importantes intelectuales y líderes políticos del país fueran, una vez más, receptores de renovadoras ideas a partir de su presencia en el lugar donde se producían los acontecimientos. En tal sentido, he decidido estudiar la obra intelectual y política más relevante de ambos pensadores, escrita y publicada entre 1928 y 1933, iniciando con una revisión de sus vidas pero vinculando el aspecto formativo en el campo de las ideas, sobre todo durante su estancia en Europa como fue el caso de Mariátegui, y en Europa, Estados Unidos y México como en el caso de Haya de la Torre.

Continúo con la exposición de las propuestas más pertinentes sobre el tema de la transformación en el Perú y el rol de los distintos actores sociales y políticos, identificados básicamente como pertenecientes a distintas razas, el incipiente proletariado fabril y los emergentes sectores media analizados ya en una perspectiva clasista, para mencionar aspectos relacionados con una variable que también formó parte de sus preocupaciones: la herencia colonial.

1. Mariátegui y los 7 Ensayos. El occidentalismo desde la periferia andina

José Carlos Mariátegui, uno de los fundadores del Partido Socialista del Perú y autor de los *7 Ensayos de interpretación de la realidad Peruana*, considerado por muchos intelectuales y políticos como el auténtico libro de la heterodoxia marxista latinoamericana, inició su formación intelectual en el campo de la literatura. Según sus biógrafos que iré citando a lo largo del acápite, a la edad de los 17 años ya había empezado sus lecturas de los poetas modernistas latinoamericanos y europeos, los cuales le apasionaban con igual intensidad. Por ejemplo, algunos de los poetas predilectos del joven Mariátegui fueron Leopoldo Lugones y Rubén Darío entre los de América Latina, y José Santos Chocano, Abraham Valdelomar y Manuel González Prada entre los peruanos. Desde entonces ya se animaba a escribir crónicas muy cortas sobre los sucesos de la época, y en donde mostró una temprana habilidad literaria.

Hacia 1915 se hizo conocido en los medios periodísticos y sociales con artículos de variedades en el diario *La Prensa* y aquí tuvo la oportunidad de conocer al poeta Abraham Valdelomar con quien luego fundaría la revista *Colónida* en el verano de 1916. En palabras del propio Mariátegui, este vendría a ser un movimiento “contra el academicismo y sus oligarquías, su énfasis retórico, su gusto conservador, su galantería dieciochesca y su melancolía mediocre y ojerosa” (Mariátegui 1968, 221). A los 20 años de edad, Mariátegui está dedicado con mucha pasión a la lectura de quien después fuera un importante dirigente del fascismo en Italia, Gabriel D'Annunzio, pero también al entonces ya desaparecido poeta y dramaturgo irlandés Oscar Wilde. Una primera inferencia es que se informaba por igual de las tendencias más dispares en la interpretación del mundo y la comprensión del individuo: decadentismo, modernismo, estetismo, escepticismo, individualismo llegaron a ser parte del repertorio utilizado en sus primeras crónicas.

Diversos autores afirman que Mariátegui desde muy joven desarrolló una intensa actividad política, apoyando en su labor como periodista y editor de revistas las luchas del proletariado limeño. Es por ejemplo el caso del sociólogo peruano Aníbal Quijano (1981), pero pareciera que muy poco de veracidad tienen estas afirmaciones. Por ejemplo, aún se encontraba bastante lejos de dedicarse plenamente al ensayo político, pero la apologética mariateguiana, en parte contenida en el libro anteriormente citado, hace explícita una clara vocación en Mariátegui por este género

en su versión literaria. El crítico literario Estuardo Núñez por el contrario, considera este mismo período como parte importante en “la evolución espiritual” de nuestro autor, pero deja en claro que era una apuesta más por el fortalecimiento de una visión estética del mundo que por buscarle una salida a la compleja situación del Perú (Núñez 1994, 14).

Ahora bien, durante los años 1916 y 1918 se vinculó al movimiento por la reforma universitaria en el Perú y es ahí donde logra conocer a Haya de la Torre. Quiero hacer notar el hecho de que durante este período se realizan las primeras huelgas en Lima y provincias, las cuales tienen como demanda principal la jornada laboral de ocho horas. Obviamente que las noticias de la revolución comunista en Rusia y la revolución social en México, habían tenido una amplia difusión entre los nacientes organizaciones de trabajadores y, de la misma manera, una amplia resonancia entre el grupo de jóvenes contestatarios que se iba organizando en Lima, grupo donde Haya y Mariátegui comenzaban a destacarse. Pero en medio del torbellino intelectual y político alentado por las clases medias limeñas, muy contestatario y creativo a la vez, sucedió algo que desconcertó a los integrantes de los círculos intelectuales y periodísticos a los cuales Mariátegui pertenecía.

En septiembre de 1919 y luego de la caída del gobierno de José Pardo, Mariátegui viajó a Europa en una especie de destierro transado con el recién posesionado presidente, Augusto B. Leguía. Haciendo uso de una beca de estudios que le otorgó el nuevo gobernante se dirigió a París, ciudad a la que arribó el 8 de octubre. Leguía, miembro de la oligarquía y quien ya había sido presidente del Perú entre 1908 y 1912, devino en la oposición triunfante dentro del régimen de la dominación y como uno de sus principales objetivos, entre otros igualmente importantes, se propuso tranquilizar el ambiente político y social dentro del país. La cooptación de algunos integrantes de las tendencias críticas en el periodismo, fue una medida que al no aparecer como represiva, le permitía al nuevo gobierno restablecer lazos con medios que no le eran afines en términos políticos. Según Estuardo Núñez, y como una forma de justificar la actitud del viajero, señalaba que:

era la forma digna de lograr la anhelada oportunidad de perfeccionarse, de ampliar su horizonte cultural y de realizar el soñado ideal del viaje a las fuentes de la cultura occidental. Mariátegui mostraba en ese momento –a los 25 años de edad– la madurez y la preparación necesaria para asimilar la nueva visión del mundo europeo que entonces resurgía de entre los escombros dejados por la hecatombe reciente (1994, 18).

Mariátegui llegó justo en los momentos en que Europa vivía la posguerra y atravesaba un momento marcado por la incertidumbre. Era claro que a raíz de los recientes acontecimientos y las consecuencias que habían generado, se explicaba porque la mayor parte del continente estaba convulsionado. El desconcierto tendía a agudizarse sobre todo en los ambientes intelectuales y políticos, los cuales estaban activados y en una permanente actividad conspirativa condicionada por el radicalismo ideológico que los aglutinaba. Por ejemplo, en la posguerra adquirieron un lugar relevante las ideologías definidas progresistas, donde puedo mencionar el liberalismo radicalizado, socialismo y comunismo, las cuales se expresaban con variada intensidad en la mayor parte del continente.

De la misma manera, y como elemento fundamental en el proceso de asimilación cultural que llevaba adelante, se producían importantes rupturas artísticas expresadas, por ejemplo, en los nacientes dadaísmo y expresionismo, los cuales fueron igualmente aplaudidos por él. En pleno proceso de su reconstrucción como capital cultural del mundo, París reunía una cantidad impresionante de artistas de las más variadas tendencias, por tal razón y con la necesidad de aprovechar el tiempo que permanecería en Europa, sumado a lo que consideramos como su búsqueda por una cultura de carácter universal, lo induce a explorar en los lugares donde puede conocer de cerca su admirada cultura occidental.

Sin ningún cuestionamiento y menos temor frente al panorama que se le abre, aceptándolo además como avanzadas manifestaciones del “arte burgués”, asiste a cuanto evento cultural se realice. En los años de la posguerra, los dirigentes europeos están decididos a reconstruirla sobre los aspectos que la habían llevado a autodenominarse el centro del mundo, y de entre todos ellos, recuperar los referentes que habían fundamentado su grandeza se vuelve un imperativo moral, pero también político. Mariátegui fue un testigo que desde el denominado centro, se encargó de explicarle al público peruano este proceso, y para ello recurrió a un género muy utilizado desde la época en que se inició la conquista de América: la crónica.

Estos primeros escritos fueron publicados en distintos diarios limeños y pueden ser considerados como observaciones de un viajero que arriba a los lugares donde la modernidad se había realizado. Así como los viajeros europeos redescubrieron América Latina desde fines del siglo XVIII, contribuyendo con sus

diarios a fortalecer los argumentos evolucionistas tanto en biología como en las nascentes ciencias sociales, Mariátegui en sus crónicas descubre y elogia apasionadamente todo lo que observa en su encuentro con la moderna civilización occidental. En tal sentido, Francia le otorgó la posibilidad de conocer el mundo europeo por medio de diversas manifestaciones culturales, y expresiones locales que pretendían desarrollar su confrontación con el canon dominante a partir de irse definiendo como vanguardias. Desde ese momento, su preferencia por cultura occidental se verá reflejada en los sucesivos artículos y crónicas periodísticas que escribió desde su arribo a tierras europeas, por ejemplo, las que están contenidas en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*.

Luego de una estancia de 6 meses en París, se trasladó a Roma y allí se informa de la marea revolucionaria que sacudía Europa occidental, pero también de sus contrapartidas. Por un lado, se tenía el fortalecimiento de las organizaciones comunistas y socialistas, las cuales se mostraban decididas a replicar los acontecimientos sucedidos en Rusia. Por otro lado, aparecían las visiones pesimistas sobre la historia, las causas de la fatalidad nacional expresadas en los gérmenes de ideologías y organizaciones que cuestionaban los supuestos fundamentos democráticos de la civilización occidental. De esta época es *Cartas de Italia*, libro que reúne los artículos que enviaba de manera regular al periódico *El Tiempo*. Reportero al fin de cuentas, se le encargó hacer una permanente revisión de los acontecimientos observados en aquel país, los cuales estaban mediados por el ascenso del fascismo.

Pero no todo es política en estas crónicas. Las ciudades y sus museos, su literatura y sus artistas plásticos fueron también objeto de profunda admiración en sus crónicas italianas, descritas con la emoción de quien piensa que realmente está descubriendo los orígenes de la civilización más avanzada. Puedo decir que estos escritos hacen de Mariátegui el salvaje que se encuentra con lo civilizado en su lugar de origen, pero donde este descubrimiento implica la adopción de una mirada que de manera inmediata se despoja de su carácter tradicional. La constatación de una herencia que dejó la antigüedad clásica o el pasado latino en la conformación de occidente, lo cual le llevó a una forma de narrar por completo secularizada gracias a una realidad donde confluían, ya se sabía en aquel entonces, elementos civilizacionales muy cuestionables.

Durante sus años de permanencia en Italia es que conoce el marxismo a través de la lectura de relevantes, pero matizados ideólogos del socialismo. George Sorel, Wilfredo Pareto y Antonio Gramsci en el campo de las ideas, fueron el inicio en una formación ideológica que orientó su posterior lectura e interpretación marxista del Perú. De lo aquí descrito, es posible inferir que Mariátegui vivió en Europa durante años realmente claves pues son justos los momentos en que los principios de su tan admirada civilización, quedaban negados por la presencia dominante de lo más instrumental del racionalismo, tanto en su vertiente liberal como socialista. Es así como, y sin cuestionar mayormente la lógica de su funcionamiento interno, Mariátegui aceptó el “desposamiento con unas ideas”, hecho que más bien se debe definir como la aceptación de una ideología igualmente eurocentrada en su fundamentación teórica e instrumental en su aplicación práctica.

Ante una situación tan negativa para las llamadas fuerzas del progreso, Mariátegui decidió abandonar Italia luego de haber permanecido dos años y siete meses en este país. En junio de 1922 se dirigió hacia Alemania y en un breve tránsito por Francia se reafirmó en las posibilidades de los partidos revolucionarios alemanes, la futura patria socialista en la propaganda comunista. Pero al lado de la agitación revolucionaria y la profusión de fe comunista que observó en Alemania, también se percató de la forma como se organizaba la transformación antidemocrática y antiliberal. Al momento de su llegada, Alemania vivía una época turbulenta y en medio de la peor crisis económica que le había tocado afrontar, este país es descrito como un hervidero artístico e intelectual donde nuestro viajero quedó deslumbrado.

Las oficiosas biografías que se han hecho de José Carlos Mariátegui siempre han afirmado que desde muy joven, tenía un conocimiento bastante desarrollado, casi que intuitivo, de las principales corrientes literarias y políticas que en ese entonces estaban en pugna. Estuardo Núñez, por ejemplo, señala que ya adolescente Mariátegui había conocido la obra literaria de Richard Wagner y la filosofía de Friedrich Nietzsche, y que una vez llegado a Europa se vio en la imperiosa necesidad de conocer a fondo la obra de los pensadores e ideólogos de la filosofía alemana. Hegel, Fichte y Feuerbach fueron considerados parte importante en la búsqueda que inició, con el objetivo de entender mejor a los fundadores del llamado socialismo científico, Karl Marx y Federico Engels.

Es más, al no ser suficiente la lectura en traducciones al italiano o al francés, idiomas que Mariátegui entendía con algunas complicaciones, se propuso aprender alemán como un medio para acceder al conocimiento integral de las obras fundadoras de la ideología socialista. Cosa parecida sucedió con los autores y las obras que luego fueron procesados y condenados desde los dogmas del stalinismo, sobre todo por haber asumido una supuesta postura revisionista: Karl Kautsky, Rudolf Hilferding y Karl Radek, quienes fueron leídos en traducciones a los idiomas con los cuales mantenía una mayor cercanía, cuando no le fue posible acceder al original en alemán (Núñez 1994, 54).

Pero fue la literatura quien lo llevó a conocer más a fondo la realidad de una Alemania hundida en la depresión de la posguerra, la cual no era solamente económica sino sobre todo moral. Stefan Zweig, Erich Maria Remarque y Hermann Hesse son lo más representativo de la narrativa alemana de aquel entonces, y todos fueron objeto de su acuciosa lectura. Este es el momento en el que se acerca de manera definitiva al expresionismo, en tanto corriente que influía en las más diversas manifestaciones artísticas tales como la novela, poesía, el cine, la pintura, el teatro y la escultura. Es así como pudo admirar justo en los momentos que van apareciendo, las obras de Murnau, Weill, Grosz, Ernst, Kandinski. La obra de varios de ellos fue posteriormente reseñadas en *Amauta* y en algunos casos, aparecieron como colaboradores en la revista.

Con todo esto, parece estar lo suficientemente comprobado el amplio interés que Mariátegui mostró por el pensamiento socialista durante su periplo europeo, tanto así que aceptó casi incondicionalmente el marxismo como ideología y el materialismo dialéctico como método de investigación. Así lo refiere en los 7 ensayos: “He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales” (1968, 12). A partir de esta afirmación se entiende por qué Mariátegui, al lado de la actividad política que realizó durante su corta vida, se propuso hacia el final de la misma elaborar un estudio a profundidad de la situación social y económica del Perú, utilizando propuestas procedentes del marxismo y también con las lecturas de heterodoxos autores inscritos en esta corriente.

Su aceptación del marxismo fue también un compromiso de tipo espiritual y moral, por considerarlo en esencia una ideología revolucionaria. En consecuencia, al haber asumido el materialismo dialéctico como el método de investigación y el materialismo histórico como la ciencia de la sociedad, las concepciones evolucionistas

y unilineales que ambos poseen fueron incorporadas en su obra más conocida, 7 *Ensayos de interpretación de la Realidad Peruana*. Estando en Alemania consideró posible visitar la Unión Soviética, pues la revolución bolchevique había sido desde cuando vivía en Lima objeto de su curiosidad, estudio y admiración. Pero sus ansias por conocer de manera directa la primera revolución comunista del mundo, no pudieron llevarse a cabo pues tuvo que iniciar el viaje de regreso al Perú en febrero de 1923.

Luego de permanecer seis meses en Alemania, regresó al Perú siendo un marxista “convicto y confeso”, y ya pensaba en una salida revolucionaria de tipo socialista para el Perú y la América indígena, un socialismo que rescatando la herencia prehispánica fue pensado como la alternativa transformadora para la región. Con esta apuesta por una de las ideologías contenidas en el occidentalismo, fusionado con la ancestralidad de las culturas andinas, ha llevado a que lo descrito y analizado en su obra diera forma a una heterodoxia periférica dentro del marxismo. A pesar de esta filiación ideológica, el socialismo andino que propuso sigue siendo objeto hoy en día de un debate bastante amplio, y de él se hace una presentación crítica en las siguientes páginas.

Puedo afirmar que Mariátegui en la búsqueda por ampliar su horizonte cultural, no dudó en perseguir el horizonte civilizatorio de origen occidental, después de todo siempre lo consideró como uno de sus objetivos primordiales y no ahorró esfuerzos por alcanzarlo. Por tal razón, y como se verá más adelante, asumió una perspectiva político-cultural basada en el occidentalismo. Su actitud de no cuestionar lo allí contenido, tampoco niega el uso de la crítica social y política en sus artículos, lo cual ha sido para sus seguidores la prueba del humanismo adquirido en sus tempranas y juveniles lecturas. Para Estuardo Núñez, es el mismo humanismo que después se visualizó de manera muy evidente en la mayor parte de sus trabajos.

Para terminar esta parte, sólo quisiera decir que en 1926 fundó la revista *Amauta* como una revista de “doctrina, arte, literatura, polémica”. La revista tenía el claro objetivo de reunir a los intelectuales de izquierda y discutir sus propuestas, pero más aún, era un proyecto por traer al Perú los avances que en Europa se venían dando en la teoría política y en los distintos campos de la cultura occidental. La revista ha sido definida por el intelectual socialista argentino José Aricó como la “parte más avanzada y moderna de la cultura burguesa contemporánea” (1980, XIV), puesto que

en un lapso de tiempo relativamente corto llegó a reunir diversas expresiones de la intelectualidad peruana, latinoamericana y europea: César Vallejo, José María Eguren, Martín Adán, Magda Portal, Miguel de Unamuno, Henry Barbusse, Jesús Silva Herzog, Alfredo Palacios, Diego Rivera, André Bretón, Baldomero Sanín Cano, Manuel Ugarte, Romain Rolland, Louis Aragon, entre otros, fueron parte del grupo de colaboradores que integraron la revista.

Como se ha visto, luego de un periplo europeo que duró 4 años y habiendo adquirido un sólido prestigio como cronista de la situación política en aquel continente, más el periodo de tiempo que transcurrió en el Perú luego su retorno y donde combinó actividad política con trabajo intelectual, José Carlos Mariátegui publicó en 1928 los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Para los objetivos de la tesis he priorizado el análisis de tres de ellos, “Esquema de la evolución económica del Perú”, “El problema del indio” y “El problema de la tierra”, pues allí se encuentra un diagnóstico social, económico y racial de la población del país, para luego establecer las formas de participación de cada uno de los actores en el proyecto transformador.

En estos ensayos, sobre todo en el primero, traza una trayectoria histórica en la formación del Perú y por eso remite a la herencia prehispánica mencionada líneas arriba, pero también a analiza con ahínco la herencia colonial. Por eso la importancia dada a la posibilidad del cambio encarnada en las poblaciones indígenas, las cuales tendrían que previamente haber incorporado una nueva conciencia política. En este proceso de tan larga duración, donde se asignan responsabilidades en explicaciones históricas y estructurales, quedaron también involucradas cuestiones de raza y clase, pero con un fuerte sesgo hacia quienes no cumplían los requisitos para ser incorporados en el proyecto transformador. Por eso y quizá producto de su admitida filiación socialista, cuando Mariátegui se pronunció sobre el tipo de nación posible para el Perú, además de su preocupación por aquella ausencia, utilizó conceptos y definiciones relacionadas con el estudio de la sociedad y su cultura excesivamente racionalistas.

Ya se ha visto que durante su permanencia en Europa adquirió un profundo conocimiento de la civilización y el pensamiento occidental, y eso obviamente influyó en las propuestas dirigidas a establecer en el Perú un nuevo sistema político, económico y social basado en ideas de tipo socialista. En un país donde predomina la heterogeneidad social y económica, pues sostiene el autor que se da la convivencia de formas productivas arcaicas con las modernas, condicionando aún más la permanencia

de una sociedad profundamente diferenciada ¿dónde encontrar a la clase portadora de la historia, revolucionaria y nacionalista por naturaleza? Mariátegui argumentó que el proletariado no lograría serlo por su debilidad intrínseca al carácter colonial que tenía el capitalismo en el Perú, mientras que las capas medias están alienadas por las posibilidades de ascenso social que genera la presencia del capital imperialista y el crecimiento del estado, lo cual les imposibilitaba también la adquisición de una conciencia revolucionaria (1968, 44).

Al mismo tiempo, la burguesía es incapaz de trabajar en función de un proyecto nacional pues está entregada a los intereses del capital extranjero. Entonces ¿dónde encontrar a quienes serían la base de la nación peruana? Mariátegui responde diciendo que “considero fundamentalmente este factor incontestable y concreto que da un carácter peculiar a nuestro problema agrario: la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo prácticos en la agricultura y la vida indígena”. En el Perú antiguo predominaron una cultura agraria y un pueblo de campesinos-súbditos, y ambos dieron forma a un tipo muy particular de comunismo agrario. El orden económico del virreinato no lo pudo reemplazar por un sistema superior, o como dice el autor, “una economía de mayores rendimientos” a la heredada del mundo prehispánico (1968, 45-46).

Desde la perspectiva de Mariátegui, no serán los regeneradores oligarcas o los burgueses modernizantes de comienzos del XX, quienes adelantarían el proyecto dirigido a transformar la economía y la política, como también contribuir de manera distinta en la formación de la nación. El proyecto modernizante que propuso, sería conducido por los desposeídos desde la época de la conquista, siempre y cuando tengan la posibilidad de encontrar en su esencia las simientes del futuro, inevitablemente socialista y fundamentado en el marxismo. En consecuencia, los agentes del cambio tendrían que asumir la autorrealización de los ideales de clase, pues la conciencia es inherente de la clase social a la que pertenecen y por lo tanto, no es posible negarse a participar en la historia.

No es la civilización, no es el alfabeto del blanco, lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. El mismo mito, la misma idea, son agentes decisivos del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etcétera. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por un solo cuadrante. ¿Por qué ha de ser el pueblo inkaico, que construyó el más desarrollado y armónico sistema comunista, el único insensible a la emoción mundial? (1968, 30).

En este caso y como declarado seguidor de Nietzsche, afirmó que la pasión se constituiría en el elemento dinamizador de la acción social, frente a la imposibilidad de gestar un movimiento sustentado en los principios de la racionalidad occidental. ¿Es que no existía otra? Pero también es legítimo hacer la siguiente pregunta: ¿qué quiso decir con razas en colapso?, solo queda pensar que esta afirmación se produjo en un contexto de afirmación del carácter redentor del ideario marxista, donde el punto de llegada es ineluctablemente comunista pues los procesos históricos están signados por el mismo destino.

Como lo hace notar Gerardo Leibner, el término raza en Mariátegui estaba profundamente asociado a unas estructuras económica, social y política, definidas como elementos constitutivos del espíritu y la mente de los signados con ese calificativo. Así es que la raza forma parte de una psiquis construida a lo largo de mucho tiempo, y entre todos ellos harían posible la existencia y el sostenimiento de ciertas cosas esenciales, por ejemplo, la idea del comunismo agrario de la cual era supuestamente portador el indio en el Perú. El colapso de ciertas razas, entonces, sería la debacle de los soportes civilizatorios con que se constituyeron dichos pueblos, más aún cuando se tuvo al europeo y el potencial transformador contenido en su raza (1999, 49-50).

Ahora bien, una cosa que llama la atención fue el análisis de las razas que Mariátegui hace en el ensayo “El proceso de la literatura”, en el acápite titulado “Las corrientes de hoy: el indigenismo”. Lo contenido en la parte final de uno de sus más aclamados ensayos, contiene un tipo de explicación de los problemas locales utilizando principios de índole biológico, igualmente evolucionistas en su concepción y que se visualizan en taxonomías de índole racial, como razones explicativas del entorno con el cual convive. Por eso sorprende lo contradictorio que resultan sus análisis en diferentes partes del libro, pues por un lado, pone como centro de su propuesta transformadora al poblador indígena, pero al mismo tiempo hizo afirmaciones que demeritan su existencia ya sea por su aspecto corporal o por el declive espiritual del mismo agente (López Maguiña 2003, 46-48).

Hay épocas en que parece que la historia se detiene. Y una misma forma social perdura petrificada, muchos siglos. No es aventurada, por tanto, la hipótesis de que el indio en cuatro siglos ha cambiado poco espiritualmente. La servidumbre ha deprimido, sin duda su psiquis y su carne. Le ha vuelto un poco más melancólico, un poco más nostálgico. Bajo el peso de estos cuatro siglos, el indio se ha encorvado moral y físicamente (Mariátegui 1968, 266).

Algo similar se produce con la migración de chinos y negros al Perú. Mariátegui considera que los primeros trajeron consigo la fatalidad contenida en la decadencia de su civilización, son seres apáticos y poseedores de múltiples taras. Aficionados al juego, por ejemplo, fortalecen internamente la idea de que piensan más en la riqueza como fruto del azar que del trabajo individual. El idioma los hace aún más diferentes y el criollo en formación los desprecia. En términos materiales son pobres y están degradados física y espiritualmente, por lo tanto, poco pueden aportar en la formación de la nación peruana (270).

En la lectura e interpretación que hace sobre los afrodescendientes llegados al Perú en el período colonial, considera que son los más primitivos de entre las razas que conviven en el país y fiel a esa calificación, los considera como sensuales y supersticiosos. Su llegada en condición de esclavos los volvió mercancía, y sólo aportan elementos negativos en la nacionalidad producto de la barbarie tribal en que viven. En tal sentido, el mestizo que surge de una “abigarrada combinación de razas” está dominado “por un oscuro predominio de sedimentos negativos, en una estagnación sórdida y morbosa. Los aportes del negro y del chino se dejan sentir, en este mestizaje, en un sentido casi siempre negativo y desorbitado” (1968, 270-272).

Fernando Calderón junto a Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone hablaron de la dialéctica de la negación, para definir lo contenido en la formación de un pensamiento que ahondaba en la histórica marginación de sectores de la sociedad. Como hemos visto y una vez más basándose en las características raciales y sociales, como el indio, mestizo, esclavo, mujer, campesino, marginal, pobre, algunos estudiosos de la realidad nacional se dedicaron a negar la identidad de quienes desde su particularidad, también podían ser partícipes en la organización de la nación. Al mismo tiempo, se les proponía ingresar como asimilados a un orden donde predominaría la razón ya instrumental, y que de manera previa había sido también racializada pues se estableció una asociación entre el progreso y el predominio del hombre blanco, pues fue éste quien se constituyó en un participante muy activo en el logro de la modernidad (Calderón, Hopenhayn y Ottone 1996, 66).

Las afirmaciones que se hicieron sobre la raza como cuestión física y cultural, sumado al medio geográfico en el cual se desarrolla, condicionaron una actitud elemental y poco reflexiva frente a la vida, sería una de las primeras conclusiones que obtuvieron los autores reseñados. Aquí observamos la relación entre el conocimiento sobre las razas generado en los primeros años de la ilustración, con lo afirmado por García Calderón y

Mariátegui. Este mismo tema en clave poscolonial, ha sido estudiado por el filósofo nigeriano Emmanuel Eze, quien logra establecer que un pensamiento muy sistemático sobre la cuestión raza, geografía y actitudes morales durante el tránsito hacia el mundo moderno, se encuentra en dos de las obras menos conocidas del filósofo de la ilustración alemana, Immanuel Kant: *Antropología desde un punto de vista pragmático* y *Geografía física*. De su lectura le fue posible a Eze inferir un conjunto de principios con los cuales se fortaleció la raciología kantiana, es decir, la jerarquización de las razas y sus conocimientos (2001, 222).

En la geografía física de Kant está contenido el hombre por ser parte de la naturaleza, pero donde además es posible observar una dualidad en su conformación como humano, pues cuenta con una parte externa, es decir su cuerpo, y una parte interna donde radica el alma y el espíritu. Diferencias de tipo semántico que resultan imposibles de explicar aquí, llevaron a que la geografía física pueda otorgarnos “un conocimiento de los humanos como cuerpos externos: color, altura, características faciales [...] mientras que la antropología pragmática provee el conocimiento de lo interno, la estructura moralmente condicionada de los humanos”. La geografía se encarga de lo físico-corporal-racial, mientras que la antropología en este primer momento veía lo espiritual-moral sostuvo el filósofo alemán en la perspectiva que nos ofrece Emmanuel Eze (223).

Desde aquel punto de vista es que se llegó a establecer una clasificación destacando el color de la piel en blancos, amarillos, negros y rojos, los cuales correspondían a determinadas regiones del mundo: europeos, asiáticos, africanos e indios americanos. Los tres últimos realizan acciones basadas en usos y costumbres no reflexivas y en impulsos naturales, además carecen de principios éticos y no desarrollan carácter ya que no cuentan con autoconciencia y voluntad racional, siendo más bien que muestran una permanente inclinación al mal. En última instancia, los indios americanos, negros africanos e hindúes no están condicionados para tener madurez moral pues carecen de un don que solo se encuentra en la naturaleza: el talento. Por último, Kant estableció que los indios americanos son ineducables ya que carecen de afecto y pasión, están encorvados física y moralmente decía Mariátegui, mientras que los africanos solo pueden ser entrenados como esclavos o sirvientes, y aunque son muy vivaces, vanidosos y conversadores siempre muestran una tendencia a la haraganería a pesar de los castigos que recibe (Eze 2001, 224).

Pero siempre existe la posibilidad de obtener la redención social, política y cultural, si se asumen vías que han probado su efectividad. Una sociedad indígena

como la que se tiene en el Perú, la cual es algo primitiva o retardada pero que mantuvo sus características de “tipo orgánico de sociedad y de cultura”, puede que en un tiempo relativamente corto encuentre al igual que las anteriormente colapsadas civilizaciones turca, china y japonesa, “la vía de la civilización moderna y traducir a su propio lengua, las lecciones de los pueblos de occidente” (Mariátegui 1968, 273-274).

Hay muchos elementos que ubican a José Carlos Mariátegui como uno de los primeros difusores del marxismo en el Perú, pues fue productor de un conjunto de ideas que pretendieron explicar el país utilizando la teoría y el método marxistas. En las siguientes páginas quisiera focalizar el análisis en el uso que hace de la idea de progreso, del carácter lineal y evolutivo de la historia y de los aspectos culturales en la concepción de modernidad que tiene este pensador para el Perú. Tal como hice con la obra de Francisco García Calderón, enfatizo en el análisis que realizó y en las conclusiones que obtuvo después de haber estudiado la herencia colonial.

Esto significa tocar otros aspectos de la misma herencia tales como su influencia en la organización de un régimen económico, semifeudal lo define Mariátegui, el origen de las distintas clases sociales y su participación en la organización de la política nacional. Además, y sobre la base de esta lectura, preguntarnos sobre la viabilidad de un proyecto político que se encargó de asignarles ciertas tareas históricas a cada una de las clases existentes en el Perú. Puedo ir adelantando que se han encontrado argumentos teóricos muy similares a los utilizados por distintos pensadores y, de la misma forma, coincidencias en sanciones de tipo histórico como la crítica del pasado hispano.

En el caso particular de Mariátegui y argumentando a partir de su confesa posición marxista, se encuentra un tipo de análisis basado en el esquema unilineal de la historia o con la esencialización de los integrantes de la sociedad al definir, por ejemplo, a la burguesía u oligarquía como clase políticamente reaccionaria, o a los integrantes de las comunidades indígenas como los agentes de la transformación revolucionaria socialista. Propuestas clásicas en términos conceptuales, pues empieza por otorgarles atributos a las personas sobre todo por la incorporación del elemento clase, y la relevancia que adquiere dentro de sus análisis.

En consecuencia, se tuvo la occidentalización interpretativa de una realidad como la del Perú, y por lo tanto nos permitimos definir su obra como parte de esa visión modernista hegemónica entre los intelectuales de comienzos del siglo pasado. La diferencia fundamental estaría dada por la importancia que le otorga a la llamada

población indígena en su propuesta de transformación, por tal razón quisiera mostrar aspectos relacionados con el esencialismo y la unilinealidad contenidos en el primer ensayo de su más famoso libro.

En *Esquema de la evolución económica*, desde el inicio se constata una interpretación particularmente esencialista de la economía y la sociedad en el pasado prehispánico, el romanticismo propio de aquéllos que añoran un pasado que si bien es cierto existió, era prácticamente imposible recrearlo en la tercera década del siglo pasado; el imperio Inca y su expresión política y administrativa, el Tahuantisuyo. Según este pensador, es claro que “Hasta la conquista se desarrolló en el Perú una economía que brotaba espontánea y libremente del suelo y la gente peruanos”, y donde “El trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales”, afirma Mariátegui en el primer párrafo de este ensayo, por eso no duda en calificar el Tahuantisuyo como “imperio socialista de los inkas”, dejando de lado aspectos de organización social y política muy jerarquizados. Fue muy enfático en considerar que el proceso de conquista afectó muy seriamente en la integridad económica, política y social del inkario (1968, 13).

Tal como lo hizo Francisco García Calderón y otros pensadores influidos por el occidentalismo, Mariátegui creyó encontrar en las características culturales de los conquistadores una explicación racional a las condiciones de atraso y pobreza espiritual heredadas del régimen anterior. No hay colonizador ajeno a la mentalidad y lógica dominantes en el siglo XVI español, la reconocida tradición ibero – católica, fue parte del ideario contrarreformista y “no permitió consolidar un espíritu mercantil sustentado en la búsqueda del beneficio personal, donde se necesitaban más hombres libres y menos siervos”. ¿En el incario habían hombres libres? Más aún, la práctica del monopolio al darse en aspectos fundamentales de la vida cotidiana, por ejemplo, la comercialización de artículos de primera necesidad en las tiendas de la hacienda, condicionó la permanencia de una forma de vida sustentada en el rentismo y la explotación sin límites de los recursos humanos y naturales.

Esto es posible explicarlo en el sentido que el proyecto colonial propuso la conformación de cuerpo y mente funcionales al nuevo orden, donde ambos funcionarían sobre una base jerarquizada por la presencia dominante del absolutismo y su base doctrinaria, el catolicismo. La consecuencia fue una forma de comportamiento sustentada en los dogmas y las prohibiciones, lo cual concluyó en la neutralización de los ímpetus empresariales de los llegados a esta parte de América, y

el afianzamiento de lógicas no capitalistas en los pueblos indígenas. Se argumentó, entonces, que sobre las bases de una economía comunista primitiva predominante en el Tahuantisuyo, se implantó una economía de raigambre feudal. Feudalización de América y el Perú que no fue solamente en el campo económico, sino que se dio con mayor énfasis en el aspecto cultural e ideológico. El análisis se vuelve aún más pesimista cuando Mariátegui realiza la comparación de la hispánica herencia colonial con la británica experiencia asentada en los Estados Unidos.

A diferencia de la colonización anglosajona en América del Norte, donde la ausencia de una organización eclesiástica ni se sintió porque “El individualismo puritano hacía de cada pionero un pastor: el pastor de sí mismo [...] El colonizador no empleó misioneros, predicadores, teólogos ni conventos”, en América Latina el proceso fue bastante diferente. Dedicado en Norteamérica con su trabajo y mística a la conquista de un territorio, en América Latina el colonizador y el proceso demostraron que “vencedor el pomposo culto católico del rústico paganismo indígena, la esclavitud y la explotación del indio y del negro, la abundancia y la riqueza, relajaron al colonizador” (158-159).

Al diferenciar la labor cumplida por los europeos en las partes en que quedó dividido el continente en el siglo XVI, enalteció el colonialismo anglosajón, pues él sí había traído progreso a las regiones donde se instaló:

Mientras en Norteamérica la colonización depositó los gérmenes de un espíritu y una economía que se plasmaban entonces en Europa y a los cuales pertenecía el porvenir, a la América española trajo los efectos y los métodos de un espíritu y una economía que declinaban ya y a los cuales no pertenecía sino el pasado (49).

Ajeno a las prácticas genocidas de los conquistadores en América del Norte, quizá desconociendo lo que pudo suceder en dicho proceso, aunque de esto ya se sabía por distintos medios desde varias décadas atrás, valoró su predisposición al trabajo como la fuente de su prosperidad. En la misma línea de razonamiento, consideró que la facción ibérica de la cultura occidental fue portadora de elementos de atraso, mientras que los *pioneer* sí contaban con ese espíritu innovador que les garantizó avanzar en la historia. Esto se explicaba puesto que:

La debilidad del imperio español residió precisamente en su carácter y estructura de empresa militar y eclesiástica más que política y económica. En las colonias españolas no desembarcaron como en las costas de Nueva Inglaterra grandes bandadas de Pioneer. A la América española no vinieron casi sino virreyes, cortesanos, aventureros, clérigos, doctores y soldados. No se formó por esto en el Perú una verdadera fuerza de colonización (14).

Por eso no resulta sorprendente como este autor reconoció los logros empresariales alcanzados por la orden de los jesuitas, quienes con su “orgánico positivismo, mostraron [...] aptitud de creación económica” haciendo prosperar latifundios con la “tendencia natural de los indígenas al comunismo”. Resulta bastante irónico que el primer análisis marxista del Perú, validara la concentración de la tierra en las órdenes religiosas y no viera el trabajo de los siervos y esclavos contenidos en el éxito de las haciendas controladas por aquéllas. Pero a pesar de este caso muy particular, el advenimiento de la república no fue capaz de cambiar el orden colonial en los aspectos mencionados, contribuyendo así al surgimiento de una particular forma de desarrollo capitalista durante el siglo XIX, expresada sobre todo en la ausencia de una “auténtica clase burguesa”.⁶

Según Mariátegui, eso explica que la independencia en el Perú respondiera más a intereses foráneos que internos, los del naciente imperio británico por encima del de los criollos puesto que “la independencia sudamericana se presenta decidida por las necesidades del desarrollo de la civilización occidental [...] capitalista”. Inglaterra asumió la conducción del proceso, pues muy hegelianamente había hecho conciencia del rol que debía desempeñar en el mismo, “conciencia de su destino” lo dice, y por eso políticos e intelectuales de la época la miraron con respeto y admiración. Pero es evidente que este proceso incorporó de distinta manera a las nacientes repúblicas sudamericanas. Los territorios que se ubican en las riberas del océano Pacífico no gozaron de una ubicación tan privilegiada como los colindantes con el Atlántico. En algunos de los países andinos, como el Perú, las distancias geográficas del siglo XIX agravaron la imposibilidad de acceder más rápidamente a “las corrientes colonizadoras y civilizadoras que fecundaban ya otros países de la América indo-ibérica” (18).

Esto significaba, por ejemplo, que la nula migración de los “nuevos” europeos sumado al mantenimiento de importantes bolsones de feudalidad lograron constituirse en el principal impedimento para la revolución liberal en el sentido europeo de la palabra:

Fuertes y homogéneos aluviones occidentales aceleraron en estos países [Argentina y Brasil] la transformación de la economía y la cultura que adquirieron gradualmente la función y la estructura de la economía y la cultura europeas. La

6. 50 años después de formulada esta apreciación, dos de los más importantes científicos sociales en el Perú coincidieron en una conclusión similar a la de Mariátegui. Ver los trabajos de Julio Cotler. *Clases, estado y nación en el Perú* (Lima: IEP ediciones, 1978), Aníbal Quijano. *Imperialismo, clases y estado en el Perú* (Lima: Mosca Azul editores, 1978).

democracia burguesa y liberal pudo ahí echar raíces seguras, mientras en el resto de la América del Sur se lo impedía la subsistencia de tenaces y extensos residuos de feudalidad (18).

Partidario de una modernidad en los términos que Inglaterra la había construido, Mariátegui pensaba que la formación de una clase dirigente a escala local, no podía considerarse como burguesía en el sentido estricto de la palabra. Ahí radicaba la importancia de la migración, pues ante su ausencia se impidió "el advenimiento de una clase de savia y elán nuevos, ese proceso habría avanzado más orgánica y seguramente" (21). Después habla del retraso originado en la época colonial y que tendió a agravarse por la llegada del esclavismo, un tipo de diagnóstico basado en algo que podría llamar una temprana sociobiología, donde el esclavismo y el feudalismo proporcionaban pautas para el entendimiento de la problemática local.

Con los mismos criterios evolutivos es posible entender la diferenciación que hizo entre conquistador y colonizador, pues "España después de la epopeya de la conquista no nos mandó casi sino nobles, clérigos y villanos. Los conquistadores eran de una estirpe heroica, los colonizadores no" (50). El pasado hispano colonial estaba latente, amenazaba cualquier intento de cambio y así explica la debilidad de la burguesía peruana, por lo tanto estaba imposibilitada de cumplir con su misión histórica consistente en establecer un régimen capitalista, liberal y burgués. La modernización oligárquica no podría suplantar una revolución burguesa, pero a pesar de esa limitación tan importante, el Perú se había visto inmerso en un período de profundos cambios internos que se explicaban por los producidos a escala global.

Es un lenguaje que encubre su filiación por la acción suprema del individuo, poseedor de una voluntad capacitada para alcanzar logros definitivos como la del conquistador, mientras que la del colono no es más que una reproducción local del espíritu absolutista y cortesano que predominaba en la metrópoli. Por eso es que Mariátegui resulta bastante reiterativo en los argumentos utilizados para comprender el rol del conquistador en la conformación del Perú. En numerosas páginas del ensayo "El factor religioso" retoma la tradicional argumentación en favor de la cultura anglosajona, la cual desde Alexis de Tocqueville estableció la superioridad del protestantismo sobre el catolicismo.

De ahí en adelante, Mariátegui criticó el orden religioso de la colonia y las secuelas que generó en el periodo republicano, empezando por la decisión de los ilustrados fundadores de proclamar al catolicismo como religión oficial del estado. Lo

obvio aparece, pues al no tener burguesía nacional, era imposible el capitalismo moderno pues régimen económico y político feudal estaba asociado al catolicismo, sus instituciones y sus dirigentes (141 y ss). Como es bien sabido, fue con la obra de Max Weber donde estas propuestas adquirieron el estatuto de conocimiento científico, y desde ese lugar es que el sociólogo alemán pretendió explicar porque en diversas regiones del mundo, el capitalismo no pudo echar raíces de acuerdo con lo establecido en la idea de progreso.

Pero esta situación no impidió que la búsqueda de la modernidad siguiera adelante, a pesar de la contrariedad que generaba en ciertos sectores de la plutocracia limeña y provinciana, “decadentes representantes de la recordada época del guano y del salitre”, como denominaba a una de las facciones incorporadas en el pacto oligárquico. El proceso de cambios mantenía una relación bastante estrecha con los intereses de la nueva clase dominante, pues ciertos integrantes de la oligarquía peruana asociados con el capital internacional, auspiciaron la organización del sector moderno de la economía: la industria moderna. Pero esta coalición no logró que su propuesta trajera consigo un inherente actor social próximo a adquirir relevancia, el “proletariado industrial con creciente y natural tendencia a adoptar un ideario clasista”, símbolo de lo nueva ética en oposición a las “antiguas fuentes del proselitismo caudillista” (23).

En medio de este proceso, la realización de importantes obras materiales le permitió al Perú fortalecer sus relaciones comerciales con el mercado internacional. Pero lo más importante es que el Canal de Panamá, terminado de construir en 1914, “mejora notablemente nuestra posición geográfica, (y) se acelera el proceso de incorporación del Perú en la civilización occidental”. De la misma manera, y como fundamentos de la nueva época que vivía el Perú, señala la organización de un sistema financiero, industrial y comercial local, pero dependiente del capital extranjero, el declive del dominio británico y su reemplazo por EE.UU. como principal socio comercial. De igual manera, la aparición de una nueva clase capitalista aún terrateniente pero ya no aristocrática, la presencia de un boom económico con el caucho y la recuperación europea en la posguerra. Es el tránsito de una economía feudal a una capitalista en donde el sector agropecuario, lo que debería ser el sostén de nuestra economía, pierde la batalla ante el sector minero exportador (23-25).

Ahora bien, la modernidad no sólo es inserción en el mercado mundial sino que es sobre todo el acercamiento al conjunto de ideas que han revolucionado a los sujetos y las sociedades en Europa, la cultura de la moderna civilización occidental. Uno

podría llegar a pensar que en este momento, Mariátegui reproduce el contenido fáustico del marxismo contenido en el *Manifiesto del Partido Comunista*, tal como lo destacó varias décadas después Marshall Berman, pero hizo notar el pesimismo de quien ha comenzado a vivir su exilio interior, aquello que lleva a visualizar y describir un país donde el atraso y el desánimo son lo predominante. Tal como lo señala Gerardo Leibner, “Debía ser desalentador volver de Europa en un período de efervescencia social y política, de crisis civilizatoria y a la vez de una supuesta inminente revolución socialista, a un país desintegrado, industrialmente atrasado, semi-feudal en la sierra, sin siquiera partidos políticos burgueses, liberales o nacionalistas y bajo un régimen autoritario” (1999, 24).

No hay ciudades importantes donde el capitalismo organice la economía. Sólo se observan zonas agrícolas y mineras con una “fatiga triste de estación”, además de “feudos deformados” y “hábitos feudales” que no son capaces de detener el ingreso del capital extranjero, pues “pesan sobre el propietario criollo la herencia y la educación española, [...] Los elementos morales, políticos, psicológicos del capitalismo no parecen haber encontrado aquí su clima”. El fatalismo propio de quien constató una completa ausencia de espíritu modernizador entre sus coterráneos, en un territorio predispuesto a ser explotado por aquéllos que sí han internalizado la posibilidad de hacer empresa en un sentido capitalista (29).

Con esta primera aproximación es posible concluir que José Carlos Mariátegui asumió parte del pensamiento occidental, el marxismo por ejemplo, como referente para interpretar y transformar una densa realidad con la ahistoricidad del racionalismo contenido en aquel. A pesar de adherir a una ideología que se reclamaba crítica y revolucionaria, lo cual puede ser objeto de un análisis más contextualizado según el tiempo y el lugar que se leyeron con dicha teoría, y así afirmó que sus propuestas estuvieron inmersas en la tradición intelectual y política producida en Europa en las décadas anteriores.

2. Haya de la Torre y el indoamericanismo. ¿Una ideología local?

Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) nació en Trujillo, ciudad ubicada al norte de Lima y en ese entonces lugar de concentración de la industria azucarera, y por línea materna perteneció a una familia de medianos terratenientes. Algo en lo que coinciden muchos

de sus biógrafos, es que Víctor Raúl Haya de la Torre se dedicó a la actividad política desde muy temprana edad al mismo tiempo que gestaba su formación intelectual. Por ejemplo, el sociólogo francés Denis Sulmont considera que fue “parte de la juventud rebelde de Trujillo ligada a las familias afectadas por las grandes compañías extranjeras instaladas en la región, [lugar] donde se gestaba un frente de lucha antiimperialista entre intelectuales de clase media y trabajadores (Sulmont 1984, 280).

Las dos primeras décadas del siglo pasado son justamente los años en que se produce la concentración de la tierra dedicada al cultivo de la caña de azúcar, pasando una gran cantidad de pequeñas y medianas haciendas a manos de dos grandes empresas. En la expropiación llevada a cabo durante estas dos décadas, la familia materna de Haya de la Torre fue directamente afectada, pues perdió su propiedad, la misma que le había permitido formar parte del reducido círculo aristocrático de Trujillo. Esto quizá nos permita entender su temprana formación intelectual.

Haya ingresó a la Universidad de Trujillo en 1913 a la edad de 18 años y se propuso estudiar leyes. En 1916 fue elegido secretario y vicepresidente del centro universitario, cargos en los cuales demostró sus cualidades como líder político, poseedor de buena oratoria y capacidad organizativa, pero donde no va a hacer notar simpatías por alguna ideología en particular. Por esta época se une a un grupo de intelectuales conocido como Bohemia Trujillana, fundado por el poeta José Eulogio Garrido y el periodista trujillano Antenor Orrego, personaje que con el pasar de los años se convertiría en el ideólogo del APRA. Este grupo estuvo también integrado por el pintor Macedonio de la Torre y el poeta César Vallejo. Los integrantes de la Bohemia, definido como una especie de “club literario de avant-garde”, se reunían semanalmente a discutir las novedades de la época, leer sus poemas y los de sus autores favoritos: Amado Nervo, Walt Whitman y Rubén Darío. Haya fue entusiasta partícipe de este grupo e inclusive llegó a escribir una pieza de teatro, no muy exitosa por cierto (Klaren 1970, 119-120).

A mediados de 1917 viajó con destino a Lima para continuar sus estudios en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pero inmediatamente inicia su actividad política en la capital como representante de los estudiantes de Trujillo. Su estancia en Lima es muy corta, pues en agosto es nombrado secretario del prefecto del Cuzco, ciudad en la cual va a permanecer hasta abril de 1918, y fue en esta ciudad donde Haya tendría una especie de revelación, la cual lo indujo a plantear la necesidad del cambio social para el Perú. Es un momento en el cual se empieza a gestar su visión de la

política más como acto de redención que práctica liberadora, ya que y según sus propias palabras: “Yo no habría sentido devoción por la raza indígena, ni amor por el Perú serrano, ni dolor por la injusticia social, ni rebeldía ante la barbarie hecha sistema político, si no hubiera vivido de cerca la vida del Cuzco” (Haya de la Torre 1933, 101).

En este punto puedo señalar que desde su temprana formación ideológica estuvo lejos de los políticos e intelectuales indigenistas, quienes para ese entonces habían comenzado a reivindicar a las llamadas poblaciones autóctonas o aborígenes del Perú, pero a lo largo de su trayectoria intelectual y política no dejará de manifestar su interés en la caracterización de este importante sector de la población peruana. Cuando retorna a Lima y tras su decisión de ingresar en la política peruana, Haya decide fortalecer su formación filosófica como fundamento de su futura práctica política, y para ello estudia en profundidad los de Ernest Renan, Manuel González Prada, Karl Marx y Albert Einstein. Esta primera aproximación al marxismo además de las lecturas sobre el relativismo, nos permiten entender la incorporación de aspectos radicales en sus escritos más tempranos, como también en el futuro discurso político donde, y por la formación adquirida en su juventud, se van a conjugar importantes aspectos literarios.

En los momentos en que se expande por todo el continente el movimiento de reforma universitaria, Haya de la Torre decide actuar vinculándose a dicho movimiento en el Perú. La segunda mitad de 1918 fue testigo de una rápida difusión por los claustros universitarios de la ideología reformista, y el movimiento estuvo maduro a comienzos de 1919 como para plantearle demandas al entonces régimen oligárquico en crisis. Haya, sabedor de la importancia que tiene el ocupar un cargo político, logra la presidencia de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP) en octubre de 1919, lo cual le permite alcanzar figuración nacional más aún cuando el gobierno cede ante una serie de demandas planteadas por la FEP. Éstas comprendían, entre otros aspectos, democratizar y cambiar la organización en términos institucionales de la universidad y, por otro lado, reformar los contenidos de las materias que se dictaban, pero sin cuestionar las carreras profesionales que se ofrecían.

Pero así como Haya de la Torre estuvo muy preocupado por vincularse al movimiento estudiantil, no lo fue menos en su propósito de aunarse a la protesta obrera. Su relación con las organizaciones populares urbanas se inicia en el momento de ser nombrado uno de los representantes estudiantiles ante la comisión que conduciría la movilización popular en oposición al segundo gobierno de José Pardo,

pero también por las posibilidades que le otorgaba el hecho de ser un político e intelectual en formación, con un origen criollo y también pasado aristocrático pero con sentimientos inclinados al logro de la justicia social. Era justo el momento en que el proletariado de Lima exigía la jornada de las 8 horas como parte de un pliego de demandas mucho más amplio, para lo cual se convocó a una huelga general en enero de 1919. Así es como Haya participó activamente en las paralizaciones por aquella demanda, lo cual le facilitaría su trabajo político en los años subsiguientes.

Luego del triunfo obtenido por la movilización popular en la consecución de las 8 horas, continuando con su labor y en aras de legitimar sus propuestas sobre la necesidad de fusionar el movimiento estudiantil con el obrero, impulsa el Congreso de la FEP que se realizó en el Cuzco en marzo de 1920. La importancia de este evento y más allá del escaso radicalismo de sus acuerdos, se sustenta en la aprobación de una propuesta hecha por Haya destinada a crear los colegios nocturnos para obreros, los cuales devendrían en la Universidad Popular Manuel González Prada⁷.

Es necesario decir que las Universidades Populares se hicieron con la intención nunca oculta de vincular el mundo académico con las clases populares excluidas de la educación superior. Además, y quizá lo más importante, la dirección de la universidad popular le permitió a Víctor Raúl conocer potenciales líderes obreros, como también muchos estudiantes que empezaban a radicalizarse debido a la política pronorteamericana y antidemocrática del gobierno de Leguía.

Cuando termina su mandato como presidente de la FEP en octubre de 1920, Haya se dedica de tiempo completo a trabajar con las universidades populares en su calidad de rector. Es el momento en el cual Haya de la Torre da forma a “su primer esfuerzo organizativo de envergadura, el inicio de una acción sostenida que cimentó su liderazgo político sobre sus condiscípulos y afirmó sus contactos con los dirigentes sindicales del movimiento obrero” (Nieto 2000, 19).

En 1921 se habían alcanzado substanciales avances con las universidades populares, logrando su rector que se difundieran por los más importantes barrios obreros de Lima y en ciudades como Trujillo y Arequipa. Según esta forma de entender la política en su forma revolucionaria, la educación de los trabajadores era una de las opciones que contribuirían con la transformación del orden establecido y Haya, junto

7. La universidad toma el nombre de Manuel González Prada, furibundo crítico del Estado y del régimen oligárquico. Muchos investigadores han considerado a González Prada como el primer difusor del pensamiento anarquista en el Perú.

a otros trabajadores manuales e intelectuales, se dedicó a trabajar de manera decidida para alcanzar tal objetivo.

A comienzos de 1922, tuvo la oportunidad de viajar por Chile, Argentina y Uruguay, donde conoció los idearios y organización de los partidos Radical y Socialista. Fue la oportunidad también de conocer a importantes intelectuales latinoamericanos como Leopoldo Lugones, Gabriel del Mazo, José Ingenieros y Gabriela Mistral, quienes en su gran mayoría lo ayudaron con la publicación de la revista *Claridad* en mayo de 1923. Fue también el momento de establecer iniciales contactos con el marxismo en sus variantes más radicales, pues en este primer viaje realizado por la parte sur del continente, le permitió conocer la región donde el anarquismo y el anarcosindicalismo habían tenido amplia difusión desde fines del siglo XIX.

Ahora bien, solo mencionar que luego del primer Congreso de la Federación de Estudiantes y quizá como una respuesta a lo que en él se había acordado, se promulgó la Ley de Instrucción redactada en una comisión presidida por Manuel Vicente Villarán, intelectual del cual conocimos algo de su propuesta pedagógica. La modernización oligárquica, al igual que otros proyectos modernizantes en el Perú y América Latina, le apostó a la educación como fundamento inherente al proyecto civilizatorio, y de la misma manera utilizaba la exclusión como mecanismo ordenador de la sociedad.

Haya de la Torre regresó al Perú en junio de 1922 luego de haber pasado cinco meses viajando por el sur del continente, para de manera inmediata reiniciar sus actividades políticas. Tuvo su oportunidad al darse una coyuntura crítica, pues cuando se enteró de las intenciones del presidente Leguía para consagrar el Perú al Sagrado Corazón de Jesús, se dedicó a organizar la protesta contra tal decisión. El 23 de mayo de 1923, una movilización de las clases populares limeñas y los estudiantes de la Universidad de San Marcos, liderada por Haya de la Torre junto a otras personalidades que posteriormente militaron en el APRA y en el Partido Socialista, hizo retroceder la pretensión del presidente regenerador.⁸

Ahora bien, lo relevante de este hecho radica en el carácter simbólico y en la proyección que obtuvo dentro de la política nacional, pues con este acontecimiento

8. De manera bastante paradójica, el primer presidente aprista que tuvo el Perú, Alan García Pérez, 1985-1990, consagró el país al Sagrado Corazón en 1988. No hubo protestas, pero tampoco se celebró de manera oficial tal acontecimiento.

Haya le otorgó partida de nacimiento a la alianza obrero-estudiantil como el sustento del cambio revolucionario. Debido al liderazgo tenido durante estos acontecimientos, el gobierno inició la persecución de Haya de la Torre quien actuando desde la clandestinidad llevó a que el mito alrededor de su persona empezara a construirse. En 1924 se dirigió a México, atraído por la tormenta revolucionaria que en los últimos años había sacudido ese país, pero sobre todo por la invitación hecha por el ministro de educación, José Vasconcelos.

Quizá preso del entusiasmo propio de un político joven que está conociendo, de manera simultánea, el accionar de la potencia hegemónica y las secuelas de una revolución social en América Latina, Haya de la Torre fundó el 7 de mayo de ese mismo año la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA. Esta fundación fue más que nada simbólica pues el partido carecía de un mínimo de organización y solo contaba con un grupo de ideas articulado por lemas antiimperialistas. Ahora bien, Haya se preocupó en darle al APRA, y eso aparece de manera recurrente en sus escritos tempranos, el carácter de frente único donde deberían actuar de manera concertada los trabajadores manuales e intelectuales. Asimismo, definió su partido como portador de una concepción ideológica y política novedosa, el indoamericanismo, el cual pretendió unificar América Latina con un programa de contenido revolucionario e internacionalista.

Son momentos en que Haya usa el marxismo e incorpora principios leninistas en sus planteamientos, los mismos que también estarán fuertemente influidos por el relativismo einsteniano y el determinismo económico de origen marxista. En su libro anteriormente citado, Jorge Nieto menciona como Haya de la Torre accedió de manera temprana a un “marxismo rudimentario, el único difundido hasta entonces en el continente”, el mismo que le servirá para realizar una crítica radical al emergente imperialismo norteamericano (2000, 22).

La clara influencia del marxismo en versión leninista, apareció en uno de sus más tempranos escritos *¿Qué es el APRA?* publicado por primera en la revista *Labour Monthly* en Londres durante 1926 y de manera posterior fue incorporado en su difundido libro como el capítulo 1. Presa quizá del maximalismo teórico de la época, el programa originario del aprismo se caracterizaba por tener un principio claramente internacionalista y estaba condensado en los siguientes puntos:

1° Acción contra el imperialismo yanqui.

2° Por la unidad política de América Latina.

3° Por la nacionalización de tierras e industrias.

4° Por la internacionalización del Canal de Panamá.

5° Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo (Haya de la Torre 1985, 1-2).

En 1926 Haya de la Torre viajó a la Unión Soviética y allí conoció la primera revolución comunista del mundo, hecho que va a marcar de manera indeleble su pensamiento. Ese mismo año se traslada a Inglaterra y se matricula en *The London School of Economics*, lugar de difusión de las ideas liberales en política y economía, y en donde tendrá como tutor a Harold Laski. La ruptura definitiva con el pensamiento y organización comunistas se da en el Congreso Internacional contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, llevado a cabo en Bruselas, Bélgica, en febrero de 1927. En este evento convocado por la Tercera Internacional Comunista, Haya de la Torre se manifiesta como un firme seguidor de la idea de luchar contra el imperialismo norteamericano, para lo cual se hace necesario contar con el indispensable apoyo de un frente policlasista con secciones locales en los países del continente.

En tal sentido, propuso la forma organizativa asumida por el APRA como un elemento importante en la lucha antiimperialista mundial. Desde este momento, Haya de la Torre se propuso establecer los principios de una ideología auténticamente indoamericana, el aprismo, rescatando los aspectos más relevantes de las ideologías dominantes en la época, fusionándolas discursivamente con las tradiciones morales, sociales y políticas de las poblaciones originarias, a las cuales conocía por los escasos meses que vivió en el Cuzco. Ahora bien, en su distanciamiento con la organización e ideología comunistas, Haya recogió el cuerpo intelectual contenido en la llamada dialéctica hegeliano-marxista, y así fundamentó sus diferencias con una de las ideologías del occidentalismo. En *Por la emancipación de América Latina*, texto escrito en 1927, planteó la poca originalidad interpretativa de los análisis hechos por los intelectuales que se proclamaban marxistas pues:

El revolucionario que quiere hacer en América exactamente lo que se hace en Europa es traidor al más elemental principio socialista y marxista que impone 'no inventar' sino 'descubrir' la realidad como precisa claramente Engels en el *Antidüring*. Nuestros revolucionarios no han hecho sino tratar de "inventar un ambiente europeo en una realidad americana" que jamás descubrieron (Haya de la Torre 1947, 198)

Haya de la Torre regresó a Inglaterra para continuar sus estudios en la Universidad de Oxford, lugar en el que va a permanecer hasta agosto de 1927, cuando sale para Estados Unidos. Viaja por la región de Nueva Inglaterra y es conferencista invitado en varias universidades para posteriormente dirigirse a México, país donde en marzo de 1928 termina *El antiimperialismo y el APRA*. Ese mismo año parte hacia el Perú, pues pensaba participar en las elecciones presidenciales por realizarse en 1929, pero las autoridades de Panamá le cambiaron el rumbo hacia Alemania. Llegó a este país cuando se encuentra seriamente convulsionado por la crisis económica y la creciente importancia del nazismo. Ya en Berlín entró a trabajar en la *Wirtschaft Institut Latein Amerika*, lugar en donde a la vez que estudia profusamente los más importantes autores del pensamiento racionalista europeo, se dedica a una intensa actividad política (Klaren 1970, 158).

Luego de un largo periplo por Europa, América del Norte y América Latina, lugares donde conoció el capitalismo avanzado, el régimen comunista en formación y los gérmenes del nazismo, de la misma manera que el colonialismo tradicional y el renovado, Haya regresó al Perú en junio de 1931 convertido en candidato presidencial y en un intelectual de reconocido prestigio. La incesante lucha contra el sistema dominante, la cual tendría períodos de abierta confrontación como de sensibles acercamientos, se inició utilizando los medios legales que el mismo ofrecía, los cuales devendrían muy pronto en inútiles ante la decisión por parte de la facción dominante de la oligarquía, de cerrarle el camino a una propuesta transformadora, y que ahora defino como un nuevo proyecto modernizador pero de carácter nacional y popular.

Ahora quisiera reafirmar que la propuesta nacionalista y revolucionaria durante este mismo periodo, tuvieron como uno de sus símbolos a Víctor Raúl Haya de la Torre, intelectual y político quien escribiera *El antimperialismo y el APRA*, un libro donde en medio de la disputa intelectual por la apropiación de los principios modernizantes, el autor también optó por darle a sus propuestas de transformación un contenido local. Así llegó a considerar su ideal de Estado antiimperialista como síntesis de un proyecto indoamericano, el cual sería la confluencia de los intereses de las distintas clases sociales que, a su vez, integrarían la nación peruana. Veamos de qué se trata.

En una nota preliminar aparecida en la primera edición de su famoso libro, Haya de la Torre añadió propuestas con las que demuestra su adhesión a principios

que formaban parte del canon intelectual y político dominante en aquel momento. Incorporó principios procedentes del ideario positivista, fundamentalmente la idea de progreso, a la cual se le sumaron unas propuestas que pueden ser consideradas como parte del naciente relativismo. En tal sentido, planteó que el imperialismo representaba el inicio de la modernización capitalista si se compara con el atraso semifeudal por entonces predominante en el país. La dialéctica lectura que hizo de conceptos concomitantes como imperio y colonia, lo llevó a establecer:

que el sistema capitalista, del que el imperialismo es máxima expresión de plenitud, representa un modo de producción y un grado de organización económicos superiores a todos los que el mundo ha conocido anteriormente y que, por tanto, la forma capitalista es paso necesario, período inevitable en el proceso de la civilización contemporánea (Haya de la Torre 1972, XXXII).

La conclusión procede de ese dualismo tan presente en el análisis de la problemática nacional, donde se constata la existencia de un mundo indígena viviendo al margen del progreso alcanzado. Se constata una separación entre lo moderno y lo tradicional, lo avanzado contra lo primitivo, donde los primeros se expresan como portadores del progreso, y por eso considera que la realidad del país sólo puede leerse si incluimos “sus dos grandes fuerzas determinadoras: lo que hay de tradicional en su economía nacional retrasada y agraria -en la que imperan formas primitivas de explotación del trabajo- y lo que hay de progresivo y acelerado en su economía extranjera, importada con el capitalismo imperialista”. El Perú ha llegado a ser un lugar donde diferentes mundos coexisten en territorios que se reclaman parte de una unidad, pero cuyo desenvolvimiento hace que se establezcan en tiempos diferenciados (1972, 142).

Haya de la Torre consideró que lo positivo del capital extranjero ingresando en América Latina, se sustentaba en la posesión de una racionalidad capaz de sembrar las cimientos del mundo moderno en un territorio donde el atraso persistía. Por tal razón, lo moderno contenido en la organización económica capitalista e industrial, debe asumirse sin importar la forma bajo la que se presenta y donde uno de sus componentes, la industria, fue tomada como la base del próspero futuro que le aguardaba al Perú. Así pensó que “la industrialización científicamente organizada, seguirá su proyecto civilizador. Tomaremos de los países de más alta economía y cultura lo que requieran nuestro desarrollo material y el engrandecimiento de nuestra vida espiritual” (1972, XXX). El mismo argumento de la regeneración moral como

fundamento de la transformación social y económica, con los nuevos ciudadanos que el estado construiría siguiendo los principios ideológicos indoamericanos.

Se debe alentar la llegada de capitales extranjeros, portadores de la ciencia y la tecnología según Haya de la Torre, pero ¿cómo impedir que surja la dominación inherente a la instrumentalización de la racionalidad económica? La respuesta fue que el nuevo orden político en manos de la clase media, sería el mecanismo que evitaría la subordinación a los mandatos del centro imperial. Si para los reconocidos positivistas como García Calderón, la burguesía es la clase social que está transformando el país, para Haya de la Torre y el indoamericanismo serán las clases medias quienes asumirían dicha responsabilidad, pues “ellas saben que suyo es el porvenir [y sobre todo por] que son también las más cultas” (1972, 31).

Después de todo, han sido los pequeños y medianos propietarios, los empleados e intelectuales de Lima y provincias quienes han pugnado por acabar con los remanentes coloniales vigentes en la república, por ejemplo el latifundismo y la dominación patrimonial del Estado, y ahora se enfrentan a la penetración imperialista luchando por acabar también con el régimen feudal que domina en importantes lugares del país. Las capas medias hay que pensarlas como las abanderadas en el desarrollo capitalista nacional. ¿Esencialismo mesocrático del nacional-reformismo? La idea de las clases medias como sector de la sociedad poseedora de una personalidad transformadora, la reitera al momento de explicarnos quiénes dirigirán el nuevo estado una vez haya triunfado la revolución.

Para Haya de la Torre, aquéllas “tienen mayor aptitud para la lucha. Viven aún su edad heroica”, ya que son unas clases renuentes a mantenerse bajo el dominio de la burguesía, pues tienen capacidad para rebelarse y combatir el poder dominante. La historia así lo ha demostrado y para eso se remite a Federico Engels, quien en un libro como *Socialismo utópico y socialismo científico*, estableció la existencia de unas clases medias revolucionarias ya en el siglo XVI. Aquellas asumirían el liderazgo del movimiento pues encarnan el ideario modernizador, orientan su accionar contra la clase feudal al identificarla como sinónimo de atraso y conservadurismo. Además proveen a los intelectuales comprometidos, quienes sobre la base del conocimiento acumulado en su formación “deben ayudar al movimiento emancipador de sus pueblos” (1972, 106-109).

Por eso el sistema político en manos de los dirigentes nacionalistas-revolucionarios extraídos de los sectores medios, era el instrumento con el cual se

podía llegar al logro de la definitiva independencia de América Latina, objetivo con el cual se podría “impulsar y acelerar la evolución de las zonas retrasadas de nuestra economía, detener y rechazar enérgica y definitivamente los avances del imperialismo” (1972, 142). La nacionalización capitalista de la economía en el Perú era oponerse a la asociación establecida por las clases localmente dominantes; “grandes terratenientes, grandes comerciantes y las incipientes burguesías nacionales [...] aliadas del imperialismo”, sometimientos que al no responder únicamente a problemas locales necesitaban de una solución regional, pues “el inmenso poder del imperialismo yanqui no puede ser afrontado sin la unidad de los pueblos latinoamericanos”. El control del estado resultaba indispensable para alcanzar dicho objetivo y además lograr la socialización de la producción y constituir una federación de estados en el continente (1972, 4-6).

Haya de la Torre y la ideología indoamericana ofrecieron en el mercado de ideas de su época, un futuro orden social a partir de establecer un renovado sistema económico planeado de manera científica, todo esto dirigido por quien entre sus objetivos primordiales tenía “proscribir el antiguo régimen opresor” (96). Ese estado es antiimperialista por definición, y pasa a ocupar un lugar relevante dentro de su propuesta, en tanto es parte de la dialéctica con que se gobierna la política, además, aquél estaría en un período de transición, siempre en progreso mientras se alcanza el objetivo de derrotar al imperialismo y se consolida un tipo de capitalismo nacionalista, tan necesario para la modernización del país argumentó Haya. Aquél sentaría las bases para alcanzar una etapa superior en la historia de los países indoamericanos. A mi modo de ver,

El indoamericanismo fue considerado por su mentor como la base de un nuevo proyecto para el Perú de los años 30, fundado en el nacionalismo de las capas medias y sectores de la siempre necesaria burguesía nacional. En esta propuesta se encuentra también la necesidad de organizar el partido político, que bajo la dirección de los mencionados tendría un carácter nacional y pluriclasista. Un objetivo político fue incorporar a las clases populares en la política nacional, para lo cual y bajo la conducción de la clase media, daría forma a una alianza política donde además quedarían incluidos el proletariado y el campesinado.

Algo a rescatar de la ideología elaborada por Haya es su persistencia en considerarla como más avanzada que la marxista, y teniendo en cuenta que reconoce sus influencias, no debe sorprendernos las cercanías que mantendrá con lo que

denomina aspectos no dogmáticos de la ideología. En un trabajo publicado originalmente en 1935 en la revista *Claridad* de Buenos Aires, Haya de la Torre estableció que “El aprismo arranca filosóficamente del determinismo histórico de Marx y de la dialéctica hegeliana adoptada por él para su concepción del mundo”. La dialéctica originaria de la antigüedad griega elaborada por Heráclito que hablaba del “eterno movimiento [con que se] funda la dialéctica de la vida y de la historia”. Con este principio Haya confronta teorías que él denomina inmovilistas por haber alcanzado la categoría de dogma como el marxismo (1972, 77).

A su vez planteó una nueva etapa en la evolución de dicho pensamiento, sobre la base de hacer una dialéctica interpretación de la situación local, pues:

La doctrina del Apra significa, dentro del marxismo, una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con las tesis que Marx postulara para Europa, [...] Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticas por su geografía, por su historia y por sus presentes condiciones económicas y sociales, es imperativo reconocer que la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea debe estar sujeta a profundas modificaciones (1972, 78).

La crítica a sus contendientes intelectuales y políticos fue construida sobre la base de considerarlos parte del colonialismo ideológico. Este moldea unas lecturas e interpretaciones sesgadas por el lugar donde se originan las ideas, pues “hasta ahora, la interpretación de la realidad indoamericana ha sido buscada empecinadamente en Europa. Conservadores y radicales, reaccionarios y revolucionarios no han podido jamás explicarse los problemas de estos pueblos sino a imagen y semejanza de los europeos”. Aquella está desde el momento en que se produjeron cambios en la forma de leer la política y adquirir el conocimiento, refiriéndose a la complaciente actitud intelectual de los precursores de la independencia en relación con el pensamiento de la ilustración (1972, 123).

El fundamento con que descalifica a sus adversarios es el nivel históricamente más avanzado donde se produjeron tales ideas, pues en Indoamérica se tuvieron “regímenes políticos nominalmente democráticos –correspondientes a una etapa económico-social posterior, burguesa o capitalista-, en contradicción con la organización feudal de la producción imperante en nuestros pueblos”. Posiblemente Haya está pensando en el principio que relaciona la denominada base económica con la superestructura, entendiendo esta última como el lugar donde se realiza la política, es decir, el estado. De igual forma, entraría a jugar un destacado papel la ya conocida

herencia colonial. Al igual que García Calderón y Mariátegui, consideró el carácter nada revolucionario de la independencia, pues si bien la “clase feudal criolla estableció una ruptura política con la metrópoli, conservó la organización feudal de la economía y de la organización social, a pesar de que incorporó en su proyecto de organización económica principios procedentes del librecambismo” (1972, 128).

Haya de la Torre pensó que la humanidad estaba marcada por el ascenso de determinadas fuerzas sociales y políticas, pero también por el cambio inherente a dicho ascenso. Por eso y a pesar de hacer un llamado a crear un pensamiento latinoamericano, considero que sus propuestas poco o nada se diferencian de aquellas que son objeto de su crítica: el ideario de los que él denomina comunistas criollos o intelectuales oligárquicos. Por ejemplo, los primeros hablaban de una inminente revolución proletaria, mientras que el aprismo planteó un cambio político y social más en sintonía con la idea de avance económico producto del desarrollo capitalista, y la implantación de un régimen democrático por ser nacionalista. “Nosotros necesitamos nuestra revolución francesa”, dirá en una reafirmación del espíritu que acompañó la elaboración de su doctrina, a pesar de que es “necesario romper viejos ensueños de imposibles revolucionarismos a la moda europea” (1972, 82-83).

Pero lo más sorprendente de sus afirmaciones es aquella en donde incorpora el componente cultural, pues para Haya de la Torre al igual que García Calderón y Mariátegui, es imposible separar el desarrollo alcanzado por distintas civilizaciones, del grado de evolución demostrado por sus expresiones culturales. Relacionado con las etapas por las cuales transitarían las sociedades, aquí quedaron “representadas por capas raciales de millones de hombres, [a quienes] corresponden grados de mentalidad, de índices proporcionales de cultura”. Por tales motivos, lo que hace a Indoamérica inigualable es que en esta región se encuentran “todas las etapas de la evolución humana, [un] completo y vivo cuadro de la evolución de la sociedad humana a través de las edades” (Ibíd.).

En medio de esta devoción por el progreso y al suponer que Indoamérica resultaba una especie de museo viviente, resurge el mundo indígena como la conclusión dialéctica del proceso dirigido al establecimiento de una sociedad comunista. El comunismo incásico es inherente al futuro del país, pues en él se conjugan no sólo los factores que hicieron grande al Tahuantinsuyo, sino también perviven las bases de un tipo de régimen económico, político y social susceptible de ser rescatado. No importa la destrucción de la civilización Inca producida durante la

época colonial, sino que existe la comunidad y el ayllu que la invasión europea no pudo acabarlos, pues conservaron las formas más elementales de organización y más igualitarias que se hayan conocido en la historia de la humanidad.

La idealización del pasado reaparece en este admirador de la ciencia occidental, lo cual ayudaría a entender porque lo natural aquí afincado, adquirió relevancia en su proyecto revolucionario: el espíritu de las poblaciones nativas no pudo ser reemplazado con la llegada del feudalismo europeo. Es una explicación coherente con el modelo interpretativo dominante en la época, pues Haya de la Torre intentó explicar el Perú de 1928, por la conjugación de una serie de factores internos y externos teniendo en cuenta el carácter ya globalizado de la economía del país, sin la correspondencia en el plano de la política. Su explicación reclama referentes teóricos de diverso tipo, y eso lo induce a pensar que en el pasado anterior a la llegada de los europeos, se tuvieron sociedades cuyos remanentes forman parte de lógicas y mentalidades que no lograron alcanzar el carácter racional en el entendimiento de su situación.

A diferencia de otras culturas y civilizaciones que sí fueron capaces de comprender de manera racional aspectos con los cuales se habían afectado cosas como su libertad, Haya de la Torre señala que en el Perú no se dieron debido al predominio de la intuición y el misticismo, pues con ellos se anuló la capacidad de entendimiento de la población indígena producto de la “ignorancia de las razones que determinaron su esclavitud” (1972, 134-135). Si algo puede ayudar a superar la situación de atraso en que Indoamérica se desenvuelve, es por medio de la ciencia y técnica modernas. En tal sentido, si la racionalidad no es posible de incorporarse por medio de un cambio en la mentalidad dominante, aquella puede difundirse por medio de una asociación entre el natural e inmanente espíritu comunitarista activo en las sociedades andinas, con lo más avanzado del conocimiento occidental.

Esto llevará a que “Intensificada la producción, organizada sobre la base de la restauración de la comunidad agraria, evolucionada, modernizada, impulsada con todos los elementos de la técnica moderna y organizada cooperativamente, Indoamérica será el granero y el establo del mundo”. Con todo ello se alcanzaría un objetivo fundamental en el proceso, pues con agentes económicos mucho más productivos en la agricultura y en la industria, surgiría también el mecanismo a través del cual fortalecer el proyecto emancipador de las poblaciones nativas. Su reivindicación por medio del trabajo productivo e incorporado como actor racional en

el nuevo estado y donde “Restaurado en esencia o modernizado por la técnica contemporánea, habremos utilizado el pasado, [...] para acelerar el advenimiento del porvenir” (1972, 137).

Como se observa, Haya de la Torre representó también la continuidad de un tipo de pensamiento en el análisis del país, pues en su ideario confluyen aspectos procedentes de aquella epistemología que tanto critica, a la cual se ha denominado occidentalismo. Resulta evidente que el contacto establecido con Europa en términos físicos e intelectuales, condicionó una propuesta de cambio político integral, donde quedaron elementos teóricos integrantes de un tipo de pensamiento denominado universal. Modernidad, idea de progreso y culto por lo que la llamada civilización occidental ha producido en diversos sentidos, los cuales llevaron a la elaboración de una ideología considerada en sí misma como novedosa, el indoamericanismo.

Para cerrar este segundo capítulo, solo mencionar que durante la tercera década del siglo pasado, hubo pensadores y activistas políticos que visualizaron otro conjunto de impedimentos para el logro de la nación en el Perú, entre los que también se destacó la diversidad racial. Los estudios y propuestas de pensadores ubicados en campos antagónicos a los de la oligarquía, también se hicieron con criterios jerarquizantes, constituyéndose en muestras muy fieles de ideas y políticas agravantes de la racialización de la diferencia. Las razas pasaron a ser vistas como partes de un problema que impedía la nacionalización del país, y en consecuencia se planteó resolverlo para así avanzar en el camino trazado por los portadores del proyecto modernizador. Por eso considero que realizaron lecturas en el entendimiento de la diversidad racial, como factor que poco aporta en el logro de una sociedad nacional.

Fue la continuidad en la utilización del occidentalismo pues este se ha sostuvo en las lecturas, diagnósticos y explicaciones hechas del país por estos pensadores. Además, se pudo constatar su influencia en la formación de un tipo conocimiento para el Perú, donde el análisis de estas formas de conocimiento que se elaboraron sobre la sociedad en el país, lleva a establecer que todos ellos fueron producidos bajo la orientación del occidentalismo. En esta parte he observado el uso de criterios básicos derivados del pensamiento social y político predominante en la época, y desde las cuales se manejaron las primeras y contestatarias derivaciones como el marxismo y el nacional-reformismo.

Aquí vimos que con el primero se dio forma a una propuesta política que he denominado el socialismo andino, con la salvedad que veía a la población indígena

como una raza en decadencia pero también como una civilización capaz de asumir un compromiso histórico regido por la razón socialista. Con el segundo surgió el indoamericanismo, organizado como un ideario para las clases medias y formulado por un intelectual de origen aristocrático, educado en la tradición liberal de la *London School of Economics* y la *Universidad de Oxford*, teniendo al lado el crudo evolucionismo de las propuestas elaboradas por Federico Engels

José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre fueron personalidades, quienes sin dejar de pensar en la negativa influencia que aún mantenía la herencia colonial en su vertiente hispánica, por lo demás base de la colonialidad del saber y el poder en América, aceptaron de manera casi que unánime, los fundamentos epistemológicos constitutivos de la ciencia moderna y el pensamiento occidental organizados a lo largo del siglo XIX. Así no lograron sino fortalecer su presencia en las estrategias de transformación, con la manifiesta voluntad de facilitar el advenimiento de un futuro lleno de orden y progreso.

Capítulo tercero

Historiografía y Nueva Historia en búsqueda de la nación

En este capítulo paso revista a dos estudios que al momento de ser publicados, tocaron un tema que se mantenía como una preocupación permanente en los círculos académicos e intelectuales del país: la nación. Aquí constato que su búsqueda continuó en los libros *Guano y burguesía en el Perú* de Heraclio Bonilla e *Historia del Tahuantisuyu* de María Rostworowski, lo cual mostraría la importancia del tema entre estudiosos del pasado, formados ahora como profesionales en la disciplina de la historia. Mi reflexión sobre este par de trabajos escritos entre 1970 y 1990, ha sido organizada de la siguiente manera.

En el primer acápite reviso a manera de antecedente inmediato, cómo por medio de la llamada historiografía nacionalista se expresa la necesidad de tener una nación en la cual el estado neocolonial debe sustentarse, el mismo que en el Perú siempre ha sido un actor protagónico en su promoción y difusión. Para ello, las elites gobernantes utilizaron distintas narrativas e implementaron el nacionalismo a través de los distintos medios con que cuenta, sistema educativo, por ejemplo, con la intención siempre manifiesta de construir un estado-nación que fuera a la vez uninacional y monocultural.

Menciono también que existen múltiples trabajos realizados desde la disciplina de la historia, los cuales se hicieron con la voluntad de sus autores por descifrar acontecimientos del pasado, ausencia de nación en este caso, utilizando las teorías y métodos que le dieron un carácter científico a la investigación histórica. Muy en línea con lo mencionado, tuvieron una participación muy activa los seguidores locales de la corriente historiográfica conocida como Nueva Historia, y para quienes aquel factor ha jugado un papel determinante en momentos claves de nuestra historia. Por eso le dedico en este primer acápite, algunas líneas a conocer una mínima parte de la propuesta teórica y metodológica contenida en aquella corriente, debido sobre todo por la influencia que alcanzó entre un grupo importante de historiadores durante la década del setenta.

En el segundo acápite analizo *Historia del Tahuantisuyu*, teniendo en cuenta que uno de los argumentos utilizados por su autora para explicar la caída del incanato, fue la falta de integración nacional justo en los momentos que se producía la llegada

del invasor europeo. Por su lado y desde perspectivas teóricas y metodológicas declaradamente inscritas en la llamada Nueva Historia, en el acápite tres analizo el libro *Guano y burguesía en el Perú* de Heraclio Bonilla, historiador que se propuso demostrar cómo el desacertado manejo de una efímera riqueza, fue la condición suficiente para que el país no llegara a tener su burguesía nacional, la cual debió ser la clase dirigente en el proceso constitutivo del estado moderno.

En ambos casos reflexiono sobre las fuentes utilizadas en la investigación del pasado, y desde allí problematizo las conclusiones alcanzadas por Rostworowski y Bonilla. Por ahora, mencionaré que muchas de las fuentes utilizadas fueron informes de jefes militares, funcionarios religiosos de distinto rango o funcionarios del naciente sistema colonial hispanoamericano, como fue el caso del libro de Rostworowski. De igual manera, los análisis y reportes de la situación financiera del país publicados en revistas y periódicos de habla inglesa y francesa, los informes del funcionariado del grupo de países que se destacaron en el sistema internacional durante el siglo XIX, o simplemente las opiniones que manejaban los gobernantes europeos de sus pares latinoamericanos.

Con la revisión que hago de las fuentes empleadas en ambos trabajos, infiero que las conclusiones conseguidas en determinados estudios historiográficos dentro del Perú, se explican más por la influencia alcanzada con las teorías y métodos utilizados en el proyecto de escribir una historia de la nación. Con las primeras se llegó a un nivel de análisis unilineal y estadocéntrico, donde nunca se cuestionó el hecho que en fueron elaboradas sobre la base de una tradición y una historia radicalmente distintas. Con los métodos de investigación se priorizó la revisión de los documentos escritos, llevando a que este tipo de historiografía se escribiera utilizando como relevantes los documentos coloniales.

1. Historiografía nacionalista en contextos neocoloniales

Algo que resultó bastante importante en el proyecto modernizador, fue que las ciencias sociales tuvieron la misión de organizar distintas cosas, por ejemplo, el pasado común que necesitaba la formación del estado-nación, tarea de la historia en su vertiente hagiográfica, o realizar estudios sobre el funcionamiento de la sociedad y la conducta de los individuos que la integran, utilizando la sociología y la psicología. De igual manera, elaborar las teorías políticas para darle sustento ideológico al diseño institucional necesario, conforme el capitalismo iba afianzándose como sistema productivo a escala global, una tarea que fue asumida primero por la filosofía y luego por una de las divisiones procedente de la sociología, como fue el estudio de la política. Esto ayuda a entender porque y conforme el orden interior de los países europeos lograba consolidarse, se legitimó un tipo de orden político basado en teorías e instituciones referidas a tal contexto.

La organización de los estados-nación trajo consigo múltiples instituciones de educación superior e investigación científica, entre las cuales se organizaron las ciencias sociales pero en particular la historia pues de manera bastante rápida, la escritura de una historia nacional por medio del difundido relato historiográfico, adquirió una superioridad indiscutible sobre otras formas de conocer el pasado. Ahora bien, adelanto que la más simple historiografía nacionalista en el Perú, se ha encargado de pensar y organizar la nación como producto de un proceso iniciado hace varios siglos, y aquí refiero a la que ha sido obligatoria en la educación básica y secundaria que administra el estado.

Según aquella historiografía, la nación habría sido consecuencia del fructífero encuentro de una diversidad étnicamente contenida en lo que ahora llamamos pueblos originarios, que por cierto fue ubicado en todo lo pre que abarca casi 4 mil años, a quien se le sumó lo europeo en su versión colonial. Posterior al dominio extranjero, tendremos la rutilante participación del criollo en su organización, sin tomar muy en cuenta el adquirido rol de heredero del régimen colonial. Por lo demás, un actor siempre dubitativo entre mantener la monarquía en una versión constitucional, o acelerar el paso y sentar las bases para un tipo estado basado en los principios

republicanos, el que fuera a su vez uninacional y monocultural.⁹ Con todo ello, es que se establecieron los soportes para el posicionamiento del principal referente nacionalista dentro del país, el mismo que los dirigentes de la sociedad neocolonial definió como mestizo. Una necesaria aclaración teórica antes de continuar, pues aquí poscolonial significa que:

no es meramente descriptivo de “esta” sociedad en vez de “esa”, o del “antes” y “ahora”. Más bien reinterpreta la “colonización” como parte de un proceso global esencialmente transnacional y transcultural, y produce la reescritura descentralizada, dispersa o “global” de las grandes narrativas de los imperios anteriores, centradas siempre en la nación (Hall 2010, 566).

Con un orden intelectual, político, económico y social organizado sobre la percepción de su entorno que mantenían los gobernantes del orden interior, se puede entender porque hispanofilia y hagiografía quedaron incorporadas en la escritura de la historia nacional. Lo que importa es preguntarse porqué aquellos actores quedaron inscritos como destacados referentes en una nación que necesitaba construirse, siendo parte también de un modelo difundido a través de los modelos pedagógicos y el sistema de educación pública en sus distintos niveles, el cual como se vio recibió un fuerte impulso a comienzos del siglo XX.

Quisiera señalar que en América Latina en general y dentro del Perú en particular, se reprodujeron modelos en la construcción de un tipo de historia que se pretendió fuera la base de un orden interno de carácter nacional. Es el momento en el cual se escriben inmensos tratados al germánico estilo de Leopold von Ranke, pretendiendo organizar una historia nacional con criterios científicos, la cual resultó en la historia hagiográfica de ambiciosos personajes donde, por ejemplo, los conquistadores y sus herederos en la república criolla al lado de héroes que casi siempre perdieron batallas y menos ganaron una guerra, han aparecido durante mucho tiempo como elementos fundacionales de nuestra identidad nacional.

Otra cosa a tener en cuenta es que para el integrante de los pueblos originarios, su religión, idioma e historia serán desde ese momento la prueba de su pertenencia a una tribu o etnia, sobre todo cuando en la formación de una conciencia e historia nacionales, se prioricen eventos que claramente se fundan con el dualismo del bien y el mal. Aquellos pasan a representar un pasado al cual no se debe volver y, por lo

9. Una interesante reflexión sobre alrededor de este tema, lo encontré en el ensayo de Mark Thurner, “Genealogías peruanas de historia y nación”, en *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina* (Lima: IEP ediciones, 2009).

tanto, se modelará un presente acorde con las necesidades del proyecto nacionalista, manifestado desde ese entonces en un esquema de dominación interno con jerarquías claramente delimitadas. Es la perversión en la representación de las historias locales, pues el camino para la subordinación se justifica a partir de la distorsión de que son objeto.

Por ejemplo, las traiciones de la Malinche o Felipillo, pasan a ser los símbolos de la deslealtad en estos pueblos en el proceso conducente a la nación, y asumidos como una de las causas determinantes en la destrucción de las civilizaciones azteca e inca respectivamente. Si sumamos a la traición, la superioridad adquirida por la llegada de lo desconocido; vía las armas de fuego, las corazas de metal o el ganado equino junto a la labor de los perros salvajes “come indios”, tendremos una situación de terror desenfrenado entre las poblaciones locales como fundamento de su caída. Traición y miedo serán luego los fundamentos de una historiografía difundida por las elites hispanófilas durante la república, en su decisión por construir el moderno estado-nación en América Latina. Obviamente nunca tuvieron en cuenta que:

Al ser un espacio de contraposición y colisión, la nación contiene múltiples fracturas de lengua, raza, etnia, género, clase y las tensiones resultantes entre asimilación (debilitamiento de las diferencias étnicas, homogeneización) y confrontación (resistencia pasiva, insurgencia, manifestaciones de protesta, terrorismo)” (Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos 1998, 95).

Al mismo tiempo, una narrativa nacionalista promovió de manera bastante intensa el proyecto, la cual es posible de ubicar no sólo en los discursos de los gobernantes o en primeros trabajos sobre la historia del país, sino también en el ensayo político y en diversas obras literarias. En el Perú es posible encontrar que las demandas por contribuir de manera inicial en la organización nacionalista del estado y la sociedad, se encuentran en narraciones y discursos no tan disciplinares, a los cuales el discurso de la ciencia consideraría vanos intentos de explicar un fenómeno.

Sobre todo no aportarían por las técnicas narrativas empleadas: el ensayo político, la literatura vía novelas y los más usados cuentos. En todo caso, fue Manuel González Prada quien habló ya de la ausencia de nación por medio de un ensayo crítico, el célebre “Discurso en el Politeama” pronunciado en 1888, una declamatoria pieza que ha trascendido en el tiempo por su virulencia y sinceridad. En el campo literario los ejemplos abundan, pero un texto bastante significativo es el cuento de Enrique López Albújar, “El hombre de la bandera”, donde de manera bastante irónica

se narra la búsqueda de la conciencia nacionalista en una comunidad campesina de los andes peruanos, durante la ocupación chilena en la Guerra del Pacífico.¹⁰

De igual forma, quisiera anotar la inicial presencia de un discurso nacionalista de elite, con el cual se legitimaron personalidades o eventos como símbolos en la formación del imaginario nacionalista desde fines del siglo XIX. Es importante considerar que son décadas marcadas por la irrupción del pasado inca en una perspectiva muy romántica y hasta cierto punto idílica, más el recuerdo inmediato de la derrota sufrida ante Chile, acontecimientos a los que la historiografía dedicó parte importante de sus esfuerzos, no solo con el fin de explicarlos sino de incorporarlos como elementos formativos del espíritu nacional.

Ahora bien, primero con la hispanofilia y la hagiografía derivados de la lectura y conocimiento contenidos en parte de los textos escritos por quienes participaron en los sucesos del pasado, pasó a analizarse el presente para luego construir una identidad nacional destacando, por ejemplo, a personas e instituciones que actuando de manera conjunta, destruyeron varias civilizaciones y organizaron luego un sistema colonial. Más adelante harán presencia quienes se hicieron visibles en la historia de la patria, por haber organizado instituciones y promulgado normas sobre los más diversos temas, la mayoría en este caso ya de inspiración republicana, pero sobre todo portadoras de un componente de ahistoricidad que les impidieron funcionar en el territorio donde hoy se asienta el Perú.

En relación a esto último, observamos el papel que jugaron quienes podría denominar ilustrados locales, aquellos que están contenidos en categorías tan amplias de precursores, próceres, héroes del proceso emancipador, fundadores del estado independiente o conductores del estado en coyunturas críticas. Aquí tenemos casos de castas coloniales y personalidades cuya importancia en la historia del país fue exaltada por haber sido parte de la alta burocracia política, cultural, militar o eclesial, roles desempeñados con intensidad variable en los momentos finales del virreinato. Las victorias o derrotas militares, la posterior negociación y acuerdos con que se puso fin a la ocupación española, posibilitó que fueran actores relevantes en la transición y reaparecieran en la república, cuando mantuvieron el control político pero sobre todo del orden ideológico una vez finalizado el régimen colonial.

10. Manuel González Prada, "Discurso en el Politeama", en *Ensayos Escogidos* (Lima: Editorial Universo, 1977), Enrique López Albújar, "El hombre de la bandera", en *Cuentos Andinos* (Lima: Libertadores de América, 1983).

Desde ese momento se buscó un lugar de realización de lo nacional, ante una población que en su gran mayoría no pudo sino participar desde su posición de subalternos, lo cual los alejaba del proyecto nacional criollo por cuestiones diversas como ser parte de una raza, contar con el género establecido o pertenecer a un estamento social. Todos ellos ocupando un lugar dentro de la sociedad, justamente construido con las subjetividades coloniales de raza, sexo o clases inferiores, las mismas que fueron implantadas como partes constitutivas del régimen colonial de dominación. Allí se aglutinaba la gente del común: siervos y esclavos, pescadores y pequeños comerciantes, campesinos, artesanos y la plebe urbana, quienes muchas veces compartieron el mismo rol de sacrificio en aras de acabar con el colonialismo o, dado el caso, garantizar la sobrevivencia del mismo. Algo similar se tendría en las guerras internacionales que combatió la república con sus vecinos.

Aunque las realidades internas fueran distintas, la retórica del discurso nacionalista le otorgó a los integrantes de la sociedad, una historia del Perú basada en el pasado común, una misma cultura que nos relacionaba por medio de un solo idioma y por haber aceptado el predominio de una sola religión. Todos ellos serían elementos fundacionales de la nación, que el mismo estado se encargó de promover en aras de alcanzar su transformación. Se puede afirmar entonces y siendo parte de un contexto político global y regional que así lo establecía, las elites gobernantes en los primeros años de vida independiente, propusieron organizar un tipo de moderno sistema político en el Perú siguiendo un patrón ideológico conducente a constituirlo como monocultural y uninacional.

Esto permite entender porque las figuras más sobresalientes en los distintos momentos de la historiografía republicana fueron casi siempre el militar, muchos de ellos sin serlo realmente, teniendo a su lado al hombre de leyes y el sacerdote católico, donde todos ellos se olvidaron que la nación no era posible a partir de contenerla en una entidad política de esas características pues:

Fue también siempre una formación simbólica –un “sistema de representación”- que producía una “idea” de la nación como “comunidad imaginada”, con cuyos significados podríamos identificarnos y que, a través de esta identificación imaginaria, formaba a sus ciudadanos como “sujetos” (en los dos sentidos que Foucault da al término “sujeción”: ser sujeto de la nación y estar sometido a ella) (Hall 2010, 552).

Aquí es necesario mencionar que el proceso de institucionalización de la historia en el país, y los primeros estudios dirigidos a lograr la comprensión de los

problemas nacionales, se iniciaron justo después de vivirse un acontecimiento realmente catastrófico para la historiografía nacionalista, la derrota frente a Chile en la Guerra del Pacífico. Como ya vimos, los gobernantes miembros de la oligarquía peruana e igualmente seguidores del ideario moderno, Eduardo López de Romaña y José Pardo, fueron quienes decidieron implementar una política educativa en los distintos niveles, la cual estuvo dirigida a difundir la ciencia en territorio nacional, incluyendo claro está las dirigidas a estudiar la sociedad. Durante ambos gobiernos se organizaron, entre otras instituciones, la Facultad de Historia, Filosofía y Letras en San Marcos como también el Instituto Histórico Nacional y el Museo de Historia Nacional.

Con todo esto se fomenta dentro del país la permanencia de instituciones de educación superior, la Universidad Nacional de San Marcos por ejemplo, para que así se vaya dando forma a una tradición docente e investigativa en los campos de la historia, la etnología y la arqueología. En lo referente al campo específico de la historia, las nuevas instituciones congregaron importantes intelectuales y académicos, docentes e investigadores, nacionales y extranjeros, preocupados por entender el pasado y el impacto que tenía en su presente. De entre todos, el tema de la nación en el Perú ocupó un lugar relevante y a ello se abocaron los historiadores, sin descuidar la participación de científicos sociales pertenecientes a distintas disciplinas, sobre todo sociólogos. Aquí refiero que un grupo de historiadores pensaron en la posibilidad de narrar el pasado, enarbolando la convicción de leer y entender los problemas del país de manera distinta, a como lo habían hecho los estudiosos y ensayistas de comienzos del siglo XX.

Quisiera recordar que cuatro décadas después, son justo los momentos que en el país se venía adelantando un proyecto dirigido a la nacionalización de la sociedad y de la política, durante la llamada primera fase del gobierno militar entre 1968-1975, diríamos la nacional-reformista. Implementado por medio de impostergables reformas sociales, políticas y económicas, el gobierno buscó darle un contenido distinto a la nación sin abandonar del todo los referentes más tradicionales. El último gobierno militar heredó la administración de la historiografía nacionalista, es cierto, pero se propuso hacerla más inclusiva por medio de nuevos actores en la narración, además de posicionarlos como gestores de la nueva cultura nacional.

En medio de la voluntad mostrada por los gobernantes militares de ponerle “color” a la nación, por ejemplo la presencia de los rebeldes indígenas de fines del siglo XVIII como símbolos relevantes en el imaginario nacionalista, de igual manera

contribuyó en el sostenimiento de la vertiente historiográfica criollo-mestiza, donde se profundizó la retórica del relato hagiográfico. Allí se observa una continuidad con el contenido de los idearios alentados en décadas anteriores, los cuales propusieron construir la nación sobre el recuerdo de castellanos héroes surgidos de la tragedia de una civilización entera, o reforzando los sentimientos surgidos luego de la derrota militar con los estados vecinos ya durante el periodo neocolonial del siglo XIX.

El gobierno militar no canceló estos antecedentes si observamos el trato otorgado al pasado prehispánico y colonial en la formación de la nación, sino más bien pretendió ampliarlos incluyendo el componente ancestral indígena en esa idea de construir un estado uninacional dentro de un país en transformación. El gobierno militar llevó adelante un proceso que se llamaría de peruanización de la historia nacional, y por medio de verticales decisiones políticas estableció que todos los habitantes del territorio, podían ser parte de esa suprema colectividad llamada Perú.

Ahora bien y retomando la discusión sobre el papel de las teorías y las fuentes en la escritura de la historia, aquellas que fueron utilizadas de manera bastante intensa por parte de los integrantes de academia local, en este acápite se pregunta sobre el alcance de los trabajos elaborados según las pautas establecidas por quienes estudian, investigan y producen también desde lugares muy localizados, pero que tienen la oportunidad de proyectar sus productos a escala global. Es un momento donde los historiadores se dedicaron a estudiar el pasado del país, realizándole múltiples preguntas, por ejemplo ¿dónde se encuentra la nación? ¿por qué no tenemos una clase dirigente? ¿la inexistencia de ambas era causa de nuestros problemas?

De manera inicial, se considera que parte importante de las investigaciones realizadas en este segundo escenario, propusieron escribir desde un marco teórico y metodológico diseñado a fines de la década del 20 del siglo pasado, por los historiadores franceses Marc Bloch y Lucien Febvre, profesores de la Universidad de Estrasburgo en Francia. Ambos fundaron la revista *Annales de historia económica y social*, y desde allí difundieron sus trabajos más relevantes para luego ser considerados fundadores de la escuela del mismo nombre, categoría que algunos de sus integrantes nunca terminaron de aceptar. Solo a manera de ejemplo, se podría mencionar la decisión de romper con la neutralidad valorativa, la objetividad y el historicismo, cuando sus fundadores adujeron que la subjetividad del investigador jugaba un papel en la formación del conocimiento histórico, sobre todo por la interpelación que se le hacía al pasado por medio de interrogantes que ayudaban a comprender el presente.

Desde la perspectiva de *Annales*, la actividad del historiador estaría mediada por el relativismo subjetivo y ya no se trataba, entonces, de narrar el pasado utilizando los documentos acumulados en archivos de todo tipo, sino contribuir a su entendimiento por medio de una actitud reflexiva. En ella quedarían conjugados la descripción del acontecimiento, esto no se deja de lado pues permite conocer la época, con elementos que habían sido descuidados por la historiografía tradicional, por ejemplo la cultura, el orden político y social, la organización económica y el entorno geográfico.

La incorporación de todos ellos requería de un acercamiento hacia otras disciplinas, por eso la importancia otorgada a la sociología, la geografía, la economía política y la demografía, más aún cuando en las décadas del cincuenta y sesenta se consolidó la historiografía de la corta, media y larga duración formulada por el historiador francés Fernand Braudel, con su preocupación por entender los distintos tipos de estructuras y sistemas organizados a lo largo del tiempo. Iniciando la década del setenta, la continuidad y renovación del proyecto de los *Annales*, se plasmó en el trabajo de dos historiadores también franceses, Jacques Le Goff y Pierre Nora, quienes con sus trabajos le dieron forma a una corriente historiográfica que pasó a denominarse como Nueva Historia.

Ambos historiadores se propusieron renovar el conocimiento del pasado, a partir de un diseño teórico y metodológico que permitiera transitar de la historia total a una especie de historia mínima. Se habló entonces del posicionamiento de temas y objetos de investigación al interior de la historia cada vez más abstracto, por ejemplo la prioridad otorgada al estudio de las mentalidades, que al acercarse tanto al estudio de la cultura termina confundida con la antropología. Según el historiador chileno Hugo Fazio, la historia perdió su identidad en medio de la dispersión de la que fue objeto (1991).

Pero bueno, los contemporáneos investigadores del pasado se dedicaron a leer en distintos momentos del siglo XX, escritos depositados en los archivos de bancos y catedrales, monasterios e iglesias, archivos nacionales o municipales, tribunales de justicia, notarías y cuarteles, ubicados por igual en ciudades de las antiguas y nuevas metrópolis o en las capitales coloniales. Por último, se prepararon y adquirieron la experticia necesaria en el manejo de las modernas teorías en el estudio de la sociedad y la política, el estado, la república y la nación producidas en contextos muy distintos al del Perú, pero aceptadas más por su origen geocultural que por su profundidad en el

análisis. Desde aquí es también posible entender porque ciertos historiadores alcanzaron conclusiones tan pesimistas sobre los periodos que investigaron, pero también sobre el presente que les tocó vivir pues para ellos la nación seguía sin aparecer, y el país continuaba sin encausarse.

2. Fuentes coloniales y ausencia de nación. Historia del Tahuantisuyu

Es relevante para los objetivos de mi trabajo, señalar que en la escritura de los textos historiográficos elegidos para el estudio, se mantuvo el uso intensivo de las fuentes que definimos coloniales. En el particular caso de nuestro país, sucedió de manera inicial en el siglo XVI con los textos producidos por los sacerdotes y misioneros católicos pertenecientes a distintas órdenes religiosas, los memoriales de los encomenderos, pacificadores y visitadores más las abundantes cédulas reales. Pasó lo mismo con las actas procedentes de la justicia colonial administrada por los oidores, y también con los cuadernos militares donde se reportaban las victorias obtenidas por los capitanes de la armada y ejército imperiales.

Esta forma de archivar la historia a través del texto escrito, se prolongó en los documentos producidos durante el proceso emancipador y luego en aquellos que narraron la organización de la república. Es así que se logró construir un acervo histórico dirigido a darle forma a lo que el teórico indio Ranajit Guha, definió historiografía nacionalista de elite, la cual estaría caracterizada por ser, entre otras cosas, “monocultural, uninacional, adscrita al proyecto y a las instituciones surgidas durante la dominación de las metrópolis” (Guha 1997, 25-26).

Como se verá en este acápite, los documentos y escritos sobre la conquista fueron validados como fuentes primarias en el conocimiento del pasado, y con su contenido también contribuyeron en darle forma a un tipo de relato dirigido a notar la inexistencia de nación en estos territorios. Solo advertir que para alcanzar estos logros, es evidente que algunos riesgos podían aparecer con la utilización de las crónicas y los documentos de la conquista, pues aquellos no solo deben leerse como una documentada descripción de los acontecimientos, sino que allí también se encuentran conclusiones sobre lo que hoy se denomina el Perú antiguo, prehispánico y colonial.

Entre los innumerables relatos historiográficos que se han hecho del Perú anterior a la llegada de los conquistadores, y del mismo periodo colonial en base a este tipo de recursos, un libro muy destacado por el volumen de su difusión fue escrito por

la etnohistoriadora peruana, María Rostworowski. Me refiero a *Historia del Tahuantisuyu*, cuya primera edición por parte del Instituto de Estudios Peruanos se remonta a 1988. El celebrado libro no estuvo exento de comentarios y críticas negativas desde el momento de su salida, por ejemplo la ausencia de aspectos metodológicos importantes en todo proceso de investigación y escritura que pretende ser académica.

De igual manera, el hecho de no haberse preocupado por la formulación de una hipótesis o elaborar un marco teórico que orienten la narración de los acontecimientos. También se le cuestiona el carácter con el que fue escrito, un estilo demasiado literario que le restaría seriedad académica según sus contradictores, quienes además exigieron un tipo de narración más cercano al establecido por el canon de la disciplina. De mi parte y sin ganas de profundizar en estos aspectos, puedo señalar que es un trabajo donde se describe la organización social, política y económica del estado de los incas en un sentido bastante evolucionista.

Un libro que se inicia con la descripción de los momentos originarios, mediante el estudio de los pueblos que se establecieron en el Cusco al que llama primitivo y es anterior a la llegada de los incas, para de allí describir el dominio que estos alcanzaron en su proceso de expansión a lo largo de la región andina. El trabajo culmina narrando la inevitable decadencia del incario debido a múltiples razones, pero donde la forma imperial que adquirió y la imposibilidad de contar en aquel entonces con una nación como soporte para su sobrevivencia, fueron consideradas causas primordiales en su caída.

En lo personal, y por los objetivos propios de la tesis, me interesa conocer el tipo de fuentes que utilizó María Rostworowski para escribir un ícono de la historiografía peruana. Como veremos, aquellas están claramente diferenciadas entre primarias y secundarias, donde las primeras son sobre todo las crónicas mientras que las segundas fueron escritas por pares y colegas procedentes de distintos lugares, con la información igualmente contenida en las crónicas. Resta decir que entre las más utilizadas por quienes están dedicados a conocer la historia del Tahuantisuyu, puedo mencionar las escritas por quienes desde sus inicios acompañaron la conquista y posterior organización del sistema colonial en lo que actualmente se conoce con el nombre de Perú.

Es necesario decir que Rostworowski plantea algunas dudas sobre la conveniencia de aceptar en su casi totalidad la información que proveen las crónicas,

pues la mayor parte de ellas fueron escritas con la información proveída de forma oral por los conquistados. Respecto a esto, diría que el texto oral se coloniza conforme transitaba a ser un texto escrito en el idioma del conquistador. Ahora bien, la primera duda está relacionada con los mecanismos utilizados por los integrantes de las sociedades andinas, para recordar y transmitir los sucesos en que estuvieron directamente involucrados, la oralidad sobre todo, pero afirmando sin mayores explicaciones que una limitante para acceder al conocimiento de su pasado, fue que los incas carecieron de escritura pues ha quedado establecido que las “culturas prehispánicas del Perú fueron ágrafas” (Rostworowski 1988, 11-12).

Tal ausencia junto a otros factores que menciona de manera bastante breve en la introducción de su libro, limitan el uso de tales fuentes para la ciencia de la historia. Por ejemplo, que en los territorios donde se desarrolló el estado inca se mantuvieron cantares especiales en las comunidades, al tiempo que desarrollaban la pintura o tallaban madera como también manejaban con mucha destreza los quipus, sin saberse hasta el día de hoy cuáles eran exactamente las funciones que desempeñaban. A pesar de todo esto, en la región donde se asentó el Tahuantisuyu no pudo constituirse un “sentido *histórico* de los acontecimientos, tal como lo entendemos tradicionalmente” (1992, 13), y quizá esto haya justificado que los escritos procedentes de los pueblos originarios no aparezcan en el libro, como tampoco las orales ni las expresiones culturales que aún perviven entre los pueblos andinos.

La segunda duda se relaciona con el criterio de los conquistadores “para interpretar y registrar la información que luego nos dejaron a través de las crónicas”, y reconoce las limitaciones que estas tienen, sobre todo por la mentalidad que poseían quienes las escribieron, la cual incluía principios ajenos al medio como el derecho de primogenitura, bastardía o la sucesión al tiempo que desconocían principios cosmogónicos como la circularidad del tiempo, o el regreso del pasado (1992, 13). Además, se debe tener en cuenta que a los recién llegados les interesaba justificar la conquista y apropiación de nuevos territorios, incorporarlos al dominio del rey de España y con ello aumentar el poder del que disponía a inicios del siglo XVI. Por estas razones, Rostworowski concluye diciendo que:

El mundo andino era demasiado original, distinto y diferente para ser comprendido por hombres venidos de ultramar, preocupados en enriquecerse, conseguir honores o evangelizar por la fuerza a los naturales. [...] Un abismo debía formarse entre el pensamiento andino y el criterio español, abismo que hasta la fecha continúa separando a los miembros de una misma nación (1992, 14).

No deja de sorprender entonces que a pesar de estas advertencias, las crónicas de la conquista y de la organización del estado colonial, hayan sido ampliamente utilizadas para narrar la historia del Tahuantisuyu. Por ahora, puedo afirmar que María Rostworowski se muestra como una fiel seguidora de estos documentos en la escritura de sus trabajos, teniendo como punto más alto el libro que vengo utilizando para el análisis. Entendible también por la cercana relación intelectual que mantuvo con Raúl Porras Barrenechea, quien ha sido considerado su maestro y al que la historiografía nacionalista dentro del país, le ha otorgado un importante reconocimiento académico por haber recuperado las crónicas de la invasión y organización del sistema colonial en el Perú.¹¹

Sobre el tema de las fuentes, quisiera decir que el semiólogo argentino Walter Mignolo ha observado las serias limitaciones que para el estudio del pasado, tendría aquella información contenida en las crónicas, la cual como sabemos ha sido utilizada de manera bastante intensa en el desarrollo de la historia en América Latina. Muestra su preocupación pues tal como sucedió en distintos lugares, parte importante de los primigenios estudios históricos en el continente se realizaron recurriendo al uso casi indiscriminado de los documentos guardados en los archivos coloniales. Por ejemplo, y en el caso particular del sistema colonial hispanoamericano, señala que los documentos escritos por los sacerdotes católicos, acompañantes de la invasión y conquista del continente, en consecuencia cómplices de la destrucción de muchos pueblos originarios, fueron conservados de manera muy organizada en los archivos eclesiásticos y hasta allí va el historiador para revisarlos (Mignolo 1993, 531).

Al mismo tiempo, y producto de una alianza que involucraba lo terrenal y lo divino, lo teológico y el accionar del estado, los documentos de las civilizaciones conquistadas fueron destruidos de manera sistemática, por ejemplo tal como hicieron con los quipus guardados en el templo inca del Coricancha ubicado en el Cusco, o con los libros mayas en el Auto de Maní durante la evangelización de los habitantes de la Península del Yucatán. Esto trajo consigo que la memoria de los conquistadores lograra imponerse por medio del texto escrito en la lucha por el registro de la historia,

11. Del reconocido historiador Raúl Porras Barrenechea, utiliza trabajos como *Los cronistas del Perú (1528-1530)*, *Crónicas perdidas, presuntas y olvidadas sobre la conquista del Perú*, y *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*. Por último, se tiene el conjunto de normas coloniales compiladas bajo el título *Cedulario del Perú. Siglos XVI-XVII y XVIII*.

y eso le garantizó un rol privilegiado en el conocimiento del pasado anterior a su llegada.

El texto escrito además contribuyó desde los inicios de la conquista, en el proyecto dirigido a subalternizar otros tipos de memoria, en este caso los constituidos en la región sur andina del continente durante casi cuarenta siglos. Este sería uno de los motivos desde los cuales es posible inferir que los documentos contenidos en los archivos coloniales, hasta ahora textos de consulta y lugares de visita obligatoria para entender el llamado mundo prehispánico, transmiten la ideologizada visión de los conquistadores y sus experiencias basadas en la confrontación física y el uso de la violencia epistémica, cosas que el documento desconoce, y es allí donde quedaron plasmadas las particulares descripciones de lo existente en este lugar del mundo.

No sorprende entonces que conforme se avanzó en la institucionalización del sistema colonial americano, con los documentos escritos en el castellano medieval se procedió a elaborar un orden discursivo sobre las civilizaciones originarias, el cual fue negando de manera sistemática el construido a escala local durante los siglos anteriores a la llegada del invasor. El documento colonial contribuyó así en:

la organización de un orden político, con el cual se logró un diseño en la historia del sistema colonial americano, en este caso por los poseedores pero sobre todo controladores de la letra y la palabra [españolas]. No debe sorprendernos, entonces, un hecho observable desde la época colonial y presente también en la organización de las ciencias sociales en nuestro país: el proceso de historizar sobre y desde el poder, ha contado con la activa participación de los miembros letrados de la cultura colonizadora (Mignolo 1993, 531-532).

Puede resultar demasiado obvio decirlo, pero no está de más recordar que quienes estuvieron directamente comprometidos con recuperar el pasado de los pueblos originarios, asimismo son de los más referenciados en su libro, fueron los integrantes de las órdenes religiosas en sus distintos niveles y jerarquías. El hecho de ser portadores de la escritura, en un contexto marcado por la supuesta ignorancia de las formas de transmisión escrita del conocimiento, los letrados cristianos fueron quienes cumpliendo parte de su misión adelantaron tan loable tarea, antes que se produjera la total desaparición de las civilizaciones que ellos mismos estuvieron encargados de adoctrinar en la nueva fe. Esto llevó a que las historias del pasado anterior a la llegada del conquistador, fueran narradas o descritas por uno de los actores más relevantes en el proyecto civilizatorio que se irradió por el continente.

En este punto quisiera referir la propuesta crítica del historiador colombiano Jaime Borja, sobre el uso de las crónicas escritas por integrantes de las órdenes religiosas, como privilegiadas en el conocimiento del pasado americano anterior a la llegada de los invasores. A partir de una investigación sobre la obra de un cronista muy utilizado por la historiografía criolla de élite en Venezuela y Colombia, Fray Pedro de Aguado, logra definir a este tipo de descripciones y argumentos contenidos en las crónicas como una lectura “desde la epopeya”. Según Borja, las crónicas son textos que adquirieron sentido y lograron legitimarse pues fueron producidas en el entorno del que escribió, pero también porque sus autores siempre hicieron notar que fueron meros testigos de los acontecimientos, alguien por fuera del proceso de ocupación de los territorios y de la subordinación de sus habitantes. Así se tendría una temprana objetividad en la descripción de lo sucedido basada, en este caso, en principios de carácter teológico (Borja 2000, 208).

Por eso es comprensible que la conquista de América fuera narrada como una hazaña, incorporando en la descripción no sólo el carácter moral que aquella tuvo sino también el heroísmo, la fuerza y el empuje que pusieron los conquistadores en dicho proceso, pues lograron ocupar inhóspitos territorios al tiempo que fundaron nuevas ciudades, además de ir eliminando las amenazas a su asentamiento y expansión. De la misma forma, se produjo el ensalzamiento de la obra redentora de los misioneros entre la población indígena, pues con la evangelización su alma quedaba ubicada en el lugar correspondiente, al tiempo que se condenaba por igual las vilezas y maldades de los conquistadores y conquistados (209-210).

Aquí se hace necesario recordar que utilizando su ideología y el particular cuerpo de creencias y rituales, teniendo al lado el idioma castellano con su escritura, el cristianismo estuvo perfectamente integrado en el proyecto y en las políticas dirigidas a lograr la homogeneidad moral y lingüística en el continente. Al mismo tiempo, los funcionarios de la religión católica legitimaron con un discurso que hablaba de la evangelización y la lucha contra el paganismo, la piromanía practicada de manera sistemática por ellos mismos y los soldados de la conquista, con la documentación producida por las civilizaciones originarias a lo largo de su historia.

En relación a todo esto, el lingüista suizo Martin Lienhard, elaboró una propuesta dirigida a entender el éxito alcanzado por los textos coloniales entre los historiadores del mundo incásico y del virreinato. Aquel autor considera que ante la inexistencia durante la colonia de la ficción como género literario, la mayor parte de

estos documentos se sostendrían en elementos de elaboración ficcional, los cuales acompañaron su escritura en el momento de los hechos. Peor aún si se toma en cuenta que parte importante de esos textos, al igual que los evangelios en que se narra el martirologio y la epopeya cristiana, fueron escritos luego de varios años de producidos los acontecimientos (Lienhard 1993, 44-45).

Ahora, lo que importa con los elementos de elaboración ficcional en los documentos coloniales, es la memoria del conquistador con su particular interioridad y superioridad, basada no tanto en la distancia en el tiempo, sino en la cercanía con el lugar donde se originan las ideas. En este caso sería el lugar de enunciación lo que da sentido a lo contenido en los documentos, para luego condicionar la organización de los archivos según los criterios de clasificación del conocimiento. Textos escritos donde quedó depositada la memoria de la empresa conquistadora iniciada hace cinco siglos, más los espacios físicos que fueron construidos casi al mismo tiempo y cuya función principal fue almacenar la documentación producida en los años que duró el imperio.

Ahora bien, la cercanía del documento colonial se manifiesta en lo que Lienhard ha definido como literatura egocéntrica, una primera práctica textual que fue producto y da forma a un tipo de narración centradas en la figura del europeo, en “sus deseos, sus convicciones, sus triunfalismos, sus decepciones, sus dudas”. Una segunda práctica textual tiene que ver con la configuración de un diálogo con el otro, aquél que pasó a ser autóctono en su propia tierra, y de quien se extrajo recursos de tipo epistémico con que se fortaleció la superioridad del letrado en las descripciones realizadas. Otra estrategia también muy utilizada fue considerar que la historia empieza con la escritura, en consecuencia, los habitantes de la región no estaban capacitados para ser actores pues poseían una historia basada en la transmisión oral, una cultura ágrafa según sostuvieron Rostworowski entre otros, lo cual era superable accediendo a los “modelos escriturales proporcionados por la cultura del conquistador” (Lienhard 1993, 45-46).

El modelo escritural al que hace referencia este autor, estuvo basado en el alfabeto latino en donde una de cuyas variables romances es la que llegó a este continente, y contribuyó en la formación de Hispanoamérica. Alfabeto que contiene la escritura y la palabra del conquistador, el cual había sido también organizado a lo largo de varios siglos como integrante de una particular civilización constituida en un lugar de la Europa Occidental y cristiana: España. Termina señalando que la escritura

alfabética del castellano se encontraba articulada a una tradición europea de transmitir sólo por medio de la escritura, y un elemento importante de esta tradición se impuso en América con la organización de los archivos. Lienhard también consideró que los archivos sólo se podían actualizar con otros textos escritos y su organización en el caso de Hispanoamérica, se dio en torno a las dos grandes áreas del conocimiento que el invasor priorizó dentro de su proyecto: la teología y el derecho (Ibíd.).

Los casos sobre los cuales teorizan Walter Mignolo, Martin Lienhard y Jaime Borja, son demostrativos de las limitaciones existentes al momento de escribir la historia nacional, más aún cuando las fuentes coloniales fueron consideradas referentes significativos por la metodología historiográfica. Puedo decir entonces, que los documentos escritos llegan a ser un factor significativo en la conformación de un orden colonial como el hispanoamericano, ahora refiero ya en el plano epistemológico y el papel jugado por la colonialidad del saber, pues se tuvo la literalización castellana del pasado como un componente fundamental en dicho proceso. Como se puede ver, son limitaciones que necesariamente debieron influenciar las investigaciones sobre el pasado de América Latina, y del Perú en particular.

Pero existen documentos otros que de igual manera podrían utilizarse con mayor intensidad, contribuyendo a un entendimiento algo más integral de lo acontecido. Por ejemplo, en la interpretación que hizo de la obra de Guamán Poma de Ayala, *La nueva crónica y buen gobierno*, el crítico literario Julio Ortega señala como este trabajo supone también un modelo textual que desde el idioma castellano se constituyó en una “enciclopedia de la historia y la cultura andina y al mismo tiempo un proyecto utópico de reconstrucción política [constituyéndose en] un archivo de la escritura americana” (Ortega 1990, 82). Sin querer profundizar en el debate, por lo extenso e intenso que podría traer consigo dicha incursión, se podría pensar en una temprana forma de contra-hegemonía que utilizando la colonial estrategia de la escritura, legó un importante documento producido en un momento donde se adelantaron las estrategias dirigidas a someter otros saberes.

El documento había sido elaborado desde el pasado reciente de los pueblos andinos, y terminó confrontando las bases y mecanismos de la dominación sobre el conocimiento implantados en la Nueva Castilla desde 1532. Para ello realizó serios cuestionamientos a “los repertorios de la historia [las crónicas], [...] los de la ideología [el cristianismo], [...] los del pensamiento andino [cambios en las eras del tiempo, por ejemplo] [...] los repertorios legalistas de la política [el gobierno]”. El idioma del

conquistador, el castellano, fue utilizado por un quechua hablante para desnaturalizar la injusticia y la desigualdad que la ideología, el discurso y las instituciones del colonialismo habían impuesto en América (Ortega 1990, 84).

Ahora bien, en un análisis sobre la suficiencia interpretativa de los análisis realizados por los historiadores, y referenciando la obra de Guamán Poma como de los primeros cronistas indígenas, Walter Mignolo considera que a inicios del siglo XVI se planteó la necesidad de escribir un documento desde el potencial epistémico acumulado durante varios siglos, pues como se dijo en la misma nueva crónica, las castellanas tienen sus límites. Un motivo fue que las crónicas escritas por los recién llegados, fueron descripciones que se articularon con el paradigma teológico de orden cristiano, lo cual les impidió ver un pasado igualmente secular dice este autor, y que las visiones ahí descritas, estuvieron mediadas por los intereses y diferencias ideológicas existentes entre las instituciones de las cuales procedían los narradores de la época (2007, 34).

No debería entonces sorprender la aparición de discursos y documentos dirigidos a legitimar un proceso, la conquista, y exculparse de las consecuencias del mismo, por ejemplo el genocidio, con una semántica que hablaba del territorio baldío o lo bárbaro de las civilizaciones que lo habitaban. Los adjetivos pasaron a ser los mecanismos con los cuales se descalifica lo existente, y la guerra justa contra los paganos junto a todos sus símbolos y representaciones, pasó a ser el argumento utilizado por los primeros evangelizadores al momento de narrar el proceso desde su papel de cronistas.

Obviando el papel desempeñado como protagonistas de acontecimientos realmente históricos, separan en sus narraciones el objeto que transforman, el nativo americano y los referentes constitutivos de sus universos, del sujeto que participa en la transformación, el conquistador europeo y los principios de su civilización, la occidental y cristiana. En consecuencia, América deja de contener las heterogéneas subjetividades propias de los individuos que la habitaban, para ser homogeneizada con la implantación de una lengua franca y su correspondiente escritura, el castellano, más una ideología que para el caso de América Latina fue la primera ideología de la era moderna en occidente: el cristianismo.¹²

12. El educador ecuatoriano Fernando Garcés estudió el desplazamiento de las lenguas originarias al interior de los países andinos, caso Bolivia que estudia, y lo entiende fundamental en la colonialidad del poder y del saber. El desplazamiento lingüístico fue relevante al momento de organizar el estado

Ahora bien, es importante mencionar que el idioma y las palabras recién llegadas se destinaron a interpretar realidades y formas de vida muy complejas y diversas, con los significados y significantes formados en un contexto diferente. La imposibilidad de comprender lo que iban descubriendo fue para los europeos la prueba de haber llegado al Nuevo Mundo, lugar donde se congregaba todo lo divino y paradisíaco pero también muchas de las cosas con las cuales se habían enfrentado durante siglos. Todo descubrimiento conlleva una relación de poder nos advierte Boaventura de Sousa Santos, más aún cuando se da por entendido quién es el descubridor y quien el descubierto. En este caso no hay lugar a dudas, pues la historia en su vertiente hagiográfica se ha encargado de destacar el rol desempeñado por los descubridores, en desmedro de aquellos que también descubrían al recién llegado (2003, 117-127).

En medio de la confusión que abordaba a los conquistadores, el proyecto de la cristiandad materializado en las instituciones y documentos que la conformaban, fue el que en última instancia decidió sobre sí era aceptable mantener las versiones nativas sobre un proceso que las comprometía de manera directa. Una vez realizada esta unilateral clasificación y de acuerdo a los principios de quienes conducían el proceso, los difusores concluyeron que era su obligación moral reemplazarlos por la auténtica literalidad. Serge Gruzinsky al respecto considera la confrontación originada en el desconocimiento de “una aprehensión indiscutible e indiscutida de la realidad, objeto de un consenso implícito e inmemorial, (el cual) en lo sucesivo debía afrontar un sistema exótico que obedecía otros principios, basado en otros postulados, concebido con categorías del todo distintas [...] cerrado de manera radical a todo compromiso” (Gruzinsky 1993, 4)

Sobre la base de una exhaustiva revisión de fuentes primarias y secundarias es que se alcanzan varias conclusiones en *Historia del Tahuantisuyu*, la autora en realidad las llamó reflexiones finales. De entre todas ellas, no deja de sorprender la afirmación de que la caída del Tahuantisuyu fue más producto de las contradicciones internas, su propia responsabilidad podría decirse, casi todas ellas aparecidas durante el proceso en que logró constituirse como imperio: “Sucumbió por la debilidad de su propia

uninacional y monocultural en la región. Fernando Garcés, *¿Colonialidad o interculturalidad? Representaciones de la lengua y el conocimiento quechuas* (La Paz-Bolivia: Programa de Investigación Estratégica-Universidad Andina Simón Bolívar, 2009).

formación y por los mismos elementos que intervinieron en el origen de su expansión” (Rostworowski 1992, 283).

Primero fueron las guerras de conquista que adelantaron los sucesivos gobernantes incas contra los pueblos vecinos, las que llevaron a la organización de un numeroso ejército, además de lo difícil por lo costosa que resultó mantener la reciprocidad andina, en tanto mecanismo dirigido a sostener la lealtad de los gobernantes y pueblos anexados por la fuerza. Los jefes militares, los prehispánicos administradores de la fe y cuantiosos señores locales que perdieron parte importante de sus riquezas al momento de la conquista inca, estuvieron entre los más beneficiados por la reciprocidad pues fueron quienes le garantizaron al centralizado, la correcta administración de una mayor cantidad de tributarios y sus correspondientes tierras (1992, 284).

La alta burocracia en consecuencia aumentó, y allí se afincaron los integrantes de la nobleza cusqueña, sobre todo los y las integrantes de las panacas reales, cuya ansiedad por una mayor parte de la riqueza se incorporó a las disputas por la sucesión inca. Las finanzas del estado dominante hicieron crisis cuando el botín obtenido en las guerras, por más que se ganaran, no compensaron los gastos que originaba mantener el orden dentro de un territorio que, además, se expandía sin cesar. Es el momento en que se ingresaría al círculo perverso de la guerra sin fin, pues se necesita siempre de estas para correr las fronteras para así apropiarse de los recursos, seguir sosteniendo al ejército y así hasta la propia destrucción del estado. En este caso fue en medio de una fratricida guerra civil de alcance continental (1992, 285-286).

Según María Rostworowski, es posible inferir que fueron dos tipos de causas las que llevaron a la desaparición del Tahuantisuyu: las visibles y las profundas. Las primeras son harto conocidas e involucran la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, el factor sorpresa utilizado en Cajamarca para la captura de este último, la superioridad tecnológica en el campo militar que portaron los europeos y el caballo como un expeditivo medio de transporte de personas y carga. Las profundas son muy similares a las observadas por los pensadores nacionalistas de comienzos del siglo XX, pues:

Existieron otros elementos que actuaron de manera decisiva en la derrota indígena, a saber: la falta de integración nacional, por no tener los naturales conciencia de unidad frente al peligro extranjero, la carencia de cohesión entre los grupos étnicos, el creciente descontento de los grandes señores “provincianos” frene a la política de los soberanos cusqueños [...] El Estado inca no fue considerado por los naturales bajo el concepto de una nacionalidad (Rostworowski 1992, 286).

Desde una perspectiva mediada por el concepto de estado uninacional, la autora basa la debilidad del sistema organizado por los incas en el hecho de no haberse sostenido en una nación. La nacionalidad nunca logró instalarse entre los tributarios en sus distintos niveles, y así la dominación de aquellos perdió legitimidad, peor cuando hizo su aparición el ejército invasor quien de manera bastante rápida empezó a conseguir la adhesión de los señores locales. Estos andaban ya descontentos con el ejercicio del poder mostrado por los cusqueños, sobre todo por la excesiva demanda de mitayos y yanaconas dedicados a su servicio. Sostiene Rostworowski que la flexibilidad en el manejo de las relaciones con las distintas macroetnias por parte de los gobernantes incas, fue hábilmente utilizada por los líderes españoles para arrebatarles la lealtad que tan difícilmente habían construido y sostenido a lo largo de 60 años (1992, 287).

El estado nación inca no se alcanzó pues los señores locales mantuvieron el control de sus poblaciones, administrando la integración de sus miembros por medio de sostener la unidad de origen contenido en sus mitos y leyendas, la identidad por medio del atuendo y la unidad idiomática, económica y política. En este caso, fueron las bases para su sobrevivencia durante el dominio cusqueño, pero que no les permitió lo mismo cuando se implantó el absolutismo monárquico de origen español. En conclusión, el “Estado inca no llegó a plasmarse en una integración nacional. Su acción se limitó al reconocimiento y al aprovechamiento de los recursos humanos y territoriales en poder de los señores étnicos” (1992, 289).

Súmele el haber organizado una sociedad muy jerarquizada, con un orden administrativo altamente centralizado para los estándares de la época, el control de la mano de obra, que a la vez escaseaba por su participación en las guerras, y la permanente exacción de recursos ya sea por la pérdida de tierras que pasaban a propiedad del estado, el pago de impuestos y la expropiación de mayores cantidades de productos agrarios. Todo ello puede ayudar a entender el profundo descontento entre los señores locales y la clase popular con el Tahuantisuyu, por eso su importante labor al lado de los invasores en su destrucción, sin prever las consecuencias futuras concluyó Rostworowski (290).

3. La demanda por la nación se prolonga en la Nueva Historia

En este acápite reviso el libro *Guano y burguesía en el Perú*, el cual fuera escrito por Heraclio Bonilla, académico de reconocido y bien ganado prestigio en el país y fuera de él. Aquí considero que resultan importantes algunas referencias sobre su formación profesional y trayectoria académica. Estudio antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos entre 1959-1963, para luego trasladarse a Francia y en los dos años siguientes estudiar en el Instituto de Historia Social y Económica de la Universidad de Burdeos. Entre 1965 y 1969 estudió en la *Ecole Pratique des Hautes Etudes, VI Section*; Instituto de Historia Social y Económica de la Universidad de París, *College de France*, justo en los momentos que mayor influencia tenían en dicha institución los integrantes de *Annales*, Fernand Braudel y Jacques Le Goff.

En 1970 obtuvo el grado de Doctor en Historia Económica y Social, para luego alcanzar el grado de Doctor en antropología por la Universidad de San Marcos en 1977. Como se puede notar, tuvo una primera formación profesional en el Perú para luego especializarse en Francia, y desde entonces ha construido una importante trayectoria académica basada en la docencia e investigación tanto en el país como fuera de él. Fueron actividades que le significaron, además, largas estadías en los considerados más importantes centros académicos en ciencias sociales, como Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

Partes del libro *Guano y Burguesía en el Perú* han sido trabajadas en este acápite, con la voluntad de constatar las teorías y metodología utilizadas por Heraclio Bonilla, quien se propuso verificar la hipótesis de que en el proceso de construcción del estado moderno en el Perú, una ausencia bastante notoria fue la burguesía nacional. Esta no logró constituirse en clase dirigente de una sociedad donde las diferencias étnicas y de clase, habían imposibilitado la nación justo en los momentos de afrontar una coyuntura crítica. Bueno, debo mencionar que es un contexto donde ambos temas habían sido incorporados en programas de investigación de muchos científicos sociales en América Latina, en momentos donde las dictaduras militares de distinto signo los reivindicaban como justificativos de su accionar.

Guano y burguesía se publicó por primera vez en el año de 1974, un momento bastante interesante en la historia contemporánea del país, no sólo por iniciarse la fase terminal del último gobierno militar, lo más adecuado sería caracterizarlo como

nacional-reformista, sino también por la secuencia de conmemoraciones en que el país estaba inmerso. Primero, se salía de las celebraciones del sesquicentenario de la independencia obtenida en 1821, la cual y según la historiografía nacionalista, fue reafirmada por las victorias del ejército bolivariano en las batallas de Junín y Ayacucho en agosto y diciembre de 1824, lo cual conllevó otros motivos para la celebración del siglo y medio transcurrido.

Segundo, el país estaba a pocos años del centenario de la Guerra del Pacífico, conflicto bélico contra Chile que se inició en 1879 y se prolongó hasta 1883, cuando el Perú reconoció su derrota mediante la firma del Tratado de Ancón. Se puede decir que todos estos acontecimientos fueron no solo conmemorados sino también muy instrumentalizados por el gobierno militar, sobre todo porque pasaron a ser considerados por la historiografía nacionalista en su versión más estadocéntrica, como los que probarían la existencia de un espíritu nacional en el Perú. Tal espíritu se habría fortalecido en la lucha contra el colonialismo español durante los momentos de su derrumbe definitivo, y luego en una guerra básicamente de resistencia contra el considerado agresor chileno.

En todos los casos, el espíritu nacionalista quedó personificado en los próceres, precursores y héroes de la patria, cuyas monumentales figuras en bronce o mármol dominan importantes espacios urbanos, y donde su último sacrificio, o sea su muerte, ha sido utilizado hasta el hartazgo por gobiernos de distinto signo ideológico. Es por eso entendible que distintos estudiosos del llamado problema nacional en el Perú, tal como lo reconoce el autor en el prólogo a la segunda edición del libro, hubieran considerado que su publicación se dio en un momento crucial de la historiografía peruana, pues y quizá parafraseando el título de uno de los más destacados trabajos escritos por el historiador francés Lucien Febvre, se incorporó en el “combate por una historia distinta a la que existía antes” (Bonilla 1984, 7).

Parte de esa preocupación quedó registrada en la pregunta constituida en articuladora del trabajo, y a mi modo de ver, con ella se reiteró una exigencia política e intelectual formulada cinco décadas atrás: “¿por qué en el Perú del siglo XIX no pudo constituirse una clase burguesa y por qué su clase dirigente no pudo desarrollar un programa nacional burgués?” (1984, 8). Para responder tal interrogante, en el primer capítulo titulado “Los consignatarios del guano y el problema de la “burguesía nacional” en el Perú”, Bonilla recurre a un par de argumentos bastante sólidos.

La respuesta a sus inquietudes se encuentra en dos variables de índole histórico-estructural. La primera está relacionada con lo que el autor denomina las bases históricas del poder, aquellas que según postulados estructuralistas determinarían un privilegiado posicionamiento para ciertos sectores sociales dentro del sistema, en este caso los herederos del orden colonial y los plutócratas que fueron surgiendo conforme el Perú vivía los conocidos *booms* exportadores. La segunda variable refiere a los orígenes de la clase dominante, como impedimentos en la natural búsqueda de quienes dominan por constituirse en “una genuina clase burguesa”. Una burguesía nacional, moderna y progresista reclama el autor, con la necesaria fortaleza y la suficiente voluntad para eliminar “las bases coloniales de la economía peruana” (1984, 18).

En sociedades como la peruana, se hace muy evidente que la realidad interior no coincidía con las teorías sobre la nación y clase burguesa que maneja el autor. Obviamente no resultan consistentes, más aún cuando en la investigación se muestra que durante la era del boom guanero, 1840-1870, el país presenció como “terratenientes, comerciantes, militares de la revolución, [...] Especuladores” fueron quienes se apropiaron de los importantes excedentes generados por la exportación de dicho recurso, utilizando para ello la influencia que habían logrado al interior del estado (1984, 25).

Haciendo gala del economicismo dominante en la escritura de la historia económica y social, aunado a la siempre utilizada concepción unilineal de la historia, Bonilla considera que una ideología de carácter rentista, cuyo accionar siempre ha sido la corrupción y el control monopólico de la economía, orientara la formación de las fortunas surgidas en las primeras décadas de vida independiente. El actor político fundamental en este proceso es la que el autor denomina clase terrateniente comercial, donde el débil sistema político que se tenía fue instrumentalizado en aras de satisfacer los intereses de sus integrantes, en estrecha alianza con los viejos caudillos militares.

Es así que controlando “las rentas del Estado peruano, su rol como comerciantes intermediarios entre el Estado y los consumidores ultramarinos, la especulación y las inescrupulosas manipulaciones financieras, estuvieron en la base misma de su reconstitución económica como clase” al ingresar la segunda mitad del siglo XIX (37). Estos son los mecanismos que condujeron a la formación de una clase parasitaria en vez de una clase empresarial, la misma que vio en la conducción del estado el mecanismo perfecto para su sobrevivencia. Pero en su fase formativa y sin pensar que la corrupción se justifica, ¿cuál burguesía nacional no ha recurrido al robo

de los bienes públicos locales, en otros casos globales, como una forma de acumulación temprana de capital? ¿No había ocurrido algo similar en los países del capitalismo avanzado con sus periferias coloniales?

La búsqueda de la burguesía nacional concluye cuando recurre a una argumentación de tipo marxista que se sabe, fue formulada en momentos que el capitalismo se consolidaba en Europa occidental, finalizaba la construcción del mercado mundial y un nuevo sistema de organización económica global se establecía bajo el liderazgo británico. Una conclusión basada en la idea que:

burguesía, proletariado y capitalismo constituyen una totalidad histórica, dialécticamente articulada. La burguesía es aquella clase que funda su dominio en la apropiación de la plusvalía generada por los trabajadores [...], la consolidación de la burguesía supone la proletarización de una fracción importante de los productores directos a través de la pérdida de sus medios de producción. (Bonilla, 1984, 37).

En el análisis del Perú de la segunda mitad del siglo XIX, Heraclio Bonilla toma a un importante seguidor de la teoría económica marxista, Ernest Mandel, quien propuso la posibilidad de industrializar a los países del Tercer Mundo, con la implementación de un conjunto de medidas económicas y políticas con fuerte impacto en lo social. Para ello se acepta como un camino en aras de alcanzar la modernización capitalista, la eliminación de todo aquello que representa la tradición y la ancestralidad, por ejemplo la economía natural que, imagino, está representada en la variedad de formas productivas integradas en la definición más amplia de economía campesina. Pero no fue posible puesto que:

Ellos fundamentalmente se dedicaron al mero comercio especulativo y cuando colocaron parte de sus capitales en la agricultura, para producir algodón o para producir azúcar, fue para devenir en una clase rentista que se apropió del excedente generado por una mano de obra asalariada no capitalista, y para someterse a las exigencias de un mercado internacional que escapaba a todo su control (38).

Afín en líneas generales a la teoría estructuralista del desarrollo, considera que los grupos dominantes no logran crear el mercado interno y ampliar la producción mercantil, con lo cual ya se tendrían establecidas las bases para el posicionamiento de una clase que abandone su carácter parasitario, y se constituya en sujeto de la historia, “que se realizara como clase al asumir estas tareas”. La ansiada burguesía nacional se realizaría en una clase nueva desde sus cimientos, y entonces implantaría la política de la destrucción creadora pues el nuevo orden solo sería posible con “la demolición de todo el orden social existente” (1984, 44).

¿Qué se obtuvo entonces con la ausencia de lo que Mandel consideró las bases del desarrollo para el Tercer Mundo? Pues con los obstáculos institucionales existentes en aquel momento, se formó una clase burguesa dependiente del capital extranjero, estructuralmente incapacitada para alcanzar el estatuto de nacional pues su buena fortuna, estaba relacionada con el sistema financiero y comercial en manos de los grandes poderes económicos radicados en lugares específicos, pero muy distantes del territorio nacional. La nueva historia señaló la importancia de construir una historia total, y en el caso peruano se buscó en el estudio de la economía, el comercio y las finanzas internacionales. Esto último trajo la conclusión que mientras más se integraba la economía del Perú al orden capitalista internacional, más perdía la clase dominante sus vínculos con la nación, llegando Bonilla a considerarla una clase que traicionó el destino asignado:

La élite económica modernizante al no poder asumir por su propia cuenta la tarea de transformación integral del país, se limitará a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX a participar en el proceso productivo en calidad de asociada de los capitalistas británicos, (1984, 57).

El autor muestra su preocupación por entender el problema generado en no disponer de la burguesía nacional en la segunda mitad del siglo XIX. Un contexto donde el capitalismo y los capitalistas locales eran realmente muy débiles, por no decir inexistentes, en relación a las ya consolidadas burguesías europeas y la cada vez más poderosa clase empresarial en Estados Unidos. La realidad del Perú en aquellos momentos, es un buen ejemplo de la ahistoricidad de teorías e interpretaciones preocupadas por encontrar actores políticos y agentes económicos naturalmente modernos y nacionalistas. Los primeros manifestando su lealtad hacia lo público y contribuyendo a darle un carácter nacional al estado, mientras que los segundos debieron darle forma a un empresariado más comprometido con el desarrollo del país.

Ahora bien, en relación a los estudios que se hicieron sobre el primer siglo de república en el Perú, resulta sorprendente que reconocidos investigadores le hayan otorgado validez a informes sobre los más diversos temas, elaborados por los funcionarios de los poderes imperiales radicados en territorio peruano.¹³ Nuevamente el tema de los referentes empíricos que deben sustentar las conclusiones alcanzadas, es un aspecto metodológico relevante en los estudios realizados por el autor durante

13. Lo mismo encuentro en el trabajo anteriormente citado de Julio Cotler con los documentos producidos por el Departamento de Estado de EUA.

sus largas estancias en continente europeo, lo cual le lleva a destacar que “el sustento empírico de Guano y Burguesía en el Perú proviene de los repositorios documentales de Londres y París” (8).

En una declaración que no deja dudas sobre la preeminencia otorgada a los documentos escritos en sus investigaciones, Bonilla señaló que “Estos estudios están basados fundamentalmente en los archivos de Francia y de Inglaterra. Citando a Labrousse [Ernest] puedo decir que toda afirmación está sustentada por un documento” (1984, 14). Como veremos en las siguientes líneas, una importante cantidad de nuevos documentos coloniales pasó a desempeñar un papel destacado en la escritura de un relato historiográfico, que ubicado en un contexto de abierta confrontación discursiva con el gobierno militar de aquel entonces, pretendió explicar la falta de nación en el país.

A manera de ejemplo, aquí figura la correspondencia mantenida entre los gobernantes de estados como Inglaterra y Francia, con sus comisionados políticos y económicos presentes en el territorio nacional, hayan sido estos diplomáticos o directivos de las prósperas casas comerciales instaladas en el país. Puesto que no había tampoco una clara diferenciación entre lo público y lo privado, las conversaciones y directivas fluían sin que los actores tuvieran la necesidad de diferenciar sus actividades. Un caso relevante sería el de los informes consulares británicos sobre la república del Perú, los cuales fueron privilegiados en el proceso dirigido a entender la construcción de su clase dominante, pero sobre todo para describir la debacle del país a finales del siglo XIX. Con ellos, además, fue posible constatar la ausencia de algún proyecto nacionalista entre la clase dirigente, pero también entre los subalternos de aquel entonces (Bonilla 1984, 150-159).

Heraclio Bonilla estableció que el grupo dominante no desarrolló un proyecto nacional, ni pudo ser una burguesía por la perfecta compatibilidad entre la economía nacional funcionando como un sistema precapitalista, con el capitalismo internacional en su forma más avanzada, lo cual condicionó lo riesgoso que hubiera significado optar por una temprana desconexión con el mercado mundial. Una herencia colonial que se sostuvo por decisión política de la clase dominante, asociada en ese entonces a los inversionistas franceses e ingleses, pues resultaba bastante funcional a sus intereses económicos (1984, 153).

Bueno, solo preguntarme si a partir de la revisión y referencia de los documentos contenidos en los archivos nacionales, en realidad de dos estados europeos

imperiales y el emergente Estados Unidos, permitió validarlos como fuentes en busca de la nación dentro del Perú. Considerando veraz la información ahí contenida, se otorgó lo que llamaría una dudosa objetividad a los documentos que se revisaron, ignorando la subjetividad existente en los textos utilizados y pasando por alto los intereses de quienes narran, en este caso actores políticos y agentes económicos comprometidos en el proceso desde un lado claramente definido.

Trabajos como el libro *Guano y burguesía en el Perú*, son sobre todo resultado de una apuesta teórica basada en aquella narrativa que en parte construyó la ciencia moderna. Una narrativa que en este caso estuvo condensada en la concepción unilineal de la historia, que al volverse ciencia trabaja con los métodos dispuestos por el canon, y donde las fuentes coloniales llegaron una vez más a destacarse en la comprensión del pasado. La supremacista idea de progreso estuvo plenamente incorporada en las visiones que sobre el país, al igual que sobre otras regiones del planeta, tuvieron los funcionarios del orden imperial y eso queda reflejado en la opiniones sobre el país de aquel entonces.

En los estudios sobre la nación dentro del país, ha sido mi interés mostrar cómo trabajos inscritos en distintas corrientes historiográficas, mantuvieron una serie de coincidencias en las teorías y en los métodos utilizados para aproximarse al conocimiento de su objeto de estudio. La primera se relaciona con el manejo de las fuentes, cuyo estudio les permitió a los estudiosos de la historia leer el pasado, aquellas que en su constitución habían sido clasificadas como primarias y secundarias, lo cual es decirles referentes empíricos a las primeras y conocimientos mediados por estudios previos las segundas. Como una forma de darle sentido a lo señalado, incorporo aspectos del debate metodológico sobre la pertinencia de las fuentes utilizadas en la escritura de la historia, en este caso la historiografía nacionalista del país, poniendo en duda su validez para ayudar en el entendimiento de lo acontecido en el pasado.

La segunda coincidencia se relaciona en el uso de las teorías que según el canon académico, primero pueden descifrar y luego interpretar las fuentes, de manera tal que nos acerca al conocimiento de lo que sucedió durante el periodo en estudio. Es el conocer basándose en la universalidad de la teoría, pues de su buen uso y teniendo en cuenta la llamada neutralidad valorativa del investigador, esto terreno también de la metodología, podía realizarse una lectura adecuada de las fuentes. Entonces se puede entender porque parte importante de los estudios históricos en el Perú, se hicieron

siguiendo los principios contenidos en el canon teórico y metodológico dominante en la disciplina que estudia el pasado de una civilización o sociedad.

Teniendo de por medio la disputa intelectual y política en los escenarios donde se conjuga el saber con el poder, es decir la relación que existió entre las instituciones dedicadas a la producción y difusión de conocimiento con la política local, fue posible encontrar similitudes en las conclusiones obtenidas sobre el pasado y el rol que debieron desempeñar los actores en la formación nacionalista de la sociedad. Por último, solo decir que en este capítulo no se trabajan las características de los tipos de estado tenidos en ambos momentos de la historia del Perú, eso ha sido ya objeto de múltiples estudios y debates donde ha participado un número importante de estudiosos peruanos y extranjeros.

Para cerrar este capítulo, señalaría que tanto *Historia del Tahuantisuyu* como *Guano y burguesía en el Perú*, hacen ver que no sería la primera vez que desde otra historiografía, de igual manera preocupada por encontrar la nación en el Perú, termina subordinando la información producida localmente. Considero que esto se produce en los libros analizados, pues académicos locales que han llegado a ser cosmopolitas por distintas razones, pensaron según los criterios teóricos y metodológicos de quienes realizan su labor desde espacios académicos muy particulares, pero cuyos criterios y debido a múltiples circunstancias se han vuelto globales. En realidad, con esto no hicieron más que prolongar la colonial idea de que los habitantes de estos territorios, y los documentos que pudieran haber producido, solo pueden darle forma a esa especie de informante nativo que refiere la pensadora india Gayatri Spivak, los cuales no serían sujetos capaces de narrar ni escribir su propia historia (2010, cap. 3).

En el debate participa el sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfogel, quien considera que dentro de la tradición intelectual fundada en Occidente con la filosofía y las ciencias sociales, se produjeron campos disciplinares encargados de establecer la producción de conocimiento en abstracto y de la sociedad en concreto, pues “el sujeto que habla siempre queda escondido, encubierto y borrado del análisis”. La desconexión entre sujeto, conocimiento y relaciones de poder, permitió que la filosofía occidental y sus derivados en el campo del saber produjeran lo que considera un “mito universalista que encubre, esto es, que esconde quién habla y cuál es la localización epistémica en las estructuras de poder desde la cual ese sujeto habla” (Grosfogel 2006, 151).

Siguiendo los argumentos propuestos por Spivak y Grosfogel, aquí me

pregunto ¿por qué desde la historiografía y la nueva historia se pensó en la inexistencia de una nación o de la burguesía nacional, como variables explicativas de las oportunidades perdidas en la historia? ¿por qué adquirieron tanta relevancia en la organización de una historia nacionalista, acontecimientos como la derrota en la guerra de conquista iniciada por los estados europeos en la primera mitad del siglo XVI? ¿es así cómo podía contribuirse en la escritura de una nueva historiografía de la nación, basada en la derrota y en las ausencias? Posiblemente fueron las teorías y métodos que hasta el día de hoy son ávidamente consumidas en el país, quienes contribuyeron a estas conclusiones lo cual hace notar el hecho de que en distintos sectores de la academia local, se buscaron respuestas a los problemas de siempre desde lugares epistémicos que anteriormente tampoco las habían dado.

A mi modo de ver, los seguidores de la nueva historia dentro del país adelantaron sus programas y proyectos de investigación, leyeron e interpretaron los hechos desde una perspectiva que planteó distanciarse del método dominante, pero que terminó trabajando con él. Por ejemplo, la utilización de las teorías y métodos elaborados por los integrantes de la Escuela de los Annales en sus distintas etapas, es mantener aquellas ideas que fueron organizadas en contextos y tiempos distintos a los del país. Algunas de estas limitaciones para comprender el Perú en su complejidad, están en relación al tipo de fuentes que fueron utilizadas en los estudios históricos.

Ahora bien y conforme la pretensión de escribir la nueva historia se afianzaba entre académicos e instituciones, las versiones peruanas del pasado elaboradas según el moderno método historiográfico estudiaron acontecimientos y procesos, recurriendo igualmente a la documentación producida por los fundadores y continuadores del proyecto colonial en el país. En este caso la que fuera elaborada por el funcionariado de los estados que durante ambos periodos, llegaron a controlar el sistema internacional primero en su fase formativa, España con la fuerza proveída por la invasión del continente, y luego el dominio de otros estados bajo el liderazgo hegemónico de Inglaterra.

Entre las que dentro de la ciencia normal se han considerado fuentes secundarias, también se puede mencionar el uso intensivo de aquellas que han sido escritas por profesionales dedicados al estudio de la sociedad, en este caso historiadores, antropólogos y etnólogos tanto locales como extranjeros. Entre los estudiosos y científicos procedentes de distintos lugares, quisiera destacar aquellos que vinieron de los países que primero institucionalizaron las disciplinas en el estudio de

la sociedad, quienes también auspiciaron de manera muy temprana los estudios del pasado en el continente. Por último y a raíz de esa amplia bibliografía en francés e inglés, constatar también esa correlación entre los idiomas de la modernidad y el conocimiento organizado al interior de las ciencias sociales, sobre lo cual ya distintos autores se han pronunciado.¹⁴

La consecuencia en términos ya epistemológicos fue que parte importante de las investigaciones, sobre todo aquellas que propusieron encontrar la nación integrada en el silo XVI o la burguesía nacional a finales del XIX, terminaron en conclusiones algo similares a las elaboradas por los integrantes de la primera historiografía nacionalista: no se contaba con aquellas, claro está que ahora por otras razones. Si se ha aceptado y además elogiado las contribuciones al conocimiento de la historia del Perú por medio de estos trabajos, es conveniente preguntarse si algún tipo de sesgo pudo haberse producido en la interpretación y escritura de la historia, luego de utilizar dichas teorías o leído tales documentos.

14. Un análisis muy interesante sobre los idiomas que dominan las disciplinas encargadas de estudiar la sociedad, se encuentra en Renato Ortiz, *El predominio del inglés en las ciencias sociales* (México: Siglo XXI editores, 2009).

Capítulo cuarto

La modernidad vía el desarrollo. El estructuralismo y la planificación

En este capítulo analizo parte de las dos teorías que dominaron el debate sobre modernidad y desarrollo en el Perú y América Latina, durante el periodo 1955-1975. Agrupadas en el amplísimo paradigma del estructuralismo, aquí encontramos la corriente funcionalista y la corriente desarrollista. El objetivo es mostrar la forma en que el estructuralismo se impuso dentro del Perú y como sus seguidores, algunos al interior de las instituciones académicas mientras que otros ya trabajando para el estado, llegaron a elaborar los diagnósticos y planes para el desarrollo con sus correspondientes políticas públicas, contando para ello con el apoyo técnico y teórico de las instituciones multilaterales. El apoyo de los países capitalistas avanzados también se dio a través de sus agencias de cooperación para el desarrollo internacional.

La idea es constatar la cercanía académica e ideológica entre los diagnósticos de la realidad interior elaborados desde ambas perspectivas teóricas, con las políticas de estado propuestas para los países de la región. Para esto y de una manera algo breve, en el primer acápite repaso la teoría de la modernización ubicándola como producto de la corrientes estructural-funcionalista, y procedente de medios académicos estadounidenses, para luego revisar la vertiente desarrollista promovida por la CEPAL. Aquí el desarrollismo se trata con amplitud, pues ha sido el más reconocido como pensamiento estructuralista, y lo hago a partir de la experiencia tenida en el Perú con las políticas e instituciones que fueron surgiendo con el objetivo de administrar el desarrollo. Aquí trabajo algunos temas como el agrario, sobre todo lo relacionado con la tenencia y uso de la tierra más el pretendido aporte de la agricultura al desarrollo del país. Además, comento la ahistoricidad de la teoría estructuralista y culmino señalando algunas consecuencias que trajo la implementación del modelo.

El segundo acápite lo dedico a un análisis de la planificación en su llegada al país, observando la rapidez con que se institucionaliza y su instrumentalización por gobiernos de distinta orientación ideológica y origen. Los momentos más intensos en el proceso de planificar el desarrollo dentro del país, se tuvieron durante el último gobierno militar entre 1968 y 1975, y por eso me detengo en este periodo para mostrar los fundamentos de las decisiones tomadas en torno a la planificación. Es un proceso

bastante particular que la lleva de técnica a disciplina, pues pasa de un rechazo por su origen socialista a ser no sólo aceptada, sino promovida desde las mismas instituciones multilaterales y agencias de cooperación internacional, junto a las locales que se fueron fundando con el objetivo de planificar el desarrollo socioeconómico del país.

El capítulo concluye entonces con algunas reflexiones sobre la capacidad que adquirió el estructuralismo para influenciar en los medios decisores de política nacional, sobre todo el pensamiento de la CEPAL. Esto se comprueba al analizar los discursos con los cuales se justificaron la puesta en marcha de los llamados determinadas políticas, apoyo al sector industrial de la economía por ejemplo, o con los planes de desarrollo elaborados en el periodo, quienes conjugaban el diagnóstico de los problemas socioeconómicos, con la solución a lograrse en un lapso de tiempo determinado.

1. El estructuralismo, la modernización y el desarrollo en el Perú

Antes de iniciar la revisión de la preeminencia institucional obtenida por el estructuralismo en sus dos vertientes, sería interesante echarle un vistazo a lo que se entendió por modernización y modernidad desde la misma epistemología que hemos analizado en los capítulos anteriores, el occidentalismo. Debo advertir que el debate donde se involucran ambos conceptos y procesos, es lo bastante extenso y profundo como para pensar en una presentación que abarque parte significativo de él.

Por tales razones, solo quisiera mostrar algunas definiciones que agrupan parte de las variables explicativas de ambos conceptos. Por ejemplo, el epistemólogo argentino Roberto Follari ha establecido que modernización debe ser entendida como una:

actividad consciente (proyectual o no) por la cual se alcanzan los estadios más altos de la modernidad. La modernización [apunta]... a los grados más altos de la racionalización científico-tecnológica que caracteriza a tal época... es un término más ligado a procesos económicos, sociales y culturales relativamente contemporáneos, de plazos más bien breves, lo que conlleva su presencia más directa en el debate político acerca de los modelos de sociedad deseable (Follari 1990, 20).

Aquella se define como un proceso dirigido a alcanzar niveles superiores en la escala evolutiva formada a lo largo de la historia de la humanidad, en consecuencia, deja claramente ver que está inmersa en la unilinealidad que caracteriza la idea de progreso ilimitado. Su aspiración era lograr un mundo organizado en un conjunto de

principios, normas y valores procedentes de la civilización más avanzada, donde uno de sus componentes más relevantes era el sujeto racional. De igual manera, expresa un determinismo histórico que visualiza un futuro realizable, a partir de las decisiones que tomen los agentes económicos y actores sociales, sumada a las acciones que adelanten los actores políticos con mayor nivel de compromiso al interior del proceso. En este proceso no se deja de lado la incorporación como medios, en algunos momentos llegaron a ser fines, de todos los avances producto de la innovación científica y tecnológica. Debo decir que los medios de comunicación, hoy comúnmente conocidas como TIC, siempre han estado presentes en estos proyectos como avanzada del progreso.

En su libro *El poder letrado*, el sociólogo e historiador colombiano Gilberto Loaiza Cano ha establecido para los objetivos de su trabajo, una historia de las ideas en Colombia durante el siglo XIX, que la modernidad en tanto trayectoria e historia intelectual, abarca tres aspectos que resultan inseparables: modernización, democratización y secularización. Modernidad sería la “yuxtaposición de esos tres elementos en grados diversos de influencia” y recurriendo a una de las variables utilizadas por Marshall Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, aquella se basa en una “convivencia conflictiva y, a la vez, productiva de esos tres elementos. (Loaiza 2014, 270).

Modernidad es el objetivo mayor y aquella también se basa en un conjunto de eventos, ideas y formas de conocimiento que contribuyen en la aparición del sujeto secularizado. Todos ellos acaecidos en un determinado lugar del mundo en distintos momentos de su historia, según quienes rinden pleitesía a esta nueva etapa en la historia de la humanidad, pero sobre todo por lo sucedido en los últimos doscientos años. Para los intereses de la tesis, la subjetividad que refiero es puesta en un lugar primordial pues impulsó la transformación del mundo europeo, primero, por medio de un radical desconocimiento y posterior destrucción de lo tradicional allí existente. La creación de un nuevo tipo de estado en tanto comunidad política del contractualismo iluminista, basado en la razón claro está y democrático por naturaleza, fue la consecuencia lógica de un proceso que devino en inevitable a pesar de los sobresaltos y retrocesos que pudieran haberse presentado.

El carácter universalista y homogeneizador del proyecto se materializa en una nueva organización política y económica, además, aquella involucra como basamento de su existencia una profunda transformación de los principios, normas y valores con

los cuales se organizó dicha civilización. La más convencional de sus definiciones lo expresa con claridad, cuando se reafirma el carácter intrínsecamente superior en favor de este tipo de modernidad (en caso existiera otra) pues aquella:

no sólo entraña el rompimiento de una época dominada por el oscurantismo [fue también]... el surgimiento de una nueva concepción del mundo y la secularización de la vida social y cultural. [...] implicó una transformación de las costumbres, el pensamiento, la moral y los gustos, [...] emerge con un nuevo concepto del hombre, de su capacidad y acción sobre el mundo. También se definió como la asimilación de todo antagonismo y tolerancia (Córdova 2000,136).

Un breve resumen de los fundamentos que adquiere la nueva subjetividad anclada en el ser europeo, el *ego conquiro* así definido por el filósofo argentino Enrique Dussel. El Yo conquisto en relación a otros sujetos, constituido mucho antes que el Yo pienso. Desde el caso europeo, la consecuencia del ideal de superioridad contenido en este nuevo tipo de sujeto, fue también contra otros seres humanos, llegando a ser aquella idea un eje central de la apologética modernizadora. Con aquel tipo de argumentación se entiende que un elemento destacado en su construcción fuera el ser humano, al haber jugado un rol muy relevante en el proceso como actor y agente que transforma, entre muchas otras cosas, la naturaleza, “demiurgo, constructor del mundo, dueño y señor de su propio destino histórico” (Castro 1998, 74). Esto último sería también un símbolo destacado de la superioridad que adquirió la ciencia moderna en sus distintas expresiones y quienes se habían constituido en sus portadores, pues refiere al manejo del conocimiento en aras de satisfacer necesidades vitales, sin darle la debida importancia al peligro de su potencial e ilimitada instrumentalización.

Esto tiene que ver con el hecho de que cuando la racionalidad entra en su fase del iluminismo aplicado, pasó a ser instrumentalizada a través de los medios que sostienen el poder, los cuales, a su vez, se constituyeron en los administradores de lo racional y científico. Esto significó que desde los más diversos escenarios, se le buscara utilidad práctica a todo lo producible en los laboratorios y centros de investigación, lo cual además se dio con mucha intensidad tanto en importantes universidades europeas como norteamericanas: El producto podía proceder de la biología o de las ciencias sociales, de la física o la economía, de la química o las llamadas ciencias humanas, pero donde su importancia radicaba en que era necesario para el desarrollo y bienestar de la población, ocultando que también fue muy útil para elaborar políticas destinadas a afianzar las nuevas relaciones de poder, justo en los momentos que la cultura y la tradición política, originadas en Europa, se constituyeran

en hegemónicas.

Esta afirmación adquiere sentido, cuando se constata que parte importante de los distintos campos del saber, tuvieron al lado una estrategia discursiva destinada a legitimar el control de la naturaleza, por parte de aquella forma de vida pero sobre todo de una civilización que al haber alcanzado el estado racional, se posicionó como la gran dominadora del entorno al que anteriormente pertenecía. En tal sentido, la naturaleza se volvió objeto conforme se priorizaba su explotación, con lo cual pasó a satisfacer las necesidades de regiones y sistemas cuyo ascenso global se justificaba, pues se hacía en nombre de la humanidad.

Otro principio para considerar pues está relacionado con el trato dado a otras civilizaciones alrededor del planeta es que, según las teorías contractualistas, el dominio del estado racional se consolida en oposición al estado de naturaleza, más aún cuando llega a alcanzarse el estado de sociedad política y civil, estado superior en la organización social donde el conflicto se diluye por medio de la participación en un contrato. Con este tipo de argumentación, no solo se clasificó a las sociedades como naturales o civilizadas, sino también se cuestionaron las formas de entendimiento allí acunados, los mismos que fueron elaborados con la observancia de los cambios sociales y políticos acontecidos a lo largo de muchos siglos (Castro-Gómez y Guardiola 2000, XXVII).

En un razonamiento de tipo hegeliano, aquello significaba que una civilización mientras más cerca esté de la naturaleza, menos digna será de exigir algo tan elemental como la libertad.¹⁵ Ahora bien, la teoría del dominio absoluto sobre la naturaleza que elaboró Francis Bacon, posteriormente complementada por John Locke y su versión del contractualismo que tanta influencia tuvo al momento de constituirse los estados neocoloniales en la región. Locke ha sido considerado el primer antecedente en la formación de una de las ideologías soportes del mundo moderno, el liberalismo, y fue él quien propuso que la posesión no garantiza la propiedad sino la capacidad que tiene el poseedor de hacer producir el recurso. Esto significó para el naciente capitalismo, la posibilidad de abstraer primero y subordinar después a la naturaleza y sus más diversos componentes, entre ellos sus pobladores. En América Latina fue el pretexto perfecto, para adelantar la eliminación de las propiedades comunitarias en manos de

15. En este momento resulta bastante afortunada la siguiente cita: “Quizá más que ningún cuerpo teórico, la filosofía hegeliana de la historia ha influenciado a toda la gama política de las interpretaciones occidentales del desarrollo mundial moderno” (Coronil 1998, 133).

los pueblos originarios, con el obvio fortalecimiento del régimen de hacienda basado en la propiedad terrateniente.

En su celebrado libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, el filósofo estadounidense Marshall Berman reseñó con certera claridad el contenido fáustico de la modernidad, el cual estuvo incorporado en la obra de escritores y políticos de la época como Goethe y Marx. Haciendo notar la presencia de seres y personajes fantasmagóricos o irreales, quienes estarían materializados en la industrialización y el capitalismo, y los define como supremos transformadores de la realidad y llegan a ser personajes que, en la época de la renovación literaria y política, reaparecieron encubiertos en sucesivos ropajes y, peor aún, por designio de la historia adelantarían acciones dirigidas a cubrir a la humanidad entera (Berman 1991, caps.: 1-2).

Pero hay un par de aspectos que Berman no tomó en cuenta al momento de escribir su destacado libro: el primero por ser más conocido es que el dominio de la naturaleza por las fuerzas de la razón, había adquirido fundamento legal un par de siglos antes en la obra del jurista inglés Francis Bacon. El segundo está más inscrito en la teoría posoccidental y consideraría que el filósofo estadounidense no constató la destructiva relación construida entre ser humano y naturaleza durante aquel período. Esta última, al final de cuentas se trataba de un elemento que había sido transformado en recurso susceptible de ser explotado, pasando a ser la exterioridad aquella que Boaventura de Sousa Santos ha considerado el tercer gran descubrimiento de Occidente, en el segundo milenio de la era cristiana.

Comparto plenamente la idea de que previa al surgimiento de la ciencia moderna, la naturaleza había sido un complemento ideal para la mayor parte de las actividades humanas en distintas civilizaciones alrededor del mundo, no solo por ser fuente de recursos para la sobrevivencia de la especie, sino también por ser el lugar donde se originaba la espiritualidad que daba sentido a múltiples formas de relacionamiento social. Al respecto, el crítico cultural peruano Víctor Vich ha señalado que:

... la dimensión simbólica de la vida –léase cultural- es sustancial para la vida misma y todos los sujetos nos encontramos atrapados en ella, al punto que por ejemplo, para Lacan, resulta imposible la existencia de un sujeto (fuera) del orden simbólico, vale decir, del mundo del lenguaje y de la cultura. La cultura, el universo simbólico del sujeto, es fundamental para la constitución del yo y es el elemento central en la formación de las identidades sociales. La cultura, [...] da forma al sujeto y funda en él una epistemología desde donde interpretará el mundo (Vich 2003, 28).

Se tuvo así un escenario donde los significados se disputaron como parte de la nueva subjetividad y sus afanes de dominación, pero donde también se definieron los mecanismos utilizados en el afianzamiento de la colonialidad del saber. Desde ese momento, la civilización que más lejos había llegado en su desarrollo, la que también pasó a denominarse alta cultura, mayores posibilidades tuvo en el ejercicio de su política en tanto instrumento del estado moderno. Con la instrumentalización de la cultura y sus diversas narrativas, aquella se volvió portadora de una identidad excluyente, donde poca cabida tuvieron quienes pasaron a formar parte de la naturaleza y la “otredad”. La diferencia queda relegada con el afianzamiento de una identidad que pasó a ser la dominante, quizá hasta libertaria en su concepción, pero establecida bajo los cánones que imponía la colonialidad en los órdenes cultural, ideológico y político.

Retomando uno de los múltiples argumentos elaborados en favor del occidentalismo, quisiera mencionar lo propuesto por el filósofo alemán Jürgen Habermas, quien consideró al proyecto de la modernidad europea como lógico en sus objetivos y logros, coherente con lo que se propuso desde sus orígenes. Sin notar los problemas originados en el ansia de expandir el proyecto europeo occidental alrededor del mundo, por ejemplo su carácter colonial tal como han venido argumentando varios de los integrantes del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, Walter Mignolo y Fernando Coronil entre otros, para uno de los últimos integrantes de la Escuela de Frankfurt tal proyecto fue consistente:

en sus esfuerzos por desarrollar la ciencia objetiva, la moralidad y la ley universales [...]. Al mismo tiempo este proyecto pretendía liberar los potenciales cognitivos de cada uno de estos dominios para emanciparlos de sus formas esotéricas. Los filósofos de la ilustración quisieron utilizar esta acumulación de cultura especializada para el enriquecimiento de la vida cotidiana, es decir para la organización racional de la vida social de cada día (Habermas 1994, 95).

La teoría de la modernización se fundamentó en muchas de las variables mencionadas en los párrafos anteriores, pues le dio una importancia a las ideas del cambio cultural, transformación económica, reforma política a profundidad y, porque no decirlo, la regeneración física y moral de los participantes, en los infinitos proyectos elaborados como cimentación del camino trazado para alcanzar la modernidad. Es así que vamos viendo que la lucha contra los aspectos tradicionales vigentes en lugares tan diversos como el Perú, debería basarse en la organización de una sociedad racional fundada en sujetos con perspectiva de ser ciudadanos, una económica tecnificada

según los criterios de productividad capitalista, junto al logro del orden político en manos del estado nación.

Pero un atributo que cobró relevancia en el análisis de la teoría, fue justamente el carácter evolucionista de sus propuestas y donde la parte económica adquirió un rol de suma importancia. Quizá la obra de Walter Whitman Rostow, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, ha sido la más representativa por la influencia que tuvo en la academia estadounidense y latinoamericana, como en ciertos medios decisores de política (Rostow 1961). Sólo mencionar que este autor era un firme creyente en la modernización capitalista por medio del dominio que adquiriría el sector industrial de la economía, y para el logro de tal objetivo propuso un abierto compromiso entre los estados, su clase política y empresarial con dicho proyecto.

En este libro subtítulo en un estilo marxista, identifica 5 etapas en el proceso por el que debían transitar los países abocados a la tarea de modernizarse: la sociedad tradicional, las condiciones previas al despegue, el despegue, la marcha hacia la madurez y, por último, la era del consumo de masas. Esta sería una secuencia lógica, susceptible de transitarse con las decisiones políticas tomadas por los gobiernos y la institucionalidad que surgiría conforme se avanzaba en el proyecto. Resulta evidente que la teoría desde sus inicios adquirió un carácter normativo, similar a lo acontecido con las teorías en la planificación del desarrollo que veremos más adelante.

La modernidad se presentó como un hecho ineludible pues había sido posible en ciertos lugares del planeta, el capitalista-industrial-avanzado, y fue presentada como una experiencia repetible a escala global pues la historia demostraba que todas las sociedades tienen un punto de partida similar. En todo caso, puedo adelantar que la propuesta de Rostow no escapa idea de progreso, presente sobre todo en las concepciones unilineales y evolucionistas que durante las décadas del cincuenta y sesenta siguieron dominando las ciencias sociales dentro del mundo occidental. Esto se muestra en que la funcionalista teoría logró una amplia difusión en diversos círculos académicos dentro de los Estados Unidos, sobre todo en aquellos dedicados al estudio de la economía y la sociedad durante los años que siguieron a la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

En relación a esto último, Deborah Poole afirmó que se introdujo de manera muy firme en aquel país durante la década del cincuenta, y llegó a ser dominante durante veinte años, lapso de tiempo en el que los científicos sociales en el Perú llegaron a estar también muy influenciados por dicha teoría, debido sobre todo al

ascendiente de sus pares norteamericanos (1992, 210). Como se verá más adelante, algo que no debe llamar a sorpresa, parte importante del debate intelectual y político tenido en el continente durante aquellos años, estuvo influenciado por esa dicotómica visión que se generó entre lo tradicional y lo moderno.

Esto ayuda a entender porque en las instituciones multilaterales se afianzó a comienzos de los años cincuenta, un tipo de análisis que veía a los productores agropecuarios como obstáculos al desarrollo, por ejemplo quienes estuvieran organizados en redes económicas de subsistencia e intercambios comerciales a pequeña escala. Estos debían ser objeto de intervención y si las condiciones lo permitieran, también de erradicación pues no hay “progreso sin ajustes dolorosos”, según lo afirmó el grupo de expertos convocados por la ONU en 1951 con el objetivo de diseñar políticas y medidas concretas “para el desarrollo económico de los países subdesarrollados”, las cuales consistían en que “Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse” (en Escobar 1996, 16).

Al mismo tiempo incursionó con bastante éxito en los medios decisores de política regional y global dentro de los Estados Unidos, lo cual ayudaría a entender la orientación que tuvo el relacionamiento entre aquel país y América Latina durante esa primera década y media. Fue un periodo en que se impulsó el crecimiento económico y la reforma política, mientras que los países de la región se movían entre débiles gobiernos de origen electoral y los autoritarismos de siempre. Estos últimos mantuvieron su vigencia, a pesar de la condena discursiva de que eran objeto en diversas instancias de carácter multilateral, en particular las que pretendían darle forma a un sistema panamericano basado en los principios más característicos del institucionalismo neoliberal. Uno de ellos era la democracia.

Si se toma uno de los aspectos contenido en la obra de Samuel Huntington, por ejemplo el orden como antesala de la libertad, entonces para América Latina adquirió sentido la idea que la democracia para estabilizarse necesitaba no sólo que la prosperidad se irradiará entre la mayor parte de los integrantes de la sociedad, sino que también y en casos muy específicos, se podría recurrir a gobiernos autoritarios si la incompatibilidad entre lo económico y lo político tendía a agravarse. Al final de cuentas, si se buscaba la legitimidad, la organización, la eficacia y la estabilidad del estado, las diferencias entre dictaduras y democracias eran para efectos prácticos, inexistentes (Huntington 1997, 13).

La teoría de la modernización ocupó un lugar relevante como referente teórico en estudios y diseño de políticas en espacios nacionales. Lo interesante aquí es que su llegada a Latinoamérica y posterior difusión, sienta un precedente académico y político que permite entender la posterior importancia adquirida por el debate sobre el desarrollo y subdesarrollo. Arturo Escobar ha establecido que el nacimiento oficial de ambos conceptos, se produjo cuando el presidente de EUA, el demócrata Harry Truman, incorporó en enero de 1949 el principio del trato justo en la política exterior de su gobierno, el cual lo obligaba a buscar soluciones a los problemas presentes en aquellos territorios que desde entonces pasaron a denominarse áreas subdesarrolladas del planeta (Escobar 1996, cap. 1).

En este momento me interesa mencionar que la teorización sobre el desarrollo en América Latina, se inició de manera institucional cuando el primer director que tuvo la CEPAL, el economista argentino Raúl Prebisch, planteó en 1950 la teoría del intercambio desigual y esta logró constituirse en idea base del estructuralismo en América Latina. Afirmando que con su formulación se inició en serio el debate sobre este tema, el cual fue profundizado durante la década del sesenta con la incorporación de teorías igualmente estructuralistas, en este caso la dependencia y la marxista en sus múltiples versiones. Todas ellas fueron muy utilizadas en las interpretaciones que se hicieron de la región hasta inicios de la década del ochenta.

Así fue posible organizar un debate sobre el subdesarrollo en la región, donde el intercambio de bienes con distintos niveles de valor agregado daba forma a las asimetrías en el mercado mundial, fue una explicación que pasó a ocupar un lugar destacado en científicos sociales y dirigentes políticos. Se contraponía a los argumentos utilizados en el diseño del sistema y régimen económico internacional, los extintos acuerdos de *Bretton Woods*, que como sabemos fueron organizados en los principios del institucionalismo neoliberal. Allí quedó establecido el libre comercio en igualdad de condiciones para todos los estados miembros, como soporte del crecimiento y desarrollo socioeconómico.

Desde esos momentos, el estructuralismo en versión elaborada por la CEPAL, logró convertirse en el fundamento teórico de la nueva política económica para la región, y con él se le dio forma a un modelo de desarrollo basado en principios proteccionistas. Un modelo que promovió la industrialización por medio de la sustitución de importaciones y que muy pronto obtuvo la mayoritaria aceptación entre los gobernantes latinoamericanos. Sus impulsores propusieron cambiar los términos

en que estaba organizado el comercio a escala global, y eso podía lograrse si es que avanzaba la industrialización dirigida a exportar productos con mayor valor agregado.

Se pensó que era posible reducir la dependencia económica generada en el hecho de ser países exportadores de materias primas, sometidos a las fluctuaciones del mercado internacional y donde la capacidad para influir en su funcionamiento era muy escasa. En el caso peruano diré que en la década del cincuenta se tenía un país que básicamente exportaba minerales, un par de productos agrarios a la vez que se ingresaba en la extracción de recursos marinos para la producción de sus derivados, harina y aceite de pescado. Teniendo esta base fue que el proyecto también indujo a la producción de manufacturas para el mercado interno, que necesariamente se iría fortaleciendo con el incremento en el número de los asalariados, para llegar a ser uno de los pilares en el futuro país industrial-desarrollado a lograrse.

Quisiera decir que en el caso peruano, antecedentes en la promoción de la industria se pueden encontrar en el primer gobierno de Manuel Prado, 1939-1945, cuando teniendo de por medio los problemas de abastecimiento que originó la Segunda Guerra Mundial, se dictó en 1940 la ley 9140 para alentarla. Esta posibilitó que a una década de su implementación, la producción de manufacturas por ejemplo iniciara el desplazamiento de la agricultura en la formación del PBI. Entre 1950-60 logró consolidarse esta diferencia, teniendo en cuenta que durante el último año de la dictadura de Manuel Odría, 1956, se promulgó una ley de promoción industrial, la cual fue reformada en 1959 durante el segundo gobierno de Prado (Ríos 2011, 148). Con ambas iniciativas se dieron aún mayores incentivos a los inversionistas privados, extranjeros o locales por igual, para que inviertan en el sector de la economía considerado prioritario según la lógica dominante en aquel entonces.

Durante la primera dictadura militar de carácter institucional que hubo en el Perú, el gobierno militar de Ricardo Pérez Godoy iniciado en julio de 1962, se decidió que en la década se llevaría a cabo “una efectiva política de sustitución de importaciones que permita un mayor ahorro de divisas por este concepto, así como estimular la industrialización de las exportaciones con miras a lograr un mejoramiento en los términos del intercambio” (Banco Central 1962, 124). Este modelo se legitimó aún más escala regional, cuando la ONU proclamó al periodo 1960-1970 como el Primer Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo. El relato del desarrollo entonces adquirió sentido, pues quedó incorporado en las políticas públicas que se implementaron desde aquel entonces en los distintos niveles del estado.

En esta parte del capítulo, quisiera decir que distintos autores coinciden en que la región inició el tránsito de una economía primario exportadora, condicionada claro está por el adecuado funcionamiento de un mercado internacional abierto según los principios liberales, a un tipo de organización económica basada en el proteccionismo, donde se priorizó el apoyo al sector industrial de la economía.¹⁶ En el primer caso, el estado desempeñó un rol regulador estableciendo los criterios legales mínimos para que la inserción de los países latinoamericanos en el sistema económico internacional, pudiera darse de la mejor manera posible. Esto significaba institucionalizar el funcionamiento de la economía, con la promulgación de un conjunto de leyes dirigidas a crear el adecuado marco jurídico para fomentar y garantizar el ingreso del capital privado, sea nacional o extranjero, en los sectores cuya producción estaba orientada al mercado internacional.

En el segundo caso, y siguiendo una de las orientaciones emanadas del Tratado de *Bretton Woods* que estableció la posibilidad de un sistema internacional “en el cual los gobiernos tuvieran una considerable libertad para seguir objetivos económicos nacionales”, el estado en América Latina asumió el rol desarrollista interventor a la vez que se transformaba en agente económico (Gilpin 1990, 146). Este modelo priorizó el desarrollo económico alentando la industrialización, sin dejar de lado lo social por medio de mecanismos de redistribución del ingreso, lo político con la organización de una nueva coalición en donde confluyeron diversos actores, y lo cultural vía la incorporación de nuevos referentes en el proyecto nacionalista. Con la interdependencia de todos estos elementos, es que se dio forma a lo que Manuel Antonio Garretón definió como una matriz sociopolítica estatal-nacional-popular (2004, 23-25).

Lo interesante es que en ambos momentos, el sector visto como necesitado de un conjunto de reformas y de la activa intervención del estado, sobre todo por su peso en la permanencia de la tradición o del subdesarrollo, fue el agrario. Por ejemplo, una demanda dirigida a la modernización del campo proponía la transformación en la tenencia y uso de la tierra, por lo demás objeto de un amplísimo debate que se había iniciado décadas atrás e involucró intelectuales de distintas tendencias ideológicas y

16. Véanse los trabajos de Rosemary Thorp, *Progreso, Pobreza y exclusión: una historia económica de América Latina en el Siglo XX* (Washington: Banco Interamericano de Desarrollo, 1998, y de Celso Furtado, *La economía latinoamericana: formación histórica y problemas contemporáneos* (México, Siglo XXI editores, 2001).

políticas. La reforma agraria era considerada un avance sobre el latifundio y su correlato social, la servidumbre, tanto así que pensadores liberales y socialistas coincidieron en su relevancia para la transformación del país.

El pensador marxista José Carlos Mariátegui había señalado en 1928, que la reforma agraria significaba democratizar la propiedad de la tierra y debía ser implementada como parte de un proceso de revolución capitalista, el cual llevaba sobre todo las demandas de la burguesía. Por último y complemento de los cambios que tendría el país, impulsaría la ciudadanización en camino a la democracia liberal (Mariátegui 1968, 40). Es entendible entonces que pasadas algunas décadas de su temprana formulación, el general Pérez Godoy y los militares del nuevo profesionalismo fuera quienes aceptaron la importancia de un cambio radical en el sector pues “La defectuosa distribución de la propiedad rural, la subsistencia de formas anacrónicas en la tenencia de la tierra, la escases de área agrícola y la baja productividad, actúan como causas determinantes de la pobreza de la mayor parte de nuestra población” (BCRP 1962, 9).

En todo caso, el tema era de mucha actualidad y así quedó planteado en el diagnóstico contenido en el primer plan de desarrollo, elaborado en aquel momento aunque no lo implementaran a pesar que las FF.AA. estaban en el gobierno. Desde esta perspectiva, el sector agrario en el Perú pasó a definirse dentro de la economía nacional, como un espacio carente de dinamismo y poco innovador, donde los recursos que se generan no contribuyen al desarrollo del país puesto que su situación “constituye un punto de estrangulamiento para el desarrollo de la industria, que carece del apoyo indispensable” en la consolidación de un mercado interno (Ibíd.). Además, en el mencionado documento se contempló ya a la reforma agraria como prioridad pero dentro de un objetivo mayor, la industrialización, puesto que:

con los defectos de la estructura agraria, no se podrá superar el estrangulamiento que para el desarrollo económico del país, y en especial para el desenvolvimiento de la industria, significa la baja productividad, las deficientes condiciones de vida de la población rural y la carencia de un mercado interno en expansión (BCRP 1962, 29).

Tengamos también en cuenta que comenzando la década del sesenta, analistas y consultores internacionales con el apoyo de jóvenes investigadores locales llamados por la CEPAL, produjeron un diagnóstico sobre la situación económica y social de la región. En este documento quedó establecido que el rural era un sector que por aquel entonces mantenía un notable atraso tecnológico. Además encontraron que la

producción a escala local se caracterizaba por “la presencia de un vasto sector de subsistencia, concentrado principalmente en las actividades agrícolas, pecuarias y forestales”, lo cual profundizó aún más la idea de transformar la producción agraria en el continente (Leiva 2012, 12).

Todo lo anterior ayuda a entender porque el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del Perú en su Primera Fase, 1968-1975, implementó la reforma agraria como parte de su proyecto desarrollista al tiempo que le daba un impulso final a la industrialización sustitutiva, sin considerar el sesgo antirrural contenido en este modelo. En el Plan Nacional de Desarrollo para 1971-1975, y a pesar del llamado a superar la desigualdad por medio de una redistribución más equitativa de la riqueza, neutralizar las diferencias sociales y regionales que en poco contribuyen a la nación, y terminar la dependencia económica que aún se mantenía con los países capitalistas desarrollados pues impedía un desarrollo autónomo, se propuso que:

la real contribución del agro en el proceso de crecimiento económico se verificará a través de su acción estimulante en el proceso de industrialización del país [...] la ampliación del producto agropecuario y la redistribución del ingreso que se derivan de la reforma agraria redundarán, a través de una mayor demanda del sector rural, en una ampliación sustantiva del mercado interno, que servirá de verdadero impulso al desarrollo industrial [...] el mayor suministro de materias primas agropecuarias apoyará ese mismo desarrollo (República Peruana, 1971, 40).

Aquí destaco que los gobernantes militares aceptaron sin mayores cuestionamientos, la idea vuelta realidad de que la sociedad peruana era subdesarrollada y dependiente dentro del sistema capitalista, visible en la subordinación de la economía del país a las “necesidades e intereses del sistema internacional de poder capitalista”, desconociendo que el desarrollo era auspiciado por las instituciones multilaterales que, en su mayor parte, se encuentran bajo el control de los centros del poder mundial. En todo caso, el Plan Nacional de Desarrollo fue un documento elaborado por el gobierno militar, donde se condenaba la dependencia, el colonialismo y el imperialismo, que contó con la participación de numerosos científicos sociales en su elaboración y que en términos políticos, consideró al desarrollo como un proceso que anteponía las transformaciones estructurales al mero crecimiento económico (1971, 11).

En un artículo donde se fomenta el debate alrededor del papel asignado por los estructuralistas al sector agrario en el desarrollo económico, el economista chileno Cristóbal Kay hizo notar las limitantes teóricas del modelo, señalando que a la

agricultura se le asignaron tareas que difícilmente podría haber cumplido. Exigirle que para el desarrollo del país debía:

sostener el proceso de industrialización mediante las divisas obtenidas por las exportaciones y destinados a financiar las importaciones de bienes de equipamiento, piezas de recambio y materias primas que la industria exigía; b) proporcionar un suministro constante de mano de obra barata para esa industria; c) satisfacer las necesidades alimentarias de las poblaciones urbanas, evitando el incremento tanto del precio de los alimentos nacionales como de las importaciones en este sector, con lo cual facilitaba el mantenimiento de unos salarios industriales bajos y contrarrestaba posibles problemas de escasez de divisas; d) suministrar a la industria las materias primas que requería e) generar un mercado doméstico para los productos industriales (Kay 2002, 350-352).

Según este autor, lo primero a tener en cuenta es el momento en que se realiza la reforma agraria, pues se implementó cuando la industrialización tanto espontánea como dirigida llevaba varias décadas funcionando, además la situación de la agricultura tendió a empeorar pues se le planteó el esfuerzo de subsidiar las zonas urbano-industriales, cuando el modelo ISI ya mostraba serias dificultades para alcanzar sus objetivos. En tal sentido, concluye que trataron de constituir la en soporte para el desarrollo industrial, al tiempo que la extracción de riqueza del sector agrario conducía al país hacia una mayor inequidad en la distribución del ingreso.

Al mismo tiempo, la reforma agraria para América Latina se hizo necesidad justo en los momentos que habían numerosas movilizaciones campesinas, el Perú era un caso donde el conflicto venía escalando, y el impacto generado por la revolución cubana traía consigo la presencia de movimientos insurgentes en buena parte de la región. Además propusieron que un cambio en el uso y tenencia de la tierra, incrementaría la producción y productividad agrícola usando distintas técnicas, para lo cual también se contaba con el apoyo del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, IICA. Mencionar que siendo un organismo regional fundado en 1942 y adscrito a la OEA en 1949, el IICA tuvo entre sus objetivos para la década del sesenta, contribuir a la modernización agropecuaria en la región, acorde a los requerimientos de las “políticas económicas vigentes en el ámbito internacional” (IICA 2012, 3).

Cuando Kay analiza las relaciones que la estrategia estableció entre agricultura e industria, constata que en los países latinoamericanos se hicieron tempranas concesiones económicas a la clase terrateniente, quien por medio de manejos no del todo transparentes logró acceder a subsidios dirigidos al desarrollo del campo, mientras iban descapitalizando el sector conforme menores beneficios le generaba. Eso

se demostró en el caso peruano cuando el gobierno militar tomó el control de las haciendas azucareras y algodoneras ubicadas en la costa, sin tener las condiciones para administrarlas. De igual manera, la mayor parte de las haciendas cuya producción se dirigía al mercado internacional, estaban quebradas o en serios problemas financieros cuando fueron expropiadas.

Por último y a tono con ciertas aspiraciones democratizadoras, solucionar un conjunto de demandas procedentes de los trabajadores agrícolas y campesinos, lo cual y de manera algo paradójica significó que la agricultura pasara a ser vista como una carga para la totalidad del país. Las crisis del sector se agudizó al emprenderse las reformas pero sin contar con un adecuado diseño institucional, además de carecer de una burocracia profesional tal como ha sido propuesto por los seguidores del institucionalismo histórico comparado. En todo caso, ausencia de profesionales en la administración de lo público y carencia o debilidad de instituciones, se sumaron para deslegitimar las funciones del estado en la conducción de la economía (Kay 2006, 34-35).

Los gobernantes durante la hegemonía del desarrollismo, no lograron crear una dinámica de suma cero positiva pues nunca disciplinaron a los industriales y terratenientes, quienes en vez de aumentar la competitividad de los sectores que controlaban según lo trazado, se limitaron a gozar de los beneficios de un proteccionismo mal diseñado y peor implementado. Lograr la burguesía nacional a través de una política pública, se frustraba una vez más puesto que ambos agentes económicos desaprovecharon las oportunidades que el mismo les dio, para su necesaria transformación. ¿Pareciera que son las mismas condiciones y demandas que se vieron en el capítulo anterior?

Es ahora evidente que el régimen de acumulación implantado en América Latina y Perú con el modelo desarrollista, fue similar al que se instauró en los países de industrialización avanzada, pero en un contexto regional y global completamente distinto al momento y lugar donde quedó organizado de manera exitosa. Aquí se tienen dos propuestas realmente interesantes para avanzar en la explicación de aquella diferencia. En su artículo titulado “¿Qué permanece aún de la teoría del desarrollo?” Louis Lefebvre (1991), adelantó una crítica a los estructuralistas enfatizando en una variable invisibilizada en los numerosos estudios, diagnósticos y proyectos elaborados durante los años de hegemonía desarrollista: la ahistoricidad de la teoría.

Quienes pensaron en la posibilidad de alcanzar el desarrollo en los lugares del planeta donde se concentraba el subdesarrollo, no consideraron que las condiciones históricas y estructurales de la segunda mitad del siglo XX, eran radicalmente distintas a las del siglo XIX. Para empezar, la teoría del desarrollo se basó en una serie de referentes solo ubicables en el mundo occidental, por ejemplo las revoluciones científica e industrial, la abundancia de recursos naturales y su explotación bajo el principio de ser infinitos, y las grandes migraciones europeas hacia regiones que fueron consideradas despobladas tanto por los integrantes de las primeras comunidades científicas, etnólogos o historiadores por ejemplo, los estados europeos y su gesta civilizatoria. A estos dos súmele el gran número de migrantes que expulsados en sus lugares de origen, tuvieron la posibilidad de instalarse en sus “nuevas” tierras.

De igual manera, el papel de agente regulador que desempeñó el estado por medio de la protección del mercado interno, aquí fueron muy importantes los apoyos otorgados al sector industrial y financiero, al tiempo que promovía el libre comercio con las regiones que iban siendo sometidas al nuevo orden mundial. El posicionamiento de Europa como centro del mundo y la recién lograda hegemonía británica, grandes victorias militares de por medio, se vieron acompañadas de aspectos ideológicos que estuvieron dando forma al institucionalismo liberal. Es decir, una serie de factores que contribuyeron primero a la llegada de la modernidad y luego del desarrollo, condiciones ya muy difíciles de encontrar en América Latina durante el periodo que estoy revisando (Lefebvre 1991, 251-63).

Otra propuesta susceptible de ser trabajada es considerar al desarrollismo y el modelo ISI como una versión latinoamericana del régimen de acumulación fordista o de fordismo periférico. Puedo decir que con este régimen de acumulación en mente, promovido por las instituciones multilaterales claro está, los decisores de políticas en América Latina priorizaron el uso de capital intensivo en las nuevas inversiones, tecnología que se fue incorporando al proceso productivo por medio de la maquinización, a diferencia de lo sucedido con el capitalismo de la primera revolución industrial, o en los países asiáticos que se industrializaron luego de la segunda guerra mundial. Todo ello se hizo en la región puesto que el fordismo había obtenido a escala global un:

reconocimiento explícito que la producción en masa significaba un consumo masivo, un nuevo sistema de reproducción de la fuerza de trabajo, una nueva política de control y dirección del trabajo, una nueva estética y una nueva psicología; en una

palabra: un nuevo tipo de sociedad racionalizada, modernista, populista y democrática (Harvey 1998, 147-148).

El éxito del fordismo se basó también en la sólida relación que construyó con el keynesianismo en los países capitalistas avanzados, implementando una económica política proteccionista y construyendo el estado de bienestar, justo en los momentos que el capitalismo hacía gala de “expansiones mundiales internacionales a través de las cuales cayeron en sus redes una cantidad de naciones descolonizadas”. El modelo se manifestó en la generalización de proyectos adelantados en distintas partes del planeta, y su contenido incorporaba la “suburbanización, la renovación urbana, la expansión geográfica del transporte y los sistemas de comunicaciones, y el desarrollo de la infraestructura” (Harvey 1998, 151-153). Otra muestra de la ahistoricidad de la teoría.

En este momento se podría inferir algunas de las limitaciones que tuvo el modelo ISI, más las consecuencias que trajo para la mayor parte del continente, puesto que contribuyó a la generación de una serie de problemas que permanecieron o permanecen aún irresueltos. Uno fue la descampesinización y el consecuente incremento del desempleo en las ciudades, las cuales crecieron en todos los sentidos sin las garantías para ofrecer empleo y condiciones de vida urbanas adecuadas a la población migrante.

Sabemos que la migración del campo a la ciudad se ha visto alentada por distintas razones: concentración de la propiedad agraria, violencia política, el funcionalista efecto demostración, pero sobre todo por el apoyo que recibió la industria y el abandono en que se vieron sumidas las zonas donde predominaban formas de economía campesina. Lima en particular creció de manera descomunal y en sus alrededores aparecieron las barriadas y pueblos jóvenes, espacios dentro de la ciudad donde hoy radican parte de las nuevas y urbanizadas clases populares y medias.

En segundo lugar, el hecho de que la industria del Perú fuera incapaz de competir con los productos importados sobre todo de EUA, debido a que no se vincularon en un único sistema productivo materias primas, por ejemplo productos de origen agrario, con la incipiente producción industrial, y con ello se profundizó aún más la fragmentación entre las zonas urbanas y rurales. El proceso productivo quedó organizado con la incorporación de bienes de consumo intermedio y tecnologías culturalmente ajenas al entorno local, llevando a que la denominada industria nacional

fuera más bien una industria de ensamblaje, donde la línea de producción juntó partes procedentes de los países industrializados, utilizando para ello las patentes y las marcas que también eran adquiridas en el mercado internacional.

Justo el impedimento para que el migrante pudiera incorporarse como obrero, fue que las factorías instaladas en las ciudades durante el auge del proyecto industrializador, trajeron consigo una gran cantidad de capital intensivo, aplicación del fordismo, por lo tanto no generaron capacidades para incorporar una mayor cantidad de trabajadores al sistema productivo. Pero aquí es donde surge otra paradoja pues en el nuevo modelo no dejó de lado el carácter redistributivo que tuvo. Parte de los compromisos adquiridos por diversos gobiernos latinoamericanos para construir un capitalismo de bienestar, el estado keynesiano del que hablaba Harvey, se tuvieron acuerdos con distintos grupos sociales como la clase empresarial, el proletariado fabril o las nuevas clases populares urbanas que habían ido apareciendo, conforme el país se transformaba al ir perdiendo su vena aristocrática-criolla.

En el caso peruano, parte del fracaso en lo trazado por los planificadores del desarrollo, se debió a la presencia de una estructura estatal incapaz de adelantar una política redistributiva más eficiente. La carencia de las bases institucionales necesarias para adelantar las reformas, se hizo notar en toda su dimensión a mediados de la década del setenta, cuando la crisis económica mundial y local tendió a agudizarse. Debo destacar que el modelo impulsó aspectos relacionados con los derechos económicos y sociales en contextos autoritarios, pero que no pudo avanzar cuando aparecieron los ya conocidos cuellos de botella del modelo: alta inflación producto del déficit fiscal y el excesivo endeudamiento para cubrirlos, entre otros factores que contribuyeron a su derrumbe en el Perú durante la década del ochenta (Edwards y Dornbusch 1992, 7).

En relación al crecimiento económico y su impacto en el bienestar de las gentes, solo decir que el desarrollo fue un proyecto que impulsó la idea de que los ciudadanos se realizarían a partir del consumo de productos manufacturados, podría considerársele también el fundamento de su felicidad, o por medio del acceso a distintos servicios públicos y privados. La igualdad en otros planos llegaría después y como una consecuencia lógica, la región empezó a vivir una época en que el desarrollo se midió priorizando los aspectos cuantitativos.

En lo referente al desempeño económico de América Latina y el Perú durante el periodo analizado, se tienen opiniones algo diversas. Por ejemplo, no deja de sorprender el argumento de que si el desarrollo se midiera por el crecimiento

económico, entonces el proyecto obtuvo buenos resultados en los años que estuvo vigente. Por ejemplo, cuando el renombrado economista Joseph Stiglitz revisa el desenvolvimiento de América Latina entre 1960-2001, y concluye como algo beneficioso para la región que en las dos primeras décadas del periodo en estudio, los países obtuvieron sostenidas tasas de crecimiento, mayores en términos reales a las obtenidas durante el predominio de las teorías neoclásicas en los años del ajuste estructural y de apertura de los mercados (Stiglitz 2003, 11-12).

Una opinión algo distinta maneja el economista inglés E.V.K. Fitzgerald, pues considera que si bien es cierto hubo momentos marcados por importantes niveles de crecimiento, también lo es que se tuvieron drásticas caídas seguidas de los clásicos ajustes negociados con el FMI y el Banco Mundial. El sector externo fue el actor principal en las ambigüedades de este patrón de funcionamiento de la economía del Perú, ya sea por el alza o la caída en el mercado mundial de los precios de los bienes primarios que exportaba, o por la tendencia alcista que siempre tuvieron los productos que importaba, entre los que se encontraban alimentos y productos manufacturados (Fitzgerald 1981, 286 y ss.).

2. El instrumento del desarrollo: la planificación

La pregunta que en este acápite orienta la exposición es ¿por qué hizo tan necesaria la planificación del desarrollo en el Perú? Empiezo respondiendo que los antecedentes más tempranos dirigidos a justificar su implementación, es posible de encontrarlos en la historia económica del continente durante el periodo 1930-1950. Algunas de las capacidades adquiridas por el estado y su proyecto modernizador en América Latina, fue la temprana presencia de la planificación y el impulso al crecimiento de la industria nacional, las cuales fueron decisiones tomadas como respuesta a la crisis económica internacional iniciada en octubre de 1929.

Ambos es posible encontrarlos en México con la Ley sobre Planeación General promulgada en 1930 y los planes sexenales de 1933 y 1939, en Argentina con el Plan de Acción Económica Nacional elaborado en 1933, mientras que en Brasil se organizó durante 1939, el Plan Especial de Obras Públicas y Dispositivos para la Defensa Nacional. Hago notar que de manera no del todo coincidente, fueron los países que más habían avanzado en la industrialización espontánea en las primeras décadas del siglo pasado.

Al respecto, un interesante estudio sobre la construcción y funcionamiento del estado en América Latina durante la primera seis décadas del siglo pasado, por lo demás aplicable al caso peruano, se encuentra en el trabajo de Laurence Whitehead (2010). Un libro que desde la perspectiva del institucionalismo histórico comparado y utilizando variables como el control territorial, la burocracia, la capacidad fiscal, la regulación económica y la capacidad para ejercer control sobre los ciudadanos, adelanta una opinión bastante favorable de los avances que obtuvieron los estados latinoamericanos en aquellos años. Variables que al correlacionarse con diversas realidades internas, llevaron a una muy particular organización del estado.

Según este autor, los procesos de modernización adelantados en América Latina a lo largo del siglo XX llevaron a logros importantes pues se logró la ampliación del control territorial, producto de una mayor infraestructura vial y difusión de las modernas tecnologías de la comunicación. De igual manera, asumió mayores responsabilidades, lo cual puede verse en la organización de sistemas de educación y salud públicas como también de mejoramiento urbano (2010, 73-78). Whitehead también sostiene que logros relevantes fueron el incremento de la base tributaria, la capacidad para regular el funcionamiento de la economía y los compromisos

adquiridos como empresario, al tiempo que se fortalecieron las clases medias urbanas con la característica de ser letradas y homogéneas. Clases medias cuyos orígenes estuvieron vinculadas a la administración pública y al protegido sector industrial de la economía (2010, 117).

Por último, y como recurso para adelantar un plan de desarrollo según lo exigía la CEPAL, fue el fortalecimiento de la capacidad cognitiva del estado, aspecto clave pues con la organización de los archivos la información ya sistematizada en manos de las autoridades centrales, se incrementaron sus capacidades en la formulación de políticas públicas. Es por eso que la información empezó a influir en la colocación y manejo de los recursos públicos, acompañando ese proceso tan propio de la modernidad, que en el caso peruano fue buscado por distintos gobiernos: nacionalizar el estado (Whitehead 2010, 99).

Todo lo anterior llevó a una considerable mejoría en las cuentas nacionales de los estados latinoamericanos durante el periodo 1930-1960, producto de un buen ritmo en el crecimiento económico con la industrialización sustitutiva, y un mayor grado de penetración estatal con el desarrollista. Pero según la CEPAL, los logros resultaban insuficientes ante los desafíos aún presentes en la región, y así lo sostiene Jorge Leiva cuando considera que a finales de la década del cincuenta las instituciones multilaterales preocupadas por el desarrollo en la región, y contando para ello con el apoyo de instituciones locales, pudieron emitir:

informes, publicaron trabajos de investigación y realizaron misiones de asesoría a los gobiernos que estimularon y apoyaron sus esfuerzos por identificar con mayor precisión los principales fenómenos y problemas económicos y sociales de los países. En 1959, el Banco Interamericano de Desarrollo se agregaría a estos trabajos (CEPAL 2012, 14).

Pero la tarea no estaba completa. En un informe preparado en 1963 por la CEPAL, se mencionó que la mayor presencia estatal en la economía había carecido de organicidad, pienso en la ausencia o debilidad de las instituciones encargadas de conducir el modelo, y siendo impulsora del modelo ISI concluyó que “el crecimiento de la industria no siempre se produjo en forma racional”, llevando a que en determinados casos aparecieran desequilibrios “que significaron un uso ineficiente de recursos y un ritmo de crecimiento menor al que podría esperarse” (CEPAL 2012, 24).

La idea entonces fue darle un mayor impulso al funcionamiento del estado, incorporando en su accionar “capacidades técnicas para desarrollar los estudios de base y los planes mismos”, con lo cual quedó legitimada la fundación de instituciones

de carácter técnico, las oficinas nacionales de planificación. La finalidad de la nueva institucionalidad fue adelantar trabajos de investigación, con los cuales se hiciera posible incrementar y perfeccionar la información estadística “de acuerdo a los estándares internacionales” (Leiva 2012, 15).

Con los recursos y atribuciones que iba obteniendo el estado en América Latina, los profesionales convocados por la CEPAL pensaron en la aplicación de instrumentos con los cuales contribuir a superar los problemas existentes, a fin de darle coherencia y orientación a los procesos en marcha. La planificación fue así considerada una técnica dirigida a maximizar los recursos públicos, con el objetivo de alcanzar una compatibilidad entre las metas de crecimiento y los recursos con que contaban los países. En tal sentido, propusieron tres mecanismos a través de los cuales ingresar en una nueva etapa del crecimiento: la formulación de un plan de desarrollo, superar las dificultades de carácter estadístico y las limitaciones técnicas del personal comprometido.

No debe sorprender que en la agenda de la Conferencia de Punta del Este realizada en agosto de 1961, donde se hizo el lanzamiento oficial de la Alianza para el Progreso, se obtuvieran acuerdos como la necesidad de elaborar los planes para el desarrollo económico y social, impulsar la integración económica en América Latina y resolver el problema que se generaba en los mercados internacionales con los precios de los productos de exportación. Aquí también se acordó la organización de instituciones nacionales encargadas de implementar estos acuerdos, pues solo con aquellas era posible acceder a la cooperación que Estados Unidos cifró en 20,000 millones de dólares para una primera etapa.

De manera bastante breve, quisiera señalar que la planificación fue un instrumento de política económica utilizada por los integrantes del llamado campo socialista, hasta su derrumbe a fines de 1989. El modelo de desarrollo basado en la planeación centralizada tuvo como objetivo lograr la modernidad visualizada por los seguidores del marxismo, y para ello se diseñaron los planes quinquenales, el primero de los cuales se implementó en el año 1927 en la recién fundada Unión de Repúblicas Socialistas, URSS. Este plan quinquenal se basó en una estrategia que consideró tres aspectos prioritarios: la colectivización de la tierra, la electrificación y la industrialización acelerada.

Los primeros objetivos de la planificación centralizada y el lugar donde surgió, ayudan a entender porque en las tres décadas siguientes, 1930-1960, fuera vista con

cierto recelo pues se le consideró parte de un modelo económico y social de carácter estatista, contraria al libre mercado y sus instituciones autorreguladas, es decir iba en contra del capitalismo tal como lo promovía Estados Unidos. en la región. Según el sociólogo argentino Jorge Graciarena, la planificación fue objeto de rechazo por parte de las organizaciones multilaterales y de los estados que soportan su funcionamiento, debido a los temores que generaba su presencia en la región en medio de un conflicto ideológico, político y militar de alcance global como fue la Guerra Fría. Graciarena hizo ver que al momento de su llegada a Latinoamérica se le haya llamado programación, lo cual e independientemente de la forma como se denominó, pasó a ser parte de ese proyecto dirigido al “reordenamiento económico y [...] democratización social y política” del continente (1990, 54).

Pero como ha sucedido en distintos momentos de la historia intelectual y cultural del capitalismo, con teorías y modelos considerados de manera inicial sus contradictores, la planificación dejó de ser una amenaza al orden económico y político establecido en la región, para convertirse en un medio dentro de la estrategia desarrollista. De acuerdo al mismo Graciarena, la planificación en América Latina terminó como una disciplina y política pública cuyos objetivos mayores fueron “maximizar el crecimiento de la producción económica”, y contribuir en la transformación capitalista del estado (1990, 54).

A la vuelta de unos cuantos años quedó incorporada en los discursos y acción de los distintos organismos multilaterales, como también fue asumida por la mayor parte de estados pertenecientes al sistema internacional. Durante la década del sesenta, las aspiraciones por alcanzar el desarrollo se incrementaron entre todos ellos, pues la planificación quedó establecida como el instrumento más idóneo en el logro de tal objetivo. Para entonces ya se había superado “el planteo puramente ideológico en que se habían discutido hasta entonces sus posibilidades de aplicación” (CEPAL 2012, 25).

Con estos principios y las instituciones que fueron fundadas, se diseñaron y pusieron en marcha los “programas nacionales de desarrollo económico y social, amplios y bien concebidos, encaminados a lograr un crecimiento autosuficiente”. Pero como los planes no pueden hacerse por sí solos, en realidad fue parte de las condiciones que se establecieron como requisitos para acceder a la cooperación internacional al desarrollo, se estableció el multilateral compromiso de organizar “la institucionalidad necesaria para elaborarlos y reactualizarlos” (Leiva 2012, 16-17).

Durante estos mismos años, distintas instituciones multilaterales y organismos gubernamentales habían empezado a mostrar su interés en capacitar a los funcionarios públicos, y así programaron que debían formarse numerosos técnicos en el campo de la planificación y la estadística, lo cual se hizo por medio de distintos programas regionales. Logros se obtuvieron pues la CEPAL, primera administradora de estos programas, reconoció en 1963 que ya se contaba con un grupo amplio de expertos, además de haberse avanzado en la adecuación de las técnicas planificadoras a la realidad de cada país (CEPAL 2012, 25).

En medio de estos discursos y celebraciones, es interesante señalar que el mismo año en que se mencionaba los éxitos alcanzados, se hicieron necesarios más técnicos planificadores, justificándose así la fundación del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, ILPES. Una nueva institución multilateral entre cuyas funciones tuvo, justamente, “apoyar a los Gobiernos de la región en el campo de la planificación [...] mediante la prestación de servicios de capacitación, asesoría e investigación”. Al mismo tiempo, se definió como una institución adscrita al sistema de la CEPAL, y se propuso alcanzar una posición de liderazgo en la “cooperación técnica y formación en planificación, economía y gestión del sector público para el desarrollo de los países de América Latina y el Caribe” (CEPAL 2013).

En otras palabras, se debía buscar un cambio institucional. Dentro de las múltiples teorías elaboradas alrededor del cambio institucional, sobre todo por el rol que desempeñan los actores y agentes dentro del estado que inicia su transformación, destaco el enfoque basado en los intereses estructurados culturalmente, y el papel que le cupo a la capacitación-educación de los funcionarios públicos. Ha-Joon Chang y Peter Evans resumen el enfoque como una propuesta que considera al cambio institucional un proyecto que no está exento de aspectos de tipo material, pero donde destacan el deseo de adelantar los cambios como parte de un proyecto cultural, “En el sentido de que los cambios en las instituciones exigen (o, cuando menos, facilitan) cambios en la ‘visión del mundo’ de los agentes involucrados”. Visión o visiones del mundo donde se involucran “la cultura inmediata de las comunidades y organizaciones, las ideologías nacionales y, [...] en la discusión sobre el Estado desarrollista, la cultura global” (Chang y Evans 2007, 232).

¿Por qué en esta parte del acápite refiero al enfoque basado en los intereses estructurados culturalmente? Pues considero que los seguidores del desarrollo también organizaron o fortalecieron las instituciones que podrían contribuir en la divulgación

del modelo, los centros de educación superior por ejemplo. Además, ésta ha sido muy utilizada cuando se trata de justificar la formación de los técnicos o tecnócratas, los mismos que de manera posterior se harían cargo de puestos gerenciales en la administración pública. A comienzos de la década del sesenta, la cooperación internacional en la promoción del desarrollo tuvo un nuevo impulso pues se organizó la Alianza para el Progreso, cuya misión quedó inscrita en la lógica del multilateralismo dirigido por Estados Unidos, y administrado por sus agencias de cooperación o entidades privadas que compartían los anhelos de la prosperidad regional.

A su lado participaron un grupo de instituciones regionales más la casi totalidad de los países latinoamericanos. No está demás decir que el proyecto contó con el apoyo académico de la CEPAL y del recién fundado ILPES, como los espacios para la formación profesional de los técnicos encargados de conducir el proyecto, mientras que para su funcionamiento se contó con el respaldo financiero del Banco Interamericano de Desarrollo, BID. Todo ello acompañando el deseo mayor de que la alianza fuera una coalición regional donde cupieran los estados independientes de América, unidos por ideas básicas de fomento al desarrollo, respeto a la democracia, el libre mercado y a las iniciativas empresariales procedentes del sector privado. Tal como lo recuerdan Jorge Máttar y Gonzalo Martner, en la actualidad funcionarios de alto nivel en el ILPES, en la Conferencia de Punta del Este se acordó una declaración donde la Alianza para el Progreso decía ser un:

pacto continental en pro del desarrollo y que marcó un hito para el impulso de las políticas de crecimiento y la planificación. En dicha Carta se estableció el compromiso [...] de emprender un esfuerzo de cooperación económica para el desarrollo, [...] en que participarían los Estados Unidos, los organismos financieros internacionales y los gobiernos de América Latina. La Carta comprometía a los gobiernos signatarios a lograr metas ambiciosas de crecimiento económico, redistribución del ingreso, modernización productiva, bienestar social, estabilidad de precios e integración regional (Máttar y Martner 2012, 9).

Como parte de los compromisos adquiridos, EUA se constituyó en el principal aportante de recursos económicos, pero fue también el que de manera unilateral estableció las condiciones para que los países latinoamericanos pudieran convertirse en beneficiarios, sin otorgar capacidad de opinar o decidir a los receptores de la ayuda que entregaron. Prueba de ello es que la ayuda al desarrollo llegaría, mientras a escala local se cumplieran con un par de exigencias: la primera fue que los receptores de la ayuda debían adelantar la reforma agraria, el camino más adecuado para la

democratización de la propiedad, fundamento de la democracia política según sus propulsores.

La segunda exigencia fue poner en marcha una profunda reforma tributaria como mecanismo para una justa redistribución del ingreso en los países receptores de la ayuda, pero también para que conforme aumentara la recaudación de impuestos, la participación financiera de los países latinoamericanos en el proyecto se incrementara, y así compensar los supuestos esfuerzos del contribuyente estadounidense en la financiación del desarrollo en la región (Acevedo 1961, 368).

El regionalismo de aquel entonces, contribuyó para que principios e instituciones fueran comprendidos por los estados en las nuevas políticas del desarrollo, lo cual ayuda a entender porque durante el segundo gobierno del ingeniero civil Manuel Prado y Ugarteche, teniendo de ministro de Hacienda al economista de orientación liberal Pedro Beltrán, quedó organizada en 1961 la Oficina Central de Estudios y Programas dentro de aquel ministerio. Esta oficina tuvo como tarea principal, elaborar el Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social del Perú, 1962-1971, además que debía centralizar la información estadística dispersa en distintas dependencias del Estado.

En el Perú se inició entonces un periodo donde predominó el concepto tecnocrático de la planificación, en los momentos que aún mantenía el nombre de programación o planificación flexible, pero donde aún estaba pensada como instrumento con el cual direccionar el crecimiento económico, mejorar la redistribución del ingreso, aumentar la ocupación y disminuir la dependencia. Con todo ello se buscaba acelerar el desarrollo que fuera a su vez autosostenido, el logro de una sociedad más justa y neutralizar la vulnerabilidad de la economía a factores de orden externo (Banco Central 1962, 4).

Manuel Prado no culminó su gobierno pues fue derrocado 10 días antes de entregar el mando, así que le correspondió al nuevo gobierno militar liderado por el General Ricardo Pérez Godoy, organizar en octubre de 1962 el Sistema Nacional de Planificación del Desarrollo Económico y Social. Este tuvo el objetivo principal de “acelerar el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo peruano, mediante la ejecución de planes sistemáticos de desarrollo económico y social”, los cuales serían de corto, mediano y largo plazo. Al mismo tiempo, los planes debían contribuir de manera positiva en la descentralización administrativa, armonizar los estímulos a la empresa privada, el logro de una administración pública más eficiente, y un manejo

adecuado del presupuesto en función del desarrollo nacional (Junta de Gobierno 1962, 1).

El sistema estuvo basado en dos grandes instituciones. El Consejo Nacional de Desarrollo Económico y Social, encargado de la conducción política pues lo dirigía el presidente de la república, y donde participaban los ministerios encargados de los asuntos económicos-sociales. Aquí es donde se tomaban las decisiones sobre la base de los informes que hacía el segundo pilar del sistema, el Instituto Nacional de Planificación, INP, constituido en el organismo técnico central y a quien le asignaron tareas tan diversas como establecer las metas y diseñar los planes de desarrollo, coordinar la asistencia técnica internacional u organizar la capacitación del personal que requería el sistema. La sociedad civil participaba en el Consejo Consultivo de Planificación, con la tarea de formular recomendaciones para el sector al que pertenecían (Junta de Gobierno 1962, 2-3).

Con esta medida se institucionalizó la planificación en el país, y la consecuencia lógica es que debía de elaborar un plan de desarrollo. Con una sorprendente velocidad fue terminado el Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social del Perú. 1962-1971, y al momento de su entrega se hizo explícito que correspondía a “los postulados de la Carta de Punta del Este, y los compromisos adquiridos por el gobierno del Perú dentro del programa denominado Alianza para el Progreso”. Además, estaba adscrito en su “filosofía básica y sus alcances a la concepción democrática de la planeación económica” (1962, 3).

Una vez culminado el gobierno militar, el presidente Fernando Belaúnde Terry del partido Acción Popular, cuyo gobierno duró entre julio de 1963 y octubre de 1968, elaboró el primer Plan Nacional de Desarrollo en plano normativo. En su preparación, el gobierno tuvo la ayuda de un equipo conformado por consultores procedentes del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, la CEPAL, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial, *Iberoamerika Verein* de Alemania y la UNESCO. En el nuevo plan se definió planificación como “la actividad que se ocupa de preparar proyectos para el futuro, de la valoración de alternativas de acción y de los métodos por medio de los cuales se puede llevar a cabo los proyectos escogidos” (INP 1967,10).

El documento fue considerado orientador de las políticas de estado para el periodo 1967-1970, teniendo en cuenta que la planificación normativa en América Latina estaba dando forma a un modelo, cuyos aspectos más relevantes señalaban “la

necesidad de la industrialización, de la modernización de la agricultura y la dinamización y diversificación del comercio exterior” (De Mattos 1979, 81). Al mismo tiempo, los objetivos de mediano plazo imaginaban el desarrollo por medio de un aumento sostenido de la producción y la productividad, reducir la inequidad a través de una mejor distribución del ingreso, generar empleo con sueldos y salarios adecuados además de disminuir la vulnerabilidad del país ante las fluctuaciones de los precios de las materias primas en el mercado mundial.

Para alcanzarlos se propusieron una serie de incentivos al sector privado como la construcción de infraestructura, mantener la protección arancelaria mientras se buscaba la integración e impulsando la organización del mercado común, en este caso dentro de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, ALALC. Teniendo que implementar los compromisos adquiridos por su participación en la Alianza para el Progreso, el gobierno también propuso incrementar los impuestos directos, aumentar la cobertura de la seguridad social y poner en marcha una política ocupacional con proyectos intensivos en la utilización de mano de obra (INP 1967, 11-12).

En la práctica, todas estas medidas buscaron continuar la política proteccionista de que gozaba la industrialización sustitutiva, considerando al estado un agente dinámico en el proyecto. Bueno, se enunció la reforma agraria por medio de una primera redistribución de tierras, pero también por la declarada necesidad de vincular la agricultura con el sector industrial de la economía. Por último, al sector externo se le planteó una mayor articulación al mercado internacional y para ello propuso aumentar las exportaciones tradicionales, priorizando los productos primarios procedentes de la minería y pesca, además de preguntarse sobre la forma de comenzar a exportar manufacturas.

El plan hubiera estado vigente entre 1967-1970, de no haber sido el rechazo por las diferencias ideológicas y políticas habidas entre los poderes ejecutivo y legislativo, este último integrado en su mayoría por representantes de la oposición formada por el APRA y la Unión Nacional Odriísta, UNO. En medio de una democracia que se volvía ingobernable, el golpe militar del 3 de octubre de 1968 fue consecuencia lógica del proceso donde los actores políticos más relevantes, demostraron su incapacidad para viabilizar unos sistemas político, económico y social que mostraban visibles signos de agotamiento.

La planificación retomó su valía durante la primera fase del gobierno militar presidido por el general Juan Velasco Alvarado, pero ahora como instrumento de

reforma económica y social. Prueba de eso fue la elaboración del Plan Nacional de Desarrollo para el periodo 1971-1975, un documento donde quedaron establecidos el marco conceptual básico y el sentido de la planificación. Por ello se entiende que en el plan quinquenal se hiciera un diagnóstico de la situación del país, y además propusiera implementar un conjunto de políticas con la intención de alcanzar los objetivos trazados, pero algo interesante aquí es la misión asignada:

Orientar el proceso de desarrollo es la tarea fundamental de la planificación [...] el esfuerzo deliberado de superar situaciones de subdesarrollo, será positivo solo en la medida en responda, en sus aspectos básicos, a un criterio planificador que enfoque y evalúa la problemática total del desarrollo (República Peruana 1971, 9).

El gobierno militar tenía claro que las reformas económicas y sociales propuestas, tendrían también que ser políticas para así avanzar en el renovado objetivo principal. El desarrollo era susceptible de lograrse con la incorporación de mecanismos de carácter racional en su búsqueda, por eso al plan se le dio el carácter de instrumento normalizador y orientador, señalándose el camino a seguir por medio de “la racionalización de las decisiones que deberán tomarse”, todo en función de los designios del desarrollo. Digno de destacar el hecho que siendo un plan donde se le daba relevancia fundamental a la situación de inequidad producto del régimen de uso y tenencia de la tierra, se propuso incrementar la participación del sector industrial de la economía en el PBI en desmedro del agrario (República Peruana 1971, 13-14).

Algunos años después se tuvo el Plan Inca y quera fue anunciado en octubre de 1974. A este documento se le consideró el auténtico plan de gobierno de la junta militar, pues habiendo transcurrido casi 6 años de su llegada al control del estado, allí encontramos su propuesta más acabada para combatir y erradicar los que consideraron ancestrales problemas del país. En el Plan Inca, primero se evalúa la presencia de la planificación en años anteriores y allí el gobierno estableció que su cooptación por parte de los grupos de poder, la han mantenido como un simple formalismo. Al mismo tiempo, los gobernantes militares consideraron que había sido pensada “para el crecimiento económico y no para el desarrollo socio-económico”, además constataron que una debilidad en el proyecto y en la institucionalidad vigente, fue no contar con una estadística eficiente a pesar que habían transcurrido 13 años desde la organización de una oficina nacional para adelantar dicha tarea (GRFA 1974, 17).

Para corregir estas deficiencias, el gobierno argumentó a favor de cambios en aspectos de tipo ideológico, a la vez que propuso un diseño institucional acorde a los

tiempos de cambio. Sobre lo primero, los gobernantes militares establecieron que la planificación sería “integral y permanente, de carácter obligatorio para el sector público y altamente orientadora, en lo prioritario, para el sector privado”, lo que en la práctica fue darle mayores responsabilidades al estado en la conducción económica del país. En lo segundo, propuso no sólo la institucionalización del sistema dentro de la administración pública en todos sus niveles, por último y relacionado al nuevo diseño institucional, el plan dispuso que los organismos de estadística debían integrarse al sistema nacional de planificación (1974, 18).

En un documento tan relevante para los proyectos del gobierno militar como las Bases Ideológicas de la Revolución Peruana, quedaron sentadas las bases de un segundo tipo de planificación para el país, la comprensiva, donde se propone la puesta en marcha de cambios estructurales con el objetivo de superar los problemas del subdesarrollo y la inequidad. Después de todo y desde sus orígenes, la llamada revolución de las fuerzas armadas se entendió como “un proceso autónomo que se desarrolla para transformar el sistema político, económico y social del país y cancelar nuestra condición de sociedad subdesarrollada” (en Lajo 1978, 203).

En esta perspectiva es que el INP elaboró la Estrategia Nacional de Desarrollo de Largo Plazo y los planes anuales, justo en los momentos que se declaraba la crisis económica internacional y el modelo desarrollista entraba en su fase de crisis terminal, ya sea por su agotamiento como tanto se ha dicho o por un cambio en las teorías con que se gobernaba el sistema económico internacional. En todo caso, alentado por los aliados siempre dispuestos a entregar el necesario apoyo técnico y financiero en el rediseño del Estado, la reorganización del Sistema Nacional de Planificación fue parte de la idea que una década atrás consideró relevante para el país, la implementación de oficinas encargadas de planificar el desarrollo a escala local. Recordemos que para entonces se había hecho necesaria la “creación de sistemas orgánicos de planificación” (CEPAL 2012, 26).

Durante el periodo que estuve analizando, la planificación fue considerada un medio con el cual se instrumentalizaría la empresa del desarrollo, y en esto coincidieron la voluntad del estado, las instituciones multilaterales y la concertada acción de los funcionarios públicos con la clase empresarial. Además, la hegemonía del desarrollismo en la década del sesenta permitió que la planificación adquiriera un estatuto privilegiado en la política económica regional y local, llegando a considerársele el mecanismo con el cual contribuir a la superación de los ancestrales

problemas presentes en el país. No debería sorprendernos entonces lo sostenido por el economista peruano de formación liberal, Richard Webb, cuyo reconocimiento intelectual se basa en haber elaborado uno de los primeros trabajos sobre la distribución del ingreso en el Perú, quien ha dicho que:

EE.UU. fue un gran proselitista de la planificación. Cuando rescató a Europa después de la Segunda Guerra Mundial aplicó el Plan Marshall que otorgaba ayuda solamente a quienes presentaban sus planes nacionales. Y cuando promovió el desarrollo de América Latina a través de la Alianza para el Progreso condicionó su apoyo a la aprobación de planes. El Banco Mundial también fue un firme creyente de la planificación, exigió planes como condición para sus créditos y se dedicó a capacitar y a editar manuales en las técnicas planificadoras, uno de los cuales alcanzó cuatro ediciones y fue la publicación más vendida durante un cuarto de siglo (Webb 2009).

Estas razones, entre otras, llevaron a que Arturo Escobar considerara que la planificación estuvo dirigida a garantizar el éxito del modelo desarrollista, pues a través de ella se incorporó en la administración estatal una forma de acceder al conocimiento científico, teniendo dentro de sí un fundamento ideológico muy conocido: la idea de progreso (Escobar 1996, cap. 2). Desde 1962 y utilizando de manera bastante intensa la planificación como instrumento y disciplina, parte importante de las políticas estatales se dirigieron a remover los obstáculos al desarrollo.

En este momento es posible referirse una vez más a la ahistoricidad de la teoría, a partir la lectura de un artículo publicado en 1979 por la Revista de la CEPAL. El economista brasileño Carlos A. de Mattos, quien llegó a ser Director del Programa de Capacitación del ILPES, consideró de manera temprana que los problemas tenidos por la planificación como instrumento y los planificadores con sus objetos de intervención, aquí tendríamos a la economía, sociedad y cultura, se originaron no en un desconocimiento de los procedimientos, métodos o técnicas con los cuales planificar el desarrollo. Todos estos eran muy conocidos y gozaban de un alto grado de legitimidad entre las comunidades académicas dentro de la región, pero:

si se revisan los textos sobre planificación elaborados durante este período en los países latinoamericanos, puede comprobarse en seguida cómo ellos se inspiraban en los antecedentes derivados de la experiencia europea. De igual manera, si se examina la bibliografía más difundida y utilizada por los planificadores latinoamericanos, se podrá observar que básicamente estaba constituida por textos elaborados por quienes habían sustentado o colaborado en la experiencia de planificación de dichos países europeos (De Mattos 1979, 87).¹⁷

17. El autor realiza esta afirmación luego de revisar el catálogo de editoriales especializadas y las primeras publicaciones que sobre el tema hizo la CEPAL.

Para cerrar este capítulo, quisiera decir que el debate sobre el desarrollo-subdesarrollo latinoamericano se prolongó durante aproximadamente tres décadas, involucrando a profesionales de distintas disciplinas y dirigentes políticos de variadas tendencias ideológicas, llegándose a pensar que por su profundidad y duración se había organizado una teoría latinoamericana del desarrollo. De igual manera, puedo afirmar que las teorías enmarcadas en el estructuralismo influyeron en medios decisores de política, democráticos y autoritarios por igual, todos apoyándose en la legitimidad académica que la CEPAL le proveyó a la teoría.

Señalar también que como parte del diseño global y regional recién organizado, el desarrollo fue promovido en el Perú entre 1955-75 a través de proyectos dirigida a transformar los supuestos anacrónicos órdenes. Los actores más relevantes fueron el estado, por lo demás el principal responsable en términos políticos y económicos, a quien se le sumaron distintas instituciones multilaterales o agencias estatales de los llamados países desarrollados. Estas últimas asumieron la misión de financiar los proyectos que alentaban, además de proveer los profesionales para cooperar en su implementación. Diría que este fue un caso donde la lógica del multilateralismo con sus múltiples niveles de gobierno, se impuso dentro del país sin mayor resistencia. De allí surgió una política acorde al contexto intelectual y político de la época, con la cual se buscó proteger la economía nacional de un conjunto de variables externas, sobre las cuales el estado peruano no podía ejercer ningún tipo de control.

Al mismo tiempo, una serie de términos como desarrollo, subdesarrollo, planificación, primer mundo, tercer mundo, industrialización, pobreza, ya naturalizadas en el tecnocrático lenguaje de las burocracias internacionales, quedaron incorporados en los institutos o centros de planificación del desarrollo económico y social. Es lo que pasó en el Perú con la organización del sistema nacional de planificación, pero también con sus innumerables oficinas en los múltiples niveles que conforman el estado. Para finalizar, sólo decir que en el caso peruano fueron las dictaduras militares quienes estimularon de manera más decidida, la institucionalización-promoción del desarrollo y la planificación.

Capítulo quinto

Antropología y sociología. Teorías y métodos en su institucionalización

En este capítulo adelanto una revisión del proceso por medio del cual en el Perú se institucionalizaron la etnología, antropología y sociología, todas ellas disciplinas pertenecientes a las ciencias sociales y que desde su llegada estuvieron vinculadas a proyectos académicos dirigidos a conocer la realidad interior, pero también formaron parte de proyectos políticos cuya voluntad era transformar dicho orden. Las disciplinas a trabajar en este capítulo mantuvieron relaciones epistemológicas e institucionales bastante cercanas, lo cual se basó en haber compartido referentes teóricos y metodológicos muy similares, más los mismos espacios académicos para su organización y funcionamiento.

En tal sentido es que en el primer acápite titulado Etnología y antropología ¿un camino semejante?, analizo las coincidencias teóricas y metodológicas entre ambas disciplinas en su interés por conocer las sociedades estudiando su cultura, teorías funcionalistas de por medio, además de ir describiendo su complementariedad en aspectos como la investigación, docencia e intervención. Unas disciplinas que anduvieron juntas buena parte durante dicho proceso, hasta su definitiva separación en un contexto marcado por los reclamos a la antropología y a sus profesionales, para que se involucraran con mayor decisión en los proyectos modernizador y desarrollista que durante las décadas del cincuenta y sesenta se adelantaron en el país.

Pero bueno, antes quisiera preguntarme por la información contenida en documentos que fueron escritos durante las travesías, viajes o expediciones realizadas a lo largo del siglo XIX por algunos de los primeros integrantes de las ciencias modernas, entre ellas las que se dirijan al estudio de la sociedad y su entorno. ¿Son los documentos que de alguna manera aportarían en la organización de una temprana etnología en el país, a la cual podría considerársele nacionalista?, o más bien retomamos el debate sobre su legitimidad como fuentes, pues podrían definirse en neocoloniales.

Luego paso a revisar el indigenismo, un tipo de pensamiento que buscó confrontar la hegemonía alcanzada por los pensadores modernizantes de las décadas anteriores, y donde su fase final coincide con los momentos en que se inicia la

institucionalización de la etnología y la antropología. Esto es a mediados de los años cuarenta, cuando se produce la fundación de las primeras carreras profesionales en ambos campos, y destacándose el funcionalismo en su vertiente culturalista como la teoría acompañante del proceso. Aquí enfatizo en la presencia de una versión de la antropología conocida como aplicada y el método más utilizado en la investigación e intervención, el de la observación participante. Hago notar también lo que denominaría una división intelectual del trabajo entre los investigadores foráneos, poseedores de la teoría más el método científico y los investigadores locales, quienes estuvieron encargados de conseguir los referentes empíricos en base al trabajo de campo y/o la revisión de archivos.

En el segundo acápite titulado La sociología: teorías y métodos en su organización, veremos que su proceso de institucionalización se inició con el dictado de cursos y seminarios más de carácter teórico, para luego revisar su ingreso en la academia local con la fundación del Instituto de Sociología en la Universidad de San Marcos durante el año de 1956. Esto se produce en medio de la hegemonía adquirida por el funcionalismo en la década anterior, lo cual permite constatar como la sociología mantuvo una continuidad teórica y metodológica con la antropología, e igual a lo sucedido en los momentos iniciales de esta y la etnología, se contó con la presencia de académicos e investigadores foráneos.

En este acápite priorizo el análisis de los objetivos y contenidos de los cursos que han sido fundamentales en la formación profesional de sociólogo dentro del país. Las teorías y métodos del pensamiento social, lo que era el aprendizaje del pensamiento occidental en sus orígenes más la formación en teorías y escuelas sociológicas, primero las clásicas en el sentido europeo del concepto, para luego estudiarlas en sus vertientes contemporáneas durante el predominio estadounidense y las corrientes estructuralistas. De igual manera, adelanto una revisión de los contenidos en las técnicas y métodos de investigación social junto a las teorías y métodos de investigación científica, las cuales buscaron inculcar entre los profesionales la objetividad, la neutralidad valorativa, la universalidad y la predictibilidad en el estudio de la sociedad. Culmino con un análisis crítico de las teorías y métodos que acompañaron el proceso de institucionalización.

1. Etnología y antropología ¿un camino semejante?

En este punto, quisiera retomar el debate sobre las narraciones y los primeros relatos sobre el estudio de la sociedad y su cultura dentro del país, pues considero que muchos de ellos pueden ser considerados documentos con un carácter igualmente colonial. Esta información se encuentra en los informes de viajeros e integrantes de las misiones científicas quienes llegaron a Latinoamérica, justo en los momentos que se consolidaba el espíritu científico en occidente, y el naciente estado-nación lo difundía por medio de las instituciones que para tal fin organizó con mucha prodigalidad en los países europeos. Viajeros y científicos devinieron en nuevos exploradores de las tierras consideradas inhóspitas dentro del continente, ricas en recursos naturales de todo tipo y habitadas por quienes una vez más fueron considerados salvajes u hombres primitivos, los mismos que desconocían el valor de la tierra o territorios que ocupan.

Procedentes de los lugares donde se estaba produciendo la revolución científica e industrial, sin descartar las revoluciones sociales y políticas que se iban dando, llegaron a constituirse en una especie de trashumantes de la modernidad durante su proceso de consolidación. Haciendo gala de lo que podría llamarse una formación multidisciplinar, sobre todo en el estudio de la naturaleza y de sus recursos, narraron acontecimientos y describieron lugares con la suficiente capacidad argumentativa, para ser considerados descriptores objetivos de las realidades acunadas en los territorios que iban explorando. De todas ellas, se destacaron la (re)presentación de la diversidad cultural, biológica, racial y geográfica.

Aunque esto no es objeto de la tesis, puedo decir que la temprana etnología estableció una relación intelectual bastante intensa con los estudios y escritos que produjeron viajeros y miembros de las expediciones científicas, y aceptaron las conclusiones obtenidas por quienes fueron llegando al continente desde Alemania, Francia, España, Italia, Holanda y aún la lejana Suecia. Los más destacados por la historiografía nacionalista debido a los supuestos aportes que hicieron al conocimiento del país, son los alemanes Alexander Von Humboldt, Johann Jacob von Tschudi y Ernest Middendorff, el francés “viajero del siglo de las luces” Carlos María de La Condamine, los también franceses Abel Aubert du Petit-Thouars y de manera algo posterior Max Radiguet, junto a los británicos Charles Darwin y Robert Markham. Por último, pues su llegada al Perú es algo más tardía, los estadounidenses Herman Melville y el icónico Hiram Bingham. De los italianos, el más destacado es

sin lugar a dudas Antonio Raimondi (Núñez 1989, 747-751).

Tanto los viajeros como los científicos al igual que los cronistas medievales y los funcionarios de los modernos poderes imperiales, supuestamente abstrayéndose de la realidad que veían, describen en los momentos que se está afianzando la separación entre el sujeto observador-narrador del objeto que se estudia, y así es que describen un mundo completamente secularizado de las relaciones coloniales de dominación. No logran describir por fuera de lo estrictamente observable, ceguera epistemológica producto del racionalismo con el que trabajaron, pero donde no debemos descartar los compromisos políticos adquiridos con los administradores de los nacientes estados nación europeos. Son los mismos estados que a finales del siglo XVIII comenzaron a invertir en las expediciones científicas, con la finalidad de adelantar estudios en lejanas regiones y conocer las culturas allí contenidas, pero además y de manera muy subrepticia, identificar los recursos naturales existentes en estos territorios.

Aquí es donde adquirieron relevancia las distintas sociedades de investigación científica fundadas durante el apogeo de los absolutismos monárquicos europeos o al interior de las nacientes repúblicas. Aquellas son instituciones que con el pasar de los años llegaron a constituirse en espacios de discusión y promoción de la ciencia, donde se congregaban los académicos al lado de personajes que difícilmente habían alcanzado esa dignidad, pero que mostraban interés en los nuevos descubrimientos, sobre todo por la potencialidad que tenían las tierras descritas. En todo caso, trabajando para el estado que les auspiciaba sus estudios o al servicio de intereses privados, contribuyeron a darle forma a las academias o sociedades científicas, las mismas que adquirieron la categoría de nacional dependiendo de si se organizaban en una república, caso Francia y de manera más tardía en Estados Unidos, o de real si lo hacía una monarquía como fue el caso del Reino Unido y Prusia.

Ahora bien, con los documentos o libros escritos por los científicos y viajeros, a lo mejor podría definírseles latinoamericanistas tempranos, se produjo un tipo de documentación cuyos textos originales fueron a parar en manos de los gobernantes europeos occidentales, y de sus socios en el campo de la economía y política internacional. Llama la atención entonces, que como parte de las celebraciones y efemérides nacionalistas habidas en las últimas décadas, se haya contemplado la copiosa reproducción de estos documentos contando para ello con una activa participación de los departamentos culturales de grandes empresas públicas o privadas.

En muy lujosas ediciones de monumentales tomos, las aventuras, actividades

y observaciones realizadas por estos expedicionarios en sus largas travesías, pasaron a difundirse en nuestro país como parte de un expediente dedicado a resaltar las bondades que el Perú siempre ha tenido. Al igual que la documentación producida por los cronistas, jefes militares y religiosos, burócratas, visitantes y pacificadores de los siglos XVI y XVII, los viajeros e integrantes de las expediciones científicas colaboraron con sus escritos en el diseño de un tipo de fuentes ¿coloniales o neocoloniales?, las mismas que sin cuestionarse las motivaciones para su escritura han sido ávidamente reproducidas a escala local.

A partir de estos antecedentes es que el antropólogo colombiano José Antonio Figueroa, considera que la etnología debe entenderse como “un cuerpo de saberes que se han decantado a través del enunciado de la diferencia como una retórica fuertemente colonial, por esta razón, es una disciplina que ocupa un lugar privilegiado en la serie de narrativas ‘realistas’ o de ficción”, al tiempo que iban nutriendo los informes consulares o políticos. La etnología también se encargó de inventar “un *ellos* [también metafísico] exotizado a través de varias estrategias entre las que sobresale la exotización espacial, la exotización temporal y la marginalización”. La espacial tendió a producirse con los viajes hechos a la periferia, eventos donde se conjugaban “actividades turísticas y aventuras coloniales” que permitieron la formación de un sujeto que narra y muchos sujetos que pasaron a ser narrados, diría el que describe y quienes son descritos, conforme se difundía y fortalecía el método etnográfico (Figueroa 2000, 287).

De igual manera, señala que la exotización temporal hizo referencia a la construcción de tiempos diferenciados según los criterios del narrador, donde lo narrado pasa ser definido como monumentos vivos del pasado y en consecuencia, lo descrito hará aún más visible la existencia de sociedades que no se ajustan al referente de progreso y modernidad que posee el recién llegado. Así es que se agrava la diferencia entre lo moderno y lo tradicional, con lo cual se consolida el esquema clasificatorio procedente de la colonia, a partir de constatar la existencia de lo raro y lo lejano en los territorios explorados lo cual, según Figueroa, significaba “desapropiar a los otros de la capacidad de formular demandas al presente” (Ibíd.).

Por último, la marginalización como el típico medio con el cual se fundamentan los patrones de lo normal y lo patológico, tomando referentes de tipo moral que pertenecen al orden que se va constituyendo como dominante. En este caso fue el burgués sustentado en los principios de la cristiandad, el patriarcalismo, la

heteronormatividad y la racialización, en dos palabras, el occidental. Aquí entrarían a dominar, entre otras cosas, la monogamia, la heterosexualidad, el ascetismo y la búsqueda por incrementar la productividad dentro de una población que no habría incorporado los principios justificatorios de la moderna civilización occidental, por ejemplo la supuesta laboriosidad de los pueblos europeos o el carácter racional de sus principios o normas morales (Figuroa 2000, 288).

Lo anterior ayuda a entender por qué a comienzos del siglo XX, los pueblos originarios del Perú se constituyeron en objetos de estudio para los poseedores de lo científico, lo cual supuso la negación en su mismidad de sociedades y personas igualmente productoras de conocimiento. La colonialidad del saber se prolongó a partir de la utilización de mecanismos de poder ya no tan visibles como los del colonialismo de siglos pasados, pero estuvo presente en la forma de leer el país y en las políticas que se implementaron para transformar el orden interior. Por ahora diré que fueron lecturas y políticas igualmente dirigidas a subalternizar sujetos y sociedades, muy propio del espíritu científico presente en los estudios sociales de aquel entonces.

Aquí necesito decir algo sobre la corriente que buscó posicionarse en la etnología durante el primer tercio del siglo XX, como una alternativa intelectual y política al positivismo tan influyente en el estudio de la sociedad y el pensamiento social y político. Me refiero al indigenismo. Como ha sido explicado en varios de los trabajos contenidos en el *Compendio de antropología peruana*, de Carlos Iván Degregori, aquel gozó de una fuerte influencia en medios académicos y políticos entre las décadas del 20 y el 30, pero en lo que el campo estrictamente relacionado con el saber científico, finalmente resultó desplazado por la presencia del funcionalismo (Degregori 2000).

A mi modo de ver, con este desplazamiento epistemológico, hecho que no sería nuevo pues desde el siglo XVI se han producido varios en nuestro país, se frustró un proyecto intelectual que hubiera dado más consistencia a la formación de un pensamiento social peruano, como también más independiente de los diseños globales tan utilizados en las formas de acceder al conocimiento. Un paradigma que a pesar de la condena procedente de los ilustrados de la época, contribuyó a la visibilización positiva de los integrantes de los pueblos originarios, en un contexto marcado por el predominio de la cultura criolla y el mestizaje. En esta misma línea de argumentación, Miguel Ángel Huamán ha considerado que lo más importante del indigenismo:

radica en su cuestionamiento del dominio de la identidad y homogeneidad

criolla en la cultura y en investigar las posibilidades para subvertir dicha ideología. Al proponer el horizonte del otro, induce un cambio de la visión dominante que permite entrever una lógica diferente que se base en la alteridad. En otras palabras: convertir el monólogo de la nación en un diálogo donde siempre sea posible y permitido tener algo que decir (Huamán 2009, 16).

En unos momentos donde el paternalismo y la caridad, esgrimidos por quienes accedían al control del estado y las distintas instituciones encargadas de brindar protección a quienes eran objeto de sufrimiento, recaían sobre el sector mayoritario de la población, en este caso los pueblos originarios. Agregó que el paternalismo fue una actitud bastante común entre intelectuales adscritos a diversas corrientes ideológicas, y bajo el auspicio de aquellos se organizaron no sólo las ligas de protección sino también se dictaron leyes de importancia para tal población.

Solo recordar que en la constitución de 1920 ya hubo normas referidas a la protección de la raza indígena, donde también el estado adquirió el compromiso de promulgar leyes con las cuales fomentar su desarrollo y cultura. Además, y desde los principios que orientaron dicho texto constitucional, se produjo el reconocimiento de las comunidades indígenas y la propiedad de las tierras adquirió el carácter de imprescriptible. En la constitución de 1933, estos derechos fueron ampliados de tal manera que el mismo se comprometió a comprar tierras por medio de la expropiación, con el fin de dárselas a las comunidades que no tuvieran suficiente de acuerdo a su población. Según Manuel Marzal, con estas normas se sentaron las bases de una reforma agraria en el país, pues llegó a ser el marco jurídico mínimo para una primera redistribución de la tierra (1993, 54-55).

Si parte de la propuesta y la acción política de los representantes de la corriente indigenista cayó en el paternalismo que se le atribuye, se debió sobre todo a que no lograron observar limitantes estructurales de larga duración presentes en la institucionalidad del país. Nuevamente se le demandó al mismo orden político producto del colonialismo externo y entonces administrador del colonialismo interno, adelantar las reformas que permitieran solucionar los múltiples problemas que se iban identificando. Continuidad en la historia política del país, pues ha sucedido que cuando se trata de hablar por quienes desde el discurso y la normatividad del estado uninacional y monocultural han perdido la capacidad de expresarse, lo cual genera el desencuentro entre los promotores y la realidad que pretendieron cambiar. Pareciera que los buenos deseos de los indigenistas terminaron difuminados en instituciones, con las cuales pasó a administrarse la asimilación de los pueblos originarios.

El liberalismo dominante durante el periodo oligárquico y contenido en las constituciones de 1920 y 1933, propuso que todos los habitantes del territorio nacional fueran peruanos en el sentido de tener las bases para el estado-nación al que se aspiraba. Por eso, una crítica al proyecto de inclusión por medio del estado liberal, fue el carácter integracionista de la propuesta elaborada por los intelectuales y políticos del indigenismo, en un contexto intelectual y político caracterizado por el predominio de los principios modernizadores, entre los que se destacaba la nacionalización de la sociedad.

Eso lleva a entender porque en 1946 se organizó el Instituto Indigenista Peruano, IIP, como parte del compromiso adquirido en una conferencia que se había realizado en la ciudad mexicana de Michoacán 6 años antes, y de donde surgió la idea de organizar los institutos indigenistas en los países que se plegaran a la Convención de Patzcuaro. Esta conferencia congregó a parte importante de los países de América, y por el lado peruano participaron quienes ya eran considerados destacados representantes del pensamiento indigenista y profesionales en el campo de la etnología, tales como Luis E. Valcárcel, José María Arguedas y Uriel García. Solo mencionar que muy a tono con las vertientes asimilacionistas se estableció en el principio 3 que:

Todas las medidas o disposiciones que se dicten para garantizar los derechos y proteger cuanto sea necesario a los grupos indígenas, deben ser sobre el respeto a los valores positivos de su personalidad histórica y cultural y con el fin de elevar su situación económica y la asimilación y el aprovechamiento de los recursos de la técnica moderna y de la cultura universal (en Pineda 2012, 22).

La inclusión fue proveer al poblador indígena de los principios de la civilización a la que el Perú pertenecía por derecho propio, la occidental, pues había sido la sede del segundo virreinato más importante durante la vigencia del sistema colonial hispanoamericano, además de contar con grandes avances en la hispanización de los pueblos originarios. El indígena ya asimilado contribuiría a consolidar la civilización latinoamericana, donde su presencia solo fortalecía la idea del país mestizo y de la cultura criolla en la organización de la nación peruana, y aquel ya no era la expresión del pasado y la decadencia en la explicación que le dieron dos de los pensadores que hemos revisado en el primer capítulo, sino más bien condensaba las bases de la inevitable grandeza del país y el continente.

En relación a esto, el lingüista y educador ecuatoriano Armando Muyolema consideró que con el proyecto cósmico-indigenista se planteó una política de asimilacionismo renovado, en donde “el genérico indios debe ser sacrificado en

nombre de la civilización, primero y luego, de la modernización –promesa del porvenir-; proceso y finalidad que encuentran en el mestizaje su viabilidad posible” (2001, 3). El indígena nuevamente se volvió objeto de redención en el sentido civilizatorio de la cristiandad, donde su pasado, memoria, historia y cultura, no se tomaron en cuenta con honestidad dentro del ideal de nación que se propagó en América Latina, y más bien se utilizó como elemento de propaganda en gobiernos y partidos políticos que se definieron como nacionalistas. Lo indígena quedaba por fuera, subalternizado dentro del proyecto civilizatorio que entonces pasó a expresarse en el cambio social y político, dirigido ahora por los intelectuales y políticos formados en la epistemología del occidentalismo.

Una conclusión igualmente crítica del indigenismo pero desde una posición más cercana al pensamiento liberal y las teorías funcionalistas, fue elaborada por el antropólogo peruano José Matos Mar, quien lo consideró como el justificativo de reivindicaciones nacionalistas, generadores a su vez de prejuicios, mitos y dogmas sobre las poblaciones indígenas y/o los pueblos originarios. Según este autor, allí se origina la paradoja de que siendo una propuesta con la expresa voluntad de reivindicar a estos pueblos, “Ha tenido vigencia, fuerza y significado como bandera frente a la negación de la influencia indígena” nos dice, termina como un proyecto ideológico y político con el cual se fomentó la “situación de colonialismo, de etnocentrismo indígena y de racismo”, lo cual no contribuyó a que pueda ser utilizado por quienes eran sujetos del discurso. (Matos 1969, 37).

Esta línea de razonamiento ayuda a entender la afirmación hecha por Carlos Iván Degregori, de que por medio del indigenismo la antropología nació vinculada a un proyecto ideológico y político profundamente conservador. Al definirlo como parte de la contraofensiva hispanista en la década del 30, el proyecto indigenista también estuvo asociado con la emergencia de las ideologías totalitarias de derecha en el continente europeo, lugar donde la cultura se volvió un campo en el que se disputaron la hegemonía, una importante cantidad de teorías, proyectos políticos, discursos y símbolos que se pensaban como opuestos, pero en realidad todos ellos pertenecientes a la epistemología del occidentalismo.

Es así que desde el discurso de los profesionales de la antropología, se consideró al indigenismo como una visión urbana de los Andes, construido con un carácter “paternalista, exotista y en muchos casos con una concepción homogeneizante de la construcción nacional alrededor del mestizo o del indígena” (Degregori 2000,

31). Ahora, haciendo una particular lectura de la obra de un importante historiador de la andinidad peruana, Pablo Macera, en este caso sus ideas contenidas en el libro *La historia en el Perú*, a escala local salieron triunfantes los intelectuales pertenecientes a la modernización tradicionalista, en un contexto caracterizado por la derrota del movimiento revolucionario de la época, el Partido Aprista Peruano, APRA.

Según el mismo Degregori, esto significó que durante los siguientes 15 años, la producción y difusión de la cultura peruana estuviera en manos de gobiernos dictatoriales, o administrados por los más representativos miembros de la oligarquía peruana. El control de las universidades y la escritura de los textos escolares dirigidas por una mentalidad de corte pasadista, fueron entonces los espacios donde el indigenismo se refugió pues quedaron constituidos en “ámbitos e instituciones que no desafían explícitamente al poder”, consideró Degregori (2000, 35).

El periodo que se inicia a mediados de la década del cuarenta del siglo pasado observó la creación de las carreras de antropología y centros de investigación que incorporaron en sus programas de trabajo, temáticas relacionadas con las comunidades ubicadas en los andes peruanos, y aquellos involucraban el estudio de su cultura, la reconstrucción de su historia y el entendimiento de su organización social y económica. Bajo estas premisas es que en la Universidad San Antonio de Abad del Cusco, se funda durante 1946 la primera carrera de antropología al tiempo que los directivos de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos organizaban el Instituto de Arqueología y el Instituto de Etnología. Unos cuantos años después, en 1953, los institutos en San Marcos se fusionaron para darle paso al Instituto de Etnología y Arqueología, conservando la atribución de otorgar títulos profesionales en ambas disciplinas (UNMSM 2015)

En este primer momento destacó la relevancia dada a la etnología, lo cual contribuyó a que sus primeros egresados en la década del cincuenta, adelantaran investigaciones utilizando el trabajo de campo y trabajos de intervención social, contando para ello con el apoyo de distintas instituciones, universidades de fuera del país, la ayuda oficial al desarrollo otorgado por instituciones multilaterales o la procedente de estados del Primer Mundo comprometidos con el logro de tal objetivo. Lo sucedido con la comunidad campesina de Vicos en el departamento de Ancash, es el caso más representativo de tal accionar, un espacio donde se tuvo la confluencia de actores con orígenes e intereses diversos.

De manera bastante breve, el proyecto Vicos fue auspiciado por el Instituto Indigenista Peruano, la Carnegie Corporation y la Universidad de Cornell, además de haberse comprometido el Ministerio de Trabajo y Asuntos Indígenas. Cornell tenía en este sentido una trayectoria académica y organizativa más amplia, pues desde algunos años antes tenía un departamento de sociología y antropología, además de haber desarrollado un proyecto de metodología intercultural, con trabajos de investigación e intervención en Asia luego de la Segunda Guerra Mundial. Para tales actividades, la Universidad de Cornell contó con el apoyo financiero de la Fundación Rockefeller y Fundación Wenner Gren para la investigación antropológica (Poole 1992, 212).

Pero bueno, a fines de la década del cincuenta se observa que la etnología comienza su declinar, mientras que la antropología se posicionó en un lugar mucho más expectante, dando continuidad al proyecto académico de estudiar comunidades y personas que habían sido registradas como objeto de estudio. Producto de que la disciplina antropológica se involucró desde sus inicios en el estudio de su cultura en el sentido amplio del concepto, asumió las teorías y el esquema metodológico desde el cual sería posible conocer al otro sin prejuicios. La etnología en el Perú se los proveyó, al haberlos previamente constituido en objetos cuya producción y existencia están por fuera de quien estudia.

Una crítica muy reiterada de los distintos aspectos que componen el modelo, y que en la tradición del pensamiento occidental conducen a un conocimiento científico, hace notar esa imposible separación entre sujeto y objeto, para así cuestionar de fondo la supuesta neutralidad y el unilateralismo aún presentes en la formación de las teorías y los métodos. Según Santiago Castro, y enfatizando en uno de los aspectos que componen el método, es que en la tradición del pensamiento occidental ayuda a obtener un conocimiento científico, pues hace notar aún más esa separación entre sujeto y objeto, puesto que se ha llegado a la observancia del

mundo desde una plataforma inobservada de observación, con el fin de generar una observación veraz y fuera de toda duda. Como el Dios de la metáfora, la ciencia moderna occidental se sitúa fuera del mundo (en el punto cero) para observar al mundo, pero a diferencia de Dios, no consigue obtener una mirada orgánica sobre el mundo sino tan sólo una mirada analítica (Castro-Gómez 2007, 83).

Boaventura de Sousa Santos ha denominado a estas separaciones como elementos formativos del pensamiento abismal, componente de una episteme donde conviven el conocimiento ya en su forma científica y el derecho positivista. Llevándolo a nuestro campo de estudio, serían las ciencias sociales y sus instituciones

quienes actúan bajo roles de mutua interdependencia al interior de dicho pensamiento, construyen una idea de funciones independientes al tiempo que van creando totalidades para garantizar un adecuado funcionamiento de las tareas académicas y administrativas asignadas por quienes dirigen o controlan las instituciones (2010, 13). Todo ello se daría tanto en las universidades públicas y privadas, más en los centros de investigación tan activos en la actualidad como empresas de consultoría.

El pensamiento abismal trae una consecuencia bastante seria para las epistemologías no occidentales, pues el conocimiento moderno no solo erigió sino que asumió el dominio sobre “la distinción universal entre lo verdadero y lo falso”, sostuvo aquel pensador. Resulta importante dejar establecido que las distinciones fueron líneas de separación basadas en la exterioridad/interioridad, nosotros/otros, superioridad/inferioridad, cristiano/pagano, civilizado/primitivo, europeo/no europeo, desarrollado/subdesarrollado dicotomías que casi siempre fueron vistas y conceptualizadas desde el lado de la línea divisoria que el mismo Occidente trazó, a partir de su dominación en los campos del saber, del poder y del ser.

Según Santos, fueron líneas establecidas en aras de la naciente voluntad moderno-imperial por diferenciarse de aquellas formas de conocimiento y de regulación, consideradas desde entonces como representantes de la tradición o el pasado ¿posiblemente el ser y la cultura andinas? En consecuencia, y asumiendo primero la teología, luego la razón más las verdades filosóficas y científicas alcanzadas desde su “lado de la línea”, el pensamiento abismal descalificó y procedió a invisibilizar mediante distintos mecanismos, las formas de conocimiento que estaban del “otro lado de la línea”. El epistemicidio del cual habló en otro de sus trabajos, el mismo que se inició cuando occidente descubrió el oriente, el salvaje y la naturaleza (2007, 207).

Ahora bien, las múltiples separaciones que se construyen como base del bien conocido pensamiento occidental, tendieron a incrementarse con la llegada de la ciencia y resulta difícil negar que durante su consolidación en el siglo XIX, contara con una activa participación de las ciencias sociales. Una dimensión de este proceso a la que refiere el sociólogo venezolano Lander “es la forma como se articulan los saberes modernos con la organización del poder, especialmente las relaciones coloniales/imperiales de poder constitutivas también del mundo moderno” (2000, 14). Para los lugares que han sido receptores de los saberes modernos, esto último significó pensar sus/nuestras realidades según los patrones ideológicos y discursivos contenidos

en el occidentalismo, hablo de su manifestación como pensamiento científico, pero fue también la aceptación de ese régimen colonial de dominación implantado sobre el poder, el saber y el ser.

Ahora bien, Santos destaca un criterio metodológico utilizado de manera frecuente por los integrantes de distintas comunidades académicas, en este caso las organizadas alrededor de las ciencias sociales y humanas, para hacer notar que lo producido por fuera de lo occidental institucionalizado casi siempre carece de validez: la relatividad. Bueno, esa sería una de las tantas deudas transferidas por el pensamiento occidental a los llamados intelectuales periféricos alrededor del mundo, pues el relativismo está inserto en la tradición epistemológica del occidentalismo. La relatividad de esa verdad científica recién producida, se originó en la utilización de determinado método por y para sujetos/objetos producidos en ciertas condiciones y particulares circunstancias, lo cual significa que su pretendida validez universal es muy debatible. En consecuencia, el occidentalismo entró en crisis desde el momento en que mostró ser vulnerable a los cuestionamientos procedentes de otras epistemes

En los actuales momentos, la crisis del relativismo occidental tiende a agudizarse cuando la desde hace tiempo inferiorizada alteridad, le confronta con ideas que ponen en duda su capacidad para comprender acontecimientos particulares, señalándole que la interpretación proveída desde su fragmentada visión del mundo fue errónea, pues no solo pensó sino que actuó al considerar que:

Al otro lado de la línea no hay un conocimiento real; hay creencias, opiniones, magia, idolatría, comprensiones intuitivas o subjetivas, las cuales, [...] podrían convertirse en objetos o materias primas para las investigaciones científicas. Así, la línea visible que separa la ciencia de sus otros modernos crece sobre una línea invisible abismal que coloca, de un lado, la ciencia, la filosofía y la teología y, del otro, conocimientos hechos inconmensurables e incomprensibles, por no obedecer ni a los métodos científicos de la verdad ni a los de los conocimientos, reconocidos como alternativos, en el reino de la filosofía y la teología (Santos 2010, 14).

De igual manera, considera la subalternización por lo que ha denominado pensamiento abismal, ratifica su vigencia en la contemporánea desigualdad en el acceso al conocimiento, pues aquella es inherente al sostenimiento de las desigualdades globales generadas por el capitalismo y el colonialismo, las que aún se mantienen en la etapa de la globalidad liberal pese a las resistencias epistémicas y la afirmación de epistemologías Otras durante las tres últimas décadas. En todo caso, debe considerarse que la línea divisoria trazada por la civilización occidental, línea considerada base del pensamiento abismal desde sus orígenes, llevó a que la

desigualdad adquiriera un carácter natural, pues se convirtió a “este lado de la línea en un sujeto de conocimiento, y el otro lado en un objeto de conocimiento” (2010, 35). ¿Acaso no tiene vigencia esta afirmación?

Esto es también lo que Walter Mignolo ha considerado en relación a las ciencias sociales, como una especie de “fe en la razón disciplinaria”, pues las teorías y los métodos con los cuales se organizó el conocimiento científico se convirtieron en una suerte de fundamentalismo epistémico, en su permanente esfuerzo por mantener estructuras disciplinarias justificadas en argumentos que invocan el rigor y la verdad, pero que en realidad se traducen en una reproducción de estructuras de poder (2003, 22-23). Con base en esto, es posible afirmar que las distintas formas de saber se politizaron en relación con su momento histórico, hablan de su independencia intelectual y de un proyecto liberador, pero terminaron cooptados por el proyecto de Estado nación diseñado por la burguesía en sus respectivos países.

En esta parte quisiera mostrar algunas reflexiones procedentes de Venezuela, las cuales hacen ver la forma como ha venido operando la geopolítica del conocimiento en las instituciones de educación superior. Siguiendo las observaciones formuladas por Nereida Solano Ledezma y Nelson Caraballo, en América Latina se manifiesta: “por medio de un tipo de discurso..., que se constituyó como verdad única desde su lógica científica, racional, objetiva y neutra; y que este tipo de conocimiento unidimensional y eurocéntrico, está conectado a sistemas de verdades que avalan el funcionamiento de la sociedad...”, (Solano y Caraballo 2015, 300). Además, sostienen estos autores, que pudo conectarse con el modelo económico que de manera permanente ha renovado el capital en la región, donde para el caso peruano serían las primeras políticas desarrollistas ya revisadas en el capítulo anterior.

En directa relación con la supremacía intelectual alcanzada por el método científico en las instituciones donde se administra el conocimiento, las ciencias sociales así como tuvieron la tarea de entender el cambio y buscar el orden al interior de la civilización que les dio origen, también tuvieron la obligación de normativizar el campo con un conjunto de reglas que debían internalizar sus integrantes, para así garantizar el éxito de los estudios adelantados y las teorías que estaban produciendo. Es el momento donde el método empieza a actuar como ideología, pues tanto el investigador como el docente asumieron su existencia como producto de una subjetividad diferenciada del entorno al que pertenecen.

Desde el estatuto metodológico de origen positivista, se promovió aquel

distanciamiento en aras de la objetividad que necesita el investigador, fortaleciendo así la noción de exterioridad de lo investigado. Además, el método adquirió sentido luego de poner al objeto en un lugar desde el cual se le puede observar, medir, describir y jerarquizar en relación a otros objetos, al tiempo que las narrativas de la ciencia llevaron el objeto a los integrantes de la comunidad científica, quienes decidían sobre la importancia del descubrimiento. Una consecuencia de este proceder fue que diversos narradores llegaron a ser los productores de teorías y se constituyeron en sujetos del conocimiento, y adquirieron una superioridad sobre los objetos de estudio que vieron en sus territorios nacionales, como también los que hallaron en las llamadas periferias del orden capitalista consolidado a lo largo del siglo XIX.

Entonces, disciplinas como la etnología y la antropología serían continuidad del tipo de pensamiento impuesto en América con el inicio de la invasión europea en el siglo XVI. Es el mismo con el cual se cuestionaron las holísticas visiones de los pueblos originarios, y las reemplazó por lecturas parciales y fragmentadas, universalistas en sus discursos pero profundamente excluyentes en su accionar. Todas ellas son parte de un proceso que el nuevo pensamiento crítico latinoamericano ha comentado de manera desfavorable pues el universalismo de las teorías es un aspecto destacado al interior de las ya mencionadas geopolíticas del conocimiento pues llegaron a ser:

una estrategia medular del proyecto de la modernidad; [ya que] la postulación del conocimiento científico como única forma válida de producir verdades sobre la vida humana y la naturaleza –como conocimiento que se crea “universal”, oculta, invisibiliza y silencia las otras epistemés, [al mismo tiempo que] los sujetos que producen este “otro” conocimiento (Walsh 2005, 17).

Este desplazamiento de los saberes y conocimientos se engarzó con dos desplazamientos de tipo ideológico, y tuvo como escenario la expansión moderna-colonial del siglo XIX a través de dos mecanismos. En primer lugar, el renovado proceso de territorialización y desterritorialización, en segundo lugar, la imposición de un nuevo contenido al concepto de civilización. Sobre esto último, el filósofo colombiano Óscar Guardiola considera que logró imponerse a través de modelos disciplinarios como el urbanismo y las ciencias sociales, sobre todo la antropología, coadyuvando a que el moderno concepto de civilización fuera considerado parte de un proceso histórico, basado en el unilineal ascenso progresivo y el dominio de la razón (Guardiola 2003, 113).

Entonces, el proceso mediante el cual se produce este doble desplazamiento,

estableció las condiciones para una exclusión de carácter epistemológico. Es lo que el filósofo estadounidense Eduardo Mendieta, encontró en la organización de las que denominó cartografías cognitivas geopolíticas, las cuales asumieron un doble comportamiento como parte del mismo proyecto universalista: legitiman y desautorizan pronunciamientos, es decir conocimientos, priorizando el lugar donde se origina el enunciado (Mendieta 1998, 152).

Así fue como aquella se fundó con el privilegio otorgado a la episteme del conocimiento científico, “única forma válida de producir verdades sobre la vida humana y sobre los procesos de la naturaleza”, y por esa razón tan elemental es que el saber moderno se construyó “sobre el supuesto de que los conocimientos producidos al interior de comunidades no modernas [...] eran solamente la ‘prehistoria’ de la ciencia: la *doxa* frente al cual debían levantarse los verdaderos paradigmas del conocimiento” (Walsh y otros 2002, 11-12).

Esto trajo consigo un tipo de conocimiento caracterizado por el abandono de las incertidumbres, y la búsqueda de la verdad sobre la base de certezas teórico-metodológicas se volvió para el investigador el fundamento científico que necesitaba. Con este tipo de argumentación, ya no había lugar para seguir sosteniendo la cercanía entre sujeto-objeto, entre el que está dedicado a conocer y lo que necesita ser conocido. Los orígenes, reitero, están en la propuesta metodológica contenida en *El discurso del método* y en las *Meditaciones metafísicas* de Descartes, pues allí se le dio sentido a los distanciamientos basándose en la necesidad de ser objetivos, primer paso en el logro de la neutralidad valorativa para después elaborar un conocimiento exento de subjetividad. Elementos tan importantes para Emile Durkheim en sus *Reglas del método sociológico*, y para quienes aceptaron de manera casi que incondicional, la ciencia y su método, parafraseando el título del canónico y ampliamente difundido libro del realista científico argentino Mario Bunge.

Ahora bien, ya he mencionado que el paradigma acompañante en el proceso de institucionalización de la etnología y la antropología dentro del país, fue el funcionalismo en su vertiente culturalista, la que en su versión más simple se basa en el estudio de las tradiciones y prácticas de las sociedades, y conocer de manera real las instituciones que administran. Solo destacar que con la divulgación de las teorías funcionalistas se gestionó un nuevo conocimiento en el estudio del hombre y la cultura andinos, y así logró posicionarse en un lugar preferente dentro de la academia local, sobre todo en las nuevas instituciones organizadas a partir de 1946 y con las posteriores

investigaciones en zonas rurales y urbanas, aplicando el método etnográfico y la observación participante.

En este aspecto de carácter metodológico, Arturo Escobar considera que la observación participante contribuyó en el afianzamiento de un tipo de representación sobre América Latina y el llamado Tercer Mundo, heredada de esa “genealogía de concepciones occidentales acerca de otras partes del mundo”, con las cuales se interpreta y luego se transforma. Al darle forma a una representación que era más producto del encuadramiento de una realidad intrínsecamente externa al científico, a este se le permitió observar esa exterioridad desde una posición por fuera del cuadro de la realidad (Escobar 1998, 38).

En el mismo sentido es que Santos señalaba que:

En las ciencias sociales la distinción epistemológica entre sujeto y objeto se tuvo que articular metodológicamente con la distancia empírica entre sujeto y objeto. En antropología hubo que disminuir estas distancias a partir de la aplicación de criterios metodológicos más novedosos como la observación participante, [o] el trabajo de campo etnográfico (2009, 51).

Estos cuestionamientos al método de la observación participante, se basan en que el estudioso terminaba transformado en una especie de visitante en el tiempo unilineal que Occidente creó, interesado en recorrer una exposición dispersa alrededor del mundo, donde se hurgaban territorios en busca de seres humanos cada vez más diferentes, con los cuales integrarse en términos físicos y culturales para así conocerlos en los términos que la disciplina había establecido. En consecuencia, y como necesidad metodológica, el antropólogo trató de mantener siempre la objetividad en su estudio, lo cual significaba la necesaria distancia epistemológica con que se crea la representación de lo observado (Escobar 1998, 39).

Estos son los argumentos teóricos que me permiten discrepar de lo sostenido por el antropólogo peruano Javier Ávila, quien considera que el gran aporte del funcionalismo y el culturalismo dentro de lo que se denominó revolución epistemológica en la antropología, fue justamente haber institucionalizado el trabajo de campo y la observación participante en la disciplina, como mecanismos dirigidos a conocer mejor lo observado (Ávila 2000, 414).

Ahora bien, y retomando el tema de la institucionalización de ambas disciplinas dentro del país, puedo también afirmar que tanto la etnología y la antropología transitaron por el proceso que las consolida como disciplinas para los nuevos estudios sociales en el Perú. La importancia que fueron adquiriendo, en gran medida se debió a

la disposición gubernamental para organizarles una nueva institucionalidad, impulsar los proyectos de investigación e intervención, a la vez que se mostró una excelente disposición para reimpulsar la organización de una academia muy cosmopolita, claro que siguiéndose los estándares teóricos y metodológicos dominantes en la época.

Sería inútil negar que la antropología llegó acompañada de un importante financiamiento otorgado por distintas instituciones, las cuales basan su accionar en principios tan neutrales como ser organizaciones sin ánimo de lucro. El financiamiento se vio plasmado en becas para estudiar ciencias sociales en universidades estadounidenses o europeas, y en el auspicio de proyectos de investigación que se organizaron con profesionales procedentes tanto del país donante, casi siempre los directores del proyecto, como investigadores del país receptor involucrados sobre todo en el trabajo de campo o de archivo. Al respecto, el antropólogo estadounidense William Stein ha reseñado que las primeras labores adelantadas por los estudiantes y egresados peruanos de etnología y antropología, fue el realizar entrevistas y aplicar encuestas lo que llevó a que fueran conocidos como “dateros” (Stein 2000, 49).

Los convenios entre instituciones locales y foráneas, contribuyeron a la llegada de un importante número de profesionales procedentes de los países vanguardia en estudios sociales, contribuyendo en la formación de lo que denominaríamos la primera generación de antropólogos peruanos. Al respecto, el destacado etnohistoriador Luis E. Valcárcel, quien llegó a ser ministro de educación, fundador del Instituto de Etnología en San Marcos, director del IIP y considerado el iniciador y principal difusor de la etnología como disciplina en el país, dice en sus *Memorias* que en el proceso de su institucionalización recibieron el apoyo de la:

Smithsonian Institution, la Comisión Fulbright, la Fundación Wenner Gren y de universidades como Cornell, Yale, California y Columbia, las que nos enviaron profesores que colaboraron en la formación de nuestros etnólogos. Con la Smithsonian,... suscribimos un convenio bastante preciso, por el cual en cada proyecto etnológico auspiciado por esa institución se incluía como auxiliar a un alumno peruano, de esa manera un buen número de estudiantes conocieron en la práctica los métodos de investigación de campo más avanzados.

La presencia de profesores extranjeros significó un aporte esencial en los comienzos del Instituto de Etnología. Gracias al Instituto de Antropología Social de la Smithsonian tuvimos, entre 1946 y 1949, como catedráticos a antropólogos tan destacados como George Kubler, Allan Holmberg y Ozzie Simmons; así como Jehan Vellard y François Bourricaud, del Instituto Francés de Estudios Andinos; este último iniciador de los estudios de sociología moderna en el Perú (Valcárcel 1981, 384).

Sobre este tema haré referencia al libro, *Abrir las ciencias sociales*, donde los integrantes de la Comisión Gulbenkian presidida por Immanuel Wallerstein,

constataron la persistencia de la colonialidad y el colonialismo en las disciplinas que producen el saber, en una relación que involucra académicos e intelectuales de distinto origen. Esta relación es producto de una geopolítica del conocimiento puesto que el llamado Primer Mundo, se ha constituido en productor de teorías universalmente válidas por su carácter científico. Por su lado, otras regiones del planeta y con las cuales se organizó el Tercer Mundo, las también definidas como regiones subdesarrolladas para luego llamárseles en vías de desarrollo, serían las depositarias del moderno conocimiento científico.

Una de las primeras conclusiones obtenidas por la comisión, es la consecuencia de que los académicos instalados en las instituciones universitarias o centros de investigación en nuestros países, no interactuaran de manera crítica o autónoma con intelectuales cosmopolitas, lo cual llevó a que muchas de las regiones no occidentales fueran relegadas por las jerarquías surgidas en los campos del saber, la docencia y producción del conocimiento (Comisión Gulbenkian 1998, cap. 1).

La condición para que se produzca este intercambio ha sido aceptar los términos donde casi siempre los profesionales, procedentes de regiones tan distantes en lo geográfico y distintas en lo cultural, por ejemplo América Central o el Sur de Asia, están en una situación de aprender mientras los profesionales procedentes de América del Norte o Europa Occidental están dispuestos a enseñar. Relación difícil de ser subsanada pues habiéndose construido un orden académico donde intervienen elementos de poder, van surgiendo regiones del mundo que producen conocimiento científico mientras que otras, a lo sumo producen cultura.

Sin tener que profundizar en este tema, estas regiones fueron también constituidas en objeto de estudio por la etnología y la antropología, y en muchos casos los integrantes de la disciplina estuvieron antes que se produjera el ingreso en pleno, de los elementos formativos del horizonte cultural y civilizatorio de la modernidad. De manera posterior, y desde el análisis geopolítico propio de la guerra fría, el cual permite entender su amplia difusión en EE.UU. a partir de 1945, el estudio de distintas civilizaciones mantuvo su presencia a través de los llamados estudios de área, como los latinoamericanos. Para los objetivos del trabajo, esto ayuda a entender por qué las comunidades o pueblos de América se constituyeron en objetos de estudio para los poseedores de la ciencia, lo cual supuso la negación en su mismidad de sociedades igualmente productoras de conocimiento, basado claro está en su propia subjetividad.

Ahora bien, la confluencia de profesionales en proyectos de investigación, se dio sobre todo en la especialización que pasó a conocerse con el nombre de antropología aplicada, una de las primeras en organizarse con proyectos y objetivos bastante explícitos: promover el desarrollo, se decía comunal, pero igualmente influenciados por la teoría de la modernización, el desarrollismo y el funcionalismo (Degregori 2000, 41). Una idea similar expresa William Stein, quien la considera un medio con el cual se pretendió transformar-modernizar las relaciones sociales dentro de las comunidades en que intervenían los científicos sociales. Después de todo, el proyecto de metodología intercultural se hizo para “desarrollar y probar diversas técnicas de recolección y análisis de datos de las ciencias sociales, provenientes de áreas económicamente subdesarrolladas” (Stein 2000, 63).

En esto coincide el historiador y sociólogo Nelson Manrique, quien ha reconocido a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos como la encargada de formar a los primeros antropólogos en el sentido disciplinar y profesional de la palabra, los mismos que dirigidos por profesionales y profesores estadounidenses hicieron uso de los métodos de la antropología aplicada. De igual manera, como desde antes de graduarse y una vez profesionales, experimentaron de manera bastante temprana con lo que es un trabajo de campo y así se involucraron en un proyecto modernizador para los pobladores de los andes del Perú (Manrique 2000, 7-9). Todo esto se entiende si tomamos lo dicho por el mismo Luis E. Valcárcel, quien consideró que la etnología en su desarrollo institucional:

asumió un carácter científico y práctico, pues las opiniones de los etnólogos comenzaron a ser consideradas como la condición previa para cualquier plan destinado a mejorar las condiciones de vida de la población aborigen [...] En proyectos desarrollados en varios puntos del país, [...] los etnólogos egresados de San Marcos colaboraron con los técnicos del Estado dándole a sus apreciaciones un enfoque científico social (1981, 368).

En el caso del trabajo adelantado por los profesionales de la etnología y antropología dentro del país, sólo se pudo llegar a un grupo reducido de comunidades campesinas, digamos también que de manera muy experimental, pero dónde es innegable que las comunidades pasaron a ser objeto de intervención por parte de los poseedores del espíritu racionalista y científico, posible ahora de ser adquirido en las

aulas universitarias y en manos de los profesionales formados en los términos establecidos por las instituciones de educación superior.¹⁸

2. Las continuidades teóricas en la organización de la sociología

Sin ánimo de reproducir fechas y personas para historizar la institucionalización de la sociología en el Perú, solo decir que su presencia se hizo oficial con la fundación en 1896 de la primera cátedra de sociología en el país, la cual estuvo adscrita a la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. Esta cátedra fue organizada y dirigida por Mariano H. Cornejo, jurista de formación, político y diplomático como muchas otras personalidades de su generación, y considerado como un ferviente seguidor del evolucionismo de Auguste Comte y Herbert Spencer, lo cual obviamente se vio reflejado en el contenido de la cátedra (Sulmont 2007, 86-87).

Tres décadas después, en 1929, se implementó el curso de Sociología Nacional en la Sección Doctoral de la Facultad de Letras. En este primer periodo se nota que quienes se dedican a la docencia, estudio y comprensión de la sociedad son académicos cuya formación es sobre todo en el campo del derecho. Los eruditos Carlos Wiese y Roberto Mac Lean por ejemplo, acompañantes de Cornejo en la conducción de la cátedra de sociología, fueron igualmente juristas formados en la tradición positivista más convencional. Así es posible entender la amplia producción bibliográfica de Mac Lean en el campo del derecho, internacional sobre todo, y su dedicación a escribir tratados de sociología donde predominaron revisiones de tipo teórico. Se podría decir que este primer periodo culminó en 1953 cuando Mac Lean se retiró de la docencia, y la disciplina en la parte teórica inició el tránsito del rústico positivismo de los juristas comprometidos en el estudio de la sociedad, hacia el estructural funcionalismo de los profesionales que auspiciaban una mayor institucionalización.

De acuerdo a lo descrito por Luis E. Valcárcel en sus *Memorias*, el evento que marcó época en el proceso fue el Primer Seminario de Sociología realizado en 1956 en la Facultad de Letras, y que fuera organizado por el antropólogo José Matos Mar. Los temas que convocaron a un número importante de académicos, intelectuales y

18. Sobre la evolución en el estudio y prácticas de intervención en las comunidades campesinas del Perú se puede revisar el trabajo de Ramón Pajuelo, "Imágenes de la comunidad. Indígenas, campesinos y antropólogos en el Perú", en *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana* (Lima Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú-IEP, 2000) y de Jaime Urrutia, "Comunidades Campesinas y antropología: historia de un amor (casi) eterno", en *Debate Agrario* # 14 (Lima: CEPES).

políticos resultaron novedosos pues eran objeto de un amplio debate en la región, y así es como durante varios días se explicaron los conceptos de la nueva sociología latinoamericana, debo aclarar que en versión CEPAL, destacándose la discusión sobre el desarrollo, subdesarrollo, dependencia, dominación, centro y periferia. El seminario junto al curso que dictaba François Bourricaud, discípulo y seguidor de Talcott Parsons, fueron las bases en la organización del Instituto de Sociología en la Facultad de Letras (Valcárcel 1981, 397).

Según el sociólogo peruano Víctor Mejía Navarrete, la disciplina queda desde ese momento plenamente institucionalizada en el Perú, para que cinco años después y auspiciado por la UNESCO, se organizaran el departamento y escuela de sociología en la misma universidad, teniendo el objetivo específico de formar profesionales destinados a identificar y plantear la solución a los problemas sociales existentes en el país. En este primer nivel de formación, se tuvo un entrenamiento en las teorías funcionalistas y en metodologías de carácter cuantitativo de orientación claramente positivista (Mejía 2005, 310-311).

Durante la década del sesenta y con el patrocinio académico-financiero de universidades extranjeras, instituciones multilaterales y agencias nacionales de cooperación al desarrollo, surgieron departamentos y escuelas de sociología en la Universidad Nacional del Centro, Universidad Nacional San Agustín de Arequipa, Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad Nacional Federico Villareal y la Universidad Nacional Agraria. Resulta paradójico lo sucedido con esta, pues a pesar de que se mantenía bajo el control de sectores de la oligarquía terrateniente, en el año de 1965 organizó el departamento de sociología con el apoyo académico y financiero de las universidades de Columbia, Harvard e Illinois. Nuevamente las instituciones de educación superior y centro de investigación del mundo desarrollado, propiciando la formación científica con el intercambio de profesores, becas de estudio y el financiamiento de proyectos de investigación (Sulmont 2007, 87).

¿Qué se logró con todo esto?, pues que se mantuviera una continuidad teórica con las teorías y métodos enmarcados en las concepciones estructural funcionalistas, ya que desde sus inicios fueron muy utilizadas en las recién fundadas escuelas profesionales, la sociología integral de Pitirim Sorokim y su teoría de movilidad social (Ríos 2011, 185), y la de los sistemas sociales de Talcott Parsons, siendo su temprano difusor dentro del país el sociólogo francés François Bourricaud. Así, el funcionalismo se mantuvo como dominante hasta bien entrada la década del sesenta, teniendo a la

teoría de la modernización como eje articulador de las actividades docentes e investigativas.

Esta teoría involucraba múltiples aspectos que resulta demasiado extenso aquí mencionarlos, así que en relación al campo de la sociología destaco los que establecieron las características de sociedad tradicional. La tradición se refleja en el predominio de una economía estática, un sector agrario y su correspondiente sociedad mayoritariamente campesina, rural, indígena y de acción prescriptiva. Por su lado, lo moderno se relacionaba con una economía dinámica donde predomina el sector industrial, una sociedad predominantemente urbana, cosmopolita y de acción electiva, con niveles de vida que van mejorando de manera considerable y que culminan en el bienestar de la era del consumo de masas. Un aspecto relevante de la teoría, fue el que estableció una correlación positiva entre desarrollo económico y democracia política.¹⁹

Ahora bien, en las páginas siguientes hago la revisión de los contenidos que se dictaron en las carreras de sociología, y podremos ver cómo la carrera profesional se constituyó en lugares de formación intelectual, mediados por la organización de currículos conteniendo el occidentalismo en dos de sus elementos, la teoría sociológica y el método. Esto es posible de verificar pues se tuvo una formación disciplinar, con cursos y materias que en lo cualitativo se dirigieron a mantener el diferencial contenido en la dicotomía tradición-modernidad, a la vez que iban reforzando las visiones unilineales y evolutivas presentes en la ciencia organizada para el estudio la sociedad.

En tal sentido, no debe sorprender el carácter instrumental que adquirió la sociología en el Perú, pues desde su llegada le asignaron la tarea de conocer los problemas sociales que se originaban en la abrumadora presencia de aquellos aspectos que solventaban la tradición. El objetivo fue encontrarles solución puesto que su sola existencia afectaba el funcionamiento del sistema social, más aún cuando se había entrado en un periodo donde se buscó modernizar y luego desarrollar el país. Eso explica la importancia que adquirieron los estudios sociológicos, y justifica conocer cuáles fueron los fundamentos utilizados en la formación de los profesionales para el estudio de la sociedad, puesto que con una visión exacta de los sucesos “los científicos sociales estarían en condiciones de ofrecer, podrían actuar los políticos, economistas,

19. Un ejemplo emblemático es el libro de Seymour Martin Lipset, *El hombre político. Las bases sociales de la política* (Buenos Aires: Editorial TECNOS, 1988).

juristas, tecnólogos, para construir una nación moderna y leal a su ser histórico” (Valcárcel 1981, 385).

Es comprensible entonces que los fundadores de las carreras profesionales, creyeran conveniente instaurar cursos cuyos nombres y contenidos reflejaban esa colonialidad del saber, tan plenamente incorporada en el proyecto intelectual del occidentalismo. Esto se constata, por ejemplo, cuando se organizaron cursos como teorías y métodos del pensamiento social o métodos y técnicas de investigación social, los cuales se complementaron con las teorías y escuelas sociológicas. El cuestionamiento conceptual que le hago al contenido de dichos cursos, es que tuvieron un carácter reproductor de cierto tipo de pensamiento, pues no se tomó en cuenta que:

Teorizar en su sentido originario, es contemplar. Una versión actual y equivalente podría formularse como sigue: contemplación y descripción, por parte de los seres humanos, de su propio radio de interacciones con otros seres humanos y con la naturaleza. “Teorizar” tanto como “hablar” son actividades para los cuales están capacitados todos los seres humanos [...] Diferentes culturas construyen diferentes prácticas y teorías sobre tales prácticas. Por lo tanto, sería un punto de partida erróneo concebir [...] desde la única perspectiva de la tradición grecorromana y su actualización en el Renacimiento europeo (Mignolo 1993, 530).

En las carreras de sociología, los cursos de teoría y métodos del pensamiento social propusieron estudiar los antecedentes más tempranos en la formación del pensamiento sociológico. En consecuencia se le hizo obligatorio a los futuros profesionales, estudiar primero a los pensadores de la llamada antigüedad clásica, donde lo clásico había sido previamente fijado en aislados territorios situados en los alrededores del Mar Mediterráneo. Aquí se tuvo que el proceso histórico y lo producido en el campo de las ideas en una pequeña y periférica región del mundo, antigua Grecia, se convirtieron en una especie de faro epistemológico de alcance universal que, hasta el día de hoy, ilumina la producción de teorías y la consecuente realización de lecturas que se hacen de la sociedad.

Resulta sorprendente, por decir lo menos, que se no se mencionen los antecedentes en la formación de aquella civilización, la misma que sigue siendo considerada fundadora del llamado Occidente. La contemporánea cultura occidental se articula con un pasado milenario, pero de manera radical desconoce lo procedente del llamado medio y extremo oriente en ella contenido, por eso es más importante el paso a tener un referente denominado clásico, aquel de las grandes obras de arte, pero también de las instituciones e ideales políticos. La explicación de esto radica en que Europa al momento de entenderse como el lugar que se gesta sobre valores de corte

humanista y racionalista, induce a pensar en acontecimientos intelectuales que adquirieron un carácter ahora sí definitivamente global.

En gran medida es un logro que se apoya en una tradición cultural construida sobre célebres autores, produciendo obras políticas y artísticas consideradas desde entonces como clásicas del pensamiento y arte universal. Su constitución como alta cultura tiene que ver más con su propia jactancia de haber adquirido un valor que ninguna otra tiene, conforme se distanciaban de aquellas formas de pensamiento o arte relacionados, por ejemplo, con la naturaleza. Mucha razón tiene el historiador indio Madan Sarup, quien afirma que “Cuando la mayoría de los pensadores europeos alabaron a la humanidad o a la cultura, estaban alabando principalmente las ideas y los valores que se declararon pertenecientes a su propia cultura nacional. Las literaturas mundiales se organizaron como una jerarquía donde Europa y sus literaturas latino-cristianas estaban en la cima” (Sarun 1999, 28).

Aquí dejó establecido que en el contenido de los cursos donde se estudiaba el pensamiento social, se muestra un absoluto desinterés por conocer los aportes procedentes de Oriente o del norte de África en su formación. En la estructura curricular fue mucho más importante establecer el estudio de los filósofos y pensadores de sociedades y órdenes políticos, tales como el ateniense y el romano, para iniciar la formación teórica de los sociólogos en nuestro país. Es así que un importante grupo de profesionales peruanos inició su formación, con los ideales de la excluyente democracia ateniense o los republicanos de la Roma imperial.

La formación de la filosofía como fundamento del saber en Occidente, se remite a la antigüedad en su versión greco-romana. Al respecto, Walter Mignolo ha señalado que con aquella se universalizó “un tipo de pensamiento y reflexión sobre el cosmos, la organización social, los seres humanos en sociedad, el lenguaje, los cuales serían parte de una forma localizada de pensar y denominar”. El mismo autor ha señalado los peligros presentes en una especie de batalla en el campo del saber, pues si se persistimos en aceptar la universalidad de la filosofía en el sentido griego de la palabra, “el pensamiento eurocentrado mantiene el control del conocimiento y lo asegura en una historia imperial de pensamiento” (2006, 217).

A nivel interno se aceptó que la filosofía, el pensamiento social y político habían nacido en la antigua Grecia, por lo demás formas de conocimiento constituidos recién en universales con la invasión de América desde principios del siglo XVI. Entonces no debería sorprendernos que en nuestro país se perdiera la batalla a que hace

referencia Mignolo, sin siquiera haberla empezado. Según el sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel, aquellos referentes serían las fuentes del universalismo abstracto, el cual llega hasta las actuales formas de dominación en la elaboración del conocimiento. Esto último se hace por medio de las cosmopolitas comunidades académicas, quienes le dan forma a un particular tipo de saber histórica y geográficamente producido, sobre todo en aquellos lugares e instituciones que han venido reclamándose como centros de producción científica en el conocimiento de la sociedad (Grosfogel 2007, 67-71).

Para darle continuidad al estudio del pensamiento social, la docencia dentro de las escuelas de sociología se encargó de difundir no sólo parte de lo pensado y escrito en la antigüedad, sino también a lo hecho durante la edad media europea. Un periodo donde el pensamiento y las prácticas del cristianismo se impusieron sobre otras formas de pensar que habitaban este continente, sin necesariamente adelantar una labor de convencimiento. Luego continuaba con los retóricos del siglo XIII, los humanistas del *Quattrocento*, y los organizadores del pensamiento renacentista durante el siglo XVI. Para finalizar, la adquisición del conocimiento continuaba su labor con el estudio de los fundadores del contractualismo en sus vertientes absolutista y liberal, para culminar con los racionalistas ilustrados del periodo revolucionario europeo de fines del siglo XVIII. Como se puede observar, las bases del saber académico y profesional se fueron organizando a lo largo de varios siglos, teniendo desde sus orígenes una historia intelectual plenamente localizada (Mignolo 2006, 217).

Todo esto significa varias cosas. Lo primero es que desde el pensamiento social se otorgó el estatuto de clásicos, a quienes son considerados los fundadores de la cultura occidental, producto de que Occidente posicionó la llamada herencia greco-romana como fundamento de su organización, para luego fortalecer su legitimidad durante el renacimiento y la ilustración, una vez superada la etapa oscurantista que trajo consigo la hegemonía del cristianismo. Lo segundo es que se encargó de organizar unos estatutos de carácter ideológico y político en los cuales se demostraba una exitosa continuidad en la formación del estado contemporáneo, por ejemplo, la relación entre la democracia de los antiguos y la de los modernos, como también los orígenes de las formas republicanas de gobierno.

Ahora bien, cualquier revisión del contenido de un curso de teoría y métodos del pensamiento social, permite constatar cómo se dejaron por fuera conocimientos procedentes de territorios que no encajaban en la adquirida por los intelectuales

locales. Esto es producto no sólo de la temprana hegemonía adquirida por el racionalismo, sino porque se consideró a los saberes no occidentales como originados en civilizaciones que en términos hegelianos, no habían alcanzado la adultez suficiente para entender de manera adecuada. El silenciamiento de lo no occidental, cosa que en el continente se había conocido desde la fundación del sistema colonial en el siglo XV, fue el mecanismo con que se imposibilitó leer en el medio a pensadores o conocer tradiciones que no fueran las europeas.

Una nueva diferencia apareció al momento de iniciarse el estudio de las teorías sociológicas, la cual estuvo basada en la existencia de un momento también clásico, que era el estudio de la obra de los fundadores y difusores de la disciplina en Europa a lo largo del siglo XIX, y la teoría contemporánea que es la revisión o estudio de lo producido por importantes sociólogos europeos y estadounidenses durante el siglo XX, sobre todo los de la segunda mitad. Utilizando la tradicional tendencia a la fragmentación del conocimiento que han mostrado las disciplinas, tanto la teoría clásica como la contemporánea fueron los espacios académicos dedicados a difundir los trabajos de aquellos autores que orientaron la fundación y desarrollo del campo disciplinar, y que según el canon académico formaban parte de ese selecto grupo que necesariamente se debía leer, como requisito obligatorio en el proceso formativo del interesado en ser sociólogo.

Dentro del periodo clásico se destacan escritores como Henry de Saint-Simon, Auguste Comte, John Stuart Mill, Emile Durkheim, Lewis Morgan, Herbert Spencer, Karl Marx, Vilfredo Pareto, Max Weber y George Simmel. Se habla de un periodo que en términos cronológicos llegaría hasta 1930 y durante el cual la disciplina no solo quedó institucionalizada en Occidente, luego que Durkheim iniciara el proceso con la fundación en 1896 del primer departamento de sociología en la Universidad de Bordeaux, Francia. Al mismo tiempo se inició su división en campos cada vez más específicos, como sociología de la religión, de la cultura y de la juventud, urbana o rural. La década del treinta vio la organización de la sociología dentro de Estados Unidos, país a donde llega de manera algo tardía en relación a lo sucedido en Europa y adquiere importancia en un corto lapso de tiempo.

El social-revolucionario y luego exiliado ruso Pitirim Sorokin, fundó en 1931 en la Universidad de Harvard, el primer departamento de sociología en los Estados Unidos, momento en que los órdenes económico y político globales pero también internos, se veían sacudidos por cambios bastante drásticos, trayendo consigo un

rápido incremento de los conflictos sociales. Sin ánimo de profundizar en este tema, es posible establecer que su aceptación en Estados Unidos estuvo mediada por la crisis económica que se inició en octubre de 1929, y la profunda crisis social de los años siguientes. En consecuencia, la disciplina tuvo una rápida difusión pues quedó organizada en varias universidades por medio de los departamentos correspondientes, además, de los centros de investigación que se fueron fundando.

Luego de su institucionalización en América del Norte y la consolidación del funcionalismo como paradigma dominante, de manera oficial se estableció una teoría sociológica contemporánea, y desde ese momento la formación en teoría sociológica inevitablemente ha pasado por la lectura de autores de origen mayoritariamente estadounidense. El resultado es que una tradición sociológica fundada en instituciones y teorías referidas a su realidad, logró ser considerada en un lapso de tiempo relativamente corto como el lugar desde el que se generaban las teorías explicativas de diversas sociedades alrededor del mundo.

En tal sentido, el estudio de la teoría sociológica contemporánea en las universidades de país se iniciaba con la revisión de la obra de Talcott Parsons, por lo demás considerado el auténtico fundador de la sociología en Estados Unidos. Junto a Parsons se tuvo la lectura de los trabajos de Alfred Schütz, Robert Merton, Nels Smelser, David Easton, Wright Mills, David Apter y Alvin Gouldner más la entrada de los teóricos del crecimiento y el desarrollo económico como Johan Galtung, Paul Swezzy y Paul Baran. Durante la década del setenta, la formación disciplinar se amplió con el estudio de las teorías estructuralistas, marxistas franceses sobre todo como Louis Althusser y Nicos Poulantzas, y de la misma forma quedó incorporado el estudio de la Escuela de Frankfurt con sus integrantes de primera y segunda generación, sobre todo Herbert Marcuse.

En relación a lo hasta aquí señalado, quisiera retomar un par de argumentos críticos en perspectiva decolonial, lo cual permite explicar por qué el canon académico dentro la sociología, logró constituirse también en un mecanismo de poder. Con el canon se pudo afirmar “los conocimientos en ciertos lugares [diría que la universidad, facultad, departamento, escuela o programa académico], haciéndolos fácilmente identificables y manipulables”. Es también el canon de la diferenciación quien contribuye a que se dé esta situación, pues estableció “cuáles autores se deben leer, cuáles temas son pertinentes y qué cosas deben ser conocidas por el estudiante que opta por estudiar esa disciplina” (Castro 2007, 84).

En los años que duraba la carrera, también se veían cursos de sociología peruana y sociología latinoamericana, quizá como una forma de manifestar el compromiso con lo producido a escala local y regional. En sociología peruana, por ejemplo, se analizaba la obra de intelectuales y políticos como Francisco García Calderón, José de la Riva Agüero, Manuel Gonzáles Prada, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Luis E. Valcárcel, Augusto Salazar Bondy y los primeros trabajos de Aníbal Quijano, quienes estando adscritos a corrientes ideológicas como el marxismo, conservadurismo, indigenismo o el nacional-reformismo, fueron estudiados con el ánimo de conocer una tradición de análisis social y político. Esta tradición fue adquiriendo importancia durante la década del ochenta, conforme se ahondaba la preocupación por conocernos internamente en medio de la transición a la democracia, el ascenso electoral de la izquierda, la presencia de los movimientos sociales y el inicio de la guerra interna.

En los cursos de sociología latinoamericana, se estudiaba la obra de autores como José Vasconcelos, José Medina Echavarría, Gino Germani, Torcuato Di Tella, Florestan Fernandes, Pablo Gonzáles Casanova, Aníbal Pinto, Pedro Paz, Osvaldo Sunkel, Agustín Cueva, Sergio Bagú, Fernando Henrique Cardoso y Octavio Ianni, entre otros. Resulta paradójico que los trabajos de todos ellos, si se les puede considerar elementos constitutivos de una teoría sociológica latinoamericana, nunca adquirieron la relevancia en la formación sociológica dentro del país y que sí tuvieron los mencionados en párrafos anteriores.

Por último, solo mencionar que la formación teórica y metodológica se articulaba con cursos llamados sociología rural, del trabajo o de la juventud, industrial y de la religión, más los seminarios de investigación divididos a su vez en estudios rurales y urbanos. Acorde también a los tiempos no podía dejar de dictarse las teorías del desarrollo económico y social, ya con una importante presencia del marxismo, más los cursos y seminarios de planificación donde se difundían conceptos básicos de la disciplina, más algunas de las técnicas utilizadas de manera cotidiana en el ejercicio de la profesión. Algo relevante aquí fue que muchos de los contenidos dictados de manera profusa en los cinco años que duraba la carrera, posibilitaron trabajos que desde las mismas teorías funcional-estructuralistas, adelantaron profundas críticas al orden interior existente en el país.

Ahora bien, otro aspecto en la formación de los sociólogos fue adquirir una especialización en el manejo de las técnicas y métodos de investigación social, junto a

las teorías y métodos de investigación científica. Esto lo afirmo pues desde que la sociología llegó al Perú, el método positivista se hizo del predominio en la investigación empírica, sobre todo por medio de auspiciar la intensiva realización de los trabajos de campo y de archivo, para así obtener los datos que al final de cuentas validarían las teorías portadas por quienes se iban formando en la disciplina. Esto significó que la docencia en las técnicas y métodos de investigación se adelantara con la intención de que el discípulo pudiera formarse en la objetividad, la neutralidad valorativa, la universalidad y la predictibilidad contenidas en el saber científico, junto a todos los otros elementos que forman parte de *Las reglas del método sociológico*, según lo había establecido el sociólogo francés Emile Durkheim en 1895 en su famoso libro que he referenciado líneas arriba.

Con aquellos cursos aprendíamos que la objetividad se fundamentaba en la existencia y análisis de múltiples objetos, en este caso los fenómenos sociales, susceptibles de conocerse de manera racional, que también era adquirida por el estudiante en su formación y ambas fueron consideradas herramientas fundamentales en la formación disciplinar. Es el momento donde el método empieza a actuar como ideología, pues el investigador y el docente lo asumieron como relevante en la organización de una subjetividad capaz de razonar, por fuera del entorno al que necesariamente pertenece el sujeto.

3. Los métodos en ciencias sociales: un análisis en perspectiva crítica

Quizá saber algo del descubrimiento e implantación del método científico según lo propuesto por integrantes adscritos al posoccidentalismo, y su relacionamiento con la expansión europea en ultramar ayude a responder porque la enseñanza del método adquirió relevancia en los estudios conducentes a la formación como sociólogo. Para empezar, es importante decir que a mediados del siglo XVII fue el matemático y físico francés Descartes, quien de manera paradójica ha sido considerado el padre de la filosofía moderna, el que estableció la importancia de utilizar principios metodológicos algo más cercanos a la racionalidad de los seres humanos, con el objetivo de secularizar la forma de acceder al conocimiento y otorgarle un contenido más laico al pensamiento europeo de la época.

Crítico de la hegemonía alcanzada por una de las ideologías constitutivas de la civilización occidental, el cristianismo, Descartes propuso conocer dejando de lado las

pasiones humanas e ir dividiendo ciertas unicidades entre los seres que conforman el universo, las mismas que para el caso europeo habían sido constituidas también a lo largo de varios siglos, para así avanzar en el logro de un conocimiento mucho más objetivo. Según el sociólogo y teórico cultural jamaicano, Stuart Hall, aquel pensador se encargó de diseñar una estrategia con la cual acceder al conocimiento sobre la base de diferenciar la llamada “sustancia espiritual (materia)” de la “sustancia pensante (mente)”, y con esta separación entre mente y materia, logró darle respuesta a una de las grandes preocupaciones de la filosofía occidental, por medio de la reducción del objeto de conocimiento a sus componentes fundamentales. Al tiempo se fue posicionando como el centro de la mente un tipo de sujeto, el de la ilustración, entonces en medio del proceso que lo llevaría a constituirse en un ser con una natural capacidad para razonar (Hall 2010, 371).

Sobre este mismo tema, el sociólogo peruano Aníbal Quijano señaló que el gran logro en la construcción del método cartesiano fue “la mutación del antiguo abordaje dualista sobre el “cuerpo” y el “no-cuerpo””, algo tan propio de múltiples y diversos pueblos originarios alrededor del mundo. La condena de las unicidades se unificó en el término metafísica y desde aquel entonces se consideró que solo la “luz de la razón” podía iluminar el camino al conocimiento. Alguna de las consecuencias que trajo esta propuesta ha sido bien reseñada por este autor cuando señala que la maximización en el uso de:

La razón no es solamente una secularización de la idea de "alma" en el sentido teológico, sino que es una mutación en una nueva id-entidad, la "razón/sujeto", la única entidad capaz de conocimiento "racional", respecto del cual el "cuerpo" es y no puede ser otra cosa que "objeto" de conocimiento. Así el "cuerpo", por definición incapaz de razonar, no tiene nada que ver con la razón/sujeto (Quijano 2000, 224).

Es así como se fueron sentando las bases de un proceso donde el pensamiento local europeo logró constituirse en una fortaleza epistemológica actuante a escala global y regional, producto de la superioridad adquirida con la universalización de sus propuestas a partir del siglo XVI, y que con una serie de inusitados movimientos en el campo de los discursos, teológico primero y racional después, se encargó de reprimir “las formas de producción de conocimiento [...], sus patrones de producción de sentidos, su universo simbólico, sus patrones de expresión y de objetivación de la subjetividad”. Es un proceso de larga duración que aún no concluye, pues se verifica de manera cotidiana en la producción de conocimiento o la neutralización de saberes diversos dentro del país, consecuencia de “una colonización de las perspectivas

cognitivas, de los modos de producir u otorgar sentido a los resultados de la experiencia material o intersubjetiva, del imaginario, del universo de relaciones intersubjetivas del mundo, de la cultura en suma” (Quijano 2000, 210).

Varias décadas atrás y basándose en las formas como se producía, Max Horkheimer había llamado a este tipo de conocimiento como teoría tradicional, una forma de conocimiento fundada en la cada vez mayor separación entre el sujeto y el objeto de estudio. Este último existe en tanto ha sido previamente construido, su representación es producto de una realidad y el estudioso solo podrá conocerlo a partir de observar su funcionamiento desde la distancia conceptual. El objeto de estudio, pero sobre todo las actividades humanas que se producen en su interior, pasaron a considerarse como fenómenos sociales, en consecuencia, el investigador en su afán por contribuir al desarrollo del conocimiento deberá mantenerse por fuera de esa realidad y sus diversos componentes (1974, 230).

Una consecuencia de este accionar se manifestaría en la separación producida entre el sujeto-investigador del objeto investigado, constituyéndose en una de las bases metodológicas más relevantes en el proceso de aprendizaje. Al lado de esta consagración disciplinar a la objetividad, neutralidad y separaciones, en términos epistemológicos se estableció que el conocimiento particular obtenido de la investigación científica alcanzaba la universalidad. Al mismo tiempo, desde las instituciones se difundían criterios como la infalibilidad y predictibilidad del conocimiento científico, algo tan propio del mecanicismo incorporado en las ciencias sociales. Sobre esto último, Santos ha considerado que el modelo mecanicista fue producto de dos voluntades:

la primera, sin duda dominante, consistió en aplicar, [...] al estudio de la sociedad todos los principios epistemológicos y metodológicos que presidían al estudio de la naturaleza desde el siglo XVI; la segunda, durante mucho tiempo marginal pero hoy cada día más practicada, consistió en reivindicar para las ciencias sociales un estatuto epistemológico y metodológico propio, con base en la especificidad del ser humano y su distinción polar en relación con la naturaleza (2009, 27).

Por su propia naturaleza, la investigación en ciencias sociales fue objeto de múltiples divisiones y es así que surgieron tipos de investigación como la básica, aplicada, descriptiva, explicativa, sincrónica, prospectiva y otras formas que considero innecesario describir en profundidad. Esto vino asociado a la manera como los métodos fueron adquiriendo sus particularidades, donde la más conocida fue la que se

estableció entre lo cuantitativo y lo cualitativo. En relación a lo cuantitativo, la formación profesional incluía los cursos de estadística social y análisis de datos sociológicos, el consumo en cantidades industriales de los libros de McGraw Hill relacionados con las ciencias matemáticas para el estudio de la sociedad dan fe de lo que afirmo, mientras que lo cualitativo estuvo dado por la formación teórica a la cual ya referí.

Con estas metodologías se organizaron programas de investigación enmarcados en lo que el filósofo Stephen Toulmin denominó la búsqueda de cosmópolis. Según la explicación que da Santiago Castro, la noción de Cosmos se articula a una percepción de la naturaleza regida por leyes fijas y eternas, las cuales son determinadas por un pensamiento de carácter racional, mientras que la noción de polis hace referencia a la “comunidad humana y sus prácticas de organización”. Cosmópolis sería la síntesis en la elaboración de un conocimiento que toma al hombre y su correlato a escala ampliada, la sociedad, como objetos de estudio susceptibles de conocerse con la utilización de leyes procedentes de la física. Con este proyecto se propuso organizar una sociedad “racionalmente ordenada desde el poder central del Estado”, en donde la aspiración universalista de los científicos sociales era que con la intervención de la ciencia y la presencia del estado, el “orden natural del *cosmos* podría ser reproducido en el orden racional de la *polis*” (Castro-Gómez 2005, 23-24).

Para el antropólogo colombiano Arturo Escobar, el resultado de esa firme creencia en que el conocimiento verdadero podía alcanzarse por el uso intensivo de la razón, llevó a otra de las distorsiones propias del que está fundado en la ciencia: el logocentrismo. Este ha venido funcionando como ideología y proyecto al mismo tiempo, y está inmerso de manera plena en la lógica del occidentalismo pues con su intensiva utilización, se propuso “construir un mundo perfectamente ordenado, racional y predecible. [Donde el logocentrismo llegó a ser una] tendencia metafísica que identifica la verdad lógica como el fundamento de toda teoría racional del mundo, el cual es constituido por objetos y seres cognoscibles y ordenables” (Escobar 1998, 146).

Contribuir en el logro del orden admirado pasaría, entonces, por ubicar a los estudiosos de la sociedad en un lugar de observación caracterizado por ser neutral, espacio desde el cual se pueden abstraer de su realidad, lugar libre del sentido común y ajeno a las contingencias espacio-temporales que las sociedades determinan a partir de sus especificidades. La abstracción del entorno, posibilita mirar con los lentes que

la racionalidad positivista trajo consigo, y así se generó la oportunidad de conocer teniendo como punto de partida, la anulación de todo aquello que históricamente había condicionado la existencia de formas de conocimiento prelógicas o precientíficas, la *doxa* según fueron definidas por la epistemología dominante (Castro-Gómez 2005: 24-25).

Así es como la transformación del llamado sentido común, por ejemplo el que está presente en el conocimiento ancestral, fuera un imperativo científico y moral consecuencia del racionalismo, pues al basarse aquel en la subjetividad del individuo que lo produce y estar influenciado por el entorno social al que pertenece, estaba imposibilitado de ser un conocimiento objetivo, o sea liberado de los prejuicios valóricos, ideológicos y culturales del que lo buscaba. Durante el siglo XIX, y con la llegada de las ciencias sociales, ya “puede hablarse de un modelo global de racionalidad científica que admite variedad interna pero que se distingue y defiende, por vía de fronteras palpables y ostensiblemente vigiladas, de dos formas de conocimiento no científico [...]: el sentido común y las llamadas humanidades o estudios humanísticos” (Santos 2009: 21).

Es posible entonces deducir, que la búsqueda del conocimiento por estos medios propusiera retirar todo aquello que interfiriera con los estudios a realizarse, por ejemplo, los sentidos o los distintos tipos de experiencia corporal. Logró también que se les considerare obstáculos epistemológicos, necesarios de ser removidos para alcanzar por medio de una renovada física social, la unidad nacional o la cohesión de la sociedad, entre otros aspectos relevantes para el futuro del país. Por medio de su entramado institucional, los estados modernos se encargaron de implementar y administrar tales propuestas con bastante éxito, por ejemplo en el caso de Inglaterra desaparecieron al campesinado y a los artesanos, pero que en el Perú llevaron a un largo pero inconcluso proceso de homogeneización cultural. Afortunadamente.

Ahora bien, resulta evidente que el estudio de la sociedad en su proceso de constitución como ciencia abandonó la mera abstracción teórica, pues esto sería campo de la filosofía y el ensayo su medio preferido de narración, y más bien le abrieron paso a la elaboración de conocimiento producido de manera intensiva con el uso del referente empírico. Por último, este llegó a ser uno de los puntales del saber objetivo en los estudios de la sociedad. Al revisarse este proceso, el concepto de sujeto sociológico formulado por Stuart Hall adquiere sentido, pues aquel llega a interpretar sobre la base de ignorar “la complejidad creciente del mundo moderno y la consciencia

de que el núcleo interior del sujeto no era autónomo y autosuficiente, sino que se formaba con relación a los otros cercanos, que transmitían al sujeto los valores, significados y símbolos de los mundos que habitaba” (Hall 2010, 364-365).

En busca de la mayor objetividad y utilizando la neutralidad valorativa contemplada como regla fundamental del método científico, desde Auguste Comte hasta Max Weber, pasando por Karl Marx y Emile Durkheim, Alexander von Humboldt y Herbert Spencer, David Ricardo y Gregor Mendel, estudiosos de la política y la sociedad, la economía y la conducta humana, la cultura, la naturaleza y las religiones, todos ellos coincidieron en un principio metodológico elemental para el conocimiento moderno: “El material fáctico, la materia es proporcionada desde fuera. La ciencia se encarga de su formulación clara e inteligible, a fin de que los conocimientos puedan ser manejados como se desee” (Horkheimer 1974, 230).

Según los criterios de muchos seguidores del pensamiento ilustrado, el racionalismo contenido en el conocimiento que se iba adquiriendo e incorporado en las decisiones tomadas por los gobernantes, condujo al mundo a un momento epistemológico cualitativamente distinto pues al caerse los muros del dogmatismo naturalista o eclesial, no había impedimentos para que la creatividad humana cambiara los órdenes existentes. Por eso es que las nuevas lecturas e interpretaciones de la realidad europea adelantada por los pensadores inmersos en el occidentalismo, casi siempre transmiten un generalizado desencanto con el mundo medieval, sin percibir los desastres de la época en que vivieron.

Es la misma época en que se adelantaba el proceso de secularización del pensamiento, fenómeno local perfectamente situado pues ocurrió en distintas partes de Europa Occidental, y se dio de manera muy intensa entre la segunda mitad del siglo XVIII y mayor parte del XIX. Un periodo de tiempo considerado por el historiador inglés Eric Hobsbawn, clave en la historia de Occidente pues fue en este período cuando se establecieron las condiciones indispensables, para ingresar a una nueva etapa en la historia de la humanidad (1985, 59).

Aquel es un período de tiempo donde se unieron varias condiciones que transformaron el mundo, a pesar de haberse originado en una pequeña región del mismo. Menciono algunos de los más relevantes: el crecimiento económico sostenido en la industrialización, más la innovación científica y tecnológica, la expansión global del capitalismo con la edificación del mercado internacional y la subsecuente

organización del imperialismo moderno. Esto vino acompañado de imposiciones ideológicas por medio de conceptos cuyas definiciones pasaron a ser de alcance universal, tales como república o democracia, estado-nación, soberanía, teniendo al lado las culturales cuando el continente donde se radica este estudio, por ejemplo, se define lo hispano o latino desde la localizada perspectiva del europeo. Con todas estas condiciones se afectó, de manera muy severa, la vida de millones de personas a escala global, y es el territorio de la hoy conocida América donde se inició tal proceso.

Por estas razones y de manera muy temprana, las ciencias sociales fueron también consideradas herramientas para instrumentalizar un tipo de saber fundado en el racionalismo. Así se podían conocer las leyes que rigen el funcionamiento de las sociedades. Según Santos, los fundadores de esta tradición fueron Bacon, Vico y Montesquieu, pues con ellos se establecen criterios mínimos para los estudios sociales. Por ejemplo, Bacon al afirmar que por su plasticidad, la naturaleza humana es transformable en aras de alcanzar su perfectibilidad, mientras que Vico estableció la “existencia de leyes que gobiernan deterministamente la evolución de las sociedades y tornan posible prever los resultados de las acciones colectivas”. Por último a Montesquieu lo considera como un antecedente fundamental en la organización de la sociología del derecho, quizá el primero en establecer desde el pensamiento occidental, una relación entre formas de organización política, lo jurídico y las formas de gobierno con las ya conocidas leyes de la naturaleza (2009, 27).

Esto significó que se le otorgara un rol destacado a la clasificación en el discurso de las ciencias sociales, trayendo por ejemplo que los integrantes de sociedades ubicadas en lugares muy diversos, fueran catalogados por estas mismas como grupos que muestran resistencia al cambio. Fue también el momento en que diversos saberes fueron clasificados de acuerdo con simplistas modelos taxonómicos, lo cual llevó a que Horkheimer estableciera desde su perspectiva teórica crítica, que la modernidad fue incapaz de entender que las distintas prácticas sociales incluyen el conocimiento producido con mucha anterioridad, el mismo que desde la formación de la ciencia moderna ha quedado a disposición de un individuo cognoscente, capaz ahora de mediar sus ideas con la razón (1974, 234).

Pero no sería lo único, pues muchos no solo visualizaron sino que denunciaron los riesgos que trajo consigo el culto casi idolátrico de la ciencia y sus recurrentes avances, además que fueron idealizados como infinitos. Desde una perspectiva posestructuralista, se consideró que el uso intensivo e ilimitado de la técnica y sus

instrumentos conllevaba el serio peligro de la deshumanización del hombre, y por eso Michel Foucault señaló que mantener aquella cualidad se volvió también un objeto de intervención por parte del Estado. Para ello contaba ya con los profesionales e instituciones orientadas a disciplinar a quienes se salían de los marcos racionalistas.

Los hospitales, asilos mentales, centros educativos, cuarteles, cárceles y otras formas punitivas del llamado irracionalismo, se construyeron con el objetivo de ser los lugares donde se administraran las sanciones, asignados por las normas cuya legitimidad radicaba en su origen jurídico. Todos ellos llegaron a ser los lugares preferidos por los administradores de los valores morales dominantes, es decir los jueces, profesores, sacerdotes, militares o médicos, en aras de sostener o recuperar con las técnicas del aislamiento, el castigo físico o la medicación, la natural humanidad que el hombre iba perdiendo.

Para cerrar la discusión acerca del rol asignado a los métodos de investigación científica, Ramón Grosfogel considera que en la tradición intelectual fundada en Occidente, fue la filosofía quien se encargó de producir conocimiento en abstracto, mientras que las ciencias sociales se dedicaron a conocer la sociedad y sus integrantes en concreto, pero en ambos casos sucede que: “el sujeto que habla siempre queda escondido, encubierto y borrado del análisis”. Esta situación es producto de la deslocalización étnica, racial, de clase o de género de aquel que ha pasado ser objeto de investigación, por lo tanto se le descalifica como un sujeto capaz de producir conocimiento. La desconexión entre sujeto, conocimiento y relaciones de poder, posibilitó que la filosofía occidental y sus derivados en el campo del saber produjeran un “mito universalista que encubre, esto es, que esconde quién habla y cuál es la localización epistémica en las estructuras de poder desde la cual ese sujeto habla” (2006, 151).

Pero bueno, en esta parte me gustaría introducir parte del debate teórico sobre el proceso conducente a la institucionalización de las ciencias sociales, un poco relacionándolo con los mecanismos de poder también institucionalizados en las diversas esferas que conforman el estado. Los mismos integrantes de la Comisión Gubelkian, liderados como ya dijimos por Immanuel Wallerstein, concluyeron que gran parte de relevantes equívocos cometidos por los integrantes de las disciplinas que conforman las ciencias sociales, se originó por la incomunicación y división existente entre ellas. Puedo afirmar que fue una consecuencia de la cada vez mayor especialización entre y dentro de las disciplinas, fomentado claro está por los

fervorosos seguidores del método positivista en todas sus variantes, desde Emile Durkheim hasta Thomas Kuhn. Aquello es comprensible si se tiene en cuenta que durante la segunda mitad del siglo XIX, las universidades pasaron a ser los lugares donde el conocimiento producido con el estudio de la sociedad, llegó a institucionalizarse para desde allí satisfacer las distintas demandas del estado que tan pródigamente las cobijó.

Los miembros de la Comisión ubican a las ciencias sociales como productos originados en aquellos lugares donde el liberalismo industrial se implantó, tanto en la organización de la economía y de la política como en la sociedad y la cultura. Mencionan de manera inicial a cinco países: Inglaterra, Francia, Alemania, las Italias, los Estados Unidos y de manera algo paradójica reconocieron cinco disciplinas: historia, economía, sociología, ciencia política y antropología. Al mismo tiempo, sostuvieron que la búsqueda por la diferenciación acompañó a las ciencias sociales desde sus orígenes, y esta se fortaleció con la organización de carreras profesionales en los espacios donde también se iba administrando el conocimiento científico. Esto dio inicio a una historia intelectual basada en la “disciplinización y profesionalización del conocimiento, es decir, por la creación de estructuras institucionales permanentes, diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento y reproducir a los productores de conocimiento” (Wallerstein 1998, 9).

El proceso de diferenciación entre los saberes modernos que se inició a mediados del siglo XIX, condujo a lo que Santiago Castro llamó la estructura arbórea del conocimiento, una armazón académica e institucional que se organizó en el lugar y tiempo que desde entonces reunió la producción científica en Occidente: la universidad. La estructura arbórea como base en la moderna organización de la institución que aun otorga la bien conocida educación superior, fue parte de esas múltiples separaciones que se produjeron al interior de la ciencia en Occidente, y con aquella se dio forma a un tipo de administración del conocimiento en donde muy temprano, se estableció que este no solo tiene jerarquías sino también límites claramente demarcados, los cuales al final de cuentas “marcan la diferencia entre unos campos del saber y otros” (2007, 81).

Entonces es perfectamente comprensible que la institucionalización de las ciencias sociales, se haya relacionado en el tiempo y en el espacio con una de las características más visibles de la ciencia moderna: su fragmentación en tipos de conocimiento cada vez más especializados. Esta parte del proceso vuelve más riguroso

el conocimiento, pues mientras la disciplina más restrictiva sea en la definición de su objeto de estudio, cualquiera que este sea, mayores posibilidades tendrá el investigador de acceder a la verdad que aparece en su hipótesis. El sentido de totalidad se pierde y así queda resuelto el dilema básico de la ciencia moderna, pues la rigurosidad del conocimiento: “aumenta en proporción de la arbitrariedad con que compartimenta lo real. Siendo un conocimiento disciplinar, tiende a ser un conocimiento disciplinado, esto es, segrega una organización del saber orientada [a]... vigilar las fronteras entre las disciplinas y reprimir a las que quisieran traspasarlas” (Santos 2009, 47).

En el debate sobre la diferenciación es que el sociólogo Edgardo Lander propuso que las disciplinas se organizaron alrededor de aspectos muy puntuales, como los estudios políticos, sociales, económicos, culturales y todos ellos fueron “concebidos propiamente como regiones ontológicas de la realidad histórico-social”, y a cada una se le fueron asignando tareas cada vez más específicas con su respectivo grado de institucionalización. Las ciencias sociales se fueron separando de su realidad y a la vez se reafirmaban en la autonomía organizacional, por medio de una burocracia que vigilaba el correcto acercamiento a su objeto de estudio y la adecuada utilización del método.

Al mismo tiempo, aquella resguardaba las tradiciones en la producción y transmisión del saber, y garantizaba la institucionalidad de los saberes modernos en las ciencias sociales y humanas a través de los departamentos universitarios. Detrás de estos objetivos y organización administrativa existiría una cosmovisión de carácter liberal-industrial, pues se fundamentó en cuatro dimensiones muy propias de la tradición y pensamiento occidental:

la visión universal de la historia asociada a la idea del progreso [...] la “naturalización” tanto de las relaciones sociales como de la “naturaleza humana” de la sociedad liberal-capitalista; [...] la naturalización u ontologización de las múltiples separaciones propias de esa sociedad; y la necesaria superioridad de los saberes que produce esa sociedad (‘ciencia’) sobre todo otro saber” (Lander 2000, 22).

En tal sentido es que este último ha ensayado una precisa síntesis del proceso dirigido a la ampliación y al dominio del conocimiento. Teniendo como referentes teóricos a diversos estudiosos de la ciencia moderna, seguidores del método transdisciplinar en sus búsquedas, Lander concluye que los saberes modernos son producto de dos dimensiones históricamente asociadas, con los cuales se garantizó su “eficacia naturalizadora”. Una primera dimensión es la que hace referencia “a las sucesivas separaciones o particiones del mundo de lo “real” que se dan históricamente

en la sociedad occidental y las formas como se va construyendo el conocimiento sobre las bases de este proceso de sucesivas separaciones” (2000).

Como se anticipó líneas arriba, las consecuencias de esta primera dimensión fueron la separación mente-cuerpo, sujeto-objeto, ciencia-fe, induciendo al vaciamiento espiritual del cuerpo en aras de constituir un hombre racional por naturaleza, tal como luego lo refrendaron los pensadores de la ilustración. El concepto de “sujeto de la ilustración”, elaborado por Stuart Hall, puede ser de mucha utilidad para comprender este proceso, pues aquel se basó:

en una concepción del sujeto humano como individuo totalmente centrado y unificado, dotado de las capacidades de razón, consciencia y acción, cuyo centro consistía de un núcleo interior que emergía por primera vez con el nacimiento del sujeto y se desplegaba junto a éste, permaneciendo esencialmente igual –continuo o idéntico a sí mismo- a lo largo de la existencia del individuo. El centro esencial del ser era la identidad (Hall 2010, 364).

En el proceso que lleva a la formación de la universidad moderna, Santiago Castro considera que un aspecto relevante fue el levantamiento dentro de las instituciones de las denominadas fronteras epistémicas, las cuales no podían ser sobrepasadas por los integrantes de otros campos disciplinares. En consecuencia, los profesionales pertenecientes a determinada disciplina se vieron obligados a mantener el canon de la necesaria diferenciación, pues desde ahí pasaron a definir “sus procedimientos y sus funciones particulares”. Para quienes están incorporados en las carreras profesionales, departamentos académicos o facultades, es una normatividad asociada al funcionamiento de la institución, pues ahí definieron el accionar de sus integrantes dentro de la división académico-administrativo de la universidad (2007, 81).

Lo importante aquí es constatar que un correlato en el proceso de diferenciación de los saberes dentro de las universidades, fue el posicionamiento de las facultades como espacios privilegiados en la fragmentada administración del conocimiento. Entre sus funciones estuvo organizar las carreras profesionales, lo cual trajo que las disciplinas en los distintos campos del saber alcanzaron un grado de difusión aún mayor. No se descarta qué tan sólidos éxitos fueran obtenidos con los financiamientos otorgados a través de tempranas formas de asociación público-privada, muy presentes en la fundación y/o reorganización de distintas universidades, como también en los centros de investigación adscritos a instituciones donde confluían agentes económicos y actores políticos con los más diversos intereses. De manera posterior, es decir

durante el siglo XX, y con la organización del sistema universitario basado en el departamento académico, política local iniciada en Estados Unidos y difundida de manera bastante intensa en América Latina durante los años 60 y 70, la búsqueda por la diferenciación alcanzó niveles de frenesí.

Sobre este mismo tema, Boaventura de Sousa Santos ha señalado que con el mayor grado de autonomía que adquirieron las disciplinas, se impuso “un proceso de producción relativamente descontextualizado con relación a las necesidades del mundo cotidiano de las sociedades”. Considerando que las “comunidades académicas” fueron quienes decidieron los temas para investigar, las teorías y métodos por utilizar, y definían los sujetos y los objetos de la investigación, entonces fue hasta cierto punto lógica la organización de un sistema productivo, de epistemologías claro está, fundado en el establecimiento de jerarquías entre aquellos que habían sido o buscaban ser incorporados en el programa de investigación. La consecuencia más relevante en el predominio de este esquema organizacional, fue la diferenciación casi absoluta entre conocimiento científico y “otros” conocimientos, más la profunda separación entre ciencia y sociedad (2005, 25).

Ahora quisiera mostrar algunas de las conclusiones que puedo adelantar de este capítulo. Lo primero pues es necesario reiterarlo, la presencia dominante del funcionalismo durante el proceso de institucionalización de las ciencias sociales en el país. Con la etnología y la antropología pudimos observar que se mantuvo una continuidad teórica y metodológica entre ambas, y a la vez que avanzaban en su institucionalización fueron definiendo sus objetos de estudio, el hombre y la cultura andinas.

Aquí resultó importante conocer algo sobre la presencia del llamado indigenismo, durante el debate propiciado por la presencia de lo ancestral en el proyecto modernizador en los momentos finales del dominio oligárquico, pero también su importancia para el modelo desarrollista que se implementó en el Perú ya finalizando la década del cincuenta. Una vez que la etnología pierde importancia, el hombre y la cultura andinos fueron rápidamente asumidos por la antropología como objetos de estudio y de intervención para los antropólogos foráneos y nacionales, la mayor parte de ellos inmersos en la temprana tarea de conocerlos, para luego alentar su inclusión en el proyecto nacional del desarrollo.

En el capítulo destaco también el hecho de que los primeros antropólogos nacionales, se vieron obligados a trabajar con el material teórico e instrumental

metodológico proveídos por los profesores e investigadores extranjeros, quienes de manera muy asidua visitaron el país durante los primeros años en el proceso de institucionalización de la disciplina. Es el momento en que se iniciaron distintos proyectos de investigación, teniendo a las comunidades campesinas como su prioridad, pero también en los tímidos programas de intervención adelantados en las sociedades rurales.

Algo similar es posible decir del proceso que conlleva la institucionalización de la sociología en el país. Teniendo en cuenta la supremacía alcanzada por el racionalismo científico en las instituciones donde se administra el saber, algo que primero se produjo en los centros de educación superior y de investigación ubicados en Europa, la sociología en el país tuvo la tarea de entender el cambio y buscar el orden al interior de la sociedad que la recibía, al tiempo que buscó normativizar el campo con un conjunto de reglas que debían internalizar sus integrantes a escala local.

Así y pensando en el futuro, los directivos, profesores y administradores de las distintas instituciones, programas académicos y de investigación creados durante el periodo estudiado, se propusieron garantizar el éxito de las labores docentes, investigativas y de intervención que adelantarían los nuevos profesionales. Cierro este capítulo enfatizando que entre las estrategias dirigidas a validar el conocimiento, el mismo necesariamente se obtendría con la formación profesional en las instituciones de educación superior, en las carreras profesionales se establecieron programas de entrenamiento consistentes en el aprendizaje de las teorías, métodos y técnicas de la investigación científica o metodología de la investigación social.

Con estos se consolidó la idea del acceso a un tipo superior de conocimiento, si se utilizaban los métodos de manera adecuada durante el proceso investigativo, y donde uno de los más valorados fue la objetividad del investigador. Como hemos visto a lo largo del capítulo, la objetividad consistía en observar desde la distancia múltiples objetos, lo cual significaba conocer mejor internalizando estos principios que formaban un sujeto investigador neutral, libre de pasiones en su labor. Había surgido la bien conocida neutralidad valorativa. La objetividad y la neutralidad serían adquiridas por el estudiante en su formación profesional, pues fueron consideradas herramientas fundamentales en las investigaciones que se iniciaron, y donde el trabajo de campo fue prioritario. Es posible deducir, entonces, que la búsqueda del conocimiento por estos medios, propuso retirar aquello que interfiriera con los estudios a realizarse y los proyectos de transformación a implementarse.

Capítulo sexto

Centros de investigación y la hegemonía estructural- funcionalista

En este capítulo hago un análisis del programa de investigación que acompañó la fundación del Instituto de Estudios Peruanos, IEP, uno de los primeros centros académicos privados que tuvo el país pues fue fundado en 1964, y lo hago no solo presentando aspectos relacionados con la misión y los objetivos que se trazaron los miembros fundadores, sino también con la revisión de trabajos realizados por dos de sus más reconocidos miembros, los científicos sociales José Matos Mar y Julio Cotler. Mi intención es mostrar como en estos primeros años, las teorías estructural funcionalistas dominaron en la producción de textos que según el catálogo de publicaciones del IEP, aún mantienen la condición de fundamentales para dos de las disciplinas que integran las ciencias sociales.

Un poco de contexto es necesario para entender el rumbo que tomaron las investigaciones dentro del centro de pensamiento fundado en 1964. Por eso, el primer acápite lo inicio con una breve revisión de aspectos relacionados con la situación interior del país, para continuar con los objetivos que orientarían el accionar de la naciente institución en medio de una época de trascendentales cambios. Esto último es una condición pero también motivo para sus trabajos, lo cual va a expresarse en las líneas de investigación con sus correspondientes proyectos, y en las publicaciones que pusieron al servicio de las comunidades académicas locales e internacionales.

Aquí es donde se inscriben los trabajos que analizo pues se trata de constatar el grado de influencia obtenido por el funcionalismo en las ciencias sociales del Perú, a partir de la revisión de trabajos realizados por dos de los más destacados miembros del instituto y que fueron publicados en los primeros años de su funcionamiento. Los primeros son del antropólogo, miembro fundador y director del IEP durante casi 20 años, José Matos Mar. *Las barriadas de Lima* publicado por primera vez en 1966, y “Dominación, desarrollos desiguales y pluralismos en la sociedad y culturas peruanas”, trabajo contenido en *Perú problema. Cinco ensayos*, y cuya primera edición data de 1968, son objeto de mi revisión con el ánimo de primero constatar las cercanías disciplinares, así como la presencia del funcionalismo en los análisis adelantados por Matos Mar.

En el acápite dos hice una revisión de los primeros trabajos publicados en el país por el antropólogo de formación y doctor en sociología, Julio Cotler Dolberg. “La mecánica de la dominación interna”, ensayo igualmente contenido en *Perú problema. Cinco ensayos*, y “Actuales pautas de cambio en la sociedad rural del Perú”, un ensayo donde se dio continuidad y aparece como complemento del anterior. Pautas de cambio apareció publicado por primera vez durante 1969 en *Dominación y cambios en el Perú rural. La micro-región del Valle de Chancay*, un libro que fue producto de una serie de trabajos adelantados por miembros del IEP en cooperación con investigadores procedentes de la Universidad de Cornell.

En este libro resulta interesante constatar las temáticas incorporadas en su contenido, pues allí se tuvo también la suscripción de pautas metodológicas para las investigaciones de campo, el pluralismo cultural, la estructura agraria y el desarrollo rural. Quisiera finalizar diciendo que en los ensayos escritos por Julio Cotler es notoria la presencia del estructural-funcionalismo, pues los conceptos que maneja, así el autor no haga expresas sus definiciones, traslucen una lectura e interpretación no muy distante del paradigma que por entonces dominaba en las ciencias sociales.

1. Investigación privada para el desarrollo. El IEP y la antropología

La primera mitad de la década del sesenta es un periodo donde se hicieron más visibles cambios sociales y políticos, producto sobre todo de un proceso iniciado tres décadas atrás. Una incesante migración interna y el crecimiento de las ciudades, sobre todo las costeñas, trayendo consigo una mayoritaria presencia de la cultura andina en las ciudades. A su lado estuvo el surgimiento de nuevos actores sociales y políticos en las áreas de reciente urbanización, justo en los momentos que se consolidaban importantes movimientos campesinos con sus demandas por cambios en el uso y tenencia de la tierra. Al mismo tiempo se inició el tránsito hacia la organización de una economía con nuevos agentes económicos ante la decadencia de la clase terrateniente, con una politización y mayor autonomía de las fuerzas armadas que justificaron aún más su accionar, cuando aparecieron un par de pequeñas organizaciones insurgentes.

La segunda mitad de la década del sesenta fueron años de irregular crecimiento económico conforme fueron apareciendo los síntomas de la crisis, que una vez más, se basaba en el debilitamiento del sector externo. No habían políticas de redistribución del ingreso que permitieran reducir la inequidad, y a su lado se mantenía un régimen

político de origen electoral pero profundamente disminuido en su capacidad de gobernar. En medio del ciclo de crecimiento económico iniciado luego de la segunda guerra, el que fuera conocido como Edad de oro del capitalismo, y el proyecto de industrialización sustitutiva dirigida por un tipo de estado que mostraba una clara tendencia hacia su crisis final, se hizo necesario adelantar estudios a profundidad de la sociedad en sus distintos componentes, ya no tanto la del pasado como se había priorizado en las décadas anteriores, sino la existente de manera real en aquel momento.

En un contexto donde estaban articulados distintos elementos que en la década siguiente condicionaría una grave crisis económica, social y política, se hizo necesario adelantar nuevos estudios que permitieran entender el Perú, puesto que el país había ya entrado en un periodo de transformación que requería dinamizar su conocimiento, para luego proponerse las soluciones del caso. El haberse fundado centros privados de investigación y la importancia que rápidamente adquirieron, estuvo entonces relacionado con la necesidad política interior sin descartar del todo, los intereses académicos de instituciones académicas internacionales, empresas privadas y organismos multilaterales decididos a trabajar en proyectos con similares objetivos.

El relanzamiento de las ciencias sociales en el país a través de instituciones privadas se hizo trayendo consigo, de manera bastante sutil pues había un componente intelectual-ideológico muy fuerte entre los actores comprometidos en el proceso, una directa vinculación con el nuevo proyecto modernizador y su fundamento en las teorías estructural-funcionalistas.

Estas son las condiciones locales tan de diverso tipo que rodearon la fundación del Instituto de Estudios Peruanos, IEP, por un grupo de investigadores y científicos sociales pertenecientes a distintas disciplinas, liderados por el ya reconocido antropólogo José Matos Mar. El instituto estuvo de manera inicial integrado por el lingüista Alberto Escobar, el filósofo y pedagogo Augusto Salazar Bondy, el literato y poeta Sebastián Salazar Bondy, los etnohistoriadores Luis Valcárcel, John Murra y María Rostworowski, el ingeniero Jorge Bravo Bresani y el antropólogo-narrador José María Arguedas. De manera posterior se incorporó Julio Cotler y un número de investigadores visitantes, procedentes sobre todo de Estados Unidos y Francia.²⁰

20. Esto es posible de constatar cuando se revisan la procedencia de los autores compilados en los primeros doce libros que el IEP publicó como parte de la serie *Perú Problema*.

Para que la naciente institución pudiera funcionar de manera adecuada, se debe considerar el financiamiento que recibió desde el momento de su fundación, el cual fue sobre todo producto de convenios de cooperación académica con universidades, centros de investigación y filantrópicas instituciones ubicadas en el mundo desarrollado. Podría mencionar, solo a manera de ejemplo, a la Universidad de Cornell y de cuyas actividades en el país algo sabemos desde el capítulo anterior, como también los convenios con distintas fundaciones cuyas actividades eran alentadas por corporaciones o personajes del alto mundo empresarial, como la Ford, Tinker, Rockefeller, Open Society Institute. A su lado estarían fundaciones pertenecientes a partidos políticos de distinta orientación ideológica, Konrad Adenauer o Friedrich Neumann por ejemplo, y de agencias gubernamentales igualmente promotoras del desarrollo internacional y la democracia, tales como USAID, ASDI, GTZ, IDRC, IRD, COSUDE, PNUD entre otras.

Ahora bien, señalar que los miembros fundadores junto a los investigadores visitantes que fueron llegando en los años siguientes a su fundación, asumieron y participaron en la institución con el compromiso de impulsarlo como un centro científico donde debería discutirse la:

problemática peruana, - intercambiar experiencias, evaluar estudios de primera mano y trabajar interdisciplinadamente (sic), pretende evaluar ideas, innovar metodologías y realizar un esfuerzo crítico que refleje el nuevo pensamiento latinoamericano libre de la imitación incondicional de modelos extranjeros. Allí, al mismo tiempo que se cuestionan teorías o interpretaciones de todo origen, se analizan conceptos y purifican términos, se intenta despertar inquietudes, sobre todo en las nuevas generaciones, y abrir nuevas perspectivas que permitan enjuiciar en forma más cabal la situación actual del Perú” (Matos, 1969, 9).

Debo mencionar que su organización también tuvo el objetivo, entre otros, de aportar al desarrollo y la democracia en el Perú. En específico me refiero al compromiso adquirido por los miembros fundadores de adelantar labores investigativas y de intervención, a decir verdad más las primeras, donde los temas trabajados en relación al orden interior estuvieron indudablemente vinculados con los que se discutían en múltiples escenarios académicos dentro del continente. Su misión es y sigue siendo promover y desarrollar actividades de investigación, enseñanza y difusión de estudios en ciencias sociales con el fin de contribuir al desarrollo económico con equidad, al fortalecimiento de las instituciones democráticas y al reconocimiento de la identidad y la riqueza de la diversidad del Perú. (2012, 1)

El interés por los cambios y problemáticas mencionadas líneas arriba, quedó plasmado en el programa de investigación y en los proyectos adelantados en los años que siguieron a su fundación, los cuales tuvieron participación investigadores y académicos nacionales y extranjeros. No debe sorprender entonces que temas como las migraciones internas y el crecimiento de los barrios populares en Lima, la decadencia del régimen de dominación oligárquico y de sus raíces económicas, más la crisis del régimen de hacienda y el debilitamiento de la tradicional agricultura de exportación, las transformaciones producidas en el campo de la cultura, el pasado del cada vez más relevante mundo andino en medio del discutido tema de la cuestión nacional, hayan llamado la atención de los integrantes del IEP desde el momento que fue fundado en 1964.

Todos estos temas quedaron agrupados en áreas de estudio muy disciplinares como historia, economía, sociología y política, antropología, lingüística y educación, cuyos resultados de investigación dieron forma a una diversidad de libros publicados con mucha regularidad en sus primeros años de funcionamiento. Las series que estuvieron desde el comienzo formando parte del proyecto editorial del instituto fueron Perú problema, Historia andina, Estudios sobre la sociedad rural y Urbanización, migraciones y cambios en la sociedad peruana, Educación y sociedad, Análisis económico, Ideología y política, entre las más relevantes por los títulos que componen la colección y su grado de difusión.

Si se revisan los títulos de sus primeras publicaciones, encontraremos justamente cuáles fueron las preocupaciones investigativas en dicho periodo, libros que en su mayor parte fueron compilaciones de tempranos trabajos de investigación o ensayos producidos por los miembros fundadores, así como de los investigadores visitantes que por aquel entonces iniciaban su trabajo profesional. Libros como *Perú Problema 5 ensayos*, *La oligarquía en el Perú*, *El indio y el poder en el Perú*, *Hacia la modernización de la estructura agraria en el Perú*, *La hacienda en el Perú*, *La hacienda, la comunidad y el campesino en el Perú*, *Las barriadas de Lima*, *La reforma agraria en el Perú*, *Problemas sociales en el Perú contemporáneo*, *Dominación y cambios en el Perú rural* fueron parte de esta primera promoción de publicaciones. Hay muchos otros títulos agrupados en las series arriba señaladas, pero mencionarlos resultaría dispendioso para los objetivos de mi trabajo.

Las temáticas elegidas respondían a un interés académico y político propio del momento, el país se estaba transformando pero entenderlo en profundidad fue aún más

relevante, pues a partir del conocimiento adquirido sobre su organización social, política, económica y cultural podría contribuirse al desarrollo. Así quedó establecido no sólo en la misión trazada y que mencioné en página anterior, sino lo hacen explícito en uno de los primeros libros que es resultado de la cooperación académica establecida con la Universidad de Cornell. En *Dominación y cambios en el Perú rural*, se propuso “representar una contribución al mejor entendimiento de la compleja situación rural actual y de los problemas que deben tener en cuenta el planificador y el estadista” (Matos 1969a, 8).

Solo mencionar que el convenio de cooperación académica establecido entre ambas instituciones para continuar con esta investigación, y digo continuar pues se había iniciado en 1962 en el Instituto de Etnología de la Universidad de San Marcos, tuvo como objetivo número uno “Contribuir al conocimiento científico general sobre los procesos de cambios y de desarrollo en el ámbito rural”, mientras que en el objetivo número cuatro quedó establecido el “Proporcionar información y marcos conceptuales que puedan ser de utilidad a quienes se encuentran ocupados en la problemática práctica del desarrollo peruano” (9-10).

En una especie de declaración de principios elaborada más de tres décadas después de publicado, investigadores que obviamente son parte de generaciones posteriores a la de los miembros fundadores, dejaron también establecido que las investigaciones y publicaciones aparecidas como parte de estas primeras series, tenían la voluntad de proporcionar “una visión panorámica, clara y profunda de los obstáculos en el desarrollo, al igual que las monografías sobre temas agrarios y movimientos urbanos, elaboradas en una época en que las ciudades del país crecían de manera vertiginosa” (Barrantes y Pajuelo 2012, 3).

Eso ayuda a entender porque uno de los primeros libros que en 1966 publicó el IEP fuera *Las barriadas de Lima 1957*, del antropólogo José Matos Mar. Un trabajo que de manera algo apresurada, a mi modo de ver, fue considerado parte del hacer antropológico siendo más bien una investigación con que se muestra la llegada de la sociología, pero que también hace notar la continuidad investigativa entre las disciplinas de la antropología y la sociología en el Perú. Para adelantar esta afirmación, me baso en razones teóricas y metodológicas presentes en la investigación realizada por Matos Mar, en uno de los primeros barrios surgidos de la ocupación de tierras eriazas en las afueras de Lima, que por los demás resultó bastante novedosa por

distintos motivos. Por ahora solo mencionaría la dimensión del trabajo de campo y el carácter institucional que tuvo la investigación.

Las barriadas de Lima fue producto de un arduo trabajo de campo y escrito de manera original entre 1955 y 1957. Según lo observado, aquí se aplicaron métodos y técnicas de investigación que difieren de las tradicionalmente usadas en la antropología, además del modelo teórico aplicado y el sello instrumental que se le imprimió a la investigación. Para empezar, debemos considerar el hecho que Matos no se preocupa por estudiar los patrones culturales recreados conforme se organizan los nuevos barrios populares en Lima, como sí lo hizo años después en *Desborde popular y crisis del Estado*. De igual manera, no se compromete en distinguir las redes familiares, económicas o culturales que facilitan la ocupación del territorio, menos aún tratar de explicar la organización social detrás de las invasión. Son variables mínimas que al no estudiarse, desaparecen como condiciones al momento que los pobladores deciden el lugar donde se funda el nuevo barrio popular.

Para realizar este trabajo más bien se diseñaron unidades de análisis y utilizaron variables como la densidad poblacional, el área que ocupan los barrios y su configuración física, el nivel de escolaridad como también el tipo de ocupación y el nivel de ingresos de la población objeto de estudio. Además, muestra un interés por saber cuántas personas habitan en estos lugares y el ritmo de crecimiento poblacional, para lo cual recurre a la información reunida en los censos nacionales. Esto se refuerza con una actividad similar que él mismo José Matos dirigió en noviembre de 1956 en las barriadas de Chimbote, Lima y Arequipa, por medio de realizar un censo por encargo de la Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda.

En tal sentido, la estadística desempeñó un papel fundamental en la investigación, lo cual se hace visible con la profusa muestra de cuadros y gráficos donde aparecen los resultados de tipo cuantitativo. Por último, el autor también recurre a mapas y fotografías tomadas desde el aire, con el objetivo de constatar el crecimiento de los barrios en estudio. Con estas técnicas se logra medir y constatar la ubicación de los lugares con mayor certeza, pero donde junto a las técnicas de conteo y mapeo no observamos personas como sujetos constituidos o en proceso de formación dentro de la ciudad. Aquellos aparecen al final de texto cumpliendo una labor testimonial, pero donde la información que proveen no es utilizada para fundamentar cualitativamente la formación de dichos barrios.

Si bien es cierto en algunas partes del libro aparecen referencias sobre el trabajo comunitario como muestra de la presencia de lo andino en la ciudad, o se recurre al método etnográfico por medio de la cuidadosa descripción de los nuevos espacios urbanos, lo cuantitativo predomina en una investigación que, a mi modo de ver, va en desmedro de los enfoques utilizados y temas tradicionalmente trabajados en antropología, para articularse más con la recién importada tradición sociológica de tipo funcionalista. En este caso, reitero, lo cuantitativo fue utilizado como fuente imprescindible para entender los acelerados y profundos cambios que se estaban produciendo en las ciudades del país.

Ahora bien, un libro bastante importante en la tradición investigativa que se fue organizando desde el IEP fue *Perú Problema. 5 ensayos*, una compilación donde se presentan trabajos de José Matos Mar, Augusto Salazar Bondy, Alberto Escobar, Jorge Bravo Bresani y Julio Cotler. Considerado por actuales integrantes del instituto como parte de una colección clásica en los estudios de la sociedad peruana, lo señale líneas arriba, el primer número de la serie Perú Problema incorporó trabajos de sus miembros fundadores, con el objetivo de ingresar en una etapa donde fuera posible pensar el país desde la diversidad que lo caracteriza. Una declaración de buenas intenciones que irá diluyéndose puesto que sus análisis del país, las interpretaciones que realizan y las conclusiones que obtienen, muestran que fueron también parte de una continuidad teórica y metodológica con el paradigma dominante en las ciencias sociales y al cual ya hemos referido.

En el primer ensayo escrito por José Matos Mar, “Dominación, desarrollos desiguales y pluralismos en la sociedad y culturas peruanas” se propuso un análisis estructural y dinámico de la situación actual del Perú, sobre la base de un “modelo estructural en el cual los diversos ordenamientos ocurridos en su largo proceso evolutivo se ofrezcan racionalmente concatenados y explicados”. La escritura del ensayo tuvo como objetivo alcanzar “una interpretación de la sociedad peruana que, [es] una de las tantas sociedades subdesarrolladas del mundo actual”, esto significó tener una situación producto de encadenamientos históricos de largo aliento, erigidos ahora en factores muy deterministas pues al haberse constituido en periferia de las diversas metrópolis surgidas en los 450 años anteriores, logra explicar la condición de subdesarrollo en que se mantiene el país (Matos 1969, 13).

Según José Matos Mar, lo que otorga sentido a la realidad del Perú finalizando la década del sesenta, fue justamente la relación de dependencia-dominación

construida durante los siglos anteriores, y donde la explicación la encuentra en dos aspectos: la singularidad del proceso peruano, su densidad histórica más el grado y tipo de subdesarrollo, ambos mediados por la dominación externa e interna (14). La república del siglo XIX contribuyó de manera fundamental en este proceso, pues el estado peruano surgido del proceso emancipador, afirmó un orden político administrativo muy centralizado con la dominación interior basada en una estructura de clases, más un tipo de conducta política sin lógica ni coherencia. Un orden interno carente de racionalidad sería el argumento básico utilizado por el autor.

Lo mismo sucedió con la administración de la economía, pues se mantuvo el acaparamiento y la especulación en los momentos de bonanza económica, algo similar sostuvo Heraclio Bonilla en *Guano y burguesía en el Perú*, y así se truncó la posibilidad de reproducir el capital durante las efímeras riquezas de los distintos *boom* exportadores. “No plasmó esta oportunidad por defectos de su estructura y por la dominación externa. El centralismo, la estructura de clases y el comportamiento determinaron que primara la irracionalidad sobre la racionalidad” en la organización y manejo del orden interno en toda su diversidad (31). Un primer análisis posibilita inferir la presencia de un marco teórico dominado por el estructuralismo, esto se hace aún más visible en páginas posteriores, y sin dejar de lado su pretensión de trabajar con lo global en tanto condición relevante para entender el orden local, hace manifiesta la situación de dependencia en que se desenvuelve el país dentro del sistema internacional.

Las condiciones históricas y estructurales de larga duración, conllevan a una especie de verdad irrefutable que sería el carácter de país subdesarrollado adquirido por el Perú a lo largo de su historia. Pero no todo está perdido, pues el autor considera que América Latina y el Perú han entrado en la nueva fase del sistema económico internacional, en condiciones algo distintas a como se produjo su inserción a comienzos del siglo XX. Recordemos nomás que se está viviendo la ya mencionada edad dorada del capitalismo mundial, y por lo tanto es un momento que impone la necesidad de adelantar transformaciones en la economía nacional. Matos propuso planificar el desarrollo, buscarlo por medio de incrementar la productividad con la incorporación de los avances científicos y tecnológicos en el proceso productivo, tal como lo propusiera la CEPAL años atrás, pues se trata de lograr una inserción positiva en el sistema ya que se debe:

planear en función de la economía mundial, tenemos que hacer nuestra revolución industrial, para lo cual se requiere creación e implantación científica y tecnológica, y una nueva integración. Es por eso que el destino peruano, sus cambios y las estrategias para su desarrollo están comprometidos con la situación mundial, en especial con la del área americana. (1969, 21).

Un aspecto que nunca se deja de lado en este tipo de propuestas es el desempeño tenido por las distintas culturas en la formación del Perú contemporáneo, a comienzos del siglo XX distintos pensadores hablaron de razas, como también hacen notar el rol que deben jugar en el proceso modernizador ya en marcha. Haciendo gala de aquellas visiones del mundo que establecieron desde comienzos del siglo pasado, una tajante separación entre lo tradicional y lo moderno, manifiesta la naturalizada pertenencia de distintos sectores de la sociedad a cada uno de ellos. Al final de cuentas, dicha adscripción determinaba el comportamiento de sus integrantes y por tal razón, el autor considera que estos manifiestan particulares niveles de desarrollo en la diversidad que caracteriza el país.

Sorprende que en sus reflexiones sobre los pueblos originarios del Perú, Matos Mar no adelante una ruptura conceptual expresa con algunas opiniones que estarían claramente relacionadas con el pensamiento social de comienzos del siglo XX. Al mismo tiempo, muestra una adhesión hacia el funcionalismo dominante al interior de las ciencias sociales, por medio de aceptar los preceptos básicos de la teoría de la modernización, por ejemplo que la sobrevivencia de lo denomina arcaico y tradicional dificulta la llegada de lo moderno. Me atrevo a opinar que dichos análisis le dan continuidad a las lecturas e interpretaciones de la sociedad peruana realizadas desde décadas atrás pues el Perú actual, según esta última lectura, se erige sobre la base de que:

Lo indígena de hoy corresponde al pasado lejano, a la forma como los grupos aborígenes se aculturaron y mezclaron, desenvolviéndose aislada y marginalmente, defendiéndose con su estructura y relacionándose en diversas intensidades con la sociedad global. El mestizaje ocurrido durante la dominación... dio lugar..., a las bases organizativas de la sociedad de hoy, pero dentro de rasgos que podríamos calificar de un sistema tradicional en todo sentido. Lo arcaico indígena y lo tradicional español y mestizo en activa simbiosis demoraron, después de la independencia, varias décadas antes de configurar el sistema moderno,... aparece [así] el fundamento próximo de la organización de la sociedad de hoy (Matos 1969, 25).

A su vez, reafirma la figura del mestizo como el emblema de un país que se ha establecido en la tradición, y aquel sintetizaba los 500 años de historia colonial y republicana en sus distintos componentes, en medio de la desintegración-destrucción

cultural de los pueblos originarios. Una conclusión que se obtiene de este tipo de análisis, es posicionar al poblador originario como componente de un problema que afecta la organización nacionalista de la sociedad, pues en un contexto marcado aún por el predominio del sector rural-campesino, reaparece la figura del indio como representante de la tradición y portando sobre sus hombros una responsabilidad histórica, de la cual no ha podido desprenderse por las políticas de la que fue sujeto desde la conquista.

Desconociendo la racializada jerarquización que estuvo presente en la organización del régimen social y político de origen colonial, Matos sostiene que en los elementos formativos del Perú predomina la tradición independientemente de sus orígenes, pues aquí era posible encontrar que:

El campesinado, en su mayoría indígena y tradicional,... fue el conjunto marginado, oprimido y deprimido, y ofrece uno de los rasgos saltantes de la problemática peruana. Lo indígena arcaico, lo tradicional, lo español, lo occidental en sus diversas modalidades están presentes en la situación actual, en complejas presencias mostrando la carga histórica. Este fenómeno es una de las singularidades de la sociedad peruana (Matos 1969. 27).

Es así que la integración nacional resulta muy difícil pues con un nivel tan elevado de fragmentación interior, lo que se obtuvo fue la configuración de una sociedad con puntos de encuentro realmente escasos, en un extenso territorio donde el estado seguía sin afirmarse. Los desencuentros regionales confirman la existencia de dos mundos que sin importar el lugar donde se desenvuelven, tienen características sociales y culturales de índole estructural, más un tipo de relacionamiento histórico y ecológico que los vuelve representantes del pasado o del futuro según las condiciones adquiridas o, más bien, según los particulares criterios del que analiza. Veamos cómo se afirma la idea de mundos divididos, pues en:

el mundo del pasado, la forma lejana, serrana y andina, frente al mundo moderno, criollo y costeño. Esta caracterización podría dar pie para afirmar la coexistencia de dos sociedades o culturas en el seno de la sociedad actual. Es en este sentido que se ha planteado la tesis del dualismo de la cultura y de la sociedad peruanas, en la cual las formas lejanas, correspondientes a la sociedad tradicional y arcaica y las formas próximas y modernas conformarían dos mundos en sí (Matos 36).

De esta primera lectura, es posible inferir que su interpretación en poco se diferencia de lo sostenido por quienes en su momento, fueron considerados los fundadores del pensamiento social en el Perú, pues se constataba que “en la sociedad actual basta comprobar cómo unos sectores son más desarrollados que otros, unas

áreas o regiones son más evolucionadas, y cómo los diversos estratos sociales y culturales originan variadas y heterogéneas participaciones” (Matos 1969, 32). Esto trajo consigo una sociedad desintegrada, donde la nación quedó oculta en particularismos regionales y culturales. Los pueblos o sociedades que habitan el Perú no han logrado ese nivel de conciencia, no aportan en la nacionalización ni del estado ni de la sociedad, una vez más se alcanza esa conclusión, como tampoco contribuyen a una transformación económica a gran escala.

Sobre lo primero, aquello es producto de que “los grupos sociales no producen efectos sobre los otros, ni unos generan a los otros, ni hay un sistema nacional de relaciones que impulse o canalice aspiraciones, lealtades o actitudes de nacionalismo y participación.” Sobre lo segundo, la incapacidad de transformar el orden económico, es producto de las dificultades en la difusión del progreso científico y técnico por el territorio nacional, sostiene el autor, conllevando la organización de espacios donde se afina lo moderno-industrial, Lima y la costa serían sus representantes, mientras que lo agrícola-tradicional está asentado en la provincia y en la sierra (33).

Internamente Lima aparece como la metrópoli y la provincia como la periferia, repitiéndose el fenómeno de dominación externa. Las regiones no se desarrollan, ni interrelacionan, ni complementan. Este es el caso, por ejemplo, de los diversos sectores de la producción que aparecen desarticulados, pues cada actividad económica tiene su propio ritmo y sentido, casi sin enlace con las otras (Matos 1969, 35).

Aspectos contenidos en la obra de intelectuales y políticos positivistas como Francisco García Calderón, pero también los que mostraban una afiliación al pensamiento marxista o indoamericano, por ejemplo Mariátegui y Haya de la Torre, señalaron justamente estas dualidades al interior del país, cuya existencia impedían el logro del estado moderno. Teoría de la modernización muy presente en los análisis realizados por Matos, y algunas concepciones evolucionistas llegaron a ser referentes muy utilizados por el autor con la finalidad de sustentar sus conclusiones sobre el Perú.

2. El esplendor de la sociología funcionalista

“La mecánica de la dominación interna y el cambio social en el Perú” (1969) escrito por Julio Cotler es otro de los trabajos contenidos en *Perú Problema. Cinco ensayos*, quizá el más demostrativo de la influencia que el funcionalismo alcanzó entre los integrantes del IEP. Sobre la formación profesional de Julio Cotler, diré que había obtenido el grado de bachiller en letras con especialización en etnología por la Universidad de San Marcos en 1957, para luego hacer un doctorado en sociología en la Universidad de Burdeos, Francia, bajo la dirección académica del que fue considerado un destacado peruanista, François Bourricaud, programa que culminó en 1960.

Una vez graduado de doctor en sociología, trabajó en el prestigioso Centro de Estudios del Desarrollo, CENDES, de la Universidad Central de Venezuela en Caracas, para entre 1964 y 1965 ser investigador visitante del *Center for International Affairs* del *Massachusetts Institute of Technology* en Cambridge, Estados Unidos. Después de estas experiencias en el extranjero es que regresa al Perú, donde se integró como investigador al IEP y docente en la Universidad de San Marcos (Cueto 2011, 2). Distintos estudiosos coinciden en que la formación adquirida por Cotler durante estos años, estuvo basada en una perspectiva estructural funcionalista y para alcanzar dicha conclusión, observan la cercanía que mantuvo desde muy temprano con quien fuera su mentor intelectual, Bourricaud, más los estrechos vínculos profesionales que desde el inicio de sus actividades laborales estableció con José Matos Mar.

Sobre el primero, solo decir que fue un profesor francés de cuya adhesión a Talcott Parsons e importancia para la organización de la sociología en el Perú ya se habló en el capítulo anterior, mientras que del segundo ya hemos revisado partes de su trabajo en páginas anteriores. De igual manera, durante su estancia en el MIT tuvo un acercamiento decisivo al funcionalismo, cuando conoció una disciplina como la ciencia política justo en los momentos en que la teoría de la modernización, se había implantado como eje directriz de los estudios políticos y sociales en la academia estadounidense. (Ríos 2011, 238, Reñique 2012, I).

La mecánica de la dominación fue publicado por primera vez en 1968 y desde sus inicios, Julio Cotler adelanta una mordaz crítica a quienes ven el Perú basándose únicamente en el dualismo estructural como lo había hecho, por ejemplo, el Instituto Nacional de Planificación en su *Informe sobre la situación económica y social del*

Perú 1963-1964. Estas son lecturas e interpretaciones que simplifican el análisis de la sociedad peruana, considera el autor, pues transmiten un conjunto de ideas que presentan un país desintegrado en lo nacional, desarticulado en lo económico, con sectores sociales y étnicos marginados de las actividades del estado.

Mientras tanto, en la sierra se mantienen quienes están inmersos en la tradición, sin muchas perspectivas de desarrollo endógeno y población indígena en su mayor parte, en síntesis el subdesarrollo diría aquel informe, mientras que en la costa se desenvuelve el país moderno, occidentalizado, integrado por cosmopolitas personajes, una economía más productiva e integrada al mercado internacional. Entonces afirma que en distintos medios académicos y políticos:

se encuentra bastante generalizada la imagen que el país presenta dos versiones sociales muy diferentes y simultáneas, o, para decirlo de otra manera, que la sociedad se caracteriza por su dualismo estructural. Esta imagen, ampliamente difundida, se basa en los contrastes socioculturales [y económicos] que se observan básicamente al nivel de la costa y de la sierra, las dos "regiones" de mayor importancia del país (Cotler 1969, 145-146).

El Perú no puede ser explicado con las tesis formuladas desde el dualismo estructural propio de las sociedades en transición, argumenta Julio Cotler, por eso es preferible ver los roles que juegan los actores en las relaciones de distinto tipo que se han ido construyendo desde la época colonial, sin perder de vista las instituciones políticas que han persistido hasta la actualidad. Para ello recurre a la por entonces novedosa teoría del colonialismo interno en América Latina, formulada en México en 1963 por los científicos sociales Rodolfo Stavenhagen y Pablo Gonzáles Casanova, cuyos textos fundacionales se constituyeron en objeto de estudio y dieron lugar a un amplio debate en la región.

Tomando parte de lo contenido en la teoría del colonialismo interno, la cual por ejemplo consideró que es la reproducción a escala local de ese proceso que se inició en el siglo XVI, el primer colonialismo, y que ha beneficiado dentro del sistema económico internacional a los denominados países desarrollados. Proceso que da forma a un sistema que sobre todo involucra la extracción de recursos naturales, en los denominados países subdesarrollados. Estos últimos son los mismos que en otros momentos de su historia fueron territorios coloniales, con lo cual es posible mantener y reproducirse el hecho que:

Los estados de origen colonial e imperialista y sus clases dominantes rehacen y conservan las relaciones coloniales con las minorías y las etnias colonizadas que se encuentran en el interior de sus fronteras políticas. El fenómeno se repite una y otra

vez después de la caída de los imperios y de la independencia política de los estados-nación, con variantes que dependen de la correlación de fuerzas de los antiguos habitantes colonizados y colonizadores en los estados que lograron la independencia (Gonzales Casanova 2006, 416).

En el caso peruano, el colonialismo interno se manifestaba en que la sierra, anteriormente definida como marginal por las tesis dualistas, participa de manera activa en el orden establecido pero desde una posición muy desfavorable para los intereses de quienes la habitan, puesto que les han cortado las oportunidades para acceder a los recursos que la sociedad en su conjunto posee. Ha sido marginada por unos términos de intercambio económico y social que la perjudica, llevando a que se constituya en una de las zonas subdesarrolladas del país puesto que ha sido explotada internamente por las zonas desarrolladas, en particular Lima y algunas ciudades de la costa. Es así que la dominación interna vendría a ser producto de un conjunto de factores de tipo endógeno, relaciones económicas, sociales, étnicas y políticas que el autor propuso encontrar a partir de un minucioso trabajo de carácter etnográfico, y donde de manera previa adelantó una diferenciación metodológica entre fuentes primarias y secundarias.

Pero el estudioso que trabajo en este acápite, muy rápido abandona el horizonte teórico del colonialismo interno y páginas más adelante del mismo ensayo, retoma las teorías estructural-funcionalistas para así adelantar sus explicaciones del país. Lo digo pues si bien es cierto en el primer acápite, titulado “Indios y mestizos”, Julio Cotler arremetió contra aquellas lecturas que ven una profunda separación entre ambos grupos étnicos, y critica las naturales diferencias que el dualismo estableció a partir del idioma que hablan sus integrantes, el lugar donde residen, los bienes que consumen o diferencias funcionales como el trabajo que realizan y el grado de educación alcanzado, también hace notar las desigualdades existentes sobre todo al interior del grupo mestizo, basadas en lo que él denomina gradaciones sociales.

De manera muy funcionalista estableció que a su interior se encuentran diferencias que pueden ser de clase, educativas, ocupacionales, de ingreso o por el lugar donde viven, pero a pesar de que estas variables e indicadores muestran lo heterogéneo de su situación, si algo unifica al grupo mestizo es la dominación ejercida de manera casi natural sobre el indio. Bueno, a este último se le había definido como un grupo étnico muy numeroso y diseminado en los territorios de 5 departamentos en la sierra del Perú, formando la extensa “mancha india” con distintas sociedades que

habían sufrido en todo su rigor el dominio colonial. En la fase final del oligárquico sistema de dominación, el autor identifica dos grandes diferencias al interior del grupo indio y, según su parecer, solo puede ser campesino-comunero o colono y como narra en páginas posteriores, el segundo llevó la peor parte dentro de un sistema que excluía por distintos medios a la casi totalidad de la población india (Cotler 1969, 153). Una serie de evidencias estadísticas con sus respectivos índices e indicadores, muestran los mecanismos de la exclusión social política y económica de la población indígena.

Además, el régimen hacendatario se mantenía en la sierra donde el patrón domina utilizando al mestizo, quien se encarga de administrar la población indígena además de ocupar puestos intermedios en la administración pública. El sistema electoral que no le permite tener una mayor representación política al indio, el idioma oficial implanta el monolingüismo y la república muestra como importantes logros, los avances en la castellanización de los pueblos originarios durante lo transcurrido del siglo. El analfabetismo en español es mayor entre los indígenas quechuas y aimaras que habitan en las zonas rurales, trayendo consigo bajísimos niveles de educación para los integrantes de aquellos pueblos y, en consecuencia, se profundiza la discriminación interior.

Por último sólo votan los alfabetos, favoreciendo aún más el dominio de la población mestiza entre los puestos de elección popular, además de las asignadas para ocuparse en las instancias que formaban parte de los distintos poderes del estado oligárquico. Una primera conclusión de Julio Cotler sería que la implacable presencia de un centenario sistema de dominación, basado en el despojo de los recursos institucionales que se debieron compartir con las poblaciones indígenas, lo cual ha conllevado también la formación de un tipo de subjetividad y física social que refuerza el orden establecido, la naturalización de un orden interior cuyo carácter es la desigualdad producto de que:

Dadas las condiciones estructurales y normativas de dependencia en que colonos y comuneros se encuentran frente al mestizo, se configura al nivel de su personalidad rasgos de fatalismo, de abulia política y de incapacidad para modificar dicha situación, ya que los designios de los mestizos aparecen como incontrolables, percepción que se manifiesta en un comportamiento "servil", general, por otro lado, de los grupos subordinados (Cotler 1969, 162).

El Perú tiene entonces las características que lo mantiene en el subdesarrollo, por eso no duda en presentar una alternativa que demanda la presencia de la nación, unificada por el apoyo que debería prestar al estado en las tareas de alentar el

advenimiento de la modernidad. Aquí es donde el trabajo de Julio Cotler termina acercándose a las lecturas dualistas de la realidad interior, aunque ya dije que inicialmente propuso un distanciamiento con el marco teórico y metodológico proveído por el funcionalismo. En primera instancia, sugiere que se necesita un “movimiento masivo que abogue por un desarrollo económico nacional, [...] con una redistribución del ingreso y de la riqueza a esa escala, y que al mismo tiempo procure nacionalizar el gobierno, otorgándole los recursos necesarios para ejercer el control del desarrollo industrial y agrícola referido al bienestar general” (175).

Integrados o marginales, quienes actúan en comunidad y los carentes de un mínimo de organización, los que actúan por acción prescriptiva o electiva, los indios y los mestizos, todos ellos son grupos de referencia dentro de la investigación, y los que ahora aparecen motivados por orientaciones valorativas. Por ejemplo, los integrados serían los obreros de productos manufacturados, mineros y agricultores articulados a la economía de exportación y con altos niveles de organización social y política. De igual manera, los cada vez más numerosos empleados públicos y privados, a quienes se les sumaban los profesionales para así darle forma a las nuevas clases medias caracterizadas también por su buen grado de politización.

El mercado interno unifica a estos últimos a través del consumo, por aquel entonces segmentado y con cada vez mayores niveles de protección. Todos estos sectores gozan de acceso al voto y tienen medios de representación, cosas de las que no disfrutaban a quienes llama masa rural no organizada y donde la mayoría es la población indígena. Más adelante denomina a este proceso como incorporación segmentaria (Cotler 1969, 173). Al mismo tiempo, mientras que en las zonas urbanas o territorios vinculados al sector externo de la economía comenzaron a mostrar aspectos bastante puntuales de modernidad, las instituciones creadas al amparo de los proyectos modernizador y desarrollista durante el periodo en estudio, en las regiones donde aún predominaba el régimen de hacienda, aquel ha sido instrumentalizado hasta haberlo constituido en un bien privado.

En estas regiones encuentra mecanismos de rigidez del sistema social, debido a la consistencia estadística de los criterios con que se clasifica a la población, por tal razón Cotler constata que “riqueza [...], educación, lugar de residencia, tipo y prestigio ocupacional, ámbito de influencia van asociados” (169), lo cual significa que la correlación funciona para efectos de medir el grado de integración a las partes más elevadas del sistema de dominación, y así se contribuye en la neutralización de los

participantes en el mismo. Mientras que producto de mantenerse con los más bajos niveles educativos, habitar en las zonas rurales, solamente hablar quechua y ser analfabetos, además de poseer muy poco o nada de tierra y contar con un ámbito de influencia limitado a los familiares le condiciona a los indios, así los llama, su existencia en medio de la pobreza más repudiable (Ibíd.).

En lo que resta del ensayo, el autor se dedica a un análisis de lo que denomina clientela burocrática, los partidos políticos, los marginados urbanos y su relación con el estado, la ruralización urbana y la urbanización rural más la serranización de la costa, para culminar con una revista del cada vez más visible y discutido proceso de cholificación en el país. A la lectura de este proceso quisiera dedicarle un espacio, pues considero que el autor participó de manera muy temprana en un tema cuyo debate posteriormente se generalizó en las ciencias sociales y, lo mejor de todo, continúa como una demostración que lo cholo sigue reformulando su existencia de manera muy dinámica y en permanente adecuación al entorno local y global.

En la actualidad está casi plenamente aceptado que en lo andino radica parte importante del origen urbano de lo cholo en el Perú, pero es importante reconocer que algunos antecedentes en su formación están contenidos en el proceso que Cotler denominó ruralización urbana. En este concepto quedó incorporado el rol de las comunidades campesinas en la formación de los nuevos barrios populares urbanos, pues aquellas fueron:

fuentes de identificación social para los migrantes, observándose así que en las barriadas se recrean las formas de reciprocidad tradicionales, de trabajo cooperativo y de fiestas, que se traducen en un esfuerzo de la solidaridad regional y comunal original, manifiesto también en la participación de las "asociaciones" regionales y locales provincianas con residencia en Lima (1969, 179).²¹

A ello habría que sumarle la relación que se empieza a construir entre el migrante y las anteriores clases populares limeñas, donde predominaba el grupo criollo y su citadina tradición laboral, ya sea como obrero integrante de lo que después fue conocido como sector informal urbano. Clases populares que igualmente tuvieron la presencia de los nuevos ciudadanos peruanos, ahora de origen chino o japonés por ejemplo, quienes se sumaron a los migrantes internos de épocas anteriores y las comunidades afroperuanas establecidas en las ciudades desde la época colonial. Sin

21. Cotler aquí refiere el trabajo de W. Mangin, "Clubes de Provincianos en Lima", en *Estudios sobre la Cultura actual del Perú* (Lima: Universidad de San Marcos, 1964).

ánimo de profundizar en este tema, por ahora, puedo decir que en estos acercamientos y fusiones sin límites de rol, clase o raza, la multiculturalidad en las bases de lo que estaba surgiendo es lo que a mi modo de ver ha garantizado la actual fortaleza de la “choledad”.²²

Lo pionero del trabajo de Julio Cotler radica también en haber constatado la serranización de la costa, ¿podría decirse la cholificación? dándole significancia al campo de la cultura pues es allí donde se constata la convivencia del amplio mundo quechua en los medios de comunicación, emisoras y programas de radio en este idioma, con aspectos de la cultura criolla vía la presencia de los géneros musicales que ambos grupos promueven. En todo caso, el autor nuevamente incorpora variables de análisis inscritos en la teoría funcionalista, cambios en la estratificación social a pesar de las rigideces que caracterizan la sociedad peruana o las alteraciones en la línea de casta, por ejemplo, para darle sustento a la cholificación en marcha:

Como resultado de la confluencia de la ruralización urbana y de la urbanización rural, se observa en la mancha indígena un cambio en las modalidades de la estratificación social que pone el acento en un proceso de liquidación de la línea de casta. Estas nuevas formas de estratificación social proceden en la mancha indígena a través del fenómeno de la "cholificación" (182)

Un factor al cual Cotler siempre referencia en sus distintos trabajos es el idioma. En este caso, la castellanización de los indígenas favorece ser parte del grupo cholo, con su aprendizaje aquellos se alfabetizan y elevan sus posibilidades en un contexto de gran movilidad social. Es un momento de transición y la incertidumbre en el naciente sujeto no podía ausentarse, debido a que el cholo vive una situación incongruente puesto que “mantiene rasgos indígenas y ha adoptado algunos mestizos, otorgándoles a todos ellos un nuevo contenido, aún no definido”. Vive una realidad donde por cuestiones étnicas y raciales es indígena, pero por estatus medido en actividad laboral e ingresos se acerca al mestizo, a la vez que inicia el distanciamiento con los referentes culturales de sus comunidades de origen. Se inserta en los espacios laborales que la formación capitalista del país va creando, informales como también se vendrían a conocer años después a la mayor parte de ellos, a la vez que incrementa su presencia en la política de la mancha india, en medio de la movilización social y campesina de la década del sesenta (183).

22. Afortunado neologismo formulado por el sociólogo peruano Guillermo Nugent.

Podría afirmarse que Cotler ve en el proceso de cholificación, una posibilidad frente al orden y sistema de dominación que los mestizos habían contribuido a mantener, sobre todo en las zonas rurales donde los indígenas son mayoría. Considera que su ascenso le permite al grupo cholo desafiar el rol de intermediarios entre el poder central y los espacios locales, que los mestizos adquirieron en el periodo colonial. De igual manera, los criollos cuya existencia se validaba por los vínculos construidos con la oligarquía, empiezan a ver una amenaza para su dominio basado en la propiedad de la hacienda, lo cual condiciona su decisión de migrar a las ciudades capital de departamento o venirse para Lima, ciudad donde siempre tendrán la posibilidad de encontrar al jefe de la red clientelar a la que pertenecen (Cotler 1969, 186).

El Perú estaba pasando por una profunda transformación a fines de la década del sesenta. Aquella se manifestaba en la emergencia del grupo cholo en la mancha indígena y el nuevo proletariado urbano en las ciudades, lo cual se relacionaba con la pérdida de relevancia del sector mestizo en la política local y nacional, junto a la desestructuración de lo que denomina clivajes sociales, culturales, económicos y políticos. Las diferencias basadas en cuestiones de carácter étnico estaban cediendo su lugar a otro tipo de diferenciación, donde el factor clase social lo iba reemplazando y por eso la confrontación se trasladaba a un plano más de carácter político.

Se vivía entonces una crisis de grandes proporciones y estaba próxima a agravarse, si es que no se adelantaba un nuevo pacto social y político que permitiera la inclusión de los sectores sociales ya mencionados, argumentaba este autor. Había que desprivatizar el poder lo cual suponía que el estado pasara a ser un bien público, además terminar con la neutralización para así facilitar la presencia del campesinado indígena en la vida política del país. Por eso Cotler consideró que la crisis podría resolverse a partir de un conjunto de demandas procedente de los actores sociales y políticos más relevantes, la nacionalización de la sociedad peruana por ejemplo, lo cual suponía “desechar el consenso basado sobre criterios de dominación para establecer otro sobre la base de la participación ciudadana de los diferentes sectores de la sociedad” (1969, 188). En términos más contemporáneos y cercanos a la ciencia política, se trataba de construir una auténtica democracia liberal.

Estos vínculos teóricos que Julio Cotler construyó con el funcionalismo, es posible de encontrar en otro de sus trabajos al cual tituló “Actuales pautas de cambio en la sociedad rural del Perú” (1969a). Aquí se reiteran algunas ideas y conclusiones presentes en el ensayo anterior, pues profundiza en aquella dicotómica visión de un

país donde se tiene la presencia de sectores sociales y económicos, cuyas condiciones de vida y capacidades económicas hacen posible la existencia de regiones con semejanzas al mundo moderno mientras que otras, la mencionada mancha india o indígena por ejemplo, se mantendría más cercana al mundo tradicional a pesar de los reconocidos cambios y avances que habían logrado en años anteriores.

Lo moderno estaba ubicado en la costa norte y central a la cual se le sumaría la sierra centro, lugares donde más se ha avanzado en la implantación de actividades económicas de carácter capitalista, y en consecuencia han tenido las condiciones para propagar aspectos del mundo moderno. Ambas regiones concentran actividades productivas basadas en la extracción o producción de materias primas cuyo destino es el mercado internacional, y por lo tanto se han constituido en “verdaderos enclaves del sistema de dependencia externa [...] controlados en la producción y/o en la comercialización por capitales extranjeros”. En ellas también se cuenta con una mayor productividad relacionada al uso intensivo de tecnología de punta, un sistema de comunicaciones donde la radio y la televisión son sus puntales, un nivel cada vez menor de analfabetismo, además de una mayor división del trabajo y organización sindical de la clase trabajadora (Cotler 1969a, 60).

En la sierra, excepción hecha de los territorios donde se asentó la minería de exportación, la situación fue algo diferente pues los propietarios de la tierra sostenían un régimen de producción realmente anacrónico, frente a las dinámicas de cambio social, económico y político que estaban presentándose dentro del país. Los terratenientes habían devenido ahora en un obstáculo al desarrollo, pues solo se habían dedicado a la producción agropecuaria, la cual adelantaban en “forma extensiva, mediante técnicas arcaicas y relaciones sociales "feudales", es decir propias del sistema colonial, que no favorecen la formación de nuevos sectores o capas sociales” (61). Esto conllevaba la permanencia de la tradición, la cual se hacía notar en el predominio de pueblos y ciudades muy pequeñas, la escasa diversificación socio-ocupacional, un mínimo desarrollo tecnológico y obviamente una baja productividad. Además no contaba con medios o un sistema de comunicaciones que le permitiera relacionarse con el resto del país y, por último, contaba con un elevado grado de analfabetismo (63).

Las condiciones presentes en las regiones mencionadas líneas arriba, argumenta Cotler, han llevado a la formación de nuevos sectores dentro de la sociedad peruana, los cuales fundamentan y regulan su comportamiento en valores e

instituciones surgidas al calor de la urbanización y renovados mecanismos de participación política. La sierra donde domina la tradición no goza de estos beneficios, sino que algunas condiciones pueden agravarse si no se toman decisiones políticas que cambien el orden existente. Por ejemplo, los habitantes de la sierra sur no cuentan con alternativas de “existencia y comportamiento” dirigidas a transformar su situación. El carácter adscriptivo de sus formas de vida y cultura, condiciona y refuerza esa especie de fatalismo conducente a que busquen la adecuación “a los patrones de existencia propuestos por aquellos que controlan los recursos claves de la región”, en este caso la tierra y la educación (Cotler 1969a, 62).

La tradición también se mantiene en un tipo de relaciones sociales entre dominadores y dominados, que permiten el funcionamiento del sistema a partir del verticalismo con el que ha sido organizado. Aquellas se dan en un sistema cerrado donde la masa “sojuzgada y desorganizada” no se relaciona entre sí ni con actores externos al grupo que pertenecen, sino más bien tiene como única opción el relacionamiento con quien domina (65). El control del poder local se mantiene en manos de los propietarios, terratenientes y hacendados, quienes utilizan a sus intermediarios sean parientes o allegados en la administración de sus negocios, pero también en el control de los indígenas y de sus capacidades para adelantar la transformación que el autor demanda.

Pero hay signos de cambio pues la desintegración del sistema social basado en las tradiciones es ya por entonces muy evidente, pues la modernización de todas maneras ha irrumpido, desestructurando las bases donde la tradición se sustenta. Por último, este proceso no es producto de condiciones internas sino de los mayores vínculos que todas estas regiones han construido con el exterior, así lo exterior se ubique en el país objeto de análisis:

En la sierra la transformación, que es relativamente reciente, ha seguido una secuencia que se inicia por la inserción de instituciones y valores nuevos provenientes de las regiones de modernización, favoreciendo la modificación de las formas de estratificación. [...] La articulación que se observa en la sierra implica una transformación que afecta la existencia del sistema tradicional y por ende del país, en la medida que, [...], el poder nacional existente descansa sobre la marginación de la masa campesina, especialmente indígena (Cotler 1969a, 79).

En relación a esto último, quisiera retomar lo que de manera tan acertada ha señalado Edgardo Lander, quien considero el hecho de que en importantes sectores de la intelectualidad latinoamericana, ciertos principios liberales adquirieron la categoría

de dogmas, por ejemplo las ideas de progreso y desarrollo o el binomio atraso-modernización, con lo cual se abandonaba “la especificidad de la realidad estudiada” En tal sentido y más aún con el advenimiento de la llamada sociología de la modernización, en América Latina se impusieron temas de investigación y de debate incuestionables, llevando a que las ciencias sociales en general empezaran su accionar con una demarcación de los campos disciplinares y sus correspondientes regímenes de verdad (1999, 46).

Para cerrar este capítulo, quisiera decir que de los trabajos producidos por caracterizados miembros del Instituto de Estudios Peruanos, a pesar de los argumentos teóricos y metodológicos que pretenden validarlos como muy originales al considerárseles pertenecientes a una nueva forma de leer e interpretar al país, serían una aplicación de las teorías y los métodos elaborados por los el fundador y los seguidores del funcionalismo. Por eso se debe recordar al sociólogo estadounidense Talcott Parsons, quien además de haber sido aceptado y ampliamente difundido por buena parte de los académicos en dicho país, también tuvo a escala local y regional una muy buena aceptación debido a los vínculos que se construyeron entre académicos de ambas regiones.

Los libros y ensayos escritos por José Matos Mar y Julio Cotler expresan una forma de analizar la sociedad, con la intensiva utilización de principios ya por entonces muy cuestionables, y por eso sus trabajos muestran una adhesión diríamos casi incondicional, a la teoría y método constituidos en dominantes al interior de las disciplinas que asumieron la tarea de estudiar las sociedades en su muy particular contexto, pero con teorías de alcance universal, antropología y sociología en nuestro caso. El análisis de los trabajos citados en los primeros acápite, me inducen a inferir que el funcionalismo condicionó que ambos autores alcanzaran las conclusiones ya señaladas, con el uso de conceptos cuyas definiciones no escapan a las dualidades que él funcionalismo estableció. Por ejemplo, la dualidad sociedad moderna versus sociedad tradicional, algunas de cuyas diferencias fueron mencionadas a lo largo del capítulo.

Conclusiones

Inicio esta sección, diciendo que a lo largo del primer capítulo se revisaron una serie de temas importantes para los objetivos del trabajo, los cuales justamente se debatieron con mucha intensidad a inicios de siglo. Lo primero que hice fue explorar cómo desde el discurso se buscó legitimar la educación en tanto medio para transformar mientras que, en segundo lugar, visibilizaba un conjunto de decisiones política dirigidas a la organización de un sistema público de educación, bastante limitado en sus alcances, pero igualmente comprometido con la difusión del conocimiento científico, la regeneración moral de la sociedad y la formación de la nación.

En tercer lugar, fue hacer notar la legitimidad adquirida por el deseo de contar a nivel local con instituciones constituidas en depositarias del saber universal, el mismo que no eran otra cosa que el pensamiento político y social más las primeras formas de análisis basados en las ciencias sociales como productos procedentes de Europa Occidental. Instituciones que ya se ha visto, pasaron a ser los lugares donde se formaban los profesionales en determinados y específicos campos del saber, los cuales terminaron siendo administradores y (re)productores a escala local, de la mismas ciencias y pensamiento recibidas en la universidad. Por último, fue constatar cómo el tema de la raza fue ya incluido de manera sistemática en los debates académicos y políticos.

De lo analizado en el capítulo, puedo afirmar que la temprana aceptación del moderno pensamiento político y social, se explica por la relación que académicos y políticos establecieron con un proyecto medianamente exitoso en el país, en este caso el proyecto de estado-nación en medio de un orden político exclusionario regentado por la oligarquía peruana. Un elemento unificador en la mayor parte de estos primeros análisis, reflejo ineludible de lo que iba sucediendo a escala global, fue proponer la necesidad de superar todo aquello que representaba o estaba inscrito en el pasado. Lo hasta ese momento inamovible y poco propenso al cambio fue relacionado con el periodo que finalizaba, y así se justificó el cuestionamiento de las instituciones y propuestas que ya no respondían al signo de los tiempos.

A manera de justificar este accionar, solo diré que las propuestas ideológicas conducentes a la organización del estado peruano entre 1830 y 1895, aquellas que se

identificaron con el republicanismo, ya sea unitario o federalista, cada uno a su vez relacionado con el conservadurismo y el liberalismo, pocos éxitos tuvieron en alcanzar un diseño institucional que respondiera a los ideales y objetivos elaborados por sus seguidores. Algo similar se presentó entre liberales y proteccionistas en el campo de la economía, cuyas pugnas teóricas y políticas no contribuyeron en aquel momento a definir una organización económica que fuera distinta a la procedente de la época colonial. Pero finalizando el siglo, en el campo de las ideas se empezó a generalizar la reafirmación de las certezas, ante la incertidumbre generada por la llegada de lo que se consideró el advenimiento de una época de cambios. Por supuesto, no estoy refiriendo el lugar común del mesianismo finisecular.

Claro, aquí es importante mencionar que el debate teórico y la discusión política, habían empezado su renovación con las ideas procedentes de escuelas y doctrinas concebidas en su lugar de origen como científicas, las cuales lograron legitimarse a escala local por sus aportes a la consolidación de la modernidad en Occidente. El caso del Perú no fue muy distinto a lo sucedido en la mayoría de países latinoamericanos, pues con la recepción de un renovado pensamiento que condensaba lo científico en el estudio de lo social más las nuevas propuestas políticas, intelectuales y administradores del estado pudieron tener la base ideológica con la cual darle forma a un proyecto, cuyo objetivo principal fue la definitiva transformación del país.

Como quise hacer notar en el primer capítulo, a inicios del siglo XX se evidenció la influencia del occidentalismo en las formas de leer y describir el Perú, condicionando entre los seguidores locales una nueva forma de entender su contemporaneidad. Dicha ideología estuvo contenida, además, en un modelo de ingeniería social y política cuya implementación ayudaría a superar la tradición de manera definitiva. Matizando un poco, es posible mencionar que la tradición dentro del proyecto podía considerársela un aporte en la construcción del nuevo orden, más nunca fue algo central dentro de las propuestas. Por último, la tradición y algunos de sus elementos constitutivos, el mestizo en el mejor de los casos, fueron aceptados mientras contribuyeran al proyecto de modernizar el país vía su completa subalternización.

Auspiciado por los integrantes tanto de los medios decisores de política como a las primeras formas institucionalizadas en la producción de conocimiento, hubo una voluntad bastante seria por aportar al diagnóstico del país pero, a la vez, elaborar proyectos dirigidos a transformarlo. Se ha visto que en las primeras tres décadas del

siglo pasado, quedó constituido un grupo de gobernantes, pensadores y académicos que no solo mostraron su preocupación por el país durante los momentos más exitosos del estado oligárquico, sino que se abocaron al logro de la modernidad proponiendo políticas que comprendieron distintos temas-problemas.

Una de aquellas se orientó a la solución del que hasta el día de hoy aparece como un problema irresuelto, a pesar del tiempo transcurrido y las inversiones realizadas. Iniciando el siglo XX, vimos que a su interior se impuso la idea de acceder a la ciencia en sus distintas expresiones, y para ello quedó establecida la necesidad de contar con un sistema educativo de carácter público en distintos niveles, desde la básica hasta la superior. La reforma de la educación debería involucrar no solo a sectores de la sociedad que permanecían por fuera del sistema, sino también que los educandos de manera irremediable permanecerían anclados en el pasado, a raíz de los tradicionales contenidos que se iban transmitiendo y los métodos con que se enseñaba.

Además, la educación ya reformada debía contribuir a la nacionalización de la sociedad, y así se justificaron los cambios realizados durante las presidencias de Eduardo López de Romaña y Manuel Pardo, a quienes se les sumó Manuel Vicente Villarán desde el campo de la pedagogía positivista, pero también como ministro de educación durante la segunda presidencia de Augusto B. Leguía. Emanados del pensamiento con el cual elaboraron sus propuestas, los objetivos que académicos y políticos alentaron con estas primeras formas de políticas públicas, llevo a que se pusieran en marcha las primeras medidas dirigidas a transformar la educación, donde volverla más acorde a los tiempos se constituyó en una necesidad impostergable.

Por tales razones es que durante el gobierno de López de Romaña se importó primero el modelo francés en 1901 y luego el inglés en 1904, para con ellos darle sentido al proyecto por medio de una nueva pedagogía a la educación básica y superior. En relación a esta última, durante ambos gobiernos también se tuvo la fundación de nuevas carreras o la reapertura de instituciones públicas de educación superior o técnica, pero que de manera previa adelantaron los correspondientes cambios en sus contenidos.

Una conclusión a destacar está relacionada con la mayor presencia del estado en la sociedad vía la implementación de lo que consideraríamos una forma temprana de política pública, donde se pudo ver una la fundación o reorganización de distintas instituciones de educación básica y superior. Todo esto con el objetivo de ir sentando las bases para que el país en su conjunto, diera los primeros pasos en alcanzar el

objetivo principal que muy pocos negaban, a pesar de las supuestas diferencias ideológicas que pudieron existir entre ellos.

Principios muy similares estuvieron presentes en los distintos proyectos políticos y académicos liderados por actores involucrados en la conducción del estado, estoy hablando del oligárquico y uno de sus intelectuales positivistas más destacados como lo fue Francisco García Calderón. Así es que puedo concluir que a inicios del siglo XX se tuvo en el Perú un ambiente donde un importante número de intelectuales, se dedicaron a leer el país con los principios procedentes del racionalismo, pues al sostener la ciencia como fundamento y el progreso como objetivo, no hacían más que mostrar la influencia que había alcanzado la epistemología del occidentalismo en sus distintas expresiones.

Es lo que nos induce a plantear que el pensamiento social y político de la época, en su autocontenida diversidad claro está, estuvo fuertemente influido por las teorías, el método y la doctrina dominantes. Aquí es necesario recalcar que el positivismo desde sus orígenes se relacionó ideológicamente con el progreso por medio de la industrialización, lo cual lleva a que sea no sólo un método de investigación sino que fue asumida también como una doctrina. Esto hace pensar que como producto contenido en una ideología de mayor alcance, otorgó la seguridad necesaria para iniciar el camino transformador, sin importar demasiado las reales condiciones en términos materiales y culturales en que se desenvolvía la mayor parte de la población.

Son estas las razones que inducen a pensar en que importantes sectores de la oligarquía le apostaron a la transformación de la realidad nacional de manera muy similar a como se había hecho en Europa o en Norteamérica. Se apoyaron en los principios ideológicos considerados como los más avanzados y propugnaron el modelo hegemónico de aquel entonces. Pensaron en la posibilidad de transformar economía, política y sociedad apoyando los elementos dinamizadores que la nueva época trajo consigo para la Europa del siglo XIX. Mejoramiento de las razas, trabajo racional y educación científica contribuirían a cambiar las mentes y los cuerpos de las personas con las que compartían el territorio, tratando de imponer la nueva subjetividad que la misión civilizatoria demandaba.

A pesar de las diferencias ideológicas entre pensadores y políticos, liberales o conservadores la mayor parte de ellos, visualizaron similares impedimentos para el logro de uno de los bienes más deseados, la nación en el Perú. Una de las limitaciones más expuestas y quise destacar en el capítulo, fue el tema-problema de la diversidad

racial, así formulado en los términos por quienes participaron en el debate. Las supuestas razas pasaron a ser vistas como partes de un problema que impedía la nacionalización del país, y en consecuencia se planteó resolverlo para así avanzar con mayor determinación en el camino trazado por estos primeros seguidores del proyecto moderno dentro del país.

Los estudios y propuestas adelantados por los pensadores de la oligarquía en relación al problema de las razas, se hicieron primero con criterios abiertamente evolucionistas y jerarquizantes, constituyéndose en muestras muy fieles de ideas y políticas agravantes en la racialización de la diferencia. Así es que escritores tipo Edwin Elmore no tuvieron ningún empacho en proclamar de manera abierta, su aversión a quienes eran integrantes de quienes él consideró razas decadentes, indios y negros según el racializado lenguaje de la clasificación y la diferencia que enarboló. O que un académico de mucho prestigio en el interior del círculo oligárquico, refiero a Javier Prado, haya propuesto una política dirigida a mejorar la raza peruana por medio de la importación de seres humanos que debían reunir cualidades, como el ser fuertes y vigorosos a lo que sumarían su natural tendencia a practicar la libertad o trabajar sin descanso. Nada menos que un proyecto eugenésico para el Perú.

Puedo afirmar que el estado y la nación fueron definidos según los occidentalizados criterios de los intelectuales del periodo oligárquico, con lo cual las históricas diferencias de género, raza y clase en el interior de un estado monocultural y uninacional lograron sostenerse, a pesar de los discursos y las acciones por reducirlas. Esto ayuda a entender porque algunas vertientes dentro de la historia ya constituida en disciplina sirvieron para legitimar ideas básicas sobre la nación, y que por su carácter integrador fueron incorporadas en la organización de una nueva institucionalidad para el Perú. Los proyectos basados en la historiografía nacionalista de la elite oligárquica pretendieron la formación de una comunidad nacional limitada, como una necesidad impostergable pero sus concepciones ideológicas y prácticas políticas exclusionarias, no les favorecieron en su proyecto. Su pesimismo tendió a agravarse, sobre todo cuando se encontraron con supuestas razas cuyo aporte al proyecto nacional era nulo.

Así es posible señalar que desde ciertos sectores de la academia y la política en tanto acción estatal, se pensó en un tipo de identidad que negaba la presencia o aportes de aquellos que habían pasado a denominarse las fuerzas de la nación. Se continuó con la subalternización de partes importantes de las poblaciones contenidas en el extenso

territorio del actual Perú, y con esta perspectiva a cuestas, los primeros estudiosos del pasado y los dirigentes políticos consideraron que la nación podría encontrarse, además reproducirse, desde los espacios en que se pensaba y producía la política, la economía, la sociedad y la cultura. Es decir, en aquellos lugares que dentro del país y durante las primeras décadas del siglo pasado, se integraron de manera bastante acelerada a un mundo en transformación.

Puedo entonces afirmar que las ideas y principios del nacionalismo de elite empezaron a utilizarse de manera bastante intensa, los cuales terminaron fundidas en símbolos tan poco afianzados en la realidad hacia la que se dirigían, tan distantes quizá de los conceptos y definiciones de nación y ciudadanía que manejaban sus destinatarios. Una consecuencia si se quiere perversa de dicha obstinación, fue que durante este primer proyecto de modernización nacionalista, se contribuyó en la naturalización y sostenimiento de un orden interior caracterizado por un tipo de desigualdad históricamente construida. Ahora sabemos que esta última fue producto del proceso con que se organizó el sistema colonial hispanoamericano, y donde resultó muy relevante el estado absolutista en su versión colonial, sobre todo por el papel que desempeñó en el sometimiento de las poblaciones nativas.

Un conjunto de acciones que también estuvieron motivadas por el impulso dado al control de lo espiritual colectivizado aquí reinante, sobre todo en aquellos cuerpos y mentes de quienes en realidad nunca llegaron siquiera a ser súbditos de la corona española. Un tipo de orden estatal que se desarrolló conforme el territorio donde se asienta hoy día el Perú, estuvo participando de manera muy activa en la formación del moderno sistema internacional, junto a una significativa pérdida o destrucción a escala local de lo que el occidentalismo consideraría como los orígenes de una nación: idioma, pasado común, territorio, lugar, religión.

En el capítulo segundo, subrayé la presencia de José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, intelectuales y dirigentes políticos quienes al tiempo que analizaron el país a la luz de teorías y doctrinas ubicadas en un campo opuesto a las que dominaban los integrantes de la oligarquía, el marxismo y el nacional-reformismo, también organizaron partidos revolucionarios con el ánimo de refundar el estado y la sociedad en el Perú. Aquí se tuvo a dos intelectuales y políticos que ubicados en campos políticos antagónicos a los de la oligarquía, llegaron a conclusiones muy similares al considerar la diversidad racial como un factor que poco aporta en el logro de una sociedad nacional.

Fue la continuidad en la utilización de conceptos y definiciones que correlacionaron niveles de modernidad con razas o clases sociales, pues fueron producto de las lecturas que los formaron, lo cual condicionó su presencia en los diagnósticos y explicaciones del país realizadas. Esto igualmente significó constatar su temprana influencia en la formación de un tipo de conocimiento sobre el Perú, con el análisis de las primeras interpretaciones que se elaboraron sobre la sociedad. A mi modo de ver, José Carlos Mariátegui no se diferencia en mucho de pensadores como García Calderón y Haya de la Torre, pues asumió el occidentalismo como el único referente para interpretar y transformar. A pesar de adherir a una ideología que se reclama crítica y revolucionaria, el marxismo, fue posible constatar que igualmente forma parte de una tradición intelectual y política producida en la región del mundo donde se originó tal epistemología. El llamado pensamiento mariateguiano o mariateguista, no vendría a ser sino una importante cantidad de propuestas que se mantuvieron atrapadas en los principios del occidentalismo.

En tal sentido, y a diferencia de lo que en distintos momentos se ha dicho acerca de su obra, concluyo que ésta es producto de una actitud intelectual poco dispuesto a plantear una ruptura ideológica, con la misma tradición en que se había fundado la civilización occidental. Una profunda admiración por la obra de los migrantes sajones en América del Norte, su cultura tan avanzada, la superioridad de la razón socialista y la necesidad de resolver los problemas que se originaban en razas algo corrompidas física y moralmente, son algunos aspectos de las influencias obtenidas en su lectura realmente acrítica del saber científico.

Víctor Raúl Haya de la Torre representa una línea de continuidad en la formación de un tipo de pensamiento que pensó ser local, pero donde finalmente confluyeron fundamentos de la epistemología con que se organizó el saber moderno en el estudio de la sociedad, la economía y la cultura alrededor del mundo. De alguna manera, el contacto establecido con Europa en términos físicos e intelectuales, condicionó una lectura y una propuesta de cambio político integral, donde afirmamos que están plenamente incorporados los elementos teóricos integrantes de aquel tipo de pensamiento que se denominó universal.

Modernización, idea de progreso y culto por lo que occidente ha ido produciendo en diversos sentidos, llevaron a la elaboración de una ideología, el indoamericanismo, contenida en una importante obra de análisis político, económico y social, cuyos aspectos más relevantes fueron analizados en este segundo acápite. A

mi modo de ver, es un conjunto de trabajos caracterizados por su escasa originalidad, admirado principalmente por adherencias de tipo ideológico y por lo que significó el liderazgo de Haya de la Torre dentro de la política nacional por casi 60 años.

En los primeros dos capítulos, pude entonces constatar el uso de conceptos básicos derivados del pensamiento social y político predominante en la época, ambos basados en el positivismo vuelto ya ideología que manejaron los intelectuales oligárquicos, más sus primeras y contestatarias derivaciones como el marxismo y el nacional-reformismo. Los primeros fueron quienes fundamentaron el gobierno de los ilustrados por la razón occidental y la raza de sus ancestros europeos, mientras que el segundo pretendió darle forma a una versión andina del socialismo científico, al tiempo que veía a la población originaria como una raza en decadencia, pero también una civilización capaz de asumir un compromiso histórico regido por la razón socialista. Por último, el indoamericanismo formulado por un intelectual nacional reformista, formado ideológicamente en la tradición liberal de la *London School of Economics* y la *Universidad de Oxford*, y que según su creador se basaba en la ancestralidad de la nación inca pero que terminó organizado como un ideario para las recién constituidas clases medias en el país.

Entonces, lo descrito congregó a intelectuales y políticos de distinta orientación ideológica y política como Francisco García Calderón, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, quienes sin dejar de mencionar la negativa influencia que mantenía la herencia colonial en su vertiente hispánica, por lo demás base de la colonialidad del saber y el poder en América. Puedo afirmar que todos ellos aceptaron los fundamentos epistemológicos del occidentalismo e hicieron su lectura mediada por esta visión del mundo. Durante las primeras tres décadas del siglo XX, aquellas lograron fortalecer su presencia en las instituciones políticas y académicas que el estado en el Perú, estuvo organizando durante la que hemos denominado primera estrategia modernizadora, con la manifiesta voluntad de facilitar el advenimiento de un futuro que además había sido ya visualizado como de orden y progreso.

En relación al tercer capítulo, concluyo que tanto en *Historia del Tahuantisuyu* como *Guano y burguesía en el Perú*, se muestra la misma preocupación por encontrar las causas para la ausencia de una nación en el Perú. Siguiendo esta posibilidad, aquí me pregunto porque desde la nueva historiografía se utilizó la inexistencia de una nación o de la burguesa nacional, como variables explicativas dirigidas a entender las oportunidades perdidas en la historia.

Tal como fue problematizado por académicos y dirigentes políticos de inicios del siglo XX, aquí vimos cómo en dos trabajos escritos entre 1970 y 1990 aparecieron múltiples coincidencias en las conclusiones obtenidas por historiadores ya formados de manera profesional, cuyos estudios fueron realizados con el objetivo de entender la difícil construcción del estado y la nación en el Perú. Una de aquellas fue establecer una relación casi directa entre la inexistencia de nación en el Perú, con la derrota sufrida a inicios del siglo XVI ante los conquistadores de tan diversa procedencia, o la entrega casi absoluta de los beneficios generados por la explotación de un recurso natural en el siglo XIX, sin considerar el advenimiento de una coyuntura crítica.

Esto significó también preguntarse por qué adquirieron tanta relevancia en la organización de una historia nacional, argumentos como que la derrota en la conquista y la frustrante actuación de la clase dirigente en la segunda mitad del XIX, ambos momentos susceptibles de ser definidos como coyunturas críticas, se debió a la falta de integración nacional en el caso de la primera, o falta de conciencia en una clase que dejara de ser rapaz y dominante para llegar a ser nacional y dirigente. ¿Es así cómo se pretendió la escritura de una historiografía distinta, una nueva basada en la derrota y las ausencias?

Posiblemente fueron las teorías y métodos que hasta el día de hoy son ávidamente utilizadas en el país, quienes contribuyeron al logro de estas conclusiones, lo cual haría notar el hecho de que en sectores de la academia local se buscaron respuestas a las preguntas de siempre, desde lugares epistémicos que anteriormente tampoco las habían dado. Considero que esto se produce en los libros analizados, pues académicos de origen local y que han llegado a ser cosmopolitas por distintas razones, pensaron según los criterios teóricos y metodológicos de quienes realizan su labor desde espacios académicos muy particulares, pero que debido a múltiples circunstancias se han vuelto globales.

A mi modo de ver, los seguidores de la nueva historia dentro del país adelantaron sus programas y proyectos de investigación, leyeron e interpretaron los hechos desde una perspectiva que planteó distanciarse del positivismo pero que terminó trabajando con él. Por ejemplo, la utilización de las teorías y métodos elaborados por los integrantes de la Escuela de los Annales en sus distintas etapas, fue la continuidad de ideas organizadas en contextos bastantes distintos a los del país. En consecuencia, algunas de las conclusiones alcanzadas por Bonilla y Rostworowski, muestran serias limitaciones para comprender el Perú en su complejidad, desde el

momento que se privilegia el uso de determinadas fuentes en los estudios que adelantaron.

Conforme la pretensión de escribir la nueva historia se afianzaba en diversos medios académicos, comprometiendo un conjunto de instituciones ya sean centros de investigación, universidades públicas, privadas, locales y extranjeras, las renovadas versiones del pasado que se originaron en el uso del moderno método historiográfico, estudiaron acontecimientos y procesos recurriendo igualmente a la documentación producida por los fundadores y continuadores del proyecto colonial en el país. En este caso, la que fuera elaborada por el funcionariado de los estados que durante ambos periodos llegaron a controlar el moderno sistema internacional, primero en su fase formativa en manos del imperio español, no descuidar los recursos proveídos por la invasión y conquista del continente a lo largo del siglo XVI. De manera posterior y ya durante el siglo XIX, el dominio del sistema por parte de otros estados europeos bajo el liderazgo de Inglaterra,.

Entre las fuentes que la ciencia normal ha considerado como secundarias, es posible mencionar el uso intensivo de aquellas que han sido escritas por profesionales dedicados al estudio del pasado y de la cultura, en este caso historiadores y etnohistoriadores tanto locales como extranjeros. Por eso quise destacar las procedentes de los países que primero institucionalizaron las ciencias sociales, puesto que de manera muy temprana también auspiciaron los estudios del pasado en el país. Por último, y a raíz de esa amplia bibliografía en francés e inglés que aparece en ambos trabajos, constatar también esa correlación entre los idiomas de la modernidad y el conocimiento al interior de las ciencias sociales.

La consecuencia en términos epistemológicos fue que parte importante de las investigaciones realizadas en este periodo, sobre todo aquellas que propusieron encontrar la nación integrada en el siglo XVI o la burguesía nacional a mediados del XIX, terminaron en conclusiones algo similares a las elaboradas por los integrantes de la primera historiografía nacionalista de comienzos del siglo: no se contó con aquellas en coyunturas críticas, claro está que ahora por otras razones. Si se ha aceptado y además elogiado las contribuciones al conocimiento de la historia del Perú por medio de estos trabajos, es conveniente preguntarse si algún tipo de sesgo pudo haberse producido en su escritura, luego de utilizarse dichas teorías o leído tales documentos.

La constatación con el uso de las fuentes mencionadas en este capítulo, permitió no sólo establecer sino también clasificar y jerarquizar los roles

desempeñados por diversos actores en este ciclo de larga duración. Fueron trabajos donde no se consideró que los pueblos originarios fueron subalternizados de manera muy rápida y violenta desde el segundo tercio del siglo XVI. Con las narraciones de los primeros conquistadores, es que se pudo terminar conociendo la organización del sistema colonial hispano-americano en su fase fundacional, la creación del Virreinato del Perú y la severa implantación de las instituciones pertenecientes al centralizado absolutismo monárquico español.

El debate metodológico se justifica, en tanto los investigadores y docentes pertenecientes a una de las disciplinas integrantes de las ciencias sociales como es la historia, desde sus inicios se organizaron teniendo como fundamento una firme creencia en la veracidad contenida en los documentos escritos. En ellos se describían de manera muy detallada los acontecimientos del pasado, y así se volvieron destacados referentes empíricos con los cuales acceder al conocimiento del pasado, sin darle mucha importancia al hecho de que sus redactores estuvieron directamente involucrados en los procesos que describieron.

En la revisión de investigaciones adelantadas con el uso de las fuentes ya definidas como coloniales, más las teorías elaboradas en base a procesos y acontecimientos ajenos al lugar, se podría establecer que tales contribuciones llevaron al fortalecimiento de un sentimiento de frustración nacionalista. Una historiografía de la catástrofe y la derrota fue apareciendo conforme se remozaba la disciplina con el advenimiento de una nueva teoría, momentos en que distintos estudiosos mostraron una decidida voluntad por comprender lo sucedido en los siglos que antecedieron al surgimiento de la república, pero con el propósito de entenderla desde sus aspectos más negativos.

El método de investigación priorizó la revisión y análisis de los documentos escritos, llevando a que este tipo de historiografía se escribiera utilizando como fuentes relevantes los documentos coloniales y neocoloniales, la mayor parte de ellos producidos por los escritores y funcionarios de los poderes establecidos en el continente: España, Francia e Inglaterra respectivamente. Con esos documentos fue que se emprendió el camino de historizar la nación, donde primero se describió la formación, consolidación y decadencia de las civilizaciones originarias, pero es también posible narrar de manera muy secularizada la destrucción de la mayor parte de aquellas.

En esta misma línea de argumentación, es que los documentos producidos durante la penetración del capitalismo francés e inglés en el país, fueron también muy utilizados para entender el proceso que suprime un potencial estado-nación en el Perú y su correspondiente clase dirigente. Algo así ocurrió con la escritura sobre la política y la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX, periodo donde quedan sentadas las bases para la formación del estado oligárquico en el país, y su incorporación en el sistema internacional bajo la hegemonía británica. Un libro que se publica justo en los momentos que se adelantaba el proyecto nacional-reformista de la última dictadura militar, momentos de éxtasis nacionalista donde se mezclaron aspectos que por ahora consideré no destacar. Más bien sí resultaría interesante investigar porque entre tan excepcional grupo de académicos y políticos, intelectuales y dirigentes, se alcanzó un consenso en una conclusión hoy en día bastante cuestionable: la ausencia de nación y la falta de una clase burguesa capaz de dirigir el país, siendo ambos los factores que habían impulsado el fracaso nacional en los primeros 150 años de vida republicana.

Por eso es posible pensar que la información obtenida en los documentos utilizados, condicionó que ninguna otra conclusión pudiera haberse sacado. Ese sentimiento de frustración se generalizó en el interior del debate sobre la existencia de la nación en el Perú, pues aquella quedó en entredicho por no adquirir tal carácter de la misma forma que había pasado décadas atrás con la nación en su versión europea continental, casos Francia o Alemania, o el más heterogéneo en sus orígenes pero más asimilacionista en sus objetivos como el de origen anglosajón, cuya versión en América han sido los Estados Unidos. Es un periodo donde se contempló el inicio de una producción y difusión de trabajos que pretendieron explicar el pasado, incorporando de manera bastante mecánica en la lectura e interpretación de una particularidad tan compleja como el Perú, los dualismos y las múltiples separaciones tan propios del pensamiento occidental, incluida la llamada nueva historia.

Esta última estuvo supuestamente dirigida a transformar el conocimiento del pasado con la utilización de una renovada propuesta teórico-metodológica, Bonilla así lo dejó establecido en el texto, pero los argumentos terminan más bien pareciéndose un reclamo a la historia: no haber tenido el Perú, la nación ni la clase dirigente en una coyuntura favorable para la organización del estado moderno en su versión republicana. Algo similar pasó en el campo económico con la imposibilidad de una burguesía nacional. En este caso, me interesó mostrar la lectura que sobre la nación y

la clase dirigente realizó un seguidor local de la corriente historiográfica iniciada en la revista *Annales* y se prolongó en las teorías estructural-sistémicas de Fernand Braudel.

En las conclusiones sobre el capítulo cuarto, quisiera decir que el debate sobre el desarrollo-subdesarrollo en América Latina y en el Perú se prolongó durante aproximadamente tres décadas, llegándose a pensar que por su profundidad y duración se había organizado una teoría latinoamericana del desarrollo, e involucró a profesionales de distintas disciplinas y dirigentes políticos de variadas tendencias ideológicas. De igual manera, puedo afirmar que las teorías enmarcadas en el funcionalismo, de procedencia estadounidense, y luego en el pensamiento estructuralista proveído desde el recién llegado multilateralismo, influyeron en medios decisores de política fueran democráticos y autoritarios por igual, todos apoyándose en la legitimidad académica que determinadas instituciones le proveyeron a la teoría, como fue el caso de la Comisión Económica para América Latina y su relación con el estructuralismo.

Decir también que en tanto parte del diseño global y regional recién organizado, el desarrollo fue promovido en el Perú entre 1955-75 por medio de proyectos dirigidos a transformar, lo que previamente había sido posicionado como un orden interior de carácter anacrónico. Los actores más relevantes fueron el estado, por lo demás el principal responsable en términos políticos y económicos, a quien se le sumaron distintas instituciones multilaterales o agencias estatales de cooperación al desarrollo organizadas en los países pertenecientes al capitalismo avanzado.

Aquellas asumieron distintas tareas, donde destaco la misión que tuvieron de financiar los proyectos que alentaban, además de proveer los profesionales para cooperar en su implementación. Podría decir que el estado en el Perú estuvo encargado de contribuir en el diagnóstico de la situación en que se encontraba el país, por ejemplo, ubicar los territorios y comunidades posibles objetos de intervención, mientras que las segundas participaban con un carácter supuestamente más técnico. Diría que fue un caso donde las lógicas contenidas en el imaginario modernizador y el desarrollismo, se impusieron en el país sin mayor resistencia.

De allí surgieron unas políticas públicas acordes al contexto intelectual y político de la época, con la cual se buscó proteger la economía nacional de un conjunto de variables externas sobre las cuales, y de manera nada paradójica, no se podía ejercer algún tipo de control y menos influenciar las decisiones que adoptaban otros estados. Por eso adquiere sentido la propuesta que pretende explicar las limitaciones de los

modelos que se implementaron en el país, a una ahistoricidad de las teorías teniendo en cuenta que desde el comienzo del trabajo, he sostenido la necesidad de pensar en lo situado que resulta toda forma de conocimiento.

Quienes pensaron en alcanzar el desarrollo en los lugares del planeta donde quedó instalado el llamado subdesarrollo, no tomaron en cuenta las condiciones histórico-estructurales en que se implementaron los modelos, pues aquellas eran realmente muy distintas a las que predominaron durante la mayor parte del siglo XIX. Para empezar, la teoría de la modernización y el desarrollismo se basaron en un conjunto de referentes solo ubicables en los países del capitalismo avanzado, y en los territorios que al mismo tiempo se fueron constituyendo en las llamadas periferias del sistema. Por ejemplo, la revolución científica e industrial en el campo de la producción económica y tecnológica, al tiempo que se iban sentando las bases para la formación del estado moderno y se procesaba la llegada de la democracia liberal.

La abundancia de recursos naturales y su explotación sin límites bajo el principio de ser infinitos, más el traslado de ingentes cantidades de población europea hacia regiones que previamente habían sido declarados territorios baldíos, fueron condiciones también favorables para la formación de economías que a partir de 1949 fueron conocidas como desarrolladas. De igual manera, el papel de agente regulador que desempeñó por medio de la protección del mercado interno durante este periodo, al tiempo que los países de industrialización temprana promovían el libre comercio con las regiones que iban siendo sometidas al orden mundial, organizado sobre las bases del liberalismo en el campo ideológico y las instituciones de aquel periodo. Es decir, una serie de factores que primero contribuyeron a la llegada de la modernidad, las cuales resultaban ya muy difíciles de encontrar en América Latina al momento de iniciarse la implementación de tales modelos.

El segundo acápite del capítulo, lo destiné al análisis del papel jugado por la planificación económica y social en el Perú, primero viéndola como técnica y luego como disciplina organizada con el objetivo de aportarle al desarrollo de la región en general, y del país en particular. Durante el periodo 1955-1975, la planificación fue considerada un medio con el cual se instrumentalizaría el cometido del desarrollo, y allí concurrió el estado peruano junto a las instituciones multilaterales del sistema económico internacional y regional, contando además con la coordinada acción de los funcionarios públicos de distinto nivel y la clase empresarial. Además, la preeminencia del pensamiento estructuralista y el desarrollismo en la década del sesenta, permitió

que la planificación adquiriera un estatuto privilegiado en la política económica local organizada en función del desarrollo, llegando a considerársele el instrumento a través del cual aportar en la superación de los ancestrales problemas aun presentes en el país.

Al mismo tiempo establecí que la creación del Instituto Latinoamericano de Planificación, Económica y Social, ILPES, se constituyó en la apuesta educativa regional pues con la formación recibida en su interior y la capacitación de los funcionarios públicos comprometidos en el proceso, se fortalecerían las capacidades del estado en la implementación del nuevo modelo. Teniendo en cuenta que las nuevas instituciones no eran suficientes, más aún si no se adelantaba un cambio cultural entre los encargados de administrar el proyecto, se buscó su profesionalización en aras quizás de conseguir, lo que desde el institucionalismo histórico comparado ha sido definido como burocracia weberiana. Por último, reviso la forma en que las instituciones multilaterales surgidas con el tratado de *Bretton Woods*, asumieron de manera progresiva la planificación, pero despojándola de aspectos que un par de décadas atrás habían sido considerados partes de la ideología comunista.

Vimos también como desde las instituciones del multilateralismo neoliberal, pasó a argumentarse que una vez superada la mera discusión ideológica, planificar ya no era tan malo dentro de la región, y esta fue la condición con la que se inició el proceso que la llevaría de técnica a disciplina. A su manera, el estado peruano continuó fundando instituciones encargadas de elaborar planes de desarrollo económico y social, además de organizar otras con la finalidad de implementar las sugerencias contenidas en los planes. El capítulo destacó algo reiterado en la historia política del país, pues la planificación y los planes de desarrollo fueron plenamente aceptados por gobiernos civiles y militares, pero todos iban dejando de lado los elaborados por su antecesor. Por la importancia que le dieron a la planificación, profundicé en las actividades adelantadas por el gobierno militar entre 1968 y 1975.

Es aquí donde se hicieron más visibles las limitantes que acompañaron el proceso. En primer lugar, diré que parte de los escasos logros obtenidos por los planificadores del desarrollo, se debió a la inexistencia de un pretendido orden político pues aún no contaba con las bases institucionales suficientes para adelantar las reformas que fueron sugeridas. Ni que decir en relación a la nacionalización de la economía adelantada por la dictadura militar que gobernó entre 1968-1975. Es así que al gobierno le tocó actuar en un contexto en el cual se salía del dominio oligárquico, el que no entenderíamos sin la importancia adquirida desde comienzos de siglo por el

sector externo para su funcionamiento, y que pensó podía sostener el nuevo modelo aun cuando a inicios de la década del setenta, aparecieron los primeros síntomas de la crisis económica mundial, cuyo impacto en el Perú fue devastador tanto en el campo económico como también en el político.

Una conclusión de este cuarto capítulo, es que fueron las dictaduras militares quienes más estimularon la institucionalización y promoción del desarrollo por medio de la planificación, pues fue desde 1962 y utilizándola de manera bastante intensa como instrumento y disciplina, que aspectos importantes al interior de las políticas públicas se basaron en sus propuestas. Para finalizar, sólo decir que una serie de términos como desarrollo, subdesarrollo, planificación, primer mundo, tercer mundo y pobreza, para entonces ya naturalizadas en el tecnocrático lenguaje de las burocracias internacionales, quedaron incorporados en los institutos o centros de planificación del desarrollo económico y social en el Perú. Es lo que pasó con la organización del sistema nacional de planificación, pero también con sus innumerables oficinas en los múltiples niveles que conforman el estado.

En el capítulo quinto, me propuse analizar los mecanismos que permitieron la presencia dominante del paradigma funcionalista, en el proceso de institucionalización de las ciencias sociales en el país. Para darle fundamento a tal propósito, inicié con la revisión del proceso que involucró a la etnología y a la antropología, y allí se pudo constatar la continuidad teórica-metodológica entre ambas, lo cual no resultaría sorprendente si es que no quedan involucradas otras variables igualmente pertinentes para mi estudio. En primer lugar, pues los profesionales pertenecientes a tales disciplinas fueron definiendo sus objetos de estudio, el hombre y la cultura andina, al tiempo que mantenían su apego a las teorías enmarcadas en la producción científica del conocimiento y, en segundo lugar, debería sumarse la preferencia por el recién llegado método de la observación participante, en medio de la euforia que la antropología aplicada generó con la utilización de dicho método.

El proceso cuenta con acontecimientos muy celebrados por el optimismo que despertó la posibilidad de acceder a un mayor conocimiento de la realidad interior del país, en este caso por medio de la profesionalización que adquirirían los futuros investigadores. Considerando que el imaginario de la ciencia estableció una adecuada utilización del método y de las teorías en los estudios sociales y de la cultura, resultó interesante introducir un aspecto que convocó desde sus inicios a la investigación realizada. Integradas en el proceso de institucionalización que reviso en el capítulo,

puedo decir que todas ellas participaron como actores fundamentales en la recepción y difusión del occidentalismo ahora por medio de una de sus vertientes más utilizadas al interior de las ciencias sociales: las teorías estructural-funcionalistas.

Aquí resultó importante conocer algo sobre la presencia del llamado indigenismo, en un debate que involucró la presencia de lo ancestral en el proyecto modernizador durante los momentos finales del dominio oligárquico, pero también su valor para el modelo desarrollista y cuya implementación en el Perú se inició en forma finalizando la década del cincuenta. Una vez que la etnología pierde importancia ante el ascenso de una nueva forma de acceder al conocimiento de los aspectos tradicionales en toda cultura, sus objetos de estudio fueron rápidamente asumidos por los profesionales en el campo de la antropología, extranjeros y nacionales por igual en una cooperación académica de carácter asimétrico que, a mi modo de ver, contribuyó al fortalecimiento de la colonialidad del saber dentro del país. Un aspecto a destacar es que la mayor parte de todos estos profesionales, quedaron inmersos en la temprana tarea de elaborar uno de los muchos diagnósticos que se hicieron, sobre la base del correspondiente trabajo de campo para finalmente alentar la inclusión de personas y comunidades en el proyecto nacionalista del desarrollo.

En esta parte de las conclusiones, destaco el hecho de que los primeros antropólogos formados en el país, trabajaron con el material teórico e instrumental metodológico proveídos por los profesores e investigadores venidos del exterior, los cuales y de manera muy asidua visitaron el país durante los primeros años, pero que además tuvieron una activa participación en el proceso que conllevó la institucionalización de la disciplina. Es el momento en que la Universidad de San Marcos inició la formación profesional en el campo, a la vez que dio continuidad a distintos proyectos de investigación teniendo a las comunidades campesinas como su prioridad, y donde también se inauguraron los primeros programas de intervención en aquellas.

Algo similar se puede decir del proceso que conlleva la institucionalización de la sociología en el país. Teniendo en cuenta la supremacía alcanzada por el funcionalismo en las instituciones donde se administraba el saber científico, algo que se produjo en las instituciones de educación superior y centros de investigación ubicados primero en Europa y luego en Estados Unidos, la sociología en el Perú tuvo la tarea de entender el cambio y buscar el orden al interior de la sociedad que la recibía. Al mismo tiempo, sus primeros seguidores y quienes de manera bastante comprensible

procedían de la antropología, buscaron los mecanismos más adecuados para normativizar el campo dentro del país, fomentando la organización de instituciones desde las cuales se adelantarían las actividades relacionadas con la docencia y la investigación. Todo esto significó también la llegada al país de una nueva disciplina, basadas en las teorías y métodos enmarcados en el occidentalismo, pero actualizadas bajo el paraguas funcionalista. Al final de cuentas eran reglas que debían internalizarse para ser parte de la naciente comunidad sociológica.

En este acápite prioricé el análisis de los objetivos y contenidos de los cursos que han sido fundamentales en la formación profesional de sociólogo dentro del país. Las teorías y métodos del pensamiento social, lo que era el aprendizaje del pensamiento occidental desde sus orígenes en la antigüedad europea, para terminar con la formación en teorías y escuelas sociológicas, primero las clásicas en el sentido eurocéntrico del concepto, y luego estudiarlas en sus vertientes más contemporáneas durante el predominio estadounidense y las corrientes estructural-funcionalistas. Culminé el acápite con una revisión de los contenidos en las técnicas y métodos de investigación social junto a las teorías y métodos de investigación científica, las cuales buscaron inculcar entre los profesionales la objetividad, la neutralidad valorativa, la universalidad y la predictibilidad en el estudio de la sociedad.

Es así que y tomando muy en cuenta el presente en que debían desenvolverse, los directivos y profesores de las nuevas instituciones involucradas en la llegada y difusión de la sociología, en este caso por medio de programas académicos y centros de investigación creados durante el periodo estudiado. Así se propusieron garantizar el éxito de las labores docentes, investigativas y de intervención que adelantarían los nuevos profesionales, sobre la base de incorporar en sus planes de estudio y proyectos de investigación, la innovadora producción teórica y metodológica que se iba generando en la ciencia recién llegada al país. Por eso la importancia de haber rastreado el contenido de algunos cursos que pasaron a ser fundamentales en toda carrera profesional de sociología, las teorías sociológicas más los métodos y técnicas de la investigación social.

En la formación de sociólogos dentro del país, fue en estos cursos donde con mayor claridad quedó reflejada la presencia del occidentalismo. Esto es posible de verificar cuando pude constatar la voluntad por adelantar una formación disciplinar, con cursos que en lo cualitativo se dirigieron a mantener las diferencias contenidas en la dicotomía tradición-modernidad, algo muy propio del funcionalismo, a la vez que

iban reforzando la unilineal y evolucionista perspectiva de análisis en su interior. Por lo demás, algo que estuvo muy presente en la ciencia organizada a comienzos del siglo XX, con la finalidad de adelantar estudios de la sociedad.

En el tercer acápite, introduje una crítica a los principios metodológicos básicos que están incorporados en los estudios e investigaciones adscritas al campo de las ciencias sociales. Aquella la hice sobre la base de las propuestas teóricas elaboradas por un conjunto de estudiosos pertenecientes al nuevo pensamiento crítico latinoamericano. El método transdisciplinar incorporado en este tipo de análisis, ayuda a comprender porque las disciplinas adquirieron tanta legitimidad luego de haber cancelado otras formas de conocer o aprender, utilizando las múltiples separaciones de las que hablaron Edgardo Lander y Boaventura de Sousa Santos. La relación sujeto-objeto en la investigación, ha sido quizá de la más estudiadas y allí focalicé mi atención.

Sobre las conclusiones obtenidas en el capítulo sexto, quisiera decir que los libros y ensayos escritos por José Matos Mar y Julio Cotler, expresaron una forma de analizar la sociedad con la intensiva utilización de los principios del saber científico, los mismos que por entonces ya resultaban muy cuestionables. Por eso sus trabajos muestran una adhesión diríamos casi que incondicional, a la teoría y método constituidos en dominantes al interior de las disciplinas, aquellas que asumieron la tarea de estudiar las sociedades en su muy particular contexto, pero con teorías de alcance universal como fue el caso del funcionalismo para la antropología y la sociología en nuestro país.

El análisis de los trabajos citados páginas arriba, me llevaron a concluir que el funcionalismo condicionó que ambos autores alcanzaran las conclusiones señaladas en el capítulo, con el uso de conceptos cuyas definiciones no escapaban a las dualidades que aquel había establecido. Por ejemplo, la dualidad sociedad moderna versus sociedad tradicional, algunas de cuyas diferencias fueron mencionadas a lo largo del capítulo. Pero fue también con *Las barriadas de Lima* y *La mecánica de la dominación interna*, donde se comienza a utilizar de manera más intensa una información de tipo cuantitativo, puesto que importante cantidad de datos obtenidos durante los censos nacionales, regionales o locales, luego agrupados y ordenados por las estatales oficinas o institutos de estadística, llegaron a emplearse para soportar los argumentos que por ejemplo hablaron de la desintegración del mundo tradicional dentro del país.

En todo caso, la estadística pasó a utilizarse en la investigación social adelantada por ambos investigadores, lo cual se observa en la profusa muestra de cuadros y gráficos, donde aparecen los resultados de tipo cuantitativo, el libro de Matos sobre las barriadas sería más el caso, o de manera no tan intensa y algo más narrada como hizo Cotler. Con las fuentes que Matos va utilizando, logra contar pero no se observan los nuevos sujetos o subjetividades que se han ido constituyendo dentro de la ciudad. Aquellos aparecen al final del libro texto, desempeñando una actividad que pasa a ser meramente testimonial, pues la información que proveen no es utilizada para fundamentar cualitativamente la formación de los nuevos barrios populares en Lima. En el caso de los ensayos de Julio Cotler, son los cambios en las ciudades pero también los que se iban presentando en las zonas rurales, en su caso la llamada mancha india.

Es así que de los trabajos escritos por reconocidos miembros del Instituto de Estudios Peruanos, a pesar de los argumentos que pretenden validarlos como muy originales al considerárseles integrantes de una nueva forma de leer e interpretar al país, serían una aplicación al país de las teorías y los métodos elaboradas por el fundador y los seguidores del funcionalismo. Por eso recordemos al sociólogo estadounidense Talcott Parsons, cuyos estudios y teorías además de haber sido aceptadas y ampliamente difundidas por buena parte de los académicos en dicho país, también tuvo una muy buena aceptación a escala local y regional debido a múltiples variables, algunas de las cuales fueron analizadas a lo largo del trabajo.

En esta parte mencioné los vínculos académicos y políticos que durante el periodo de estudio, se instituyeron entre profesionales procedentes de Estados Unidos y Europa Occidental, lugares donde supuestamente más se habían desarrollado las ciencias sociales y el pensamiento social, con medios decisores de política nacional y profesionales peruanos. Esta conclusión da sentido a lo que propuse al inicio de la tesis, que la expansión de la ciencia y el pensamiento basados en la razón universal, ha llevado a la constitución de regiones receptoras de una epistemología producto de circunstancias y lugares muy particulares. El Perú sería un caso donde se comprueba un nivel de aceptación bastante alto, puesto que sus instituciones políticas y académicas, pensadores y profesionales de las ciencias sociales, propuestas de transformación, investigaciones y docencia universitaria que aquí se han estudiado, serían una clara expresión de la colonialidad del saber.

El método que provee el posoccidentalismo ha sido de mucha utilidad en la investigación, y lo menciono pues permitió encontrar parte de los elementos que han contribuido a formar una tradición intelectual, aquella que le otorga sentido a la comunidad académica en el Perú. A su vez, me ha permitido la posibilidad de ver al Perú y América Latina como sujetos constitutivos de su realidad, en una permanente tensión con la ciencia tradicional, más que objetos en manos de estudiosos locales y transnacionales, pues la descolonización en su lectura pasa justamente por dejar de lado mucho de los referentes con que fueron descritos, luego de haber sido ubicados como objetos de estudio e intervención.

Se ha visto a lo largo del trabajo, que dichos referentes están articulados con una particular forma de leer, comprender y producir conocimiento, ampliamente aceptado en múltiples círculos intelectuales y políticos, a la vez que se engarzaban en las instituciones encargadas de difundir la ciencia. Aquí quisiera afirmar, una vez más, que la vigencia en la colonialidad del saber vía el occidentalismo, resultó un componente fundamental en la formación en las comunidades académicas y políticas dentro del país, pues aparece en distintos momentos y lugares, formando parte de sucesivos centros, programas, proyectos de investigación y en la actividad docente en distintos niveles. De igual manera en los diagnósticos, siendo las instituciones donde todo esto se ha realizado, llegando así constituirse en escenarios desde los cuales el pensamiento social-político y las ciencias sociales han proyectado sus actividades en el país.

Las ciencias sociales fueron construyendo su identidad con referentes que también negaron las opciones de saber a quiénes habían sido incluidos, la mayor parte de las veces a la fuerza, en un sistema donde las diferencias en raza y cultura pasaron a ser la prueba de su inferioridad cognitiva. Esto significa que desde territorios claramente localizados, dijimos primero que en algunas regiones de Europa Occidental y luego de EE.UU., las ciencias sociales se entendieron como medios para acceder de manera científica a la verdad, y terminaron adoptando una actitud exclusionaria pues difundieron su historicidad con la negación de los particularismos existentes en los lugares a los cuales llegaban. En tal sentido, y a pesar de los llamados dirigidos a convencer de las bondades contenidas en su retórica, el discurso científico devino más que nada en la transmisión de una epistemología producto del particularismo occidental.

Esto último es producto del hecho que las ciencias sociales son producto de

Europa en el momento de su modernización capitalista y expansión colonial, por lo tanto, no llegan a ser sino expresiones locales de conocer que con su temprana ideologización, se definieron como científicas y, en consecuencia, de alcance universal, pero infortunadamente no lograron diferenciar aquellos avances de la construcción del orden burgués. Sus teorías, métodos y las conclusiones de sus estudios, no pudieron desvincularse de la instrumentalización positiva con que fueron aceptadas en los medios decisores de política y, de manera consciente o no, los científicos contribuyeron al fortalecimiento de las nuevas relaciones de poder local y global, surgidas con la industrialización, el capitalismo y la voluntad imperial asentados en regiones de dicho continente.

El pensamiento social-político y las ciencias sociales, ya como ideologías e instrumentos, adquirieron sentido con la organización de una gran narrativa universal que llegó a integrar la idea de progreso y la concepción unilineal de la historia, ambas tan propias de la epistemología dominante en el escenario académico europeo del siglo XIX. Es el mismo que estuvo presente en los métodos utilizados y las teorías aplicadas por los estudiosos peruanos de la sociedad a inicios del siglo XX, y durante las décadas siguientes por los científicos sociales formados ahora sí de manera profesional.

Aquí considero que la narrativa universal del occidentalismo logró legitimarse por medio de libros escritos para todo este período, desde las experiencias tenidas en Europa que a pesar de la ahistoricidad de sus conclusiones, con parte importante de sus contenidos se legitimaron los ampliamente conocidos clásicos en ciencias sociales y humanas dentro del país. El método científico en el estudio de la sociedad llevó a que con la utilización de referentes empíricos, propios de realidades tan distintas, pudieran elaborarse teorías que hasta el día de hoy son ávidamente consumidas en la región, donde en muchos sitios aún se persiste en la búsqueda de respuestas a las mismas preguntas desde lugares epistémicos que anteriormente no las han dado.

Quisiera mencionar que a pesar del tiempo transcurrido en la producción de estas jerarquías, se mantienen elementos que muestran la continuidad del proyecto colonial en el campo del saber. Uno de ellos se relaciona con un tipo de lenguaje proveído por la antropología en cualquiera de sus variantes, y remito a lo que viene sucediendo con un concepto como el de sociedades “contactadas”. Su destacada presencia en medios donde por ejemplo, se organiza la gobernanza global ambiental, es prueba de lo que afirmo, pues se vienen nuevos descubrimientos en los momentos

de mayor disputa por recursos naturales, siempre bajo el canon incrustado en la ciencia que estudia la cultura de los pueblos.

Unos descubrimientos que conllevan para determinadas comunidades dejar de vivir en el aislamiento, pasando a existir ahora sí por el reconocimiento que hace el descubridor en la época de la globalidad. Cosa similar con la historia y la geografía, pues con ellas también se sigue descubriendo patrimonio material o inmaterial en el sentido del discurso oficial, y las consecuencias en la actualidad, tal como ha sucedido anteriormente, no puede ser otra sino el de la expropiación.

Como se ha visto, la normativización y la institucionalización del conocimiento en ciencias sociales adquirieron aún más sentido cuando se necesitó instrumentalizarlo, y de allí pasó a integrarse en el proceso formativo del estado nación. En medio de los graves conflictos que asolaron el continente europeo durante el siglo XIX, se llegó a pensar que con los resultados de sus investigaciones y siguiendo los consejos de los científicos radicados en aquel continente, los cambios que trajeron consigo las transformaciones económicas y políticas acontecidas en la época, se podrían procesar de manera racional.

Esto significó que aquellas debían hacerse sin sobresaltos ni alteraciones graves del orden político, luego de la traumática experiencia que para muchos estados europeos significó la revolución francesa acontecida en 1789, y las posteriores oleadas revolucionarias de 1830, 1848 y 1870. En tal sentido, es posible dejar establecido que ciencias sociales y poder se relacionaron en el largo siglo XIX, cuando se pidió a los fundadores y tempranos integrantes de las nacientes disciplinas, contribuir sobre todo en el sostenimiento de los estados realmente existentes, por ejemplo, los absolutismos monárquicos o las repúblicas que fueron surgiendo durante el periodo mencionado, ambas con una fuerte vocación colonialista.

En consecuencia, fue importante para el país abrirle las puertas a la racionalidad y a la ciencia sin visualizar el diferencial epistemológico y el carácter instrumental que habían adquirido, además de admitir un tipo de liberalismo ya sin mucho sentido libertario, pues estaba vinculado al estado nación y al orden imperial gestado por los estados europeos. Comenzando el siglo XX, entonces, se tenía a pensadores cuya obra validaba la tradición intelectual fundamentada en el occidentalismo, pienso en Max Weber y su noción de ética protestante, quienes por ejemplo establecieron que la moderna civilización occidental ya no se basaba en el idealizado pasado judeo-cristiano o helenístico-romano, es decir, las fuentes mismas

de la latinidad, sino que se había organizado sobre la base del trabajo, inventiva y curiosidad científica de algunos pueblos europeos durante los 200 años anteriores.

Es así que se entendió que imaginario y orden burgués se fortalecieron en términos prácticos, conforme la clase emergente y su ideología no solo argumentaban, sino que iban terminando con la metafísica subjetividad que había gobernado Europa durante casi 12 siglos. Un aspecto que no se consideró en dicha aceptación es que el pragmatismo y el utilitarismo de origen anglosajón se fueron asociando, y contribuyeron así a darle forma a un nuevo y sutil esquema de dominación basado en la razón, tal como lo establecieron de manera muy temprana los integrantes de la Escuela de Frankfurt. Una crítica desde la modernidad misma, la consideró un proyecto “inconcluso” puesto que perdió su orientación originalmente liberadora, para fortalecer un proceso destinado a legitimar las diferencias entre civilizaciones, sociedades, territorios, religiones, en última instancia, justificar desde la teoría, el discurso y la acción, la desigualdad entre seres humanos. Algo similar se hizo en el Perú con la incondicional aceptación de aquella epistemología a comienzos del siglo XX.

Ahora bien, está bastante difundido que el liberalismo económico fue asumido como la doctrina política de las tempranas burguesías europeas, inglesa y francesa sobre todo, las cuales al lanzarse a la conquista de Asia y África construyeron los imperios coloniales más extensos que se hayan conocido en la historia de la humanidad. Al tener de por medio aquel horizonte civilizatorio, se alentó la expansión de los nuevos intereses que el desarrollo industrial y el capitalismo generaron, entre ellos la reduccionista definición de civilizado justo en los momentos en que este más se asimilaba a la tradición política y cultural de Occidente. Es así como el occidentalismo reingresó con mucha fuerza al entorno intelectual y político de las elites peruanas a inicios de siglo pasado, se fortaleció con la llegada de las ciencias sociales, dando así origen a una interesante y localizada disputa ideológica, la cual ha sido revisada de manera bastante pormenorizada a lo largo del trabajo.

También decir que el positivismo como ideología de las ciencias modernas, se constituyó como teoría y método conducente a la interpretación del entorno circundante, mientras que el liberalismo y luego el socialismo llegaron a ser un conjunto de ideas basadas en utópicas imágenes de un futuro inevitable, levantado sobre su principal componente: el individuo racional. Si el futuro significaba mejorar en todos los aspectos de la vida humana, entonces se trazarán estrategias para alcanzar

la universalista predicción. La discusión política y el debate académico adquirieron un nuevo contenido, definido por sus promotores como modernos por ser racionalista, sin darse cuenta que con su implementación estaban contribuyendo al fortalecimiento de viejos modelos de intolerancia y segregación.

Como ha sido tradicional en los lugares del mundo donde gobernantes y profesionales son receptores e implementadores de modelos, puede ser de manera voluntaria por su adscripción ideológica o algo más forzados por las condicionalidades que se les imponen, en el Perú desde comienzos del siglo pasado se dieron importantes pasos para formar un determinado tipo de profesionales. Estos últimos orientaron sus intereses en función de las necesidades y condiciones establecidas por el estado, conforme sus dirigentes buscaban la forma de hacerlo moderno. En el periodo que hemos revisado, se fundaron nuevas instituciones o se reformaron las ya existentes, pero es sobre todo el ingreso en los medios decisores de política e instituciones académicas, de quienes pretendieron entender el entorno local desde teorías de alcance universal.

En tal sentido, y con el ánimo de alentar el debate iniciado en publicaciones que considero son pioneras en estos temas, señalo que mi pretensión fue replantear parte importante de la epistemología con que se institucionalizaron las ciencias sociales en el Perú: el occidentalismo. Como no podía haber sido de otro modo, su incorporación entre los científicos sociales del Perú se realizó sin demasiados impedimentos, pues la incondicional aceptación de sus premisas es posible de encontrar en las instituciones organizadas para tal fin: facultades y departamentos de ciencias sociales y humanas en distintas universidades públicas y privadas, como también en los muchos centros de investigación que asumieron las ciencias sociales como unidades articuladoras de los intereses profesionales de sus miembros.

Por tales razones, se puede decir que la institucionalización de las ciencias sociales en el Perú es un proceso que se inició en las primeras tres décadas del siglo pasado, con el ingreso de la historia y el pensamiento social como disciplinas privilegiadas en el estudio del país. El proceso continúa con la llegada de la antropología en la década del cuarenta, y finaliza en la década del sesenta cuando la sociología esté plenamente institucionalizada en diversos organismos públicos y privados. Todos ellos fueron en su momento acontecimientos muy celebrados, sobre todo por el optimismo que despertó la posibilidad de acceder a un mayor conocimiento

de la realidad, la pasada y la presente, la social y la cultural, producto como se pensaba ¿piensa? de la adecuada utilización del método y de las teorías.

Al respecto, durante mi exposición se ha visto que distintos estudiosos en las últimas dos décadas, se han preocupado por identificar los orígenes y roles que las ciencias sociales han desempeñado en diversos ámbitos del quehacer académico y político. Entre estas se pueden mencionar los aportes procedentes de una lectura realizada desde lo específicamente regional, la cual tuvo como objetivo establecer los vínculos entre los integrantes de las disciplinas y medios decisores de política. De igual manera, la utilización del saber producido por las disciplinas en el afianzamiento de proyectos adscritos a sectores de la sociedad, aquellos que por lo general, han contado con mayores recursos de poder dentro del estado, y además tienen la capacidad para controlar las instituciones encargadas de administrar el conocimiento.

Solo decir que los pensadores sociales y políticos más los académicos e intelectuales del periodo estudiado, alcanzaron un buen grado de formación profesional, muy cosmopolita, además, producto de sus largas estancias en los denominados centros académicos y culturales del mundo, es decir los contactos con instituciones científicas ubicadas en Estados Unidos y Europa. No descarto la formación profesional alcanzada en las instituciones de educación superior existentes en el país, después de todo allí inicia su formación la mayor parte de todos ellos, pero si me reafirmo en que a partir de 1946 se constituyeron en partes integrantes de una academia local que ya sea por razones de estudio o trabajo, pudieron acceder a un tipo de pensamiento que se reclamaba global y que finalmente logró tener mucha influencia en el Perú.

Deseo aclarar que no ha sido mi intención escribir la historia del pensamiento social y de las ciencias sociales en el Perú, en estos momentos eso escapa a mis posibilidades, menos escribir un diccionario donde aparezcan quienes fueron considerados desde hace mucho sus más destacados lectores e intérpretes, sino más bien priorizar el análisis de autores y textos inscritos en los debates teóricos y metodológicos habidos durante el periodo propuesto para el estudio. Las interrogantes se aglutinan alrededor de los mecanismos con que se recibieron a escala local, los principios contenidos en el occidentalismo, además de observar el rol jugado por algunos pensadores y profesionales peruanos en su difusión.

Para terminar, solo decir que todo lo aquí contenido son motivos que inducen a preguntarme sobre la viabilidad de un orden político pensado con los principios del

canon dominante ¿democracia liberal, partidos modernos, nación, legitimidad? También en un tipo de análisis que hace referencia, sobre todo, a un patrón intelectual eurocentrado ¿sociedad civil, clases sociales, ciudadanía?, o un estudio de la cultura que se origina en la subalternización de múltiples órdenes culturales ¿lo clásico universal tal como lo definen sus seguidores y difusores en oposición negativa al folclorismo de lo localmente constituido? Se tienen aún muchas interrogantes abiertas.

Referencias bibliográficas

- Aricó, José. 1980. *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México, Siglo XXI editores.
- Ávila Molero, Javier. 2000. “Los dilemas del desarrollo: antropología y promoción en el Perú”. En Carlos Iván Degregori, editor. *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana, 180-203*. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.
- Barrantes, Roxana y Ramón Pajuelo. 2012. *Catálogo de publicaciones, 3-4*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos - IEP - Fondo Editorial.
- Basadre, Jorge. 1949. *Historia de la República del Perú*. Lima: Editorial Cultura Antártica. 4ª edición.
- Banco Central de Reserva del Perú. 1962. *Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social. 1962-1971*, Tomo 1. Lima: BCRP.
- Berman, Marshall. 1991. *Todo lo sólido se disuelve en el aire*. Madrid
- Bonilla, Heraclio. 1984. *Guano y burguesía en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos ediciones. 2ª edición.
- Borja, Jaime. 2000. “Identidad nacional y la invención del indígena. Lectores contemporáneos frente a una crónica del siglo XVI”. En Santiago Castro-Gómez, editor. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, 201-224. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Calderón Fernando, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone. 1996. *Esa Esquiva Modernidad*. Caracas: UNESCO - Nueva Sociedad.
- Castro-Gómez, Santiago y Óscar Guardiola. 2000. “Introducción”. En Santiago Castro-Gómez, editor. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, XXI-XLV. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfogel. 2007. “Prólogo: Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico”. En *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, 79-91. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Castro-Gómez, Santiago. 2005. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- 2007. “Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes”. En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfogel, editores. *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, 79-91. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- CEPAL. 2012. “Progresos en materia de planificación en América Latina”. En Jorge Máttar y Ricardo Martner, compiladores. *Los fundamentos de la planificación del desarrollo en América Latina y el Caribe. Textos seleccionados del ILPES (1962-1972)*, 21-36. Santiago de Chile: CEPAL.
- Chang, Ha-Joon y Peter Evans. 2007. “El papel de las instituciones y el cambio económico”. En Peter Evans, *Instituciones y desarrollo en la era neoliberal*, 217-274. Bogotá: ILSA.
- Comisión Gulbenkian. 1998. *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México: Siglo XXI editores, Tercera edición.
- Córdova, Marycela. 2000. “Modernidad, cultura y devenir en el mundo actual”. En Zidane Zerouni, compilador. *Modernidad y posmodernidad*, 135-160. México: Grupo Noriega editores.
- Coronil, Fernando. 1998. “Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no-imperialistas”. En Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, coordinadores. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, 121-146. México: University of San Francisco-Miguel Ángel Porrúa grupo editorial.
- Cotler, Julio. 1969. “La mecánica de la dominación interna y del cambio social”. En José Matos Mar y otros. *Perú problema, 5 ensayos*, 145-188. Lima: IEP ediciones. 2da edición.
- Cotler, Julio. 1969a, “Actuales pautas de cambio en la sociedad rural del Perú”. En José Matos Mar y otros. *Dominación y cambios en el Perú rural. La micro-región del valle de Chancay*, 60-79. Lima: IEP ediciones.
- Degregori, Carlos Iván. 2000. “Panorama de la antropología en el Perú: del estudio del Otro a un “nosotros diverso””. En Carlos Iván Degregori, editor. *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*, 20-73. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.

- De Mattos, Carlos Antonio. 1979. "Planes versus planificación en la experiencia latinoamericana", *Revista de la CEPAL*, No 8, Agosto, 79-96. Santiago de Chile: CEPAL.
- Edwards, Sebastián y Rudiger Dornbusch. 1992. "Macroeconomía del populismo", en Sebastián Edwards y Rudiger Dornbusch, compiladores. *Macroeconomía del populismo en América Latina*. El Trimestre Económico No 75, 121-162. México: Fondo de Cultura Económica.
- Elmore, Edwin. 1922. *El esfuerzo civilizador*. Lima: Imprenta El Progreso Editorial.
- Escobar, Arturo. 1996. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- . 1998. *El final del salvaje*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología-CEREC.
- Eze, Emmanuel. 2001. "El color de la razón: la idea de "raza" en la antropología de Kant", en Walter Mignolo, compilador. *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, 201-251. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Fazio, Hugo. 1991. "La "nueva historia" francesa: radiografía de una historia". En *Historia Crítica # 5*, enero-julio 1991, 35-51. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Figuroa, José. 2000. "Desde la etnología neocolonial modernista hacia una transdisciplinaria crítica". En Santiago Castro-Gómez, editor. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, 285-308. Bogotá: Instituto Pensar-CEJA.
- Fitzgerald, E.V.K. 1981. *La economía política del Perú 1956-1978. Desarrollo económico y reestructuración del capital*. Lima: IEP ediciones.
- Follari, Roberto. 1990. *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Acción Social, AIQUE Grupo Editor.
- Fonseca Ariza, Juan. 2002. *Misioneros y civilizadores: protestantismo y modernización en el Perú (1915-1930)*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Garcés, Fernando. 2009. *¿Colonialidad o interculturalidad? Representaciones de la lengua y el conocimiento quechuas*. La Paz-Bolivia: Programa de Investigación Estratégica y Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.

- García Calderón, Francisco. 1981. *El Perú contemporáneo*. Lima: Banco Internacional del Perú.
- García Calderón, Francisco. 1979. *Las Democracias Latinas de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Garretón, Manuel Antonio. 2004. *América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz sociopolítica*. Santiago: LOM ediciones.
- Gay, Vicente. 1925. *En el imperio del sol*. Lima: BLASS Tipográfica.
- Gilpin, Robert. 1990. *La economía política de las relaciones internacionales*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- González Casanova, Pablo. 2006. "Colonialismo interno (una redefinición)". En Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina González, compiladores. *La teoría marxista hoy*, 409-434. Buenos Aires: CLACSO.
- Graciarena, Jorge. 1990. "Estado periférico y economía capitalista: transiciones y crisis". En Pablo González Casanova, coordinador. *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, 40-69. México: Siglo XXI Editores.
- GRFA, Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. 1974. "El Plan Inca". En *El proceso peruano*, Lima-Perú: Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación Augusto Salazar Bondy.
- Grosfogel, Ramón. 2006. "Actualidad del pensamiento de Cesaire: redefinición del sistema-mundo y producción de utopía desde la diferencia colonial". En Aimé Cesaire y otros. *Discurso sobre el colonialismo*, 147-160. Madrid: Akal Ediciones.
- 2007. "Descolonizando los universalismos occidentales. El pluri-versalismo transmoderno decolonial desde Aimé Césaire hasta los zapatistas". En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfogel, editores. *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, 63-77. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos. 1998. "Manifiesto inaugural", en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, coordinadores. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, 85-100. México: University of San Francisco-Miguel Ángel Porrúa grupo editorial.
- Gruzinsky, Serge. 1993. *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica. Séptima reimpresión.

- Guardiola, Óscar. 2003. "Historia de un asesinato por ocurrir, contado a la manera de una novela policíaca". En Catherine Walsh, editora, *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*, 113-128. Quito: UASB y Ediciones Abya Yala
- Guha, Ranajit. 1997. "Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India". En Silvia Rivera y Rossana Barragán, compiladoras. *Debates poscoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*, 25-32. La Paz-Bolivia: SEPHIS, Ediciones Aruyiwiri y Editorial Historias.
- Habermas, Jürgen. 1994. "Modernidad versus posmodernidad". En Joseph Picó, compilador. *Modernidad y Posmodernidad*, 87-102. Madrid: Alianza Editorial, 2ª reimpresión.
- Hall, Stuart. 2010. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Lima: IEP-UASB-Instituto Pensar.
- Harvey, David. 1998. *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. 1933. *Construyendo el aprismo; artículos y cartas desde el exilio, 1924-1931*. Buenos Aires: Claridad.
- 1947. *Por la emancipación de América Latina*. Buenos Aires, M. Gleizer editor.
- 1972. *El antimperialismo y el APRA*. Lima: Editorial-Imprenta Amauta. 4ª edición.
- Hobsbawn, Eric. 1985. *Las revoluciones burguesas*. Madrid: Guadarrama Ediciones.
- Horkheimer, Max. 1974. *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Huamán Miguel Ángel. 2009. "En defensa del indigenismo". *Letras* Vol. 80, No 115. Lima: Facultad de Letras y Ciencias Humanas-UNMSM.
- Huntington, Samuel. 1997. *El orden político en las sociedades en cambio*. Barcelona: PAIDOS Ibérica. 4ª reimpresión.
- IICA. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. 2012. *Una aspiración americana. Breve historia del IICA*. Costa Rica: IICA.
- INP, Instituto Nacional de Planificación. 1967. *Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social*. Lima: INP.
- Kay, Cristóbal. 2001. "Los paradigmas del desarrollo rural en América Latina". En Francisco García Pascual, editor. *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*, 337-429. Madrid: Universidad de Leida.

- Kay, Cristóbal. 2006. "East Asia's success and Latin America's failure: agrarian reform, industrial policy and state capacity". En Richard Boyd et. al. Editors. *Political conflict and development in East Asia and Latin America*, 21-52. London: Routledge.
- Klaren, Peter. 1970. *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*. Lima: IEP ediciones.
- Lander, Edgardo. 1999. "Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano". En Santiago Castro-Gómez, Óscar Guardiola y Carmen Millán, editores, *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Bogotá: CEJA-Instituto Pensar.
- 2000. "Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos". En Edgardo Lander, compilador. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, 11-40. Buenos Aires-Argentina, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Larraín, Jorge. 1996. *Modernidad, Razón e identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Lajo Lazo, Manuel. 1978. "Desarrollo económico peruano. Del Plan Inca al Plan Túpac Amaru". En *Comercio Exterior*, vol. 28, núm. 2, febrero, 197-205. México, Banco de Comercio Exterior.
- Lefebver, Louis. 1991. "¿Qué Permanece aún de la teoría del desarrollo?". En *Desarrollo Económico*, Vol. 31, N. 122, julio-septiembre, 251-263. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Leibner, Jorge. 1999. *El mito del socialismo indígena en Mariátegui*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Leiva, Lavalle, Jorge. 2012. *Pensamiento y práctica de la planificación en América Latina*. Santiago: ILPES-CEPAL.
- Lienhard, Martin. "Los comienzos de la literatura "latinoamericana": monólogos y diálogos de conquistadores y conquistados". En Ana Pizarro, editora. *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura*, Vol. 1, 41-62. Sao Paulo-Da Unicamps.
- Loaiza cano, Gilberto. 2014. *El poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia, Siglos XIX y XX*. Cali: Programa editorial Universidad del Valle.
- López Maguiña, Santiago. 2003. "La cultura en los estudios literarios en el Perú". En Santiago López Maguiña y otros, editores, *Estudios culturales: discursos, poderes, pulsiones*, 43-64. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.

- Manrique, Nelson. 2000. "Prólogo". En William Stein, *Vicisitudes del discurso del desarrollo en el Perú*. 11- 17. Lima: SUR ediciones.
- Mariátegui, José Carlos. 1968. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Empresa Editora Amauta.
- Marzal, Manuel M. 1993. *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Barcelona: Anthropos Editorial del Hombre.
- Matos Mar, José. 1969. "Dominación, desarrollos desiguales y pluralismos en la sociedad y culturas peruanas", en José Matos Mar y otros. *Perú problema, 5 ensayos*, 13-52. Lima: IEP ediciones. 2da edición.
- Matos Mar, José. 1969a. *Dominación y cambios en el Perú rural. La micro-región del valle de Chancay*, 23-59. Lima: IEP ediciones.
- Matos Mar, José. 1977. *Las barriadas de Lima 1957*. Lima: IEP ediciones.
- Máttar, Jorge y Ricardo Martner. 2012. *Los fundamentos de la planificación del desarrollo en América Latina y el Caribe. Textos seleccionados del ILPES. (1962-1972)*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Mejía, Navarrete, Víctor. 2005. "El desarrollo de la sociología en el Perú. Notas introductorias". En *Sociologías*, año 7, nº 14, jul-dic. 302-337. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Mendieta, Eduardo. 1998. "Modernidad, posmodernidad y poscolonialidad: una búsqueda esperanzadora del tiempo". En Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, coordinadores. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, 147-168. México: University of San Francisco-Miguel Ángel Porrúa grupo editorial.
- Mignolo, Walter. 1993. "“Palabras pronunciadas con el corazón caliente”. Teorías del habla, del discurso y de la escritura". En Ana Pizarro, editora. *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura*, Vol. 1, 521-562. Sao Paulo-Da Unicamps.
- 2003. "Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales". En Catherine Walsh, editora. *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*, 31-57. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar-sede Ecuador y Ediciones Abya Yala.
- 2003^a. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Ediciones Akal

- 2006. “El giro gnoseológico decolonial: la contribución de Aimé Cesaire a la geopolítica y la corpo-política del conocimiento”. En Aimé Cesaire y otros. *Discurso sobre el colonialismo*, 197-221. Madrid: Ediciones Akal.
- 2007. “El pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto”. En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfogel, editores. *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, 25-46. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Muyolema, Armando. 2001. “De la ‘cuestión indígena’ a lo ‘indígena’ como cuestionamiento. Hacia una crítica del latinoamericanismo, el indigenismo y el mestiz(o)aje”. En Ileana Rodríguez y otros, editores. *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos, estado, cultura, subalternidad*, 327-363. Amsterdam: Atlanta, GA, Rodopi.
- Nieto Montesinos, Jorge. 2000. *Haya de la Torre o la política como obra civilizatoria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Núñez, Estuardo. 1989. *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú. Apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos*. Lima: CONCYTEC.
- 1994. *La experiencia europea de Mariátegui*, Lima, Empresa Editora Amauta.
- Ortega, Julio. 1990. *El discurso de la abundancia*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- Pineda Cadavid, Luisa Fernanda. 2015. “Memorias, historias y guerra en Colombia. Opciones decoloniales para la construcción de “otros” relatos del conflicto armado”. En *Revista de Investigaciones UCM*, Vol. 15 No 25, Manizales: Universidad Católica de Manizales. 100-111.
- Poole, Deborah. 1992. “Antropología e historia andinas en los EE.UU.: buscando un reencuentro”. En *Revista Andina*, No. 19, 209-264. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.
- Prado y Ugarteche, Javier. 1980. “Estado social del Perú”. En Leopoldo Zea, compilador. *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, Vol. I, 324-334. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Prado y Ugarteche, Javier. 1980a. “El problema de la enseñanza”. En Leopoldo Zea, compilador. *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, Vol. II, 111-127. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- República Peruana - Presidencia de la República. 1971. *Plan Nacional de Desarrollo para 1971-1975. Vol. 1. Plan Global*. Lima: Instituto Nacional de Planificación.

- Quijano, Aníbal. 1981. *Reencuentro y debate. Una introducción a Mariátegui*. Lima, Mosca Azul Editores.
- 2000. “Colonialidad del poder: eurocentrismo y América Latina”. En Edgardo Lander, compilador. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, 201-246. Buenos Aires-Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Ríos Burga, Jaime. 2011. *El quehacer sociológico en América Latina. Un diálogo teórico con sus actores*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Rostow, Walter Whitman. 1961. *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*. México DF.: Fondo de Cultura Económica.
- Rostworowski, María. 1992. *Historia del Tahuantisuyu*. Lima: IEP ediciones. Cuarta edición.
- Sarup, Madan. 1999. “Imperialismo y cultura”. En Santiago Castro-Gómez, Óscar Guardiola y Carmen Millán, editores. *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, 21-43. Bogotá: CEJA-Instituto Pensar.
- Santos, Boaventura de Sousa. 2003. *La caída del Angelus Novas. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá: ILSA – Universidad Nacional de Colombia.
- 2005. *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- 2007. *Conocer desde el sur. Para una cultura política emancipatoria*. La Paz-Bolivia: CLACSO, CIDES-UMSA, Plural editores.
- 2009. *Una epistemología del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI Editores-CLACSO.
- 2010. *Para descolonizar Occidente. Más allá del pensamiento abismal*. Buenos Aires: CLACSO-Prometeo Libros.
- Solano Ledezma, Nereida y Nelson Caraballo. 2015. “Sujeto docente y geopolítica del conocimiento en los espacios universitarios”. *Saber* Vol. 27 No. 2, julio-septiembre, Vicerrectorado académico-Universidad de Oriente, Venezuela.
- Spivak, Gayatri. 2010. *Crítica de la razón poscolonial. Hacia una historia del presente evanescente*, Madrid: Akal editores.
- Stein, William. 2000. *Vicisitudes del discurso del desarrollo en el Perú*. Lima, SUR ediciones.

- Stiglitz, Joseph. 2003. "El rumbo de las reformas: hacia una nueva agenda para América Latina". En *Revista de la CEPAL*, no. 80, agosto 2003, 7-40. Santiago de Chile: CEPAL.
- Sulmont, Denis. 1984. "Historia del movimiento obrero peruano (1890-1978)". En Pablo González Casanova, coordinador. *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México: Instituto Investigaciones Sociales - UNAM y Siglo XXI Editores. Tomo 3.
- 2007. "La sociología francesa en el Perú". En *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*. Tomo 36, Vol. 1. 85-92. Lima: IFEA.
- Valcárcel, Luis E. 1981. *Memorias*. Lima: IEP ediciones.
- Vich, Víctor. 2003. "Sobre cultura, heterogeneidad, diferencia". En Santiago López Maguiña y otros, editores. *Estudios culturales: discursos, poderes, pulsiones*, 27-42. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.
- Villarán, Manuel Vicente. 1980. "Misión de la universidad latinoamericana". En Leopoldo Zea, compilador. *Pensamiento positivista latinoamericano*, Vol. II, 102-110. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Walsh, Catherine, Freya Schiwy y Santiago Castro-Gómez. 2002. "Introducción". En *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*, 7-16. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar y Ediciones Abya Yala.
- Walsh, Catherine. 2005. "(Re)pensamiento crítico y (de)colonialidad". En Catherine Walsh, editora. *Pensamiento crítico y matriz decolonial. Reflexiones latinoamericanas*, 13-35. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Ediciones Abya Yala.
- Whitehead, Laurence. 2010. *Latin America. A New Interpretation*. New York: Palgrave- Macmillan.

Referencias en Internet

- Acevedo Amaya, Valmore. 1961. "La Carta de Punta del Este y el desarrollo de la América Latina". En *Revista venezolana de orientación*, año 24, vol. 238, (setiembre-octubre 1961): 367-370. Caracas: Centro de investigación y acción social. <http://gumilla.org/biblioteca/bases/biblo/texto/SIC1961238>. Consulta: 15 de junio del 2014.

- CEPAL. 2013. *Acerca del ILPES*. <http://www.cepal.org/es/acerca-del-ilpes>.
Consulta: 28 de julio del 2014.
- Cueto, Marcos, 2011. “Aportes y trayectoria del Doctor Julio Cotler”, en *Revista Argumentos*, Edición N° 5, Noviembre 2011, 1-5. Lima: IEP ediciones.
<http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/aportes-y-trayectoria-del-doctor-julio-cotler/>. Consulta: 30 de agosto del 2015.
- Junta Militar de Gobierno. 1962. Decreto-ley 14220.
<http://www.inpbodasdeoro.com/14220-creacion-INP.pdf>. Consulta: 12 de febrero del 2014
- Pineda, Roberto. 2012. “El Congreso Indigenista de Pátzcuaro, 1940, una nueva apertura en la política indigenista de las Américas”, en *Baukara 2. Bitácoras de antropología e historia de la antropología en América Latina*, Boletín Virtual julio-diciembre, 10-28. Bogotá: AHAAL.
http://www.interindi.net/es/archivos/Baukara2_2012.pdf. Consulta: 19 de julio del 2013.
- Reñique, José Luis. 2012. *Julio Cotler. Recipient of the Kalman Silvert Award for 2012*.
<http://lasa.international.pitt.edu/forum/files/vol43-issue1/KalmanSilvertAward.pdf>.
Consulta: 22 de febrero del 2015.
- UNMSM, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 2015. *Reseña histórica*.
<http://sociales.unmsm.edu.pe/web/index.php/institucional/resena-historica>.
Consulta: 30 de noviembre del 2014.
- Webb, Richard. 2009. “Planificar no es mala palabra”. En *Columnas de Opinión*.
Lima: Instituto del Perú - Universidad Particular San Martín de Porres.
<http://www.institutodelperu.org.pe>. Consulta: 28 de agosto del 2013.